Javier Murcia Ortuño

Esparta

Alianza Editorial

Javier Murcia Ortuño

Esparta

Alianza Editorial

Javier Murcia Ortuño

Esparta

Alianza editorial

Índice

Prefacio

1. Tiempo de conquista

El retorno de los Heraclidas

La conquista de Laconia

Las poblaciones sometidas: ilotas y periecos

La conquista de Mesenia

La fundación de Tarento

Batalla de Hisias. Las Gimnopedias

Tirteo y la Segunda Guerra Mesenia

2. Dioses y festivales de Esparta

Los piadosos espartanos

Helena y Menelao

Los Dioscuros

La Acrópolis de Esparta y el templo de Atenea

El santuario de Ártemis Ortia

Amiclas y el culto a Apolo y Jacinto

Las Carneas

Alcmán y Estesícoro

3. El sistema político espartano

Licurgo y la Gran Retra

Los reyes

La Gerousía

La Asamblea

Los éforos

4. Educación y sociedad

El trabajo y la propiedad de la tierra

El sistema educativo. La agogé

Las comidas comunes

La vida cotidiana

El giro hacia la austeridad

5. El dominio del Peloponeso

Tegea y la batalla de los Grilletes

Argos y la batalla de los Campeones

Los periecos

Esparta y Oriente

Cleómenes I

El problema de Atenas

Aristágoras en Esparta

Cleómenes contra Argos. La batalla de Sepea

El asunto de Egina. La rivalidad entre los reyes

Muerte de Cleómenes

6. Las mujeres de Esparta

Crianza y educación

Matrimonio

Madre severas

Libertad e independencia económica

Adulterio, poliandria y soltería

7. Las Guerras Médicas

Maratón

Leónidas y la batalla de Las Termópilas

Salamina y Platea

Mícale

8. Un periodo de crisis

La discusión sobre la hegemonía

El terremoto del 465

La represión de los ilotas. La criptia

La primera guerra contra Atenas

9. La Guerra del Peloponeso (I)

Detonantes de la guerra

Estrategia de guerra

Primeros años de guerra

Defección de Mitilene. Álcidas en el Egeo

El desastre de Pilos

Brásidas

La paz de Nicias

10. La Guerra del Peloponeso (II)

Nuevas alianzas

Los espartanos expulsados de Olimpia

Hostilidades en el Peloponeso

La batalla de Mantinea del año 418

La campaña ateniense en Sicilia

El espartano Gilipo en Sicilia

11. La Guerra del Peloponeso (III)

La guerra en el Egeo

Alcibíades abandona a los espartanos

Reveses en el mar

Lisandro

Calicrátidas y la batalla de las Arginusas

Lisandro de nuevo. La batalla de Egospótamos

12. La hegemonía espartana

La insaciable sed de riquezas

Bizancio y Atenas

El castigo de los eleos

Agesilao II

La conspiración de Cinadón

Agesilao en Asia

La muerte de Lisandro

La Guerra de Corinto

Soldados profesionales y mercenarios

La Paz del Rey

Un imperio sólido y seguro

La rebelión de Tebas

El ataque de Esfodrias al Pireo

13. El final de la hegemonía

Leuctra

Los tebanos en Esparta

La resistencia de Esparta

La batalla de Mantinea del año 362

Muerte de Agesilao

Las causas del colapso súbito del poderío espartano

14. La Esparta helenística

Arquidamo III y Agis III

Areo I (309-265)

Agis IV (244-241)

Cleómenes III (235-222)

Nabis (207-192)

Muerte de Nabis. Esparta en la Liga Aquea

Esparta y Roma

El turismo cultural

15. Fuentes históricasy el espejismo espartano

Las fuentes

El espejismo espartano

Tabla cronológica

750-490 Época Arcaica

490-323 Época Clásica

323-30 Época Helenística

Genealogía de las casas reales de Esparta

Dinastía Agíada

Dinastía Euripóntida

Bibliografía

Créditos

A Nieves,

Tu mihi curarum requies.

Prefacio

La fascinación por Esparta ha sido constante desde la Antigüedad hasta nuestros días. Fue una ciudad diferente a cualquier otra por sus instituciones y por su forma de vida. Los espartanos se dedicaban en exclusiva a las armas; su exigente entrenamiento desde la más tierna infancia los convertía en temibles soldados sin miedo a la muerte y les inculcaba un altísimo sentido del honor y de la disciplina. Eran toscos guerreros de pocas palabras que vivían austeramente, despreciando los lujos y el dinero. Era tanta la dureza de aquella vida que se llegó a decir que para los espartanos la guerra era el descanso de sus fatigas y ejercicios. No resulta, pues, sorprendente (aunque se lo pareciera a Jenofonte, gran entusiasta de las cosas de Esparta) que todos alabaran sus normas pero ninguna ciudad quisiera imitarlas.

Las costumbres espartanas parecían tan extrañas que hasta el propio Heródoto consideró necesario explicarlas, como había hecho con las de otros pueblos remotos. Para nosotros (como para Heródoto) es tan llamativo aquel pueblo tracio, que lloraba en los nacimientos y reía en los funerales, como lo son los espartanos, que aparecían alegres cuando sus parientes caían en la batalla, y tristes si habían sobrevivido. En ese mundo al revés, las mujeres disfrutaban de una escandalosa libertad de palabra y de obra; se exhibían desnudas, hacían ejercicio y administraban sus propios bienes.

Pero lo cierto es que Esparta estaba lejos de ser esa sociedad ideal y perfecta que describían sus partidarios: se mantenía sobre una brutal explotación de sus esclavos (los ilotas); la famosa igualdad era engañosa, pues aunque todos eran iguales en la educación recibida, en su forma de vida y en su apariencia, se mantuvieron sin embargo las diferencias en la riqueza.

Su dedicación en exclusiva para la guerra los había apartado de las corrientes intelectuales y artísticas de la Época Clásica. Fuera de

Esparta se hacían odiosos por su carácter orgulloso y arrogante, y se mostraban sorprendentemente débiles ante las tentaciones del lujo y del dinero. Sin duda, tuvieron capacidad política y militar para dominar en el Peloponeso y crearon una sociedad que pudo enfrentarse con éxito a dos grandes problemas: la cohesión interna y las revueltas de esclavos, pero esto, por supuesto, tuvo un alto precio: el abandono de las artes y la cultura.

El presente libro hace un recorrido por la historia de Esparta desde su fundación hasta los tiempos romanos, deteniéndose en explicar su forma de gobierno y su peculiar modo de vida; cuando reconstruimos el periodo de formación de sus ciudadanos desde la infancia y describimos su comportamiento en las circunstancias más diversas, estamos más cerca de entender cómo pensaba y sentía un auténtico espartano, pues más que su éxito en batallas y guerras, es el espíritu de aquellos hombres el que ha convertido a Esparta en la ciudad más extraordinaria de la historia.

De todas maneras el estudioso se enfrenta a numerosos problemas cuando aborda en profundidad esa tarea. Los espartanos controlaron la imagen que ofrecían a los demás griegos, y presentaron al mundo exterior su mejor cara. Ocultar sus reveses y sus defectos era conveniente en todos los sentidos, principalmente en el militar, y sirvió para controlar a su numerosa población de esclavos. Esto solo fue posible debido al aislamiento. Por desgracia, ese secretismo ha causado en los historiadores antiguos y modernos no pocos problemas para comprender su pensamiento, sus instituciones políticas y su sociedad. Solo contamos con los escritos de algunos autores que fueron abierta e incondicionalmente partidarios de Esparta. Esto hace que hoy día pongamos en duda muchas cosas que nos han transmitido como ciertas y que responden más bien a una utopía, producto de su idealización de la vida espartana. Es por eso que el último capítulo del libro está dedicado al problema de las fuentes antiguas y al proceso de creación de esa imagen idealizada que todavía tenemos en la actualidad.

Algunas observaciones para terminar; en primer lugar, todas las fechas del libro, si no se indica lo contrario, se sobreentienden que

son antes de nuestra era; en segundo, el término con el que se designaba a los esclavos del Estado espartano se transcribe correctamente como «hilotas», pero en el libro se ha usado la forma sin hache, más tradicional en nuestro idioma.

Por último, conviene aclarar los diferentes términos que se emplearon para denominar a Esparta y su región, algo que puede confundir a los que toman contacto por primera vez con su mundo: «Esparta» era el nombre de la ciudad a orillas del Eurotas; la palabra se relaciona etimológicamente con el verbo griego speíro, 'sembrar', y vendría a significar 'tierra sembrada'. Los «espartiatas» eran los ciudadanos de pleno derecho de esa ciudad. La región del sur del Peloponeso donde se situaba la ciudad se llamaba «Lacedemonia» (Lakedemôn) o «Laconia» (lakoniké gê: 'tierra laconia'), sin embargo, a veces la ciudad también es denominada Lakedemôn. «Lacedemonios» era el nombre que recibían los habitantes de toda la región y englobaba a ciudadanos de pleno derecho, clases inferiores y periecos. Es el nombre más usado en los textos clásicos; precisamente por su carácter más genérico, se ha resistido a una explicación etimológica. Curiosamente en las tablillas micénicas en lineal B, halladas en la acrópolis de Tebas, se encontró este nombre: ra-ke-da-mi-ni-jo, lo que nos indica su gran antigüedad.

1. Tiempo de conquista

El retorno de los Heraclidas

La ciudad de Esparta se mantuvo sin murallas hasta el siglo III. Sus ciudadanos decían orgullosos que «las murallas de Esparta eran sus jóvenes y sus fronteras las puntas de sus lanzas» [1] . Lo cierto es que su entorno natural en el sureste del Peloponeso la protegía de forma perfecta: al oeste, la cordillera del Taigeto, con sus 2.407 metros en su parte central, la separaba de la región vecina de Mesenia; al este el monte Parnón [2] , que llega a alcanzar los 1.935 metros, la aislaba de la zona costera; al norte se encontraban las colinas rocosas de la Escirítide, que lindaban con Argos, y el macizo que hoy se denomina Chelmos (776 metros sobre el nivel del mar), el cual protegía la frontera con Arcadia; al sur, siguiendo el valle, a más de 40 kilómetros, se alcanzaba el mar, pero a tanta distancia ya no pudo significar una fuente de inseguridad (ni una ventaja para el progreso). El trágico ateniense Eurípides escribió sobre la ubicación de la ciudad:

En un hondón rodeado de montañas

abrupto y difícil de invadir para el enemigo.

Para bien y para mal, el aislamiento fue el factor principal del carácter y de la historia de Esparta.

Otro elemento clave de la geografía de Esparta fue el Eurotas, uno de los pocos ríos de Grecia que no sufre la sequía estival. Nace en las montañas de Arcadia y corre hacia el sur entre la cordillera del Taigeto y la del Parnón para desembocar finalmente en el golfo Lacónico. En la margen derecha del río se asentó la ciudad, dominando la zona más fértil, una llanura de 22 kilómetros de largo y entre 8 y 12 de ancho. La ciudad estaba formada por cuatro

aldeas (en griego, obaí): Pitana, Mesoa, Limnas y Cinosura. Entre ellas había extensas áreas sin construir, y cada comunidad enterraba a sus muertos a las afueras separadamente. Sin murallas y sin centro urbano, la ciudad ofrecía a los visitantes de la Época Clásica una imagen anticuada. Tucídides la describe «desperdigada por aldeas, a la antigua usanza de Grecia» [3] .

Procedentes del norte de Grecia (Epiro e Iliria), los espartanos, que eran griegos de estirpe doria, habían ocupado aquella fértil planicie hacia la segunda mitad del siglo x, como confirma la investigación arqueológica. Fundaron su ciudad intencionadamente lejos de los viejos centros micénicos, lo que indica su deseo de marcar las diferencias con los antiguos pobladores. De hecho, todos los relatos legendarios sobre el origen y la fundacion de Esparta hablaban de conquista y de ocupación violenta.

Decía el mito que tras la muerte de Heracles, sus hijos fueron perseguidos sin tregua por el odio de Euristeo (el que había encargado al gran héroe sus célebres trabajos). Se refugiaron finalmente en Atenas, donde su rey Teseo se comprometió a velar por su seguridad. Cuando Euristeo declaró la guerra a los atenienses, fue derrotado y murió en la batalla. Los descendientes de Heracles decidieron entonces regresar al Peloponeso, país del que era originario su padre; consultaron el oráculo de Delfos, que declaró que su deseo se cumpliría «después de la tercera cosecha»; por malinterpretar estas palabras del oráculo, atacaron sin resultado el Peloponeso durante años, hasta que pasó la tercera generación; a esto se refería el oráculo cuando hablaba de «la tercera cosecha».

Por entonces la casa real estaba formada por tres hermanos, Témeno, Cresfontes y Aristodemo, que se pusieron al frente del pueblo dorio (en otra versión del mito, Aristodemo, que era el más joven, murió mientras se hacían los preparativos para la invasión y dejó el poder a sus dos hijos gemelos, Eurístenes y Procles). Guiados por Óxilo, un exiliado que había sido rey de Élide, los dorios, con los Heraclidas al mando, atacaron el Peloponeso y lo conquistaron definitivamente dando así cumplimiento al oráculo. Élide se reservó para Óxilo, pero el resto de la península se repartió a suertes entre los hermanos: la región del noroeste –es decir, Argos– fue para Témeno; Mesenia, que era la región mas fértil, al oeste, para

Cresfontes; Laconia o Lacedemonia, la fértil región regada por el Eurotas, para Aristodemo (o, según la otra versión, para los gemelos Eurístenes y Procles). La zona central del Peloponeso, Arcadia, quedó olvidada fuera del reparto. Cada hermano a continuación erigió un altar a Zeus, y sobre ese altar cada uno encontró un signo que guardaba relación con el carácter del pueblo sobre el que iba a reinar: en Argos el signo fue un sapo, en Mesenia un zorro y en Laconia una serpiente.

Para los griegos, el retorno de los Heraclidas y la llegada de los dorios al Peloponeso lo explicaba todo: el derecho de los espartanos a sojuzgar aquellas tierras como botín conquistado y la división política de la península. También explicaba una de las rarezas del sistema político espartano: la monarquía dual. Los gemelos Eurístenes y Procles participaron en la conquista del Peloponeso, y en el reparto se quedaron con Laconia; de aquí nacen las dos casas reales existentes en Esparta, que se llamaron Agíadas (por Agis, el hijo de Eurístenes) y Euripóntidas (por Euriponte, el hijo de Procles).

El poeta Tirteo, a mediados del siglo VII, es el primero que nos trasmite esta leyenda que se usó como justificación del derecho de propiedad de los dorios sobre Esparta:

Pues el mismo Zeus, hijo de Crono y esposo de Hera,

la de hermosa guirnalda, concedió esta ciudad a los Heraclidas,

con los que, tras dejar la ventosa Erineo,

llegamos a la espaciosa isla de Pélope [4] .

El gran historiador Tucídides (en el siglo v) fechó este acontecimiento con exactitud al comienzo de su obra:

Los dorios ocuparon el Peloponeso ochenta años después de la toma

de Troya con la ayuda de los Heraclidas [5] .

La cuestión de la migración doria está directamente relacionada con la formación del Estado espartano y su especial naturaleza.

En general, los historiadores modernos han admitido la invasión de los dorios como un acontecimiento real, aunque es imposible determinar la forma y el momento exacto en que se desarrolla. La teoría tradicional sostenía que en torno al 1200 los dorios llegarían procedentes del Epiro y de Tesalia hasta el sur de Grecia y serían los responsables de la violenta destrucción de la civilización micénica que allí florecía. La severa despoblación que siguió al final dramático de los palacios es un hecho comprobado arqueológicamente, así como el desplazamiento de los primitivos pobladores micénicos; esos desplazamientos se dirigieron hacia zonas periféricas más seguras: Acaya, el Ática y el Egeo, principalmente Chipre. Pero como no hay registro arqueológico de nuevos pobladores con una nueva cultura material, algunos estudiosos han pensado que los dorios estaban asentados ya en el Peloponeso durante la civilización micénica, donde habrían llegado como consecuencia de una marcha migratoria lenta y gradual; es posible que se intensificase esta migración al final de la época micénica aprovechando la decadencia de aquella civilización debida a complejas y múltiples causas: guerras intestinas, catástrofes naturales como terremotos, depresión económica, hambre y descenso demográfico. Pero esta teoría no es incompatible con su participación y responsabilidad en la destrucción del mundo micénico, pues algunos estudiosos han considerado a los dorios como una clase inferior en la sociedad micénica que finalmente se rebeló contra la clase dominante.

El mapa dialectal del griego en el Peloponeso parece también confirmar la llegada de los dorios. Por ejemplo, Arcadia en el corazón de la península, con su peculiar dialecto con grandes semejanzas con el chipriota y muy próximo a la lengua que nos muestran las tablillas micénicas, parece un reducto no alcanzado por la migración doria (lo que está de acuerdo con el mito). El gran estudioso de los dialectos griegos, C. D. Buck llegó a decir que si no tuviésemos noticia de la migración doria, habría que inventarla

para explicar la situación dialectal tal como la conocemos en época histórica. Por otro lado, también podemos asegurar por el estudio dialectal que los dorios no estuvieron alejados de las otras estirpes griegas; de lo contrario, habría una clara diferenciación lingüística que no percibimos en los dialectos de la Época Clásica.

La conquista de Laconia

Pausanias es nuestra principal fuente para estos primeros momentos del Estado espartano. Este autor aborda la expansión en Laconia como un enfrentamiento entre los dorios y los primitivos habitantes micénicos que habían quedado, y que denomina «aqueos».

Esparta dominaba la vega media del Eurotas que era, con diferencia, la zona más fértil. Pero bien pronto comenzó su expansión con miras a dominar toda la cuenca del Eurotas. En primer lugar se dirigieron al norte. Hacia el 775 conquistaron la ciudad de Egis (Aígys), en la zona noroccidental de Laconia, junto a las fronteras de Arcadia y Mesenia, en la vertiente occidental del Taigeto (zona donde se ubica el pueblo actual de Kamara). Según la tradición que recoge Pausanias, los reyes espartanos Arquelao y Carilao destruyeron Egis [6] . Pronto toda la parte norte del valle del Eurotas quedó sometida, lo que incluía la Escirítide, una región montañosa en la frontera con Arcadia, y la comarca donde posteriormente se crearán las comunidades de Selasia y Pelene.

Luego, una generación más tarde, el hijo de Arquelao, llamado Teleclo, se dirigió al sur y ocupó hacia el 750 la ciudad de Amiclas, que distaba tan solo cinco kilómetros de la propia Esparta. Aunque Pausanias habla de una ocupación violenta, podemos suponer que hubo una larga coexistencia, a veces hostil y a veces pacífica, entre las dos comunidades, hasta que finalmente se produjo la anexión o sometimiento, que no tuvo que ser de una forma dramática. La cercanía entre las dos ciudades hace difícil imaginar una oposición tajante; además, con seguridad Amiclas contaría en gran parte con una población de dorios. Algunos autores antiguos hablan de colaboración con los dorios invasores en un primer momento, pero luego de sometimiento y revueltas; al final de estas revueltas la población se vio obligada a salir del territorio y colonizó otros lejanos países; así se explicaba la existencia de otras ciudades llamadas Amiclas en Chipre y en Creta. Lo cierto es que tras su

conquista Amiclas no fue tratada como otras poblaciones de Laconia sino que fue incorporada a la ciudad de Esparta como la quinta de las villas (obaí) a pesar de la distancia. De todas formas, la única evidencia con la que contamos al respecto es muy tardía: se trata de una inscripción de tiempos romanos [7] .

La conquista de Amiclas dejó libre el camino hacia las prometedoras tierras del sur de Laconia. El propio Teleclo tomó las poblaciones de Gerantras y Faris (posiblemente el pueblo de Vafio, en la orilla derecha del Eurotas, a diez kilómetros al sur de Esparta), y a continuación se dirigió a la costa. Estableció colonos en tres localidades en el valle del río Nedón, ya en Mesenia, al otro lado del Taigeto, pero fue asesinado por los mesenios cuando sacrificaba en un santuario dedicado a Ártemis en Limnas. Estrabón recuerda el nombre de estas colonias: Peaesa, Equeas y Tragio, pero ninguna ha sido identificada arqueológicamente [8] . Se considera que serían poblaciones de periecos, y que esta ocupación supondría el detonante de la guerra a gran escala con Mesenia posteriormente.

El hijo de Teleclo, Alcámenes, concentró sus esfuerzos en completar la conquista del golfo Lacónico. El principal objetivo fue la llanura de Helos. Su mismo nombre, que en griego significa 'pantano', debe de referirse a las zonas pantanosas en las tierras bajas donde desembocaba el río Eurotas. Los antiguos pensaban que Homero la menciona en el «Catálogo de las naves» de la Ilíada: «Los que poseían Amiclas y Helos, ciudad a orillas del mar» [9] ; pero lo cierto es que esta ciudad homérica es de localización incierta.

La arqueología, por su parte, nos permite sugerir que la zona de Esparta estuvo más o menos aislada del resto del Peloponeso durante la Edad Oscura (aprox. 1200-750). Este aislamiento terminó poco antes del 750, cuando en el registro arqueológico se descubren vasos importados e imitaciones locales; esto indica que las comunicaciones con el norte del Peloponeso se hicieron más frecuentes. La influencia de Argos es indudable en la decoración de la cerámica laconia del período LG (Late Geometric, aprox. 750-700) y, quizás, en el desarrollo de un tipo de caballo en bronce que parece una variación del modelo argivo. En torno al 700, la cerámica laconia también adopta algunas ideas corintias; esta influencia tuvo que venir por el comercio marítimo, que solo fue

posible cuando los espartanos tras anexionarse la llanura de Helos tuvieron acceso al mar [10] .

Las poblaciones sometidas: ilotas y periecos

Según Pausanias, los espartanos tras conquistar Helos convirtieron a sus habitantes en esclavos del Estado; su mismo nombre, ilotas, se debía a su lugar de procedencia, la llanura de Helos [11] . Hoy sabemos que esta relación etimológica es imposible; el término «ilota» deriva más bien de la raíz hel- del verbo griego que significa 'capturar', lo que se aviene con la condición de estos esclavos como cautivos de guerra. A pesar de la despoblación generalizada tras el final de los palacios, quedaron grupos de población en Laconia. Posiblemente fue en la llanura de Helos donde se concentraba la mayor parte de esa población autóctona que sería sometida a la esclavitud por los dorios invasores. La región de Helos era muy fértil, como todavía indica Polibio en el siglo II [12] . La conversión de estos habitantes del bajo Eurotas en esclavos ocurrió antes de que los demás pueblos griegos del continente conocieran al esclavo-mercancía que será típico de la Época Clásica. Prueba de que esto se produjo en tiempos de la primera expansión de los dorios por toda Laconia es que estos ilotas olvidaron totalmente su identidad.

Los espartanos los sometieron, se apropiaron sus tierras y los obligaron a seguir trabajándolas para ellos, sus nuevos amos. Este tipo de esclavitud en la que una población servil quedaba ligada a la tierra había sido practicada en otros lugares de Grecia; se formó en una etapa primitiva de la civilización griega que se basaba, sobre todo, en la conquista y la esclavitud. En Tesalia conocemos a los penestes; parece que eran campesinos dependientes que contribuían con una parte de su producción y que gozaban de mínimos derechos; ocasionalmente sirvieron en el ejército tesalio, pero también fueron motivo de constante preocupación por sus frecuentes revueltas [13] .

En cuanto a su origen, se supone que fueron los primitivos pobladores sobre los que se impusieron los conquistadores tesalios. También sabemos que los griegos, durante la primera oleada

colonizadora, en lugar de exterminar o expulsar a los primeros moradores que encontraron, permitieron a ciertos grupos que siguieran viviendo y trabajando en sus tierras, aunque en calidad de siervos. Un significativo número de establecimientos coloniales griegos redujo a los nativos a la servidumbre: en Siracusa, en Bizancio, en Heraclea, en el mar Negro, y en Mileto. En todo caso, los griegos siempre vieron la esclavitud como consecuencia natural tras la derrota. Los espartanos en todo momento fueron conscientes de que su dominio sobre los ilotas era el resultado de una conquista militar, lo que de paso justificaba su posición de amos y señores, según las reglas de la guerra entre los griegos.

Es muy posible que algunas comunidades se sometieran voluntariamente al poder de Esparta en esta primera fase de expansión por el valle del Eurotas; adquirieron un estatus especial y sus habitantes se convirtieran en periecos, es decir, 'los que viven alrededor'. Los autores antiguos ya debatieron sobre su origen; según Estrabón, tanto ilotas como periecos eran la población sometida por los dorios invasores; en principio, gozaron de iguales derechos y participaban de la vida política, pero en el reinado de Agis I se les privó de todo derecho y se les obligó a pagar tributo; los periecos serían aquellos que se amoldaron a esta nueva situación, pero los que habitaban Helos se rebelaron y fueron doblegados por la fuerza; entonces fueron reducidos a la esclavitud [14] . Según Isócrates, los periecos serían gentes de estirpe doria que ocupaban las zonas menos fértiles del valle del Eurotas y que tras disensiones y revueltas fueron reducidos a una condición política y social inferior, sin derechos políticos. Es decir, eran campesinos, como los espartanos, pero al trabajar las tierras menos fértiles de la región no pudieron competir con ellos; aunque en un primer momento vivieran en términos de igualdad, tuvieron que someterse gradualmente, perdiendo sus libertades políticas y el control sobre todos los asuntos que iban más allá de lo puramente local [15] . En general, se admite que los periecos eran de origen dorio (de otro modo, es dificil de creer que no hicieran causa común con los ilotas cuando se rebelaban); pero también es posible que algunas localidades periecas tuvieran una población heterogénea de aqueos y colonos dorios. En la Época Clásica no se diferenciaban ni étnica, ni lingüística, ni culturalmente de los espartanos. Con el paso del tiempo los periecos se convirtieron en uno de los ejes del Estado

espartano, en la medida en que participaban activamente en el ejército.

La conquista de Mesenia

Al oeste de la formidable barrera natural del Taigeto se encuentra la región de Mesenia. Había sido un rico y próspero reino micénico del que estamos relativamente bien informados gracias a las tabillas escritas en lineal B halladas en el palacio de Pilos. Sin embargo, sufrió especialmente durante el colapso de aquella civilización y su despoblamiento, como la arqueología ha demostrado, fue bastante más acusado que en otras partes de Grecia.

El río Pamiso corría de norte a sur y regaba dos fértiles llanuras: una al sur conocida como Macaria, que en griego significa 'Tierra afortunada', y otra al norte, aún más fértil, conocida como Esteniclaria, a los pies de la impresionante mole del monte Itome (798 metros de altitud). El Pamiso es el río más importante del Peloponeso, no tanto por su longitud como por su caudal. En el siglo II d. C., la limpidez y pureza de sus aguas llamaron la atención del viajero griego Pausanias [16] .

Los espartanos ambicionaron la posesión de aquellas fértiles tierras del valle del Pamiso y se lanzaron a su conquista. Tradicionalmente se ha explicado por la superpoblación y la escasez de tierras en la propia Esparta. Mientras algunas ciudades como Sición, Mégara y Corinto enviaban colonias a ultramar para dar salida a su excedente de población, los espartanos conquistaron Mesenia. Paul Cartledge, el gran experto en Esparta, sigue defendiendo «una relativa superpoblación» como la causa principal de esta conquista; según este autor, en Esparta sólo quedaban disponibles las tierras menos fértiles, la salida a ultramar del excedente de población era difícil para una ciudad de interior y la importación de alimentos no era una solución viable económicamente en la segunda mitad del siglo VIII [17] . Pero para otros autores fue realmente una decisión motivada por la codicia y no por la necesidad.

Laconia era una amplia región, y los testimonios arqueológicos nos confirman que durante aquella época no estuvo ocupada y

explotada en exceso; no hay signos de que los espartanos hicieran uso del pleno potencial agrícola del valle del Eurotas. Robin Osborne piensa que la guerra fue un medio de autoafirmación de la comunidad, y en ese sentido se inclina a pensar en los mesenios como «diferentes» de los dorios espartanos (una posibilidad que también apuntan otros autores); las reformas políticas y sociales que luego hicieron famosa a Esparta no serían una consecuencia de la guerra (como se ha creído siempre), sino un elemento de la guerra [18] . También es muy posible que el éxito de sus recientes conquistas en el sur de Laconia –donde habían puesto en marcha un sistema esclavista, con lotes de tierras trabajados por población servil– les hubiera animado para tratar de imponerlo igualmente en la zona de Mesenia (tal vez, con población no doria a la que reducirían a la esclavitud como ilotas).

Se cree que los espartanos rodearon por el norte el macizo del Taigeto hasta llegar a la fértil llanura de Esteniclaro. Los mesenios ofrecieron una gran resistencia y la guerra fue larga y difícil. La arqueología ha comprobado en Mesenia un incremento del culto en los túmulos funerarios de los antiguos micénicos; es posible que los mesenios, angustiados por la larga guerra, imploraran con afán el favor de sus héroes ancestrales [19] . Finalmente, tras veinte años de lucha, los espartanos, dirigidos por el rey euripóntida Teopompo, acabaron con la última y desesperada resistencia de los mesenios, que habían buscado refugio en el monte Itome.

Esta guerra de conquista se fecha entre el 730-710 y se conoce como la Primera Guerra Mesenia. Esparta se hizo con el control de buena parte de Mesenia, por lo menos de las zonas más fértiles, como la llanura de Esteniclaro; la tierra se dividió en parcelas o lotes (klêroi) entre los vencedores. Nuestra primera evidencia de esta guerra procede del poeta espartano Tirteo, que escribió a mediados del siglo VII:

A nuestro rey Teopompo, amado por los dioses,

por obra de quien conquistamos la amplia región de Mesenia,

Mesenia, excelente para arar y para plantar,

por la que durante diecinueve años lucharon,

siempre obstinadamente, con ánimo esforzado,

los padres de nuestros padres, armados con lanza.

Al vigésimo ellos dejando sus fértiles campos,

huían de los altos riscos del Itome.

(fr. 4D)

Algunos mesenios se refugiaron en Arcadia o huyeron a ultramar, Sicilia o el sur de Italia. La fundación de Regio hacia el 720, en Calabria, junto al estrecho de Mesina, en la que participaron emigrantes mesenios, coincide con la fecha del final de la guerra. Las listas de vencedores olímpicos son también un buen indicio del radical cambio habido en Mesenia en esas fechas. Estos registros recuerdan a siete vencedores mesenios desde el 777 al 736, pero a partir de esta fecha tan solo podemos encontrar uno; se trata de un tal Fanas, vencedor en la carrera de larga distancia y que posiblemente era descendiente de los mesenios que habían emigrado. Por su lado, los espartanos empiezan a dominar el palmarés desde el año 720 (cuando un espartano ganó por primera vez), y su dominio llegaría hasta el 576.

Todos aquellos mesenios que se quedaron fueron esclavizados y se convirtieron en ilotas. Tucídides, el historiador ateniense del siglo v, asegura que «la mayor parte de los ilotas la constituyen los descendientes de los antiguos mesenios reducidos a la esclavitud» [20] . Como los otros ilotas, siguieron cultivando sus tierras y pagaban un fuerte tributo a sus nuevos amos, según el testimonio del poeta Tirteo:

Como burros agotados con grandes pesos,

llevaron a sus dueños, bajo la forzada desventura,

la mitad de todos los frutos que produce la tierra.

(fr. 5D)

Este es el único testimonio del tributo que debían pagar los ilotas mesenios; es posible que se tratase de un tributo temporal, una especie de indemnización de guerra. No tenemos constancia de que en épocas posteriores fuese tan grande. En otros versos Tirteo nos dice además que los mesenios estaban obligados a compartir el duelo de sus amos:

Llorando a sus amos, ellos y sus esposas,

cuando a alguno le llegaba el destino fatal de la muerte.

(fr. 5 D)

Pausanias añade que les impusieron un juramento de que no se sublevarían jamás contra ellos ni harían ningún acto revolucionario [21] . Según los últimos estudios arqueológicos, los ilotas del oeste de Mesenia residían concentrados en villas o aldeas, en contra de la opinión general hasta entonces, que consideraba como lógica su dispersión por los diferentes lotes de tierra con el fin de controlar a esa población levantisca.

El control efectivo se encargó a las poblaciones periecas que se establecieron poco después en el sur de Mesenia. Las dos más importantes fueron Asine y Metone. Asine era una localidad costera a veinte kilómetros al sur de Argos; sus habitantes habían apoyado a los espartanos cuando el rey Nicandro invadió la Argólide hacia el 720; poco después los argivos se tomaron cumplida venganza y arrasaron la ciudad hasta los cimientos. Este hecho se ha visto confirmado por los arqueólogos, que fecharon esa destrucción en torno al 700. La población de Asine huyó y los espartanos asentaron a sus fieles aliados en una nueva Asine que se levantó en el territorio conquistado de Mesenia. Se trata de la moderna Koroni,

en el extremo sur de Mesenia. Esta comunidad de refugiados adquirió la condición de periecos. Metone fue una fundación del mismo tipo; en ella los espartanos instalaron a otros refugiados que habían sido expulsados por los argivos, en esta ocasión de Nauplia. La localidad de Metone ha mantenido su nombre a lo largo de los siglos. Hoy es conocida por la famosa fortaleza que construyeron los venecianos en el siglo XIII para proteger su tráfico comercial.

La fundación de Tarento

Tarento (del latín Tarentum, aunque Taras es la transcripción exacta del topónimo griego) gozaba de una situación geográfica privilegiada en el sur de Italia, en el golfo que lleva su nombre. Como Estrabón señala, poseía el único puerto natural de todo el golfo, con un buen tamaño y bien protegido. Según Eusebio, la ciudad fue fundada en el 706 por un grupo de espartanos descontentos al finalizar la Primera Guerra Mesenia. Se trata de la única aventura colonial espartana en el periodo arcaico, y respondió únicamente a la necesidad de deshacerse de ese grupo de población que había quedado privada de derechos. Como Platón observó, en esos casos lo más conveniente era enviar a los descontentos políticos a otras tierras:

Para desembarazarse de ellos con una excusa honrosa, se procede a la institución de una colonia, que es la forma más benévola de destierro [22] .

El geógrafo Estrabón nos ofrece dos versiones distintas de la fundación de Tarento [23] . En la primera de ellas, que procede del historiador antiguo Antíoco de Siracusa (h. 430-410), los espartanos que no tomaron parte en la guerra contra Mesenia fueron convertidos en esclavos y recibieron el nombre de ilotas; a los niños nacidos durante la guerra como fruto de las relaciones de estos hombres y las mujeres espartanas se le llamó parthen íai por ser hijos de las doncellas (parthénoi) y se les privó de derechos. Liderados por un tal Falanto, tramaron una conspiración para terminar con el orden vigente y prepararon un golpe de Estado que tendría lugar en las fiestas de las Jacintias en Amiclas. La rebelión debía comenzar cuando Falanto se ciñera su gorro, pues los ciudadanos eran reconocibles por sus cabellos; pero un traidor les

había denunciado, y ese día, antes de que comenzara la fiesta, un heraldo se adelantó y proclamó que Falanto tenía prohibido ponerse un gorro. Al darse cuenta de que habían sido descubiertos, unos conspiradores huyeron y otros pidieron clemencia. La ciudad los puso en custodia mientras se enviaba al propio Falanto a consultar al oráculo de Delfos, que le respondió:

Yo te concedo que habites Satirio y las fértiles tierras de Tarento, y que te conviertas en azote de los yápiges [24] .

Así fue como los partheníai, con Falanto como líder, pusieron rumbo al oeste y fundaron Tarento.

La segunda versión, que procede de Éforo, cuenta que los espartanos habían jurado solemnemente no volver a casa hasta conquistar Mesenia, pero las mujeres, en el décimo año, comunicaron a los hombres que la ciudad de Esparta corría el riesgo de despoblarse. Los espartanos enviaron entonces a casa a los más jóvenes y robustos del ejército (en la idea de que no habían realizado el juramento en su momento) para que procrearan con las doncellas espartanas. Sus hijos recibieron el nombre de partheníai, es decir, 'hijos de doncellas'. Al terminar la guerra se decidió que estos hijos no tuvieran los mismos derechos que los demás, porque no habían nacido de un matrimonio legítimo. Entonces este grupo numeroso y homogéneo («podrían considerarse mutuamente hermanos», dice el historiador antiguo) tramaron una conspiración en la que participaban también los ilotas, pero fue descubierta y se les envió a fundar una colonia.

Los dos versiones son claramente inconsistentes y no pueden ser tomadas seriamente por el historiador; la referencia a los ilotas en ese momento finales del siglo VIII parece anacrónica; la idea de que ningún hombre había quedado en la ciudad de Esparta y de que los combatientes habían pasado en el frente tantos años de lucha sin regresar a casa es también ridícula. El papel de Falanto (su nombre significa 'calvo'), líder de los rebeldes, consultante del oráculo de Delfos y cabeza luego de la empresa colonizadora, es confuso. Sólo

podemos señalar los puntos comunes que no ofrecen discusión: en primer lugar, la existencia de un grupo dentro de la ciudad privado de derechos, a los que se llamaba partheníai, como hijos nacidos de las doncellas espartanas durante la larga guerra en Mesenia; estos espartanos habrían quedado fuera del reparto de los nuevos lotes que se habían conseguido tras la conquista de Mesenia; en segundo lugar, la conspiración de este grupo contra el poder establecido y su envío fuera del país, como solución incruenta, para que se establezcan en una colonia en ultramar.

Pero debemos también confrontar los relatos más o menos legendarios con los datos arqueológicos hallados en la propia Tarento. La cerámica griega más antigua hallada en esa población nos sugiere que gran parte (pero no todos) de los primeros pobladores procedía de Laconia y confirma también la fecha tradicional de su fundación que nos ofrece Eusebio.

La asociación de Tarento con Esparta sólo se hizo más acentuada a partir del siglo VI: el dialecto que se hablaba era el mismo; los dioses que se adoraban eran los de Esparta: Atenea, Perséfone y los Dioscuros; incluso se decía que en una de las puertas de la ciudad se hallaba la tumba de Jacinto [25] ; también la magistratura típicamente espartana de los éforos aparece en Tarento; al río Galeso, que desembocaba en la zona norte del puerto, se le llamaba también Eurotas. Hubo pues un intento por vincularse con Esparta a partir del siglo VI ; esta vinculación persistió a pesar del tiempo y de los cambios políticos, cuando en Tarento se produjo una revolución democrática en el año 473 tras sufrir una severa derrota ante los indígenas vecinos. De hecho, para combatirlos Tarento solicitó en diversas ocasiones la ayuda espartana. De todas formas, salvo esta relación, los caminos de las dos ciudades fueron siempre separados.

Batalla de Hisias. Las Gimnopedias

Los espartanos, envalentonados por su éxito en Mesenia, decidieron acometer la conquista de la zona limítrofe de Argos, la región conocida como Tireátide. Era una llanura, a veinte kilómetros al sur de la propia ciudad de Argos, muy apropiada para el cultivo del olivo y que gozaba de una envidiable posición estratégica. Sin embargo, sufrieron en Hisias (cerca de la moderna Achaladokambos) una severa derrota a manos de Fidón de Argos, quien hizo uso de las nuevas tácticas de combate hoplita, que se demostraron muy superiores frente a los espartanos, que todavía combatían a la antigua usanza, divididos en tribus (phylaí). Los pueblos dorios estaban divididos en tres tribus: Hylleîs, Dymânes y Pámphiloi. Esparta nos ofrece el más antiguo testimonio de su existencia, pues ya Tirteo las menciona en su poesía, pero es improbable que esta división de la población sea una reliquia de los tiempos de la migración; la razón es que esta decisión de dividir a la poblacion en unidades aproximadamente iguales presupone un fuerte sentido de esa comunidad y de sus límites.

Pausanias, que es nuestra única fuente sobre este enfrentamiento, fecha esta batalla con mucha exactitud en el año cuarto de la 27.ª olimpiada (año 669). Después de Hisias, la influencia de Argos se extendió por todo el norte del Peloponeso hasta Olimpia. Tenía una ambiciosa política de expansión territorial, como Esparta, pero dirigida sobre todo al control del noreste, donde intentó imponerse como ciudad hegemónica; tras destruir las ciudades próximas que simpatizaban con Esparta, como Nauplia y Asine, dirigió su atención a la zona de Corinto y a las viejas ciudades de Micenas, Tirinto, Trecén y Epidauro.

Según la tradición, para conmemorar la gran derrota en Hisias, hacia el 668 los espartanos instituyeron una fiesta especial, las Gimnopedias. La etimología de esta palabra no está clara; generalmente se ha entendido como la fiesta de «los muchachos

desnudos» (por tanto, formada sobre paidós, que significa ‘niño’); pero hay voces autorizadas que la relacionan con el verbo ‘danzar’ (paízo) y que la consideran como una danza que los espartanos ejecutaban desarmados o desnudos [26] . Se celebraban a mitad del verano en honor a Apolo, Ártemis y su madre Leto. La parte más importante del ritual eran las actuaciones de canto y danza. Los coros, formados por niños, jóvenes y viejos, hacían elogios de los muertos por Esparta, considerándolos dichosos y despreciando a los cobardes, que debían llevar una vida triste y miserable. Plutarco nos ha dejado una pequeña muestra de estas canciones que exaltaban la virtud militar:

Los ancianos comenzaban cantando: «nosotros un día fuimos animosos jóvenes»; el coro de edad madura respondía: «nosotros lo somos, y, si quieres, haz la prueba»; y el coro de los mozos en tercer lugar: «y nosotros seremos mucho mejores» [27] .

Platón menciona como parte del ritual pruebas de resistencia:

Existe entre nosotros el temible ejercicio de las Gimnopedias, cuando se trata de resistir lo más fuerte del calor [28] .

Tal vez se refiera a alguna competición que no está atestiguada por ninguna otra fuente, o bien simplemente al hecho de que las danzas se celebraban durante horas en la época más calurosa del estío, y terminaron siendo también una demostración de la capacidad de sufrimiento de un espartano. Con el paso del tiempo, estas fiestas sirvieron para exaltar las grandes batallas de Esparta y se convirtieron en las más importantes de los espartanos.

Tirteo y la Segunda Guerra Mesenia

La derrota en Hisias hizo crecer el descontento entre los espartanos, que pidieron ciertas reformas y distribución de tierras. El poema de Tirteo que los antiguos conocían como Eunomía ('Buen gobierno') parece referirse a estos conflictos sociales que tienen lugar durante el reinado del agíada Polidoro. La tradición lo ha convertido en un rey justo y humano, amigo del pueblo y partidario de la redistribución, lo que supuso su enfrentamiento con la vieja aristocracia. Se dice que un noble llamado Polemarco asesinó al rey y puso fin a toda innovación [29] .

Pero la principal consecuencia de la derrota en Hisias fue suscitar esperanzas de libertad entre los ilotas mesenios, que se rebelaron contra sus amos en lo que se conoce como Segunda Guerra Mesenia. Nuestro conocimiento sobre ella es escaso: el poeta espartano Tirteo, que fue contemporáneo de aquella guerra, y Pausanias, el viajero del siglo II d. C., el cual, además de ser muy tardío, acusa una excesiva influencia de informadores mesenios, que hacían exaltación del patriotismo local, y adorna su narración con lances novelescos, muy atractivos para el lector pero de poco valor histórico. En todo caso, sabemos que a los espartanos les costó un gran esfuerzo y sacrificio someter a los rebeldes.

Los poemas que se han conservado de Tirteo nos dan poca información sobre el conflicto en sí (aunque nos proporciona el valioso dato de que hubo un intervalo de dos generaciones entre la Primera y la Segunda Guerra Mesenias). Tirteo tenía principalmente un propósito: animar al combate a sus conciudadanos. Este tipo de poesías de corte marcial no era exclusivo de Esparta, pues Calino había escrito similares para los colonos griegos de Éfeso amenazados por los bárbaros. En ambos casos, era muy acusada la influencia de la poesía homérica, que exaltaba e idelizaba los valores guerreros. De hecho, a pesar de su origen espartano, Tirteo escribe en el dialecto propio de la elegía, el jonio.

Pero el heroísmo que encontramos en los poemas homéricos buscaba solo una gloria particular; para Tirteo ya no es suficiente, debe ser superada en aras de un bien superior: el Estado. La razón del heroísmo no es la gloria individual, como es el caso de Aquiles en la Ilíada, sino la patria. En sus poemas, Tirteo recuerda que el valiente siempre sale ganando: si muere, todos, tanto viejos como jóvenes, le lloran; tiene una tumba y su linaje se hace famoso; si sobrevive y alcanza la victoria, todos le muestran respeto, y «hasta los mismos mayores le abren espacio en los bancos»; el buen soldado «permanece en su puesto con las piernas bien abiertas, firmemente apoyado en el suelo con los dos pies, mordiendo el labio con los dientes». La capacidad para contemplar las miserias de la guerra es la prueba suprema para Tirteo de la fuerza del hombre para resistir con valentía. De alguna manera se valora más la experiencia de la guerra (en la que insistirá luego el entrenamiento brutal de los jóvenes espartanos) que la técnica y los conocimientos militares. Tirteo exalta al soldado que se atreve a mirar la matanza sangrienta y que se acerca sin miedo a la lucha cuerpo a cuerpo. Ese soldado que no teme la muerte y que está dispuesto al sacrificio es un bien común para la ciudad: «que todos intenten llegar con su valor al más alto grado de esta suprema excelencia» [30] .

Tirteo se convirtió en el poeta clásico de Esparta. Sus poemas se recitaban en las comidas comunes, donde eran aprendidos por los más jóvenes; se escuchaban también en los campamentos cuando el ejército iba en campaña [31] . Eran tan queridos y estaban tan asociados con el espíritu marcial de Esparta que se prohibía a los ilotas cantarlos.

En la Época Clásica la poesía de Tirteo llegó a Atenas. Platón, por ejemplo, demuestra un gran conocimiento, y en su diálogo Leyes admira el valor moral de esta poesía que exaltaba a los que se distinguen en la guerra defendiendo a la patria. Ecos de Tirteo también se encuentran en los epigramas funerarios del siglo v y en los discursos fúnebres con los que cada año la ciudad de Atenas rendía homenaje a los caídos por la patria.

▪

1 . Plutarco, Moralia, 217E.

2 . Conocemos su nombre antiguo por una única fuente: Pausanias, 2.38.7.

3 . Tucídides, 1.10.2.

4 . Tirteo, fr. 2D. Erineo es una localidad situada en la región conocida como Dóride, al norte de la Fócide, en la Grecia central; además de Tirteo, otras fuentes antiguas la consideraban como la patria originaria de los dorios; la Isla de Pélope es, por supuesto, el Peloponeso; prácticamente una isla que se une al continente por el estrecho istmo de Corinto.

5 . Tucídides, 1.12.3.

6 . Pausanias, 3.2.5. Carilao, que significa ‘alegría del pueblo’, es el nombre del rey que hallamos en Heródoto, Éforo, Plutarco y Pausanias, pero aparece como Cárilo en otros autores (incluso a veces en los mismos antes mencionados).

7 . IG V.1.26 (Inscriptiones Graecae, V, 1. Inscriptiones Laconiae et Messeniae, ed. Walter Kolbe. Berlín, 1913).

8 . Estrabón, 8.4.4.

9 . Ilíada, 2.584.

10 . J. N. Coldstream, Geometric Greece, p. 142.

11 . Pausanias, 3.20.6.

12 . Polibio, 5.19.7.

13 . Aristóteles, Política, 1269 a.

14 . Estrabón, 8.5.4.

15 . Isócrates, Panatenaico , 177-181.

16 . Pausanias, 4.34.

17 . Paul Cartledge, Sparta and Lakonia, pp. 99-100.

18 . Robin Osborne, La formación de Grecia, p. 220.

19 . Como sugiere el historiador J. N. Coldstream (Geometric Greece, p. 164).

20 . Tucídides, 1.101.

21 . Pausanias, 4.14.4-5.

22 . Platón, Leyes, 735f.

23 . Estrabón, 6.3.2.

24 . Satirio era el nombre que recibía la acrópolis de Tarento, y los yápiges eran el pueblo indígena que poblaba aquella zona del sur de Italia.

25 . Según el testimonio de Polibio, 8.28.2.

26 . R. Parker, «Spartan Religión», en Classical Sparta: Techniques behind her sucess, ed. A. Powell, pp. 142-172.

27 . Plutarco, Licurgo, 21.

28 . Platón, Leyes, 633B.

29 . Pausanias, 3.3.2-3.

30 . Tirteo, fr. 9.

31 . Nos informa un orador ático: Licurgo, Leocares, 107.

2. Dioses y festivales de Esparta

Los piadosos espartanos

Tras la conquista de Mesenia, Esparta se convirtió en uno de los estados griegos más poderosos y ricos de Grecia. Pero aquella riqueza se dedicó sobre todo al lujo de sus fiestas y a la construcción de templos, las dos principales formas de ostentación en un mundo donde había pocas posibilidades de exhibición del poder y del dinero. Los espartanos acudieron a lejanos mercados en busca de materiales costosos para realizar sus ofrendas votivas, las estatuas de los dioses y la decoración de los templos: oro, marfil, fayenza (material cerámico con acabado vítreo muy usado en el antiguo Egipto), vidrio, ámbar y bronce. En el caso del oro, sabemos que los espartanos viajaban hasta la lejana Lidia para comprar el que necesitaban para sus estatuas. Lidia se hallaba en Asia Menor y su capital, Sardes, se había fundado a orillas del Pactolo, un río aurífero; la riqueza de aquel país se basaba en la explotación del oro, un metal que no se encuentra en Grecia. El marfil, por su lado, procedería de Oriente Próximo; desde el puerto comercial de Al-Mina en la actual Siria (los griegos de Eubea habían fundado allí una factoría) llegaría hasta Samos, donde sería adquirido por los espartanos, que estaban muy bien relacionados con la aristocracia de aquella isla [32] . Aunque los artistas eran griegos, los motivos orientalizantes en el trabajo en marfil reflejan la gran deuda con el arte asirio.

Los espartanos celebraban todas sus fiestas con un respeto que llamaba la atención en el resto de Grecia. Fueron célebres por su extremada religiosidad. Heródoto escribe que «concedían la máxima importancia al cumplimiento de sus deberes religiosos» [33] . Pero lo realmente llamativo del comportamiento de los espartanos (como quiere subrayar Heródoto en su narración sobre las Guerras Médicas) es que los escrúpulos religiosos les impedían marchar a la guerra y salir en campaña. Sin duda, era algo que los demás griegos no hacían. Es posible que en tiempos muy antiguos la celebración religiosa fuera incompatible con la actividad guerrera, como

podemos rastrear en un pasaje de Homero:

El pueblo está celebrando la fiesta del dios, una fiesta sacrosanta, ¿Quién tirara hoy con los arcos? [34] .

Pero en Época Clásica estas restricciones solo se mantenían en los grandes festivales, como el de Olimpia.

No obstante, había otros rasgos que hacían atípicos a los espartanos dentro de la esfera religiosa y que también se explicaban por su carácter extremadamente conservador. En primer lugar, representaban armadas a todas las divinidades, masculinas o femeninas. En otras ciudades griegas también se habían erigido imágenes de dioses con armas (Atenea, de hecho, estuvo siempre así caracterizada), pero con el paso del tiempo se desarmaron. Seguramente el espíritu militar de los espartanos les apartó de esta corriente general y les hizo seguir fieles a la iconografía arcaica. Cuando los otros griegos les preguntaban por qué tenían tales imágenes, respondían:

Para que no se dirijan a los dioses los reproches que se dicen contra los hombres por su cobardía, y para que los jóvenes no supliquen sin armas a los dioses [35] .

En segundo lugar, para las estatuas de sus dioses, los espartanos mantuvieron el tipo primitivo anicónico (o muy toscamente trabajado), los famosos xóana del arcaísmo, realizados en madera o bronce. Este tipo era particularmente apropiado para las estatuas de divinidades femeninas: una forma tubular representaba su cuerpo como si fuera su vestido, y en ella se grababan relieves decorativos.

También resultaba curioso que rindieran culto a extrañas divinidades como el Miedo (Phóbos), la Risa (Gélos), la Muerte (Thánatos), la Vergüenza (Aidós), el Hambre (Limós), el Sueño

(Hýpnos) y el Amor (Éros); en su honor erigieron templos o estatuas. En general, esta sacralización de las pasiones del cuerpo indicaba una sociedad que intentaba imponer por encima de todo el autocontrol a sus ciudadanos.

Pero lo más sorprendente fue el hecho de que los espartanos no ofrecieran a sus dioses los despojos de los enemigos. Esto era algo exclusivo de Esparta, pues los templos y santuarios de toda Grecia (incluido Delfos) estaban llenos de armas que unos griegos había tomado de otros como botín de guerra. Cuando algún extranjero les preguntaba a los espartanos por qué no ofrecían a los dioses las armas de sus enemigos vencidos, éstos respondían de forma lacónica: «Porque son de cobardes» [36] . Platón, muy influido por las costumbres espartanas, también prohibirá en su República consagrar en los templos las armas de los vencidos, en la idea de que tales ofrendas contaminaban los lugares sagrados [37] .

Helena y Menelao

Hacia el 700 se construyó en Terapne, cuatro kilómetros al sureste de Esparta, un templo dedicado a Menelao y Helena, conocido como Meneleo (Menelaion) [38] . Se erigió en la margen izquierda del Eurotas, en un cerro alto y abrupto, sobre las ruinas de un antiguo edificio de la Edad del Bronce, tal vez el centro administrativo de los señores micénicos de Laconia. Los hallazgos arqueológicos confirmaron que este templo estaba consagrado a Menelao y Helena. En primer lugar, un aríbalo (frasco de cerámica para llevar el aceite a la palestra) datado en el segundo cuarto del siglo VII fue descubierto en una terraza con la inscripción «Deinis dedicó esto a Helena, la esposa de Menelao»; en otro objeto de bronce fechado en el 570 se leía una sencilla inscripción: «Para Helena»; y en una estela datada a finales del siglo v se podía leer: «Eutícrenes dedicó esto a Menelao». Demuestra que la epopeya homérica se había difundido ya por Laconia en torno al 700 y que los espartanos habían comprendido lo conveniente de dedicar este culto al Menelao homérico para dejar clara su legítima propiedad sobre el país.

En principio, el lugar de culto consistía sencillamente en un pequeño altar quizás rodeado de un temenos (terreno sagrado) marcado con mojones, pero a mediados del siglo VI se erigió una pequeña estructura monumental en piedra poros. Este templo, conocido como «el viejo Meneleo», tenía frontones y estaba techado con tejas de terracota y decorado con acroteras en forma de disco. En el siglo v se vino abajo y fue reemplazado por otra estructura que es a la que pertenecen las ruinas hoy todavía visibles. El rasgo más señalado de su construcción, que contrastaba con el resto de Grecia, era que no estaba rodeado por el típico peristilo; al parecer los espartanos nunca adoptaron el modelo de templo períptero. En Época Clásica fue uno de los más grandes edificios de Laconia.

Isócrates (orador ateniense del siglo IV) nos confirma que en este

templo de Terapne los espartanos hacían sacrificios sagrados a Menelao y Helena, no como héroes, sino como dioses [39] . En las excavaciones salieron a la luz numerosas ofrendas votivas, fechadas en su mayor parte antes del siglo v . Son, sobre todo, figuras de plomo con formas de animales, como leones, pájaros, caballos, cabras y ciervos; estas figuras parecen confirmar que Helena era en su origen una diosa de la fertilidad [40] . Es posible que estos objetos fuesen dedicados por periecos o ilotas (en la medida en que los espartanos no estaban relacionados con las faenas de la agricultura y la ganadería); pero también se han encontrado figuras con forma de diosas aladas, soldados e imitaciones de joyas y telares (las mujeres espartanas también se dedicaban a estas faenas, aunque solo para propósitos religiosos). Posiblemente el Meneleo atrajo a una amplia variedad de personas de diferente estrato social, tanto hombres como mujeres.

Los Dioscuros

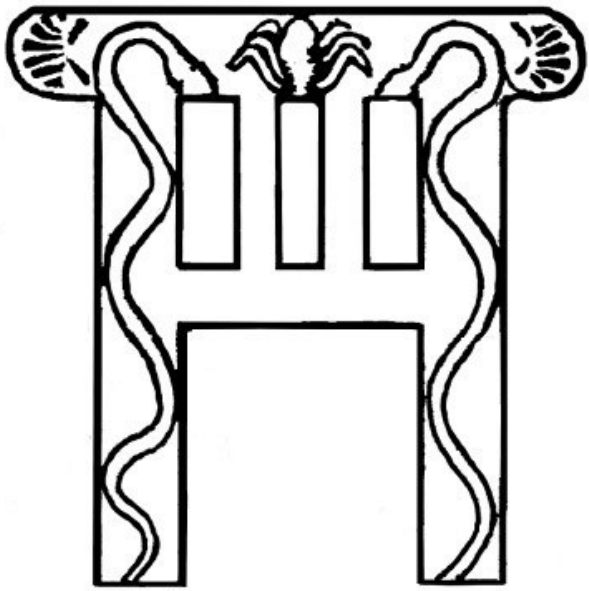
Cerca del Meneleo, también en la localidad de Terapne, los Dioscuros tenían su propio templo [41] . Los Dioscuros, es decir «los hijos de Zeus», eran hermanos de Helena. Según el mito, Tindáreo reinaba en Esparta con su bella esposa Leda. Zeus se enamoró de ella y para conseguir su amor se metamorfoseó en cisne. Ese mismo día Tindáreo se unió también a su esposa, de modo que Leda puso un huevo que contenía dos parejas: por un lado Cástor y Clitemnestra (que serían hijos de Tindáreo), y por otro Pólux y Helena (que serían hijos de Zeus). En el siglo II d. C., los espartanos enseñaban a los viajeros, dentro del templo de Hilaíra y Febe, un gran huevo adornado con cintas asegurando sin rubor que era el que había puesto Leda [42] .

Cástor y Pólux son inseparables en sus aventuras. La primera les llevó a rescatar a su hermana Helena cuando, todavía impúber, fue raptada por Teseo, que sentía el ambicioso deseo de tener como esposa a una hija de Zeus. Ambos participan más tarde en la expedición de Jasón en busca del vellocino de oro y se convierten en marineros de la nave Argo, donde destaca Cástor por su habilidad en el pugilato. Luego participan en la cacería del jabalí de Calidón, otra gran empresa que había reunido a los mejores héroes griegos del momento. En su última aventura se enfrentan a sus primos Idas y Linceo, ya fuera por haber raptado a sus novias el día de la boda, o a causa del reparto de un botín. El caso es que Idas mata a Cástor (que era mortal como hijo de Tindáreo), mientras Pólux hace lo propio con Linceo. Cuando Idas deja malherido a Pólux, Zeus interviene, fulmina con su rayo a Idas y se lleva consigo al mundo de los dioses a Pólux. Como éste no quería separarse de su hermano, cedió la mitad de su inmortalidad, por lo que, en virtud de esa solución de compromiso, ambos están un día en el cielo y otro en el Hades. (En otras versiones, los hermanos nunca podían encontrarse, pues cuando uno estaba en el cielo, el otro se encontraba en el Hades). El poeta Píndaro (siglo v) relaciona

directamente a los dos hermanos que habían compartido la inmortalidad con la localidad de Terapne:

Cambiando su condición pasan alternativamente un día junto a su padre Zeus y el otro bajo tierra en las oquedades de Terapne, cumpliendo un destino semejante [43] .

Los hermanos se relacionaban con el mundo de la milicia y en particular eran patronos de los jinetes (se les representaba como jinetes sobre caballos blancos). Por este carácter militar y su mismo origen, los Dioscuros eran divinidades muy queridas por los espartanos, cuyo juramento preferido, «Por los dos dioses», se refería precisamente a ellos. Unas estatuas de los dos hermanos acompañaban al ejército espartano en campaña; estas estatuas eran especialmente primitivas, pues consistían en dos vigas verticales de madera unidas por travesaños transversales; cada una de estas vigas representaba a uno de los hermanos. Según Plutarco, que nos explica su forma, el conjunto recibía el nombre de dókana, pues la palabra dokós significa precisamente 'viga' [44] . Hay una representación de la misma en un relieve encontrado en Laconia y hoy depositado en el Museo de Esparta. Los reyes espartanos, en tanto que descendientes ellos mismos de gemelos, se habían identificado estrechamente con los Dioscuros; por eso, cuando los espartanos decidieron en el 506 que no podían salir los dos reyes juntos en la misma campaña, desde ese momento iba al frente del ejército una sola viga; la otra quedaba en Esparta con el otro rey [45] .



1. La dókana, según un relieve hallado en Esparta.

Los espartanos creían que estos dioses, protectores de Esparta, se aparecían en las batallas y dejaban señales de su favorable presencia. Así pasó en el 467, cuando el rey Arquidamo infundió valor a sus hombres al asegurar que había advertido huellas de sus caballos y de sus armas [46] .

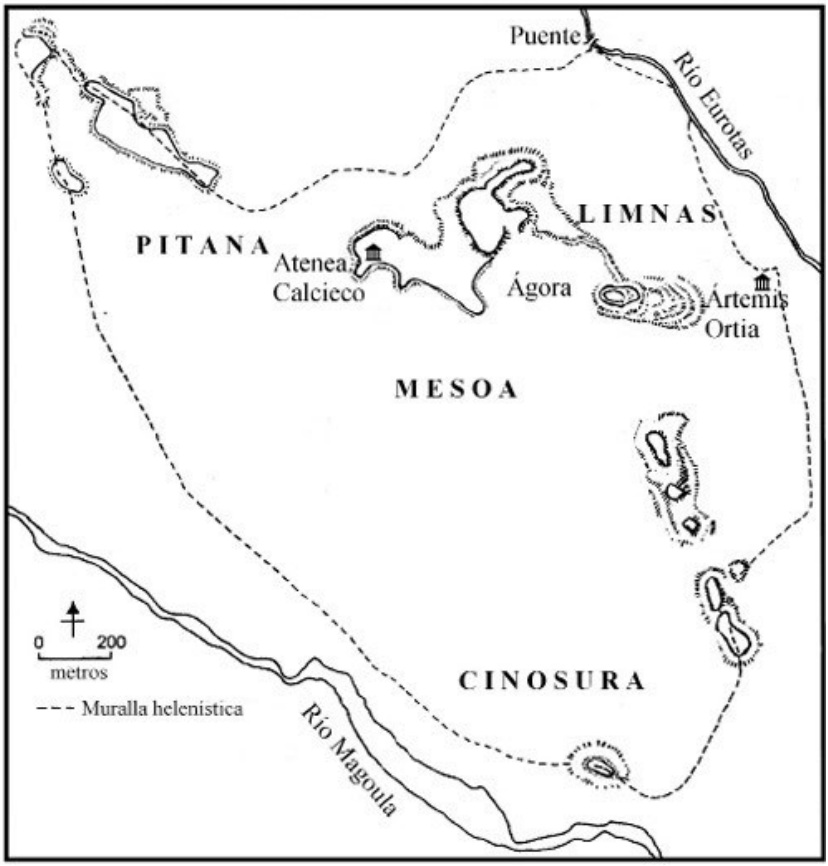
A partir de esa época los Dioscuros se convierten especialmente en protectores de los combates navales y están asociados con la imagen de estrellas. Precisamente en versiones tardías del mito se decía que Zeus había catasterizado a los hermanos que se habían convertido en la constelación Gemini, donde las dos estrellas más brillantes que se sitúan una frente a la otra reciben sus nombres. Pero también se aparecían en contextos más pacíficos y se pensaba que recorrían el mundo disfrazados de jóvenes viajeros para poner a prueba la hospitalidad de los poderosos. Esto ocurrió con el arcadio Euforión [47] , con los Escópadas de Tesalia y con el laconio Formión. Según

Pausanias, se presentaron con apariencia de extranjeros en la morada de Formión, que ocupaba en Esparta la antigua casa de Tindáreo, y solicitaron hospedarse. Pidieron la habitación que más les gustaba cuando, todavía como seres mortales, habitaron la casa. Formión les invitó a vivir donde quisieran del resto de la casa, pero se negó a darles esa habitación porque ahora la ocupaba su hija que era todavía doncella. Al día siguiente aquella doncella con toda su servidumbre desapareció y solo se encontró en la habitación unas imágenes de los Dioscuros [48] .

La Acrópolis de Esparta y el templo de Atenea

Como pasaba en casi todas las ciudades griegas, una divinidad femenina era la patrona de la ciudad, en este caso Atenea. Su templo estaba situado sobre la colina más alta de las seis que había en torno a las cuatro aldeas que formaban Esparta. Esta colina de apenas 25 metros de altura recibía el nombre de Acrópolis, pero no podía compararse con las famosas acrópolis de Tebas (la Cadmea), Corinto (Acrocorinto) o Atenas (la Acrópolis, por antonomasia). Por supuesto, la de Esparta no estaba protegida por murallas de ninguna clase. Dentro del templo se hallaba una estatua de bronce de la diosa, obra del artista local Gitiadas. Atenea recibía el epíteto de Polioûchos (en dialecto laconio, Poliâchos) [49] , que significa 'protectora de la ciudad'; más adelante, cuando el interior del templo fue revestido con delgadas placas de bronce, se le añadió un nuevo epíteto: Calcieco (Chalkíoikos), es decir, 'la del templo de bronce'. A la izquierda del templo se alzaba un santuario dedicado a las Musas, pues los espartanos sacrificaban a las Musas antes de cada batalla [50] , y detrás, un templo dedicado a Afrodita en cuyo interior se adoraba una imagen de madera de la diosa portando armas; de ahí, el epíteto con el que se la conocía, Area, es decir, 'de la guerra'. La diosa contaba con otro templo en una colina cerca de la ciudad, donde también aparecía armada. En Época Clásica llamó enormemente la atención que la delicada diosa del amor y la belleza apareciese representada de tal manera.

Cerca del templo de Atenea, sobre la Acrópolis, se descubrió la cabeza y el torso de un hoplita con casco de tipo ático, que se ha datado en el segundo cuarto del siglo v. Seguramente pertenecía a un grupo escultórico del frontón de un edificio, pero pronto se la relacionó popularmente con el famoso Leónidas, el rey que murió en las Termópilas y que estaba enterrado cerca del lugar. Fue descubierta en el año 1925, y hoy día es la pieza más famosa del museo arqueológico de la moderna ciudad de Esparta.



2. Plano de la ciudad de Esparta.

El santuario de Ártemis Ortia

Estaba situado en la margen derecha del Eurotas, cerca de la aldea de Limnas, en los cañaverales del río, un lugar realmente poco atractivo. Posiblemente el santuario se fundó en el siglo IX, y hacia el final del siglo VIII contaba con un altar y con un pequeño templo pavimentado. Entre el 570 y el 560 una gran inundación devastó el santuario, y se construyó de nuevo en una zona más alta. En principio estaba dedicado a una divinidad femenina llamada Ortia; este término, aunque de etimología discutida, parece relacionarse con el adjetivo griego orthós, que significa 'derecho', y tendría que ver con el correcto crecimiento de las plantas. La diosa, pues, sería protectora de la fecundidad y de la fertilidad. Solo posteriormente fue asimilada a la diosa Ártemis [51] . Como en otros santuarios de este tipo del resto de Grecia, en su recinto tenían lugar ritos de paso. El culto de Artemis Ortia fue común solamente a las cuatro oba í primitivas (según se deduce del testimonio de Pausanias) [52] , mientras que el culto a la deidad patrona de la ciudad, Atenea Poliâchos, fue compartido por todos.

En las excavaciones salieron a la luz numerosas figurillas de plomo (más de 100.000), que en su mayor parte pertenecen a la Época Arcaica. Durante el siglo VIII las figurillas de caballos son dominantes; las representaciones de hoplitas comienzan en torno al 650 y se hacen poco a poco más numerosas; esto sugiere que un amplio número de ciudadanos ya se podían equipar como hoplitas, pues la conquista de Mesenia aportó a muchos hombres la riqueza necesaria para este costoso equipo. Las muchachas, por su parte, ofrecían figuras de plomo que representaban tejidos o instrumentos para tejer. También son habituales, sobre todo a partir del 570, los ciervos, el animal relacionado con la diosa tutelar del santuario, Ártemis. En cuanto al plomo con el que se fabricaban, debemos pensar en que eran sustitutos baratos de otras dedicaciones más caras; pero también el plomo parece estar relacionado con su propiedades mágicas (de hecho, se usó en forma de láminas para

escribir fórmulas de maldición). Se ha señalado como probable lugar de procedencia del plomo las minas de Laurio, en el Ática; sabemos que desde el siglo IX el mineral extraído allí era sometido a un proceso que permitía obtener la plata y que dejaba un residuo de plomo. Esto ha hecho pensar en un comercio de bienes de lujo entre Atenas y Esparta al final de la Época Arcaica.

También se hallaron máscaras de terracota que representan variados tipos: jóvenes bien parecidos y viejos desagradables con grandes arrugas que tal vez tenían que ver con los ritos de paso que se celebraban en el santuario, y que implicaban pasar de una edad a otra. Algunas máscaras, por su tamaño, pudieron servir como tales, pero hay muchas otras que no tienen agujeros para los ojos o son demasiado pequeñas. En todo caso, este tipo de ofrenda votiva es exclusiva del mundo espartano. Solo hay algo parecido en la cultura fenicia y púnica (aunque en estos casos se depositaban en las tumbas).

Al noreste de Esparta, en el santuario de Zeus Mesapeo, también se hallaron máscaras votivas, por lo que se supone que tenían que ver igualmente con ceremonias de tránsito de edad. Desde principios del siglo VII al siglo II el culto a Zeus Mesapeo estuvo pujante; tres siglos más tarde, ya en época romana, volvió a conocer un resurgimiento.

En el santuario de Ártemis había también pequeñas ofrendas realizadas en materiales costosos como ámbar, fayenza, plata y bronce. Pero los más llamativos y hermosos son los realizados en marfil. Numerosas placas, fechadas a mediados del siglo VII, representan a la diosa como 'señora de los animales' (pótnia therón, un epíteto que aparece ya en los poemas homéricos) sosteniendo por el cuello a pájaros. Este material se tenía que importar del Oriente y era sumamente caro. Cuando los espartanos acudían a comprar oro en la lejana Sardes, sin duda ninguna, desembarcaban en Éfeso antes de hacer las tres jornadas de viaje hacia el interior. Éfeso era una ciudad griega, fundada por los jonios en el siglo x a orillas del Caístro, y era la puerta natural de entrada a la región. Curiosamente en Éfeso se adoraba por encima de todo a la diosa Ártemis, a la que se dedicaban exvotos en marfil. Éfeso y Esparta fueron las dos únicas ciudades del mundo griego que conocieron

una artesanía del marfil. En la primera mitad del siglo VI las ofrendas en este material caen bruscamente y unas tallas en hueso ocupan su lugar. Este fenómeno no fue exclusivo de Esparta y puede explicarse por la violenta expansión de Nabuconodosor por las costas fenicias que provocó la destrucción de Tiro y posiblemente la de Al-Mina en el 573, lo que supuso un duro golpe al comercio [53] .

Había, pues, una verdadera producción de exvotos a gran escala que daba trabajo a numerosos artesanos para crear esos objetos de plomo, bronce, marfil y terracota. Como pasó con todos los santuarios griegos, hay un marcado declive en los depósitos de ofrendas votivas a partir del siglo v. Esto se debió a un cambio en la mentalidad de los fieles, que ya no vieron apropiadas estas donaciones. En el caso del templo de Ártemis Ortia, podemos señalar que entre el 500 y el 425 se hallaron 10.617 figuras de plomo, pero en el periodo siguiente, del 425 al 250, solo 4.773.

Amiclas y el culto a Apolo y Jacinto

Sobre una colina cerca de la localidad de Amiclas se alzaba un santuario de Apolo. A finales del siglo VI se le dedicó una estatua monumental de más de treinta codos (es decir, superaba los trece metros de altura), donde aparecía el dios sentado en un trono, obra del artista jonio Baticles. Por supuesto, la estatua no ha sobrevivido, pero la conocemos bien por la descripción detallada que hizo el viajero Pausanias en el siglo II d. C. y por su representación en algunas monedas helenísticas. Pausanias consideró la estatua de factura antigua y realizada sin arte; era una representación muy primitiva, como una columna de bronce de la que solo asomaban las manos y las puntas de los pies. Estaba armada con un casco, una lanza y un arco. El arco no era el arma preferida de los espartanos, pero estaba muy asociada con la imagen tradicional de Apolo, pues desde tiempos de Homero recibía como epíteto «el del arco de plata».

El pedestal de la imagen servía también como altar y se decía que dentro estaba enterrado Jacinto (Hyákinthos). Según el mito, Jacinto era un joven de gran belleza, amado por Apolo. Cierto día en que los dos se entretenían lanzando el disco, el viento desvió el lanzamiento de Apolo (o bien rebotó contra una roca) con tal mala fortuna que dio a Jacinto en la cabeza y lo mató. Apolo, consternado por su muerte, quiso inmortalizar a su amado, transformando su sangre derramada en una nueva flor, en cuyos pétalos los antiguos leían o bien la lamentación del dios, AI, o bien la inicial de su nombre, Y; pero no se trata del jacinto actual sino de una especie de lirio. En otras versiones, es un dios del viento, Céfiro o Bóreas, el que, por celos, desvía el lanzamiento para vengarse de ambos.

Tradicionalmente se ha considerado que el culto a Jacinto era una supervivencia religiosa de la Edad de Bronce. Sería una divinidad localizada en Amiclas y relacionada con las ideas de muerte y

regeneración; su nombre está formado con el sufijo -nth- que se considera propio del sustrato lingüístico anterior a la llegada de los griegos. Su culto, por tanto, fue asumido por los dorios y se mantuvo sin cambios. Sin embargo, otros estudiosos piensan que se trata de una nueva creación: en principio, porque el festival y el mes al que daba nombre se encuentran en muchas otras ciudades dorias y porque Apolo-Jacinto fue un dios típicamente dorio. En segundo lugar, porque la investigación arqueológica parece indicar que durante la Edad de Bronce el culto estaba dirigido hacia una divinidad femenina. Lo que queda por explicar es el mismo nombre de Jacinto, que con toda seguridad es de formación pregriega. Cartledge lo explica diciendo que fue tomado en préstamo por los hablantes indoeuropeos que llegaron al Peloponeso en el tercer milenio, y supone que hacía referencia a alguna caracterísitica de la topografía de la zona [54] .

Apolo compartió culto con Jacinto en Amiclas. De hecho, las fiestas grandes de Amiclas recibían el nombre de Jacintias. Se celebraban por lo general en mayo y duraban tres días; el primero era de luto y estaba dedicado a las lamentaciones, pero los dos restantes eran de alegría y regocijo, con cantos, danzas y banquetes. Las mujeres montaban en carros ricamente engalanados y formaban una procesión en la que ofrecían al dios Apolo un quitón nuevo (las propias espartanas lo tejían para el dios). En estas fiestas se admitía a los extranjeros y era la ocasión para que los huéspedes de los espartanos visitaran la ciudad. Participaban en un banquete típico, que recibía el nombre de kopís, dentro de unas tiendas hechas con maleza y levantadas especialmente para la ocasión. La comida consistía en carne de cabra y pasteles y frutas; solo se consumía carne de cabra que era el animal destinado al sacrificio. Según Ateneo, también los ilotas podían participar en la fiesta [55] .

Eran tan importantes estas fiestas en Esparta que los habitantes de Amiclas incluso cuando estaban en campaña regresaban a su ciudad para celebrarlas. En ocasiones, los espartanos concluían treguas con sus enemigos para poder regresar a casa y asistir a las celebraciones [56] . En el tratado de paz entre Esparta y Atenas conocido como Paz de Nicias, una de las cláusulas establecía que cada año se renovarían los juramentos, los espartanos yendo a Atenas en la fiesta de las Dionisias, y los atenienses yendo a Esparta en la fiesta

de las Jacintias. Precisamente el texto de este tratado estaba grabado en una estela colocada junto al templo de Apolo en Amiclas.

Las Carneas

Había otro festival relacionado con Apolo, las Carneas. Carno o Carneo era un dios independiente y más primitivo que se asimiló a Apolo. Su nombre se relacionaba con la palabra kárnos, que significa 'ganado', en alusión al que se sacrificaba durante sus fiestas.

El culto a Apolo Carneo estaba extendido entre todos los pueblos dorios. Se celebraba en el segundo mes del año (julio-agosto), del 7 al 15, y su final estaba marcado por la luna llena de ese mes. Había juegos, puesto que un autor antiguo redactó una lista de vencedores de las Carneas (como se había hecho con los juegos de Olimpia). Las pruebas eran, al parecer, un reflejo del sistema de entrenamiento militar. De hecho, se ha pensado que tras su reorganización en el 676 se puso en relación con el proceso de educación militar de los jóvenes. Durante el tiempo que duraba el festival se levantaban nueve tiendas cerca de la ciudad en las que nueve hombres vivían a la manera de un campamento, a las órdenes de un heraldo. También se añadieron a esta fiesta competiciones musicales.

Alcmán y Estesícoro

La riqueza de sus templos y los numerosos festivales llenos de música, canto y danza hicieron destacar a Esparta por encima de todos los estados griegos. Por entonces la ciudad estaba abierta al exterior, de modo que un gran número de artistas acudió a Esparta en busca de fortuna. Terpandro de Lesbos es, sin duda, el más famoso y conocido por nosotros. Se dice de él que fue el primer vencedor en el certamen musical de las Carneas reorganizadas en el 676. Por las fuentes conocemos otros artistas famosos en su época: Taletas de Gortina, Jenodamo de Citera, Jenócrito de Locros, Polimnesto de Colofón, Sácadas de Argos. Todos ellos se dedicaron a la lírica coral y aportaron su genio para mayor brillantez de los coros en los festivales de Esparta. Por desgracia, para nosotros son solo nombres.

Sin embargo, la figura más importante en este campo de la poesía coral fue el poeta Alcmán, del que nos ha llegado, por suerte, una parte de su producción poética. Es difícil datarlo con precisión en el siglo VII; La Suda (un léxico griego compilado a finales del siglo x d. C.) nos da como fecha de su floruit el 672-669, y Eusebio de Cesarea, en su Crónica, el 659. En principio, su nombre es espartano (contracción de la forma más antigua Alcmaíon), pero ya en la Antigüedad se discutió sobre su origen. Apoyándose en los poemas que se conservan del propio Alcmán, se defendía un origen lidio del poeta:

No era un varón selvático ni torpe... ni un tesalio, ni un pastor de Erisica, sino de la elevada Sardes [57] .

Esta teoría contaba, al parecer, con la autoridad de Aristóteles; pero otros se inclinaban a pensar que se trataba de un poeta puramente

espartano, pues era difícil que un autor extranjero pudiera imbuirse tan profundamente de la cultura espartana y escribir tan hermosamente en su dialecto dorio (el único que emplea en sus poemas). Como solución de compromiso se ha pensado que se trataría de un espartano nacido o criado en la lejana Lidia, país con el que los espartanos tenían relaciones comerciales, como hemos visto. En Asia Menor Alcmán pudo tener contacto con la poesía griega floreciente en aquel momento antes de trasladarse finalmente a la propia Esparta.

Alcmán cultivó la poesía coral, es decir, estaba destinada a ser cantada por los coros en los cultos que hemos mencionado. Es plenamente consciente de su valía, hasta el punto de comparar su actividad con la de los guerreros: «Es tanto como el hierro tocar bien la cítara» [58] . Incluso se menciona a sí mismo en sus poemas, dejando de esta manera un sello que garantizará la pervivencia de su nombre mientras el mundo tenga el gusto por la poesía. Esto fue habitual en la cultura griega antigua, donde la transmisión oral de la literatura dejaba un camino fácil a la apropiación y la usurpación:

Estas palabras y esta melodía inventó Alcmán, componiendo al unísono con la perdices que vibran su lengua [59] .

Dentro de su producción destacan los partenios, es decir, los cantos de doncellas, que cantaban las muchachas de las casas reales de Esparta en las numerosas festividades religiosas. Los coros, al parecer, competían entre sí durante sus actuaciones; en ellos las doncellas piden la protección de los dioses para su ciudad, elogian al poeta o al maestro del coro o hacen alusiones a relaciones sentimentales. Los coros de doncellas espartanas fueron muy famosos en toda Grecia, como demuestra el siguiente pasaje de la Lisístrata del comediógrafo ateniense Aristófanes:

Para que celebremos a Esparta, que se complace en los coros

divinos y en el estrépito de los pies, cuando las doncellas, cual potrillas, saltan en la orilla del Eurotas, levantando el polvo con sus rápidos pies, y agitan sus cabellos, como bacantes que bailan con sus tirsos; y la hija de Leda, pura maestra del coro, las dirige de forma conveniente [60] .

En su poesía queda patente la alegría, la abundancia de los banquetes y la riqueza, que nada tiene que ver con la sobriedad y rigidez de la Esparta posterior. En un poema la maestra del coro, llamada Hegesícora, exhibe su belleza y su riqueza, con sus vestidos de purpura, su brazalete de oro con la forma de una serpiente y su tocado procedente de Lidia. La Esparta de Alcmán se nos muestra abierta a las influencias artísticas foráneas y dominada por una aristocracia que se vincula estrechamente con las otras élites de Grecia por amistad y hospedaje.

En época posterior a Alcmán encontramos otro gran poeta relacionado con Esparta: Estesícoro, es decir, 'el que detiene el coro'. Su nombre verdadero era Tisias y había nacido en Sicilia, posiblemente en la ciudad de Hímera, que tenía una población mixta de jonios y dorios. Su vida transcurre desde finales del siglo VII hasta mediados del siglo VI. Con más precisión La Suda lo sitúa entre el 632-556. Tuvo, por tanto, una vida larga y, según Cicerón, gozó de la fortuna de mantener su capacidad intelectual hasta una edad avanzada [61] . Fue un incansable viajero, como otros poetas de su tiempo, y visitó Esparta en muchas ocasiones, atraído por la brillantez de sus festivales. Durante siglos sólo se pudieron leer fragmentos muy breves de tradición indirecta, pero desde 1952, los hallazgos papiráceos en Egipto nos han permitido conocer parte de su obra. Por eso es posible establecer vínculos entre su producción poética y las especiales circunstancias de la ciudad de Esparta.

Sin duda, Estesícoro se sintió influido por el espíritu espartano y adaptó las viejas historias de la epopeya homérica. En un poema conocido como Orestíada, el poeta siciliano defiende la vinculación de la dinastía de los Atridas (Agamenón y Menelao) con Esparta.

Pero hay dos poemas que nos interesan especialmente para resaltar esta relación con Esparta: Helena y Palinodia. En el primero,

Estesícoro retrató a la bella Helena como una simple mortal (hija de Tindáreo) con los tonos más negativos; la consideraba como la causante de todos los males de los héroes griegos; en un fragmento la llama «la causante de muchas discordias». Cuenta Platón que, en castigo por este poema, Helena le privó de la vista y que Estesícoro tuvo que escribir uno nuevo (Palinodia significa exactamente 'volver a cantar'), y que al terminarlo recobró inmediatamente la visión. Con estos versos, según Platón, inició su rectificación:

No dicen verdad esas palabras,

ni subiste a las naves bien construidas

ni llegaste a la fortaleza de Troya [62] .

Sin duda, Estesícoro –tras sus contactos con Esparta, donde Helena recibía culto como diosa– reinterpretó los viejos mitos de la epopeya jonia (hostil a la figura de Helena) y redactó un poema de colorido espartano donde defendía la inocencia de la esposa de Menelao. En este poema plasmaba la leyenda de que Paris sólo se había llevado a Troya un fantasma con la apariencia de Helena, mientras que la verdadera fue llevada con ayuda de los dioses a los dominios del rey Proteo, en Egipto. Más adelante, Menelao, en su regreso a casa tras la destrucción de Troya, recaló en la costa egipcia. Allí el fantasma se desvaneció, y Menelao se reencontró con su verdadera esposa.

32 . Paul Cartledge, Spartan Reflections, p. 176.

33 . Heródoto, 5.63.2.

34 . Odisea, 21.258-9.

35 . Plutarco, Moralia, 232D.

36 . Plutarco, Moralia, 224B y 224F.

37 . Platón, Rep ública, 469c.

38 . Es Polibio quien lo menciona con ese nombre (en 5.18.3 y 5.22.3); anteriormente en Heródoto sólo leemos «el templo de Helena» (en 6.61).

39 . Isócrates, 10.63.

40 . Teócrito en uno de sus idilios (18.47) habla de una especial relación de Helena con la naturaleza, concretamente con los árboles. Menciona un «árbol de Helena» donde estarían grabadas las siguientes palabras: «Venérame, pues soy el árbol de Helena».

41 . Pausanias, 3.19.9; en un fragmento de Alcmán se menciona un templo en Terapne que posiblemente se refiera a este de los Dioscuros (fr. 14 Page).

42 . Pausanias, 3.16.

43 . Píndaro, Nemeas, 10.55-6.

44 . Plutarco, Moralia, 478 a.

45 . Heródoto, 5.75.

46 . Según Polieno, 1.41 y Frontino, 1.11.9.

47 . Según Heródoto, 6.127.

48 . Pausanias, 3.16.3.

49 . Según una inscripción laconia del siglo

v

: IG5 (1) 213.3; además, en Píndaro, Olímpicas, 5.24 donde se lee poliáochos.

50 . Pausanias, 3.17.2.

51 . De hecho, las inscripciones laconias no mencionan este nombre hasta el 50 d. C. Nicolas Richer, «The religious system at Sparta», en Daniel Ogden (ed.), A companion to Greek religion, p. 238.

52 . Pausanias, 3.16.9.

53 . Paul Cartledge, Sparta and Lakonia, p. 117.

54 . Paul Cartledge, Sparta and Lakonia, p. 69.

55 . Ateneo, 4.139d-f.

56 . Pausanias, 4.19.

57 . PMG, 16 (Poetae Melici Graeci, Oxford, 1967).

58 . PMG, 41 (Poetae Melici Graeci, Oxford, 1967).

59 . PMG 39 (Poetae Melici Graeci, Oxford, 1967).

60 . Aristófanes, Lisístrata, 1305 y ss.

61 . Cicerón, Cato Maior, 23.

62 . Platón, Fedro, 243 a.

3. El sistema político espartano

Licurgo y la Gran Retra

Esparta se había convertido en un gran estado tras la conquista de Mesenia. Su extensión de 5.000 kilómetros cuadrados destacaba sobre manera en un mundo griego donde predominaban las pequeñas ciudades, condenadas a la debilidad y siempre en disputa con sus vecinos por los escasos recursos existentes.

Para controlar a la población sometida, sobre todo a los ilotas mesenios, los espartanos se organizaron como una comunidad de soldados profesionales sometidos a una estricta disciplina y mantuvieron en lo posible la armonía interna. La famosa eunomía ('buen gobierno') de Esparta fue cuidadosamente construida para preservar la unidad de los ciudadanos; de esa manera, un número reducido de espartanos podía dominar a los ilotas y a los periecos. La ciudad, como dice Isócrates, «se convirtió en un campamento militar bien administrado y obediente a sus comandantes» [63] ; al mismo tiempo, había que evitar toda intromisión de otros estados en su sistema, pues aunque Esparta, situada en un extremo del Peloponeso, gozaba de relativo aislamiento, al norte había potenciales peligros en Arcadia y en Argos.

En algún momento del siglo VII los espartanos se dieron un conjunto de medidas políticas, sociales y económicas que intentaban solucionar todos estos problemas internos, y conferir la estabilidad necesaria para que esa situación de prosperidad perviviese. En opinión de Cartledge, tres acontecimientos propiciaron la creación de esta nueva constitución en Esparta: la derrota ante Argos en Hisias, que había creado serios disturbios sociales, la revuelta mesenia y la aparición de tiranías en los estados del istmo de Corinto en torno al 650.

La tiranía –es decir, el poder absoluto de una sola persona– era el gran temor de las clases aristocráticas que habían dominado el panorama político de toda Grecia durante la Época Arcaica; en principio, este gobierno de un hombre fuerte intentaba poner fin a

las rivalidades dentro de la polis entre el pueblo y la aristocracia. En lugar de caer en la tiranía, los espartanos renovaron las instituciones y remodelaron el ejército. Por eso A. Andrewes en 1956 denominó a este sistema político «la alternativa espartana a la tiranía». Esparta conoció la primera constitución hoplita de la historia de Grecia, pero esta constitución, tan liberal y progresista en su momento, debido a su inmovilismo, parecía arcaica y primitiva a los demócratas del siglo v.

Los antiguos atribuían la creación del sistema espartano a Licurgo, pero tenemos buenas razones para dudar de la existencia histórica del legislador. Nuestra fuente más antigua sobre Esparta, el poeta Tirteo, no lo menciona. Además, los autores antiguos son incapaces de ponerse de acuerdo sobre la época en que vivió: para Jenofonte fue contemporáneo de los Heraclidas (siglo XI); Heródoto y Simónides lo relacionan con reyes del siglo IX; y Aristóteles dice que fue cofundador de los Juegos Olímpicos en el 776 [64] . Además, su figura está a medio camino entre los dioses y los hombres. Su estatus humano fue puesto en duda incluso entre los autores antiguos; de hecho, en la Época Clásica recibió adoración en un templete situado a orillas del Eurotas. Plutarco, aunque le dedicó un libro en sus Vidas Paralelas, tuvo que reconocer en un pasaje que

nada puede ser dicho que no sea objeto de discusión; diferentes historias circulan sobre su linaje, sus viajes, su muerte y su actividad legislativa o política [65] .

Para empezar, las fuentes no están de acuerdo en el papel exacto de Licurgo: en unos casos se afirma que simplemente trajo sus leyes y normas de Creta (isla de población doria que presentaba numerosos puntos en común con Esparta); en otros, que Licurgo recogió la constitución espartana del oráculo de Delfos. Jenofonte, sin embargo, considera a Licurgo el autor de las leyes, aunque luego fueron sancionadas por el oráculo de Delfos. La referencia al oráculo de Delfos tenía como finalidad revestir a las leyes de carácter divino para evitar que fuesen alteradas y criticadas.

Este conjunto de normas se conocieron como la Gran Retra; retra es una palabra griega que en Esparta y otras ciudades dorias tenía el sentido técnico de 'ley'. Solo Plutarco nos ha transmitido este texto en su biografía de Licurgo:

Tras levantar un templo a Zeus Silanio y Atenea Silania, distribuir las tribus (phylai) y las aldeas (obaí), y establecer una Gerousía de treinta junto con los archagétai, que reúna la Apélla de estación a estación entre Babica y Cnación; que se presenten las propuestas y se disuelva; que el poder y la autoridad residan en el pueblo; si el pueblo decide torcidamente, que los ancianos y los archagetai lo disuelvan [66] .

El texto griego presenta tal complejidad en su sintaxis y en el sentido de sus palabras que ha sido un serio desafío para los estudiosos de todas las épocas. El propio Plutarco, aportando la autoridad de Aristóteles, intenta explicar los términos más oscuros: los archagétai –que literalmente se traduce como 'líderes supremos'– son los reyes; «reunir la Apélla» quiere decir 'reunir la Asamblea'; recibía ese nombre porque estaba ligada a las fiestas de Apolo que se llamaban Apellas; en cuanto a Babica y Cnación, son un puente y un río cerca de Esparta, donde se reunía la Asamblea primitiva al aire libre, sin soportales ni edificios. Según Plutarco, el último punto de la Gran Retra fue un añadido posterior de los reyes Polidoro y Teopompo, pero todos los estudiosos modernos coinciden en que era parte integrante del texto inicial.

Podemos repasar brevemente los diferentes elementos del sistema político que aparecen en este documento para entender su funcionamiento.

Los reyes

La realeza había desaparecido en las demás ciudades griegas. En Atenas, por ejemplo, el rey (basileús, es el término griego) había pervivido como una reliquia en el nombre de uno de los tres principales magistrados, el arconte basileús, que solo ostentaba funciones religiosas.

En el caso de Esparta, no solo pervivía sino que presentaba una rareza añadida: era una monarquía dual. Había dos reyes que pertenecían a dos casas reales distintas: los Agíadas y los Euripóntidas. Como hemos visto, la leyenda del retorno de los Heraclidas lo explicaba. Heródoto cuenta con más detalle y de forma más novelesca este origen: los dorios habían ocupado Esparta bajo la dirección de Aristodemo, descendiente directo de Heracles. Aristodemo tuvo de su mujer Argía dos hijos gemelos, Eurístenes y Procles. Tras su muerte los espartanos decidieron nombrar rey al hijo mayor, pero como no sabían cuál podía ser de los dos niños, se lo preguntaron directamente a la madre que declaró que ella también lo ignoraba, pues era incapaz, como todo el mundo, de distinguirlos. Los espartanos estaban en un dilema y enviaron un emisario a Delfos para preguntar al oráculo. Se les respondió que nombraran reyes a ambos niños, pero que honrasen particularmente al primogénito. Para saber quién era el primogénito vigilaron atentamente a la madre en sus quehaceres diarios y observaron que atendía, lavaba y alimentaba siempre al mismo niño en primer lugar, y de ahí concluyeron que aquel niño era el primogénito. Se lo arrebataron entonces a la madre para separarlo y evitar confusiones y lo criaron aparte [67] . Por eso, aunque ambas casas reales gozaron de los mismos privilegios, una de ellas, la que procedía de este primogénito, Eurístenes, gozó de mayor prestigio (los Agíadas).

Esta era la curiosa leyenda que contaban los propios espartanos. En principio era útil para la estabilidad de la institución monárquica, ya que aseguraba que el propio Apolo desde su oráculo había

sancionado su existencia, pero no puede responder a la realidad. Seguramente los invasores dorios se encontraban divididos en grupos cuando llegaron al valle del Eurotas y se mantuvieron los reyes cuando se produjo la fusión de las comunidades. De hecho, cada rey estaba radicado en una villa: los Agíadas en Pitana, la más pequeña, y los Euripóntidas en Limnas, y allí tenían sus propias áreas de enterramiento. En definitiva fue una consecuencia de la fusión de las comunidades aisladas que los primeros dorios habían creado en el valle del Eurotas.

Con el nuevo ordenamiento de Licurgo, su poder político disminuyó notablemente al quedar integrados dentro de la Gerousía o Consejo de ancianos. Tenían, como los demás miembros, un solo voto, según especifica Tucídides para corregir a su maestro Heródoto, que en un pasaje de su obra había dejado escrito que contaban con dos votos [68] . Su poder judicial se limitó a los asuntos familiares, como el matrimonio (de una heredera, cuando había varios parientes interesados), las adopciones y lo referente a los caminos. Se han dado diversas explicaciones para esta última función. Es posible que estuviera en conexión con las dos facetas más importantes de los reyes, la religiosa y la militar: limitando la invasión de los caminos sobre terrenos de carácter sagrado, o bien asegurando que los caminos se mantenían en las mejores condiciones para el rápido movimiento de las tropas [69] .

La principal función de los reyes era militar, dirigiendo a los ejércitos en campaña. Iban siempre a la cabeza del ejército en marcha (si descontamos los exploradores y los habitantes de la Escirítide, que formaban un cuerpo auxiliar) y eran los últimos en retirarse. Mientras estaban en campaña, 100 soldados de élite constituían su guardia personal; era un tercio de la guardia real, formada por 300 hombres, a razón de 100 hombres por cada tribu. Aunque se les llamaba hippeîs (término que significa ‘caballeros’), no servían a caballo y, por tanto, su nombre debe responder a una época muy primitiva que había sido ya olvidada. Estaba formada por varones de entre 20 y 30 años, escogidos por su destacada actuación en el período de entrenamiento [70] . Era la mayor dignidad que se podía alcanzar en Esparta. Los cinco de más edad, entre los que cumplían su último año de servicio militar, recibían el nombre de agathoergoí, es decir, ‘bienhechores’; tenían además, funciones

civiles y debían realizar misiones especiales fuera de Laconia [71] .

Los reyes en campaña tenían a su disposición todas las reses que pudieran desear, no para comer sino para ofrecerlas en los sacrificios que eran preceptivos realizar. Un adivino profesional (que no era espartano) acompañaba al ejército; debía ofrecer la interpretación formal de los sacrificios que se habían realizado bajo la atenta supervisión del rey. Sin duda, era un colaborador muy próximo y compartía sus preocupaciones y sus puntos de vista sobre la batalla o la campaña; en ese sentido sabía el tipo de aviso que esperaba recibir de los dioses. Aún en Esparta el rey hacía un sacrificio a Zeus Agetor (es decir, 'guía') y a los Dioscuros; si era favorable, avanzaba hasta los límites del país, y allí sacrificaba de nuevo, esta vez a Zeus y a Atenea (este sacrificio se llamaba diabatéria); si era propicio, el ejército atravesaba las fronteras. El fuego de esos sacrificios se llevaba en la campaña sin apagarlo jamás; el hombre que se encargaba especialmente de ello recibía el nombre de pyrphóros, 'portador del fuego', y también se ocupaba de los animales destinados al sacrificio [72] . Antes del avance final contra el enemigo el rey sacrificaba una cabra a Ártemis Agrótera, diosa de la caza. La elección de esta diosa para el sacrificio puede deberse a que los combates en tiempos más antiguos tenían lugar en las areas fronterizas, agrestes y salvajes. Muchas fuentes recuerdan que también hacía sacrificios a las Musas para que los soldados realizaran hazañas dignas de ser cantadas y recordadas [73] .

En campaña era tan grande su libertad de movimientos que Tucídides señala: «Cuando el rey está al frente de las tropas su autoridad es absoluta» [74] . Aristóteles insiste también en que en esas circunstancias los reyes gozaban de plenos poderes:

Sólo cuando sale en campaña fuera del país, el rey es jefe supremo en lo que atañe a la guerra y en los asuntos relativos a los dioses; es como un generalato con plenos poderes y vitalicio [75] .

De todas formas, como veremos más adelante, los reyes al volver a Esparta tenían que rendir cuentas de su actuación ante los éforos y

la Gerousía.

Aristóteles dice en su Política que los asuntos relacionados con los dioses son encomendados a los reyes [76] . En concreto ostentaban el sacerdocio de Zeus Lacedemón y Zeus Uranio, bien de forma colegiada o bien cada casa reinante ocupaba uno de ellos. Este papel central en las ceremonias religiosas se explica porque los reyes remontaban sus orígenes hasta Heracles y el mismísimo Zeus. No es extraño, por tanto, que fueran distinguidos con numerosos honores por encima de los demás espartanos. Así, por ejemplo, cuando se celebraba un sacrificio oficial, los reyes eran los primeros en sentarse a la mesa, les atendían primero y les servían en todos los platos doble ración; les correspondía hacer las libaciones y recibían las pieles de los animales sacrificados. Todos los días primero y séptimo de cada mes se les entregaba una víctima para el templo de Apolo, un médimno de harina de cebada y un cuartillo de vino laconio. En los certámenes tenían reservado un sitio de honor; se encargaban de nombrar próxenos (que eran las personas de otra ciudad que se ocupaban de defender los intereses de Esparta en esa ciudad y hospedar y acoger a los enviados oficiales cuando se desplazaban allí) y cuatro pitios (cada rey elegía dos); estos pitios eran los hombres que se encargaban de consultar al oráculo de Delfos, pues Esparta tenía una especial relación con este santuario oracular. Los reyes además se ocupaban de custodiar las respuestas dictadas por los oráculos, cuyo contenido solo conocían ellos mismos y los pitios . Eran mantenidos a costa del Estado y además percibían rentas de tierras que tenían asignadas en las ciudades periecas [77] , por lo que se les consideraba hombres muy ricos. De todas formas, la exacta naturaleza de estas rentas reales es desconocida.

A su muerte les rendían grandes honores. Para empezar, unos jinetes divulgaban la noticia por toda Laconia. En la ciudad grupos de mujeres recorrían las calles golpeando calderos; era obligatorio que en cada casa dos personas de condición libre se vistieran de luto. Su funeral era especialmente solemne. Debían acudir obligatoriamente un gran número de periecos e ilotas que se congregaban en un lugar determinado, y allí, juntamente con los espartiatas, hombres y mujeres, comenzaban a golpearse la frente con fuerza y a lamentarse, repitiendo sin cesar que el rey que acaba

de morir era, sin duda, el mejor. Por espacio de diez días se guardaba luto oficial y no tenían lugar actividades políticas ni comerciales.

Si el rey moría lejos, en campaña, su cuerpo se embalsamaba con miel (o cera, en su defecto) y se trasladaba lo más rápidamente posible a Esparta para que recibiera allí los últimos honores. Si el cuerpo no se recuperaba, se modelaba una efigie suya (un simulacro) que conducían a la tumba en un féretro lujosamente decorado; ocupaba así el lugar del cuerpo que no había sido todavía trasladado a Esparta. Solo conocemos dos casos: Leónidas, que murió en las Termópilas en el 480, aunque años después su cuerpo fue recuperado y trasladado a Esparta donde recibió sepultura; y Arquidamo III, que murió luchando en Italia en el 338 y cuyo cuerpo nunca fue hallado. Según Jenofonte, estos honores fúnebres demostraban que los reyes difuntos adquirían un estatus heroico tras su muerte.

En ambas casas reales la sucesión recaía directamente sobre el primer hijo varón nacido después del advenimiento al trono del padre. A falta de hijos, el trono pasaba al pariente agnado varón más próximo. El rey que accedía al trono perdonaba a todos los espartiatas sus deudas para con el rey o el Estado, en un gesto que a Heródoto le recordó a los monarcas persas [78] . Por regla general, se casaban dentro de la propia familia, practicando la endogamia. Los éforos velaban con gran atención por la continuación dinástica con el fin de que las dos casas reales se mantuvieran, pues la rivalidad entre ellas era parte vital del sistema, de modo que una fuera el freno de la otra (era considerada, de hecho, como una magistratura colegiada, y por eso en Roma se comparó a los reyes espartanos con los cónsules, salvando las distancias). Por otro lado, los éforos aprovechaban las complicadas relaciones familiares de las dinastías reales para poder apartar del poder con cierta facilidad a los elementos que consideraban que no estaban a la altura de su misión o que se alejaban de la línea fijada por el Estado.

La Gerousía

Era un consejo de ancianos formado por 28 varones mayores de 60 años a los que se sumaban los dos reyes. Como el cargo era vitalicio y sus decisiones no estaban controladas por ninguna instancia superior, su autoridad y poder eran enormes. No era una creación de Licurgo, pues consejos de este tipo existían en otras ciudades griegas, aunque, debido a su corte aristocrático, con la evolución política terminaron por desaparecer. Aun así, en Atenas, sin ir más lejos, existía el Consejo del Areópago, con carácter vitalicio y con atribuciones limitadas al ámbito religioso, que pervivió hasta tiempos de la democracia, como una reliquia. Licurgo se limitó a fijar el número y composición de dicho Consejo de ancianos.

Por el texto de la Gran Retra sabemos que la Gerousía tenía una función probouléutica, es decir, preparaba un orden del día con las propuestas que debían ser decididas en la Asamblea. Este control sobre el mecanismo político era el que daba a este Consejo un gran poder. Por si eso fuera poco, en el punto último se le concedía la posibilidad de anular las decisiones de la Asamblea, «si el pueblo hablaba torcidamente». Se constituyó además como la más alta sede judicial, con poder para juzgar e imponer las penas de muerte, exilio o pérdida de derechos; hasta los mismos reyes eran juzgados ante ella (en estos casos los eforos se unían a los ancianos para formar el tribunal).

Sus miembros se elegían en la Asamblea. Según Plutarco, los candidatos se presentaban por orden ante la Asamblea y recibían la aclamación de los ciudadanos; en un lugar cercano, donde no veían el espectáculo y tampoco eran vistos, había un grupo de jueces que valoraba la magnitud del griterío que recibía cada candidato y lo consignaba en el mismo orden en unas tablillas. Los ancianos elegidos eran coronados con guirnaldas de flores y, acompañados por una multitud de jóvenes y doncellas, hacían un recorrido por los templos de la ciudad en acción de gracias [79] . Aristóteles criticó

esta forma de elección calificándola de infantil, así como su carácter vitalicio («pues también hay una vejez de mente, junto a la del cuerpo») [80] y el hecho de que estuvieran libres de rendición de cuentas por su actuación.

La Asamblea

La Asamblea de los ciudadanos espartanos era la reunión de todos los hombres mayores de 30 años con derechos. Tampoco era una novedad, sino común a todas las póleis y respondía a las primitivas asambleas de guerreros de los pueblos indoeuropeos. La Gran Retra establece que la Asamblea debe reunirse en un lugar y tiempo determinado; un tiempo que parece que tiene que ver con un festival religioso dedicado a Apolo, las Apéllai, del que poco sabemos (tal vez, celebrado una vez al mes). Por eso, se le ha llamado convencionalmente Apélla a la Asamblea espartana, aunque parece que oficialmente su denominación entre los espartanos fue Ekklesía, el mismo término que usaron las demás póleis griegas.

Sólo los ciudadanos con plenos derechos podían tomar parte en la Asamblea; estos ciudadanos recibían el nombre de espartiatas, pero, por lo general, se les llamaba «los iguales» o «semejantes» (en griego hómoioi); realmente eran iguales en dignidad y educación, pero no en riqueza. La igualdad tenía que ver más con el estilo de vida, pues los espartanos adoptaron un modo de vida modesto y fuertemente igualitario, evitando la ostentación de riquezas, al tiempo que condenaron el lujo y la relajación. Las diferencias económicas no fueron eliminadas, pero sí reducidas a un rango menor; esto se consiguió sencillamente haciendo imposible que esas riquezas posibilitasen a sus dueños llevar un nivel de vida diferente al común de los espartanos, ya que en el país había poco para comprar y para ostentar. Como resume Tucídides: «Los que eran ricos mantuvieron un modo de vida similar al de la mayoría» [81] .

La función de la Asamblea era elegir a los miembros de la Gerousía y a los éforos; durante sus reuniones se aprobaban las propuestas que presentaba el Consejo de ancianos o Gerousía; no hay consenso sobre el modo en que tenía lugar la Asamblea espartana, principalmente si existía debate sobre las cuestiones presentadas o

el cuerpo de ciudadanos allí reunido se limitaba a aprobar o rechazar las propuestas.

Los éforos

La palabra «éforo» es un término griego que significa supervisor. Eran cinco magistrados elegidos por la Asamblea anualmente de entre el conjunto de los ciudadanos; uno de los éforos daba nombre al año (epónimo). Hasta donde sabemos, no había posibilidad de reelección (importante precaución en un cargo que ostentaba tan gran poder).

La Gran Retra no dice nada sobre esta magistratura colegiada, conocida como eforado, que dominó la vida política de Esparta en la Época Clásica. Heródoto, Platón y Jenofonte la consideraron obra de Licurgo, pero Aristóteles dice que fue instituida por el rey Teopompo (siglo VIII). Los modernos historiadores también han discutido sobre la fecha de su creación y sobre sus funciones originales; para algunos, existía en la época de la Gran Retra, pero tenía por entonces escasa importancia; para otros, se creó en una fase reciente del desarrollo del Estado espartano. La lista de esta magistratura anual preservada en Esparta se dice que únicamente llegaba hasta el 753 a.C. Su número, que no se corresponde con las tres tribus dorias, se ha relacionado con las cinco aldeas que formaban Esparta y algunos estudiosos los han considerado como los jefes o alcaldes. Otros estudiosos, sin embargo, han visto en ellos a sacerdotes o astrólogos que desde tiempo inmemorial acompañaban a las tribus dorias, y que gradualmente fueron haciéndose con el control del poder civil. Para apoyar la idea, aportan un pasaje de Plutarco, donde los éforos observaban los astros e interpretaban señales del cielo. Además, los éforos de la Época Clásica se ocupaban también de regular el calendario (intercalando un mes extra cada tres años para hacer coincidir el calendario lunar y solar).

Las fuentes mencionan otros deberes religiosos de los éforos, como consultar el oráculo de Pasífae en Talamas, una comunidad perieca en el golfo de Mesenia, donde practicaban la incubatio: los éforos

dormían en una sala del santuario y en sus sueños recibían un mensaje de la divinidad que les aclaraba sus dudas sobre un asunto en particular [82] .

Pero también es posible que el eforado surgiera como resultado de la lucha de los nobles para limitar el poder de los reyes; de hecho, funcionaron como contrapeso al poder de los reyes y de la Gerousía. Especialmente hubo una difícil relación con los reyes.

Al principio del año los éforos y los reyes hacían un juramento mutuo: los reyes se comprometían a preservar las leyes establecidas, y los éforos juraban que los reyes no perderían su autoridad en tanto se mantuviesen fieles a su juramento [83] . Todos los espartiatas se levantaban ante la presencia del rey, excepto los éforos cuando estaban sentados en sus tronos oficiales.

En Época Clásica, los cometidos primordiales de los éforos eran hacer respetar las leyes y las costumbres, y encargarse de la correcta educación de la juventud. Se convirtieron en el principal poder político dentro de Esparta: presidían la Asamblea, se ocupaban de juzgar los asuntos civiles, y en combinación con la Gerousía, también el comportamiento de los reyes; recibían a los embajadores extranjeros; se encargaban de reclutar al ejército tras determinar el tamaño que se necesitaba. Cuando los reyes salían en campaña estaban acompañados por dos éforos que los observaban. Tenían facultades para multar a cualquiera; podían cesar, encarcelar y citar a juicio con pena de muerte a los otros magistrados, y si advertían que alguien cometía algún abuso lo castigaban en el acto. Una noticia de Jenofonte apunta a que los éforos tomaban sus decisiones por mayoría de votos [84] . Tenían una sede oficial donde comían juntos a la manera espartana.

Cuando tomaban posesión de su cargo, según Plutarco, advertían a los espartanos de que se afeitasen los bigotes y cumpliesen las leyes [85] . En Época Arcaica los griegos solo llevaban patillas y barbas, pero procedente de Oriente (hacia finales del siglo VII) se había impuesto en toda Grecia una nueva moda de dejarse también el bigote; los éforos vigilaban el cumplimiento de las normas de vida tradicionales y luchaban contra la nueva moda.

Aunque esta magistratura permitía al espartano corriente participar

del poder, Aristóteles la criticó duramente; en principio, porque gozaba de «una autoridad excesiva y tiránica» [86] , una idea que su maestro Platón ya había apuntado en su diálogo Leyes [87] . Además, como los éforos procedían del pueblo, muchas veces llegaban al cargo hombres pobres que eran fácilmente sobornables. También criticó Aristóteles el modo de elegirlos por considerarlo demasiado pueril (aunque no conocemos el modo de elección).

La teoría política de los antiguos griegos había distinguido varios tipos de constitución: la monarquía, la oligarquía (aristocracia) y la democracia. La constitución espartana fue especialmente alabada porque se consideraba una sabia mezcla de los regímenes políticos anteriores: los éforos representaban el elemento democrático, los reyes, por supuesto, el monárquico y la Gerousía el aristocrático. Se había conseguido que cada elemento del sistema compensase y controlase a los otros, creando una armonía que era precisamente la causa de que Esparta hubiese quedado libre de tiranías y disensiones durante tantos siglos. Este sistema se conocía como «constitución mixta». La idea se desarrolla en el siglo v pero no se aplica a Esparta hasta el siglo IV. Aparece en las Leyes de Platón y en la Política de Aristóteles [88] ; incluso Polibio, que no era precisamente amigo de los espartanos, se ve obligado a ensalzar este tipo de régimen:

Es evidente que debemos considerar como óptima la constitución que se integre de los tres tipos citados (monarquía, aristocracia y democracia), de ella hemos encontrado una experiencia práctica cuando Licurgo estructuró de esa manera la primera constitución de los espartanos [89] .

63 . Isócrates, 6.81.

64 . Política, 2.10.2.

65 . Plutarco, Licurgo, 1.1.

66 . Plutarco, Licurgo, 6.

67 . Heródoto, 6.51.

68 . Tucídides, 1.20 y Heródoto, 5.57.

69 . H. Michell, Sparta, p. 110.

70 . Los espartanos usaban un término especial para referirse al joven entre 20 y 30 años: hebón (plural: hebóntes) .

71 . Heródoto, 1.67.5.

72 . Heródoto, 8.6 y Jenofonte, República de los lacedemonios, 13,2-3; había un dicho que decía: «No se salvó ni el portador del fuego» para aludir a una derrota total.

73 . Plutarco, Moralia 210F y 221 A; Licurgo, 21; Tucídides, 5.70; Aristóteles, Política, 1340B; Polibio, 4.20.6; Dión Crisóstomo, 2.59; Ateneo, 184D y 632F; Valerio Máximo, 2.6.2.

74 . Tucídides, 5.66.

75 . Aristóteles, Pol ítica, 1285 a.

76 . Aristóteles, Política, 1285 a.

77 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 15.3.

78 . Heródoto, 6.59.

79 . Plutarco, Licurgo, 26.3-6.

80 . Aristóteles, Política, 1270b.

81 . Tucídides, 1.6.4.

82 . Es curioso que similares rituales tuviesen lugar en Atenas, donde en el siglo

v

practicaron la incubatio en el oráculo de Anfiarao en Oropo; además, un ritual similar de observación de los cielos está atestiguado en Atenas, aunque en ese caso se realizaba para saber si una misión religiosa debía ser despachada a Delfos.

83 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 15.7.

84 . Jenofonte, Helénicas, 2.3.34.

85 . Plutarco, Cleómenes, 9.3.

86 . Aristóteles, Política, 1270b.

87 . Leyes, 712d.

88 . Leyes, 691D y Política, 1265b.

89 . Polibio, 6.3.

4. Educación y sociedad

El trabajo y la propiedad de la tierra

Los espartanos habían dividido en lotes las tierras conquistadas, primero en Laconia y posteriormente en Mesenia; a estos lotes estaban adscritos los correspondientes ilotas, que debían trabajarlos para ofrecer el sustento a su amo. De esa manera los espartanos quedaron libres de toda actividad laboral y pudieron dedicarse en cuerpo y alma al ocio y la milicia. Esto, por supuesto, fue la envidia de todos los aristócratas de Grecia, que vieron en Esparta el lugar donde se había hecho realidad, por fin, su ideal de vida. Por eso, un aristócrata ateniense como Critias llegó a decir que en ningún lugar los libres eran más libres ni los esclavos más esclavos [90] . El desprecio al trabajo se había extendido entre las clases superiores, que defendían el ocio y sólo se dedicaban a unas pocas actividades, propias realmente de un hombre libre: la literatura y la política.

Los escitas, los persas, los tracios, los lidios y casi todos los bárbaros consideran menos honorables que los otros a aquellos de sus conciudadanos que aprenden los oficios y a sus descendientes; y creen que son nobles los que están libres de los trabajos manuales y especialmente los consagrados al arte de la guerra. Han adoptado esta costumbre todos los griegos y en especial los lacedemonios [91] .

Según Jenofonte,

en Esparta Licurgo prohibió a los ciudadanos libres tocar nada que se relacionase con el lucro, y al contrario, ordenó que solo considerasen actividades propias todas las que procuran libertad a las ciudades [92] .

En el caso de los espartanos, la única ocupación fue la guerra, de modo que nada sabían ni de nada se preocupaban más que de obeceder a sus jefes y vencer a los enemigos. Cuenta Plutarco que, en cierta ocasión, un espartano se encontraba en Atenas un día que los tribunales actuaban y se enteró de que acababan de condenar a un ciudadano por ociosidad. Este hombre volvía a casa muy triste, acompañado por sus amigos, que compartían su tristeza y sus penas. Entonces este espartano pidió a quienes estaban con él que le mostrasen a ese hombre «condenado por haber vivido como un hombre libre» [93] .

Pero el asunto de los lotes y de la propiedad de la tierra en la antigua Esparta ha suscitado numerosas preguntas a los investigadores modernos. Tradicionalmente se ha pensado que tras la conquista se dividió el país en lotes (klêroi) que se adjudicaron a cada ciudadano con los correspondientes ilotas que debían trabajarla. Los ilotas debían pagar al amo un canon previamente fijado; en los poemas de Tirteo era la mitad de su producción, pero no sabemos con seguridad si en tiempos posteriores fue así. Según Plutarco, el espartano no podía vender ni transferir su lote durante su vida, y a su muerte pasaba a su hijo.

Este sistema funcionó hasta el final de la Guerra del Peloponeso, cuando el oro inundó Esparta y un éforo llamado Epitadeo cambió las reglas de la herencia permitiendo que cada espartano pudiera dejar su lote de tierra a quien quisiera [94] . Plutarco imaginaba una sociedad espartana antigua donde todos los ciudadanos eran iguales. De hecho, comenta en su biografía de Licurgo que el legislador, al ver los campos donde se había hecho la siega con los haces de espigas que se hallaban parejos unos con otros, comparó Laconia con una heredad que muchos hermanos hubieran acabado de repartírsela [95] .

Sin duda, Plutarco había tomado esta idea totalmente equivocada de un autor anterior, Polibio. Este es el primer historiador que menciona los lotes iguales en Esparta y como propiedad del Estado: «Todos los ciudadanos cultivan uno exactamente igual al de los demás, pero las tierras son propiedad del Estado» [96] ; pero con toda seguridad Polibio se refería a su propio tiempo (el siglo III), cuando

Cleómenes y Nabis implantaron medidas revolucionarias para ampliar el número de ciudadanos.

De hecho, el sistema que expone Plutarco tiene muchos puntos débiles: de entrada, no explica cómo el número de espartanos con derechos fue reduciéndose paulatinamente, si los lotes no se podían vender o legar; tampoco explica qué pasaba con los hijos menores de los ciudadanos si no heredaban de sus padres. Por otro lado, la voz más antigua y más autorizada de Aristóteles sólo nos dice que estaba prohibido comprar o vender tierras, pero que se podían donar o legar a cualquiera.

Hoy día se piensa más bien que el sistema de posesión de la tierra fue en Esparta igual al de los demás estados griegos: la tierra era de propiedad privada y pasaba por las leyes concretas de herencia a sus hijos; aunque en el caso de Esparta, con un papel más importante para las hijas, que recibían la mitad que sus hermanos (es posible que su parte de la herencia la recibiera la hija como dote al contraer matrimonio). Esto indica que, al tener muchos hijos, por fuerza se dividían los lotes y el resultado final era el empobrecimiento. Para evitarlo, las familias pusieron un férreo control al número de hijos, al tiempo que planeaban convenientes enlaces matrimoniales con otras familias ricas para mantener así su estatus económico.

El sistema educativo. La agogé

El poeta Simónides llamó a Esparta ‘domadora de hombres’ (damasímbrotos), porque hacía a los ciudadanos dóciles y sumisos a las leyes, como potros bien domados desde el principio. Esto se consiguió por medio de un riguroso sistema educativo. Recibía el nombre de agogé, formado sobre el verbo griego ágo, que significa ‘conducir’ o ‘guiar’, pues eso, en definitiva, era lo que se hacía con los niños. Platón en su diálogo Leyes definió la educación como la inclinación y la conducción (agogé) de los niños hacia lo que marca la ley como justo [97] . Recibir la misma educación era otro elemento clave de la igualdad de todos los espartanos. Solo los herederos de los reyes estaban exentos de realizar la agogé . Un privilegio, sin duda, que se debía a su papel superior dentro de la sociedad espartana.

El sistema comenzaba desde el mismo momento del nacimiento del niño. Al nacer un niño, su padre debía llevarlo a un lugar llamado lésche, donde los más ancianos de la tribu examinaban al recién nacido. Si era robusto, daban orden de criarlo, pero si era deforme o esmirriado, ordenaban que fuera abandonado en un lugar barrancoso del Taigeto, que recibía oportunamente el nombre de Apótetas, es decir, ‘lugar de abandono’.

Debemos advertir que esto no era una peculiaridad de Esparta, sino algo común a todos los estados griegos (salvo Tebas, donde una ley prohibía la exposición de niños y obligaba a llevar a esos recién nacidos a los magistrados). Lo original era que sobre la crianza del recién nacido no decidía el padre de familia sino el Estado, que actuaba por medio de ese grupo de ancianos. Sencillamente el Estado había usurpado el derecho de un padre a decidir si criaba a su hijo. Era lógico ya que, en palabras de Plutarco, «Licurgo no consideraba a los niños propiedad de los padres sino patrimonio de la ciudad» [98] .

La educación seguía en casa, pero no se encargaba a pedagogos

como en otras ciudades griegas, sino que era tarea de sus madres y nodrizas, que les enseñaban a no llorar, a no ser melindrosos o delicados y a no temer la oscuridad y la soledad. Al cumplir 7 años los niños abandonaban sus casas y se integraban en grupos de camaradas que recibían el nombre de agélai (un término griego con el que se designaba a los rebaños de animales que necesitan un guía); en adelante compartían la educación, los juegos, la comida y la vida diaria. Los ancianos vigilaban sus juegos y los animaban siempre a riñas y combates para observar las cualidades de cada uno; todo estaba orientado a imponer disciplina, a soportar las fatigas y vencer en el combate. Con el paso del tiempo el entrenamiento se endurecía: se les pelaba al cero, andaban descalzos y tenían un solo manto (himatión) para todo el año; de esa manera aprendían a soportar los rigores del clima y a fortalecerse para las largas caminatas a pie. Como se bañaban en contadas ocasiones durante el año, sus cuerpos estaban sucios y mugrientos; dormían juntos en camastros de paja que debían hacerse ellos mismos con las cañas que crecían a orillas del Eurotas. Se les daba escasa comida para que esto les animase a robar para poder calmar el hambre. Los niños desarrollaban el ingenio y la astucia preparando trucos y acechando para el robo en los huertos y en las mesas comunes de los mayores. Se suponía que esto les iba a convertir en soldados de recursos cuando estuvieran en la guerra. Si eran cogidos robando, se les imponía como castigo numerosos azotes con el látigo, no por el hecho mismo de robar sino por hacerlo mal. Los demás griegos se sorprendían de que los espartanos no solo permitiesen sino que alentasen el robo como parte de la educación de sus hijos:

He oído que vosotros los lacedemonios, cuantos pertenecéis al grupo de «los iguales», desde pequeños os ejercitáis en el robo y no es algo vergonzoso sino hermoso robar todo aquello que permite la ley; y para que robéis con el mayor empeño posible e intentéis pasar desapercibidos, está prescrito que seáis azotados si sois sorprendidos robando [99] .

Como se puede entender por esta cita de Jenofonte, no todo se

podía robar, sino sólo determinadas cosas que seguramente estaban relacionadas con su alimentación. Por todo ello no hay que tomar seriamente la famosa anécdota de Plutarco:

Un muchacho había robado un cachorro de zorra y lo llevaba escondido bajo su manto. Para no ser descubierto dejó que el animal le arañara con sus uñas y le mordiera con sus dientes en el vientre. Resistió el dolor a pie firme, sin proferir una palabra de dolor, hasta morir [100] .

Aunque esta historia nos revela el duro carácter de los espartanos, se trata de una ficción, creada además sin mucha verosimilitud, puesto que nadie se dedicaría a robar un animal salvaje.

Los niños se organizaban en grupos de edad y nunca estaban sin un líder o un vigilante. Era un eirén el que se encargaba de dirigir a los más jóvenes; les encargaba que consiguieran leña y comida robando de los huertos o de las mesas comunes de los adultos; les hacía preguntas, y cuando consideraba que algún niño no había respondido correctamente, le mordía en el pulgar; tambien les enseñaba a expresarse desde pequeños de una manera simple y escueta, siendo sentenciosos, pues de esa manera demostraban su continencia y recato. En el caso de que no hubiera ningún adulto, el más listo de cada sección tenía la misión de ostentar el mando. Más aún, cualquier ciudadano que pasara podía tomar el mando, dar órdenes y castigar al que cometiera alguna falta. Es cierto que había en Esparta un magistrado especial que se encargaba de la educación de todos los niños, el paidónomos; su autoridad era absoluta sobre todos los niños, y podía corregirlos duramente si observaba cualquier negligencia en su conducta; tenía como ayudantes a un grupo de jóvenes provistos de látigos (mastigophóroi) que los castigaban cuando era preciso, imponiendo una férrea disciplina. Pero la educación era responsabilidad de la ciudad en su conjunto, todos se consideraban padres, pedagogos y gobernantes de todos:

En las demás ciudades cada uno manda en sus propios hijos, criados y bienes... en Esparta cada uno manda en los suyos y ajenos sin distinción... si alguna vez un niño que ha recibido azotes de otro padre se lo cuenta luego al suyo, está mal visto si éste no le aplica de nuevo más azotes a su hijo [101] .

Al pasar de la infancia a la adolescencia, mientras en las demás ciudades griegas los jóvenes quedaban ya libres del control de maestros y pedagogos, en Esparta (para prevenir las locuras de esa edad donde predomina la insolencia, el orgullo y el deseo intenso de placeres) los ocupaban con múltiples quehaceres y les imponían una sobria actitud: mantener las manos dentro del manto y marchar en silencio mirando solo hacia adelante ante sus pies.

Hacia los 12 años aparecían los amantes (en griego erastés, que designa al hombre maduro que corteja a un muchacho que es llamado erómenos o paidiká). Se supone que se establecía con ello una profunda amistad que buscaba solamente perfeccionar a los niños lo más posible; por eso al amante en Esparta también se le llamaba «inspirador» [102] . El erastés compartía con el muchacho su reputación en ambos sentidos. Según cuenta Plutarco, cuando un niño cometió el error de proferir durante el combate un grito «indigno» (porque indicaba su poca capacidad de sufrimiento), fue su erastés el que recibió el castigo de los magistrados [103] .

Todas las fuentes insisten en el carácter platónico o espiritual de estas relaciones que solo tenían un propósito formativo; Eliano, autor del siglo i, nos habla de un erastés que fue hallado culpable de comportamiento deshonesto, y especifica que la pena para los amantes que realizaban esos actos era el destierro o la muerte [104] ; Plutarco nos refiere que el castigo era la privación de los derechos de ciudadano de por vida [105] ; pero Jenofonte, que es nuestra fuente más antigua, solo dice que estaban mal vistas las relaciones físicas entre los amantes, aunque tiene que admitir que pocos griegos creían que en Esparta tales vínculos fueran solo espirituales, porque en otras muchas ciudades las leyes no se oponían a este tipo de relaciones puramente físicas entre adultos y muchachos [106] . Por lo demás, es evidente que Jenofonte se siente incómodo al hablar del asunto y no llega a especificar la edad del erast és ni la duración de

esa relación. Seguramente el erastés sería un adulto joven que todavía no se había casado y cuya edad estaría entre los 20 y 30 años. Al parecer, la norma era que todos los niños en torno a los 12 se vincularan a un erastés; por una noticia de Eliano, sabemos que aquel espartano que no actuara como erastés de un muchacho sería castigado por los éforos [107] . Esto indica que la pederastia estaba institucionalizada y representaba un papel muy importante en el sistema educativo; incluso Jenofone establece claramente esa conexión entre pederastia y agogé .

Como los ciudadanos espartanos estaban liberados de los trabajos cotidianos y carecían de vida familiar, las relaciones pederásticas tuvieron por fuerza que estar más extendidas que en el resto de Grecia. Tenían tiempo de sobra para pasarlo en los gimnasios y palestras donde era posible cortejar a los muchachos. El mito de Apolo y Jacinto –que nos ofrece la imagen de dos enamorados jugando en competiciones atléticas (en este caso lanzando el disco) por las orillas del Eurotas– debía de reflejar bien el tipo de sociedad espartana que permitía este fuerte vínculo entre un hombre adulto y un muchacho. En otras ciudades sólo los aristócratas tenían posibilidad de hacer lo mismo; por eso, en la democrática Atenas, por ejemplo, la pederastia terminó por estar asociada a esa clase social.

Se estimulaba constantemente la rivalidad entre los jóvenes en todos los sentidos, en los coros y en las pruebas atléticas. Incluso se confeccionaban listas que recogían los nombres de los que más habían destacado, especificando sus virtudes y explicando las razones de tal honor y preeminencia (los encargados de redactarlas eran hombres elegidos por los éforos que se llamaban hippagrétai). Esto creaba tensiones en el grupo (que era lo que se fomentaba) y muchas veces por rivalidad llegaban a luchar a puñetazos en cualquier sitio. Aun así, y a pesar de la dureza de este entrenamiento, había límites que los niños no debían traspasar; sabemos por Jenofonte que un tal Dracontio se exilió de Esparta siendo niño porque había matado accidentalmente a otro niño golpeándolo con la piedra con que se afilaba las espadas [108] .

A los 19 años se convertían en eirénes, ingresaban en un grupo de las comidas comunes y ya podían ir al campo de batalla; se dejaban

largos los cabellos que cuidaban con especial esmero antes de entrar en combate. Se mantenían en este grupo hasta los 24 años, en que pasaban a convertirse en soldados de primera línea; por fin, a los 30 se convertían en ciudadanos de pleno derecho y podían asistir a las reuniones de la Asamblea; abandonaban la vida de los barracones y se establecían con su esposa y su familia.

Como hemos visto, se trataba de una educación colectiva que arrancaba al niño de la familia y lo insertaba en una comunidad donde recibía una instrucción puramente militar, en la que las grandes virtudes eran la disciplina y la obediencia. Se hacía además hincapié en el disimulo, la astucia y la oportunidad (tan opuesto todo a la abierta nobleza), lo que explicaba el carácter de los generales espartanos, que se mostraron ajenos a toda caballerosidad en la guerra.

En la agogé no había lugar (ni ese era su propósito) para una educación más «literaria». El propio Plutarco tiene que admitir que aprendían lo justo para leer y escribir. Sin embargo, se prestaba gran atención a la música y a la danza; la primera tenía mucho que ver con el entrenamiento militar (los espartanos eran famosos por avanzar en la batalla al son de las flautas) y la segunda con las actividades que se realizaban en las numerosas festividades religiosas. Las canciones eran parte importante en la educación de los jóvenes; la letra era siempre aleccionadora y formativa, con temas serios; se trataba de elogios por los muertos en defensa de Esparta, que eran considerados hombres felices, y vituperios a los cobardes, que llevarían una vida miserable.

La propaganda espartana insistía en la dureza del entrenamiento desde la niñez; Plutarco lo cree hasta el punto de decir que «solo para los espartanos la guerra era el descanso de la preparación para la guerra» [109] ; pero los demás griegos consideraban este sistema brutal y limitado a las armas como un sufrimiento innecesario. Aristóteles dice: «Los embrutecen a costa de trabajos, creyendo que esto es muy conveniente para el valor» [110] ; Pericles, en el discurso que pronuncia en la obra de Tucídides, insiste en esa idea:

Mientras unos desde la temprana juventud intentan conseguir el

valor con un fatigoso ejercicio, nosotros (los atenienses) con un modo de vida despreocupado no somos más remisos a enfrentarnos a peligros similares [111] .

Un refinado griego de las colonias del sur de Italia concluyó en tono más cómico que por escapar de tantos trabajos y de tal régimen de vida los espartiatas no hacían cosa de gran mérito en morir en la guerra [112] .

No obstante, Platón alcanzó a ver en este sistema de entrega al Estado un acertado contrapunto al individualismo griego que había surgido en Jonia en la Época Arcaica y que se había extendido por casi todo el mundo griego. En su ciudad ideal propone una educación pública común a todos los ciudadanos, como en Esparta; y más adelante Aristóteles, siempre en general hostil al militarizado mundo espartano, sigue la misma idea: «La educación debe necesariamente ser única y la misma para todos» [113] .

Licurgo desde el principio había considerado el especial papel que representaba la educación en su sistema político y social, como instrumento para cohesionar a los ciudadanos y hacerlos totalmente iguales; con ese mismo propósito no había dejado por escrito las leyes, pues pensaba que las normas más importantes para una ciudad debían inculcarse en los ciudadanos por medio de métodos educativos [114] . Fue en Esparta donde comienza esta idea que hoy día es un valor fundamental de la sociedad de la vieja Europa: la educación es competencia del Estado, que obliga a escolarizar a los niños y que impone el contenido, los tiempos y las formas de aprender. El muchacho espartano que no se sometía a este entrenamiento no gozaba luego de plenos derechos de ciudadanía. Jenofonte escribe: «Si alguno rehuía estas cosas no obtendría en adelante ningún privilegio» [115] .

La agogé era, por tanto, un requisito necesario para ser ciudadano, junto con el nacimiento y la contribución a las comidas comunes. En tiempos posteriores se admitió a extranjeros a participar de este sistema educativo. Recibían el nombre de tróphimoi. Sin duda, el caso más conocido es el de los hijos del ateniense Jenofonte y el hijo del político ateniense Foción [116] , ejemplos evidentes de la

laconofilia que se había extendido entre las clases elevadas de Atenas. No obstante, el mayor número de tróphimoi estaría formado principalmente por los hijos de las clases dirigentes de las ciudades del Peloponeso que pertenecían a su Liga.

Pero pasar por la dura preparación de la agogé no suponía que puedieran convertirse automáticamente en ciudadanos. Esparta, y en esto no se diferenciaba de las otras póleis griegas, fue muy celosa de sus privilegios y se resistió a admitir a extranjeros como ciudadanos. De hecho, Heródoto recuerda que hasta su tiempo solo dos personas habían sido admitidas como ciudadanos de pleno derecho: el adivino Tisámeno y su hermano. Fue poco antes del 480 y se trató de un especial reconocimiento por parte de los espartanos hacia el adivino que les había ayudado a vencer en cinco grandes batallas [117] . En los siglos siguientes las fuentes solo recuerdan otro caso, el de Dión de Siracusa [118] .

Las comidas comunes

Tras superar el riguroso entrenamiento, todo espartano pasaba a formar parte de un grupo de guerreros que se reunía diariamente al caer la tarde en una comida común; en griego recibía, por lo general, el nombre de syssitíon (y su plural es syssitía) [119] . Esta forma de comensalidad derivaba, sin duda, de formas más antiguas comunes a todos los pueblos dorios, pues en Creta, donde se llamaban andreîa, se seguían celebrando de una manera similar. Pero en Esparta se reorganizaron para que se enmarcaran en las nuevas instituciones políticas (era un requisito para ser ciudadano) y militares. La vinculación con el ejército era evidente; es más, uno de los nombres que recibían estas comidas comunes que aparece en Jenofonte es syskénia, que significa precisamente 'tienda común', y que aludiría a las tiendas de campaña de los soldados. En estas comidas se reforzaban los lazos de amistad y camaradería que tan importantes son para mantener alta la moral de combate.

La tradición remonta su origen al propio Licurgo, que vio en esta institución una nueva forma de control de la población que eliminaba la esfera privada de los ciudadanos y trataba de evitar que se dejasen llevar por el lujo y la molicie.

Los espartanos al igual que los demás griegos, hacían sus comidas en casa, pero al darse cuenta de que en ellas se comportaban con negligencia, (Licurgo) sacó fuera las comidas comunes, a cielo abierto. Pues pensaba que de esa manera las transgresiones de las normas se reducirían en gran parte [120] .

La asistencia a las comidas comunes era obligatoria y solo había dos excepciones: o bien porque un espartano estaba realizando un sacrificio o porque se le había hecho tarde en su partida de caza.

Además, en estos casos, debía enviar una parte de las piezas cazadas o las primicias del animal sacrificado a los dioses.

Los reyes recibían doble ración cuando acudían al syssitíon, «no para que comieran el doble, sino para que pudieran honrar con ello a quien quisieran», puntualiza Jenofonte [121] . Pero gozaban del privilegio exclusivo de no participar en las comidas comunes; si por el motivo que fuera, declinaban asistir, se les enviaba a su casa parte de las viandas y de la bebida. Esta prerrogativa ya no se respetaba en el siglo V, cuando la ciudad impuso un mayor control sobre los reyes; el rey Agis al finalizar la Guerra del Peloponeso deseó comer con su esposa en lugar de asistir al syssitíon y envió a recoger su ración, pero los polemarcos se la negaron [122] .

Para formar parte de un grupo de comensales, el aspirante debía ser admitido por todos los integrantes. Plutarco nos cuenta que cada uno tomaba una bolita de pan en la mano y al pasar el sirviente con una urna la echaba como voto; si había alguna aplastada con los dedos (señal de desaprobación) no se admitía al aspirante. Eran grupos de unos quince comensales. Cada uno debía hacer al mes una contribución obligatoria: un médimno de cebada (un médimno equivale a 74 litros), ocho coes de vino (un coe en Esparta contenía 4,62 litros); cinco minas de queso, cinco semiminas de higos (una mina son 437 gramos) además de una pequeña cantidad de dinero (10 óbolos eginetas) con la que posiblemente se comprara la carne de cerdo.

Por los datos que disponemos, la comida no era escasa; los espartanos se alimentaban por encima de la media de los griegos, lo que se explica por su vida entregada a constantes ejercicios. La frugalidad se manifestaba en comer productos sencillos y propios, sin la búsqueda de manjares exóticos que debían importarse. En este sentido es significativo que Pericles hubiera establecido como uno de los beneficios del sistema político ateniense el disfrute de productos procedentes de lugares lejanos.

Comían raciones iguales previamente determinadas. Era uno de los factores igualitarios, como dice Plutarco, de la sociedad espartana, pues el rico comía lo mismo que el pobre. Se vigilaba incluso al que no comía y bebía en la mesa común y le recriminaban por no amoldarse al género de vida de un espartano (de manera que era

imposible ir harto de casa). También estaba limitado el consumo de vino para evitar que se embotaran las mentes.

En Esparta, por tanto, no existió el simposio, la forma más extendida de sociabilidad en el resto del mundo griego, que estaba dedicado a la bebida en común; tampoco se entregaban a la bebida ni a la relajación con motivo de festivales religiosos. La embriaguez de los ciudadanos era una debilidad ante las posibles revueltas de esclavos. Como se dice en un diálogo de Platón, «nadie encontrará entre ellos un hombre embriagado y presto al desenfreno» [123] . Para mostrar a los jóvenes espartanos los peligros del vino, se emborrachaba a algunos ilotas, a los que luego llevaban por las comidas comunes para enseñarlos lo que es la embriaguez; también los obligaban a entonar canciones y a bailar danzas indecentes y ridículas [124] .

Los jóvenes eran invitados a asistir a los syssitía como un capítulo más de su educación, por eso Plutarco los llamó «escuelas de cordura» [125] ; de ese modo los jóvenes aprendían de la experiencia de los veteranos y se habituaban a oír temas de la ciudad, a divertirse y gastar bromas y a no enfadarse por recibirlas.

Según Plutarco, fue Licurgo quien introdujo las bromas en las reuniones y las tertulias como un agradable remedio de las fatigas de su régimen de vida; además erigió una estatua de la Risa (gélos). Este hecho indica que el legislador comprendía la importante función educativa y social de la risa. Aunque los espartanos tenían fama entre los griegos de serios y graves, sus agudas respuestas y comentarios tenían un tono jocoso (teñido de arrogancia y superioridad) que habían aprendido desde pequeños en las reuniones. Compartir las risas en las comidas comunes consolidaba la sensación de pertenencia al grupo y desarrollaba la camaradería. Esto también se conseguía por otros medios como la confidencialidad de lo que se decía y hacía en las reuniones. Cuenta Plutarco que, cuando entraban la primera vez, el más anciano del grupo les señalaba la puerta y decía: «Por esta no sale fuera ni una palabra» [126] .

Es evidente que las comidas comunes daban la oportunidad perfecta para cimentar los vínculos amorosos entre los adultos y sus jóvenes protegidos. Por eso Platón, que estaba bien informado sobre

Esparta, denuncia (con indignación) que las comidas comunes fomentaban este tipo de relaciones pederásticas [127] .

Parte fundamental de la comida era el «caldo negro», un guiso a base de carne de cerdo y una salsa de sangre, aceite y sal. Los ancianos ya dejaban, debido a su edad, los trozos de carne y tomaban solamente este caldo. Esta comida, típicamente espartana, se hizo muy célebre, pero no sería muy sabrosa para los paladares más refinados de los otros griegos. Por lo menos, cuenta Plutarco que cierto rey del Ponto contrató para hacer la sopa a un cocinero laconio. Luego, cuando la probó, le dio asco y el cocinero le dijo: «Oh rey, esta sopa hay que tomarla después de haberse bañado en el Eurotas» [128] . También Cicerón nos transmite una anécdota parecida:

Comió allí una vez el tirano Dionisio y dijo que no le había gustado nada aquel caldo negro que era lo principal de la comida. Y le dijo el cocinero: «No es extraño, porque le faltan condimentos». «¿Cuáles?», preguntó Dionisio. «La fatiga de la caza, el sudor de la carrera a orillas del Eurotas, el hambre, la sed. Con esas cosas se condimentan los manjares de los lacedemonios» [129] .

No es de extrañar que cuando un habitante de Síbaris (ciudad del sur de Italia, famosa por su vida refinada) visitó Esparta y se sentó en las mesas comunes dijera:

Con razón los lacedemonios son los más valientes de todos, pues uno que tenga cabeza preferiría mil veces morir a participar de un régimen tan simple [130] .

Pero algunas fuentes contradicen este ambiente de igualdad y frugalidad que tanto pregonaban los espartanos. Al parecer, la cena espartana estaba dividada en dos partes: la cena propiamente dicha,

llamada aíklon, donde quedaba patente el deseo de igualdad de aquella sociedad, y la sobrecena, que recibía el nombre de epaíklon. El epaíklon era un tiempo de relajación tras la cena donde se degustaban alimentos adicionales más refinados y exquisitos. Además, aquí se apreciaban las diferencias de riqueza entre los espartanos, pues eran los ricos los que aportaban pan de trigo (el pan de cebada era lo habitual) o productos de sus campos propios de la estación, o bien platos preparados en sus casas. Los criados anunciaban estas cosas para picar añadiendo el nombre de quien lo enviaba, lo que indica un indudable deseo de ganar prestigio e influencia dentro del grupo por parte de los más ricos.

La comida terminaba de noche y los comensales debían regresar a sus casas a oscuras, pues no se permitía ir con luces por la noche por ningún camino; de esa manera se acostumbraban a la oscuridad y a las marchas nocturnas, una habilidad que hizo famosos a los espartanos en las campañas militares.

Cuando un ciudadano no podía costear su presencia en la comida común perdía sus derechos políticos y ya no se le consideraba un espartiata; era un ciudadano de inferior categoría, y se les llamaba hypomeíones («los inferiores»). Su única posibilidad en ese caso era entrar en otra familia por matrimonio con una heredera o por adopción, supuestos que controlaban los reyes. Aristóteles criticó precisamente este punto del sistema, pues si contribuir a las comidas comunes era la condición para ser ciudadano, debía ser el erario público el que se ocupara de su mantenimiento (como en Creta, donde existía esta misma costumbre).

En Esparta no faltaron nunca ni hombres ni tierras sino la voluntad de repartir más equitativamente la riqueza. La clase pudiente se empeñó en mantenerse por encima de cualquier otra consideración, sin pensar que la existencia de espartanos privados de derechos políticos sería a la larga un desastre para el Estado. Nos encontramos ante el típico egoísmo de los nobles, que en otras partes de Grecia había quedado superado por la tiranía o por la llegada de la democracia, que pudo hacer accesible la ciudadanía, o, por lo menos, la igualdad política, a todos sin distinción de clase o fortuna. En este sentido, el sistema político de Esparta fue siempre aristocrático.

La vida cotidiana

El objetivo del legislador era que los ciudadanos vivieran en público, creciendo juntos como abejas en comunidad, apiñados unos y otros en torno a un jefe, entregados en cuerpo y alma a la patria. A nadie se le permitía vivir a su gusto, sino que la ciudad era como un campamento donde todo estaba ordenado y prescrito. Los ciudadanos daban por sentado que no se pertenecían a sí mismos sino a la patria. También había que seguir cuidando la forma física, como en el tiempo de la agogé; cuenta Eliano que a un tal Nauclidas que había engordado mucho por su vida regalada le amenazaron con el exilio si no cambiaba su régimen de vida [131] . Un espartano era, por encima de todo, un soldado, y debía estar en forma para cumplir dignamente en el campo de batalla.

En el tiempo libre los adultos se dedicaban sobre todo a educar a los niños o a aprender de los más ancianos. El respeto a los ancianos era enorme; según Heródoto, «los espartanos ceden el paso a los mayores y se levantan de sus asientos» [132] . Plutarco repite en varios lugares que Lacedemonia era el mejor sitio para envejecer [133] . El autor latino Cicerón también expresó su admiración con estas bellas palabras: «Lacedemonia era el más honroso domicilio de la vejez». Y, además, puso un ejemplo de este noble comportamiento: en Atenas, con ocasión de unos juegos, un anciano entró en el teatro y en ningún sitio le cedieron asiento sus conciudadanos. Pero, cuando se acercó a unos embajadores espartanos (que, por su condición, estaban en lugares reservados), se levantaron todos y dieron asiento al anciano. El público del teatro, al advertir aquel gesto, les tributó un prolongado aplauso. Entonces uno de los espartanos dijo: «Los atenienses saben qué es lo correcto, pero no quieren hacerlo» [134] . Plutarco sitúa esta misma anécdota en los Juegos Olímpicos [135] . Los más ancianos pasaban su tiempo en los gimnasios vigilando a la juventud y charlando en las léschai, una especie de pórticos o galerías que servían de lugar de reunión. Las conversaciones de los mayores trataban sobre las cosas de la juventud, la caza, los

caballos y los amores con muchachos (o paidiká) [136] .

Al estar libres de los trabajos manuales, los espartanos podían dedicar todo su tiempo a su entrenamiento, a actividades políticas y religiosas, a la caza y a juegos atléticos. Parte importante del entrenamiento eran las rondas, una especie de maniobras militares con las que mantenían tranquilos a los ilotas y periecos, y vigilaban de hecho el territorio. Pero la principal actividad era la caza, que se consideraba el más auténtico entrenamiento para la guerra:

Habitúa a levantarse temprano, a soportar el frío y el calor, adiestra en la marcha y en la carrera, obliga a lanzar la jabalina o las flechas contra los animales... Es difícil encontrar en la guerra una situación que no se presente en la caza [137] .

Los artistas laconios representan con frecuencia escenas de caza en vasos, terracotas y bronces. En Esparta se criaba una raza de perro muy valorada por su capacidad para rastrear. Según parece, no estaba permitido exportarlos de Laconia, pues dice Plutarco que cuando el rey Agesípolis pidió desde el extranjero que le enviaran sus perros, le fue negado [138] . La zona principal de caza eran las colinas bajas del Taigeto central, que en aquella época estaban cubiertas de bosques. Todavía en el siglo II d. C. Pausanias dice que en el Taigeto se podían cazar cabras, jabalíes (la pieza más codiciada), ciervos y osos [139] .

Aunque, por supuesto, existía la propiedad privada, dominaba un sentimiento de que los ciudadanos podían servirse libremente de todo:

[Licurgo] estableció que, si alguno lo necesitaba, pudiera usar los criados ajenos; promovió la propiedad en común de los perros de caza, de modo que los que los necesitaban invitan al dueño a la partida de caza y éste, si no tiene tiempo, se los cede con mucho gusto; usan los caballos de la misma forma: el que está enfermo o

necesita un vehículo o quiere llegar pronto a alguna parte, si ve un caballo en cualquier sitio, lo coge y después de usarlo lo devuelve noblemente [140] .

Este desinterés y generosidad, tan lejos del apego mezquino por las cosas materiales, despertó la admiración de los demás griegos.

El giro hacia la austeridad

Tras el 550 aproximadamente Esparta se nos presenta como el estado cerrado y cuartelario que las fuentes clásicas recordaron con más afán. Hay una interrupción en la evolución de su cultura, en el gusto por las artes y en la exhibición de la riqueza que no ha sido totalmente explicado, pero responde a un deseo fundamental de seguridad ante las rebeliones de los ilotas. Es a partir de estos momentos cuando el Estado espartano se fosiliza, y en la medida en que no participa de la evolución del arte y del pensamiento de las demás ciudades griegas, empieza a parecer un estado extraño y excéntrico.

La tradición relaciona estos cambios que se producen en Esparta con Quilón, que fue éforo hacia el 556/5. Pero poco sabemos de este Quilón, más allá de algunas anécdotas y de su inclusión en la lista de los siete sabios de Grecia. Como la Esparta cerrada y austera fue producto de un gradual proceso de evolución interna, nos encontramos ante la inevitable tendencia griega a hacer responsable de los cambios a la voluntad y decisión de un hombre (como pasó con Licurgo). Se ha supuesto incluso que sus cualidades personales, morales e intelectuales elevaron la consideración política del eforado (en principio, de escasa presencia en el sistema político espartano) a niveles más altos y decisivos. Por Pausanias sabemos que Quilón recibió culto heroico tras su muerte [141] , lo que se confirmó por el descubrimiento de una estela funeraria donde, en parte, se puede leer su nombre: [Ch]ilon [142] .

Esta austeridad se pone de manifiesto, en primer lugar, en las competiciones de Olimpia. Esparta había participado con entusiasmo en las pruebas atléticas desde sus inicios. La primera victoria de un espartano en los Juegos Olímpicos data de la Olimpiada 15.ª (año 720), y desde ese momento los espartanos dominan el palmarés hasta el año 576, con 46 vencedores sobre un total de 81. Concretamente en las carreras pedestres, que eran las

más destacadas en los primeros juegos, del total de 36 campeones conocidos, 21 eran espartanos. Según las leyes de Licurgo estaba prohibido a los ciudadanos participar en aquellas competiciones en que se levantara la mano –que era el gesto que indicaba a los jueces que uno se declaraba vencido en el pancracio o el pugilato–, pues un buen espartano jamás debía rendirse [143] .

Los espartanos habían introducido una novedad que tuvo gran éxito. Según Dionisio de Halicarnaso, fue en la carrera larga (dólico) de la 15.ª olimpiada (año 720) cuando el atleta espartano Acanto se presentó a la competición completamente desnudo [144] . Aunque Pausanias dice que fue Orsipo de Mégara el que, además de vencer en el estadio de la misma olimpiada, introdujo la innovación de la desnudez agonística, cuando por un hecho casual se le cayó el taparrabos durante la prueba. Hasta ese momento se competía en Olimpia con taparrabos en torno a las vergüenzas [145] .

Sin embargo, a partir de mediados del siglo VI los espartanos prácticamente dejan de figurar en las listas de vencedores olímpicos. ¿Cuál fue la razón? ¿Por qué ese giro en la vida espartana afectó a su participación en las olimpiadas? En primer lugar, se trataba de evitar la aparición de personalidades fuertes e individualistas. Recordemos que los campeones olímpicos se habían convertido en seres engreídos y peligrosos para la comunidad, como el ateniense Cilón, que tras vencer en la carrera del doble estadio en el 640, intentó hacerse con la tiranía de Atenas pocos años después. En segundo lugar, el deporte que se practicaba en Esparta tenía como única finalidad la preparación para el combate y no la pura exhibición. Hubo además por esa época un cambio en el entrenamiento de los atletas, que anunciaba el creciente profesionalismo, un entrenamiento muy específico y con un régimen alimenticio especial que dejó atrás a los atletas espartanos. Sólo en las pruebas hípicas los espartanos siguieron compitiendo y con gran éxito. Es otra paradoja de la sociedad espartana: los ricos no renunciaron a presentar sus troncos de caballos en estas pruebas. Esparta era famosa por sus caballos y las clases pudientes emplearon sus recursos en criar y adiestrar a estos animales para la competición.

En segundo lugar, la austeridad afectó también a la evolución de las

artes. Por lo que se refiere a las obras de arte en piedra y mármol, la estatuaria de figuras divinas, no se desarrolló en Laconia como en otras partes del mundo griego; siguieron aferrados a los xóana, las viejas figuras de madera que habían recibido adoración al principio del arcaísmo. Mientras en todas las demás póleis se extendía el gusto por las nuevas formas, los espartanos, a pesar de su riqueza, no adquirieron, que nosotros sepamos, ninguna escultura en mármol de los artistas famosos de finales del arcaísmo. Por entonces también la arquitectura monumental empezaba a dominar en todas las ciudades, y sin embargo, Esparta apenas construye nuevos edificios en piedra, lo que explica la afirmación de Tucídides:

Pues si la ciudad de los lacedemonios fuese asolada y sólo quedasen los templos y los cimientos de los edificios, creo que, andando el tiempo, los hombres del mañana tendrían serias dudas respecto a su poder y su gloria [146] .

Es cierto que el trabajo del bronce siguió siendo una actividad de calidad en Esparta hasta la primera mitad del siglo v, pero debemos pensar que no se trataba de objetos de lujo sino de utilidad práctica. La importación de materiales costosos y de artículos de lujo terminó. En concreto, cesó la artesanía del marfil (que tan bellas figuras había creado para las ofrendas votivas en el templo de Ártemis Ortia). También la cerámica laconia desapareció de los mercados exteriores. El apogeo de su producción se produjo entre el 575-525, cuando crateras, copas (kýlikes) y aríbalos se exportaron por todo el Mediterráneo. En este caso, la explicación es de sobra conocida: el aplastante éxito de la nueva cerámica de figuras negras de Atenas, que dominó todos los mercados con su excelente calidad; pero de nuevo encontramos una diferencia: otros estados como Corinto (que había dominado ese mismo mercado en el siglo anterior) importaron la cerámica ática, rindiéndose a la evidencia de su calidad, pero los espartanos nunca importaron esta cerámica.

La agogé impidió que el progreso cultural siguiera al mismo ritmo que el resto de Grecia. Por tanto, para los demás griegos, los espartanos eran unos ignorantes e iletrados; la comparación con la

refinada Atenas les dejó todavía en peor lugar. Un texto de un sofista anónimo observa hacia el 400 que

los lacedemonios ven con buenos ojos que los jóvenes no aprendan la música ni las letras; a los jonios, por el contrario, les parece chocante ignorar todas esas cosas [147] .

Isócrates, orador ateniense del siglo IV, escribe que los espartanos se han apartado de la educación generalizada en el mundo griego y que no aprenden ni las letras [148] . Sin duda, Isócrates exageraba; es preferible creer a Plutarco, aunque sea una fuente más tardía, cuando dice que aprendían lo justo para leer y escribir. Es muy posible que los reyes y las personas influyentes de Esparta, que formaban la Gerousía, y que accedían al eforado tuvieran mejor formación. Por ejemplo, los reyes y los pitios conservaban los textos de los oráculos que traían de Delfos.

Hay otras pruebas del uso de la escritura en Esparta: sabemos que los espartanos escribían órdenes en las escítalas. La escítala era el bastón de los mensajes secretos con el que se comunicaban los éforos en Esparta y los generales en campaña. Consistía en dos bastones idénticos sobre los que se enrollaban cintas de cuero o papiro en las que se escribía el mensaje; sólo podía ser leído de forma comprensible si se enrollaba en la otra escítala de iguales proporciones. Además, los tratados que firmaban con otras ciudades se exponían públicamente (aunque solo tenemos testimonios literarios sobre este punto, pues no se ha conservado ninguna inscripción de esa clase). La propia simplicidad del alfabeto griego hacía posible que cualquier espartano pudiera tener rudimentarios conocimientos de lectura y escritura.

Se quedaron anclados en la educación tradicional, la que existía antes de la aparición de la sofística: un mundo sin libros donde la ciudad en su conjunto educaba al ciudadano; éste, desde niño aprendía los valores morales y las normas de conducta siguiendo el ejemplo y el modelo de sus mayores. Es el tipo de educación que valoraba Sócrates que, como sabemos, no consintió en dejar nada

por escrito. Debemos tener presente que el mundo griego siguió siendo durante mucho tiempo un mundo donde la cultura era principalmente oral y la educación memorística. La sofística, por si fuera poco, ponía en duda todos los principios antes aceptados sin discusión; incluso en la democrática y abierta Atenas, los elementos más conservadores habían atacado estas nuevas ideas, alertando sobre los peligros del pensamiento crítico en la juventud. Estos ataques contra la sofística no tuvieron ningún éxito en Atenas, pero Esparta, cerrada al mundo, pudo conjurar el peligro; un peligro que en su caso era aún mayor, dadas sus especiales circunstancias, pues la clave de su supervivencia era la disciplina y la obediencia. Los mismos espartanos lo reconocían sin ambages:

Hemos sido educados con demasiada simplicidad como para despreciar las leyes y con demasiado rigor y disciplina como para desobedecerlas [149] .

En consecuencia, no fue cultivada en Esparta la retórica, una disciplina que la mayoría de los sofistas había convertido en la parte principal de sus planes de estudio. Aunque algunas fuentes dicen que las leyes prohibían entrar en Esparta a los que se exhibían en los discursos, Platón cuenta que el sofista Hipias visitó aquella ciudad en varias ocasiones. Este sofista era conocido por su vastísima cultura y su portentosa memoria, pero no vio allí interés ninguno por los problemas celestes, ni por la geometría; de hecho afirma que «la aritmética es para ellos, si puedo decirlo, casi un misterio» [150] . A los espartanos, aclara Hipias, solo les interesaban las genealogías de hombres y héroes, los relatos relacionados con la fundación de ciudades y, en general, todo lo que se refería a la Antigüedad. Esto dice mucho sobre el carácter espartano: sólo miraban al pasado y se convirtieron en enemigos de las novedades, con el deseo imposible de que su país se quedara inmóvil en esa perfecta armonía que habían creído encontrar.

Como los espartanos prohibieron ese tipo de educación, se quedaron anticuados. Al carecer de esa preparación retórica que se había impulsado en el resto del mundo griego (incluso en las

ciudades más pequeñas), no podían valorar ni comprender los largos y elaborados discursos ni los pensamientos expuestos de forma compleja; el choque cultural con los demás griegos fue inevitable. No es de extrañar que los atenienses insultaran a los espartanos llamándolos ignorantes, aunque estos se defendieran diciendo que ellos eran los únicos que no habían aprendido nada malo, pues consideraban perniciosas todas las nuevas enseñanzas [151] .

Sin duda, como señana Platón, los espartanos eran mediocres oradores [152] , pero desarrollaron el gusto por la braquilogía y dieron nombre a esta nueva forma de expresión: el laconismo; frases breves y llenas de sentido que se relacionan con el mundo del arcaísmo (por ejemplo, los siete sabios habían acuñado frases lapidarias de este tipo). Los embajadores espartanos solían comenzar sus intervenciones advirtiendo de su peculiar estilo: «Es costumbre entre nosotros no emplear muchas palabras cuando pocas bastan» [153] .

En el campo de la poesía y la música se observó un rechazo similar a las innovaciones del exterior y a la presencia de artistas. Esta es la mejor prueba del cambio de mentalidad en la sociedad espartana, pues había una gran tradición y amor por la música y la danza. De hecho, los espartanos siguieron practicándolas, pero se cerraron a toda innovación y así se negaron los progresos de la cultura griega en estos campos. Plutarco dice que Esparta era la capital musical de Grecia en el siglo VII y hasta mediados del VI. De todas partes acudían a Esparta músicos y virtuosos con la seguridad de que allí sabían apreciar su arte. A partir de ahora, se opusieron a toda innovación limitándose al repertorio del pasado. Hay una anécdota que lo revela de forma significativa: los éforos le quitaron la lira al músico Timoteo y le cortaron las dos cuerdas que había añadido a la lira clásica de Terpandro, ordeándole a continuación que se marchara de la ciudad para que sus oídos no se volvieran más delicados de lo que convenía [154] . El ejército espartano marchaba e iniciaba el ataque al son de las flautas; es a este tipo de música al que debió limitarse la sociedad espartana cuando se cerró al exterior y se centró únicamente en la milicia.

Plutarco, con su vena moralista, se refiere a todo este proceso como

«el destierro de las artes inútiles y superfluas» [155] . Era la negación del lujo y de la vanidad. En cambio, señala el autor, los enseres diarios, como camas, sillas y mesas, y copas se hacían en Esparta con especial perfección.

Algunos autores han relacionado el cierre del comercio con la decisión de los espartanos de no acuñar moneda. Las primeras monedas griegas se habían acuñado en torno al 600 en las ciudades de Asia Menor. Sobre una pieza de plata, oro o electro grababan un símbolo de la ciudad, por regla general un animal. El invento fue bien acogido por todos los griegos, pues era un exponente de la independencia y la prosperidad de una ciudad. En Grecia, la primera ciudad en adoptar esta novedad fue Egina, que era un floreciente centro comercial, muy volcado en el Egeo y Egipto. Pero lo cierto es que poco interés podía despertar en Esparta, ya que no era una polis dedicada al comercio. La autarquía hacía innecesaria la acuñación. Además, tampoco tenía acceso a fuentes de plata para acuñar moneda, por lo que debía comprarla en el exterior, con el consiguiente gasto y esfuerzo económico. Tampoco debemos considerar como una rareza el hecho de que Esparta no acuñara moneda. Según algunos cálculos, un 50% de ciudades (pequeñas, por supuesto) nunca acuñaron, sirviéndose de la moneda que otros estados ponían en circulación. De todas formas, había reservas de oro y plata en Esparta con las que se pagaban las guerras, las embajadas, los mercenarios, se rescataban prisioneros, etc. La prohibición del oro y la plata (si existió) se refería a la moneda acuñada.

Los espartanos siguieron usando sistemas primitivos para las transacciones internas: grandes trozos de hierro (un metal que poseían en abundancia) que era inútil en el exterior del país y difícil de atesorar [156] . Espetones de hierro y bronce habían funcionado como una forma de moneda al principio del arcaísmo; se han encontrado depositados en tumbas de Argos y en ofrendas de Delfos, Samos, Olimpia, Dodona y otros centros religiosos. La legislación intentó que los particulares perdiesen todo interés por el enriquecimiento, en la medida en que el dinero no podía serles útil dentro de Esparta si no había posibilidades de ostentación. Pero Esparta, a pesar de su aislamiento calculado, no pudo estar al margen del resto de Grecia, y aunque no fuesen monedas acuñadas,

su afán por los metales preciosos persistió. En un dialogo de Platón un personaje dice:

Todo el oro y la plata que poseen juntos la totalidad de los griegos no iguala cuanto poseen los particulares en Lacedemonia, pues a lo largo de varias generaciones oro y plata entran en el país... y jamás salen de él [157] .

En el Hipias Mayor, el sofista que da título al diálogo afirma que durante sus visitas a Esparta los espartanos se negaban a escucharle, pero no se debía a falta de dinero («tienen suficiente dinero para ello»), sino a desinterés por la nueva educación [158] .

Cuenta Heródoto que a mediados del siglo VI, cuando Jonia estaba expuesta a grandes peligros por la amenaza persa, un milesio, que buscaba un lugar seguro para su fortuna, llegó a Esparta y depositó una gran suma de dinero a un espartano llamado Glauco, famoso por su honradez. Se dieron distintivos (sýmbola) para reconocerse, y para ello rompieron un objeto por la mitad y cada uno se quedó con una de las partes. Al cabo de mucho tiempo se presentaron en Esparta los hijos de aquel milesio, buscaron a Glauco, mostraron el distintivo y le reclamaron la fortuna de su padre. Glauco dijo que no se acordaba del asunto y que nada de lo que le decían ni traían le hacía recordar. De todas formas, si conseguía hacer memoria, se comprometió a devolver el dinero, pero, en caso contrario se ajustaría a la costumbre entre los griegos. La costumbre sólo exigía, a falta de más pruebas, que hiciese un solemne juramento negando haber recibido el depósito. Los milesios, como es lógico, se marcharon desconsolados pensando que habían perdido aquel depósito; pero el piadoso espartano acudió a Delfos y osó preguntar al dios si podía quedarse aquel dinero mediante un juramento. La Pitia le respondió que intentar que el dios aprobara una injusticia y cometerla constituían el mismo delito. Finalmente Glauco llamó a los milesios y les devolvió el dinero [159] .

Los historiadores modernos han explicado tradicionalmente la austeridad espartana por la pobreza de los ciudadanos, por su

negativa a acuñar moneda, o bien por la incapacidad para producir bienes atractivos para los mercados. Son explicaciones económicas que han sido rebatidas posteriormente: otras ciudades tomaron la decisión de no acuñar moneda, pero eso no fue ningún obstáculo para participar del comercio internacional, sirviéndose de monedas de otros estados; los espartanos no eran pobres, tenían un país lleno de recursos, como el hierro del Taigeto, y una gran producción agraria, a lo que había que sumar madera y pieles con los que podían comerciar. Las causas puramente económicas no explican satisfactoriamente la austeridad que se observa en Esparta a partir del 550.

Hubo un complejo proceso de innovaciones y modificaciones, así como una reinstitucionalización de los viejos elementos. M. I. Finley en 1975 acuñó el término «Revolución del siglo VI» para indicar este proceso gradual de transformación de la sociedad espartana que tenía como finalidad mantener el control sobre los ilotas y los periecos, que trabajaban las tierras, pero al mismo tiempo sin anular las diferencias de riqueza que había entre los ciudadanos. También cerraron de forma completa el grupo de escogidos con plenos poderes y que disfrutaban de todos los privilegios sociales, económicos y políticos de aquella sociedad. La agogé o sistema educativo fue parte de ese proceso, y una vez que los niños se educaron en ese sistema, poco lugar había para la cerámica fina, las artes, los lujos y el deseo de cosas hermosas. Todo eso fue, además, condenado como diversiones que hacían olvidar el único propósito: la preservación a toda costa de aquella forma de vida conseguida tras las victorias en Mesenia. A. J. Holladay, en su intento de explicar la austeridad espartana, concluye que tras la conquista de Mesenia hubo una crisis militar en torno al 570 y que los espartanos, preocupados por su seguridad y con el deseo de controlar esa gran área del Peloponeso con un número reducido de ciudadanos, concentraron sus esfuerzos en la preparación militar guerrera, despojándose de todo lo superfluo.

▪

90 . Cartledge, Sparta and Lakonia, p. 301. En Plutarco, Licurgo, 28.11.

91 . Heródoto, 2.167.

92 . Jenofonte, República de los lacedemonios , 7.1.

93 . Plutarco, Licurgo, 24.3.

94 . Plutarco, Agis, 5.

95 . Plutarco, Licurgo, 8.9.

96 . Polibio, 6.45.3.

97 . Platón, Leyes, 659d.

98 . Plutarco, Licurgo, 15.

99 . Jenofonte, Anábasis, 4.6.14.

100 . Plutarco, Licurgo, 18.

101 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 6.2.

102 . Plutarco, Cleómenes, 3.2; Eliano, Varia Historia, 3,12; Hesiquio e 2475; eispnélas/os en la poesía de Teócrito, 12.13.

103 . Plutarco, Licurgo, 18.8.

104 . Eliano, Varia Historia, 3.10.12.

105 . Plutarco, Moralia, 237b.

106 . Jenofonte, República de los lacedemonios , 3.13-14. Platón es más claro en Leyes 836 a-c, y da a entender que era normal en Esparta (y Creta) «usar a los hombres como si fueran mujeres».

107 . Eliano, Varia Historia, 3.10.12.

108 . Anábasis, 4.8.26; Jenofonte llama xyele al objeto que usó Dracontio; es un término raro y su significado exacto ha sido discutido; Chrimes (p.255) piensa que se trata de una arma que usaban los muchachos en la agogé con forma curva similar a una hoz, y la relaciona con objetos de esa forma hallados en el santuario de Ártemis Ortia posiblemente ofrendados por los vencedores en las competiciones.

109 . Plutarco, Licurgo, 22.3.

110 . Aristóteles, Política, 1338b.

111 . Tucídides, 2.39.1.

112 . Plutarco, Pelópidas, 1.

113 . Aristóteles, Política, 1337 a.

114 . Plutarco, Licurgo, 13.

115 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 3.3.

116 . Los hijos de Jenofonte en Diógenes Laercio, 2,54 y el hijo del político ateniense Foción en Plutarco, Foción, 20.

117 . Heródoto, 9.35.1.

118 . Plutarco, Dión, 17.

119 . También se llamaron philítion (Licurgo, 12) y pheidítion o phidítion (Aristóteles, Política , 1272A, Ateneo, V 186B; Jenofonte, República de los lacedemonios, 3.5.5; Jenofonte, Helénicas, 5.4.28; Dión Crisóstomo, De regno, 87; Cicerón, Tusculanae Disputationes, 5.34).

120 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 5.2.

121 . República de los lacedemonios, 15.4.

122 . Plutarco, Licurgo, 12.5.

123 . Platón, Rep ública, 637a-b.

124 . Plutarco, Licurgo, 28; Demetrio, 1,5 y Moralia, 239 a.

125 . Plutarco, Licurgo, 12.6.

126 . Plutarco, Licurgo, 12.8.

127 . Platón, Leyes, 636b.

128 . Plutarco, Licurgo, 12.7.

129 . Cicerón, Tusculanae Disputationes, 5.98.

130 . Ateneo 518e, 4.15.

131 . Eliano, Varia Historia , 16.7.

132 . Heródoto, 2.80.

133 . Plutarco, Moralia, 795e y Catón el viejo, 63.

134 . Cicerón, De senectute, 63.

135 . Plutarco, Moralia, 235B.

136 . Jenofonte, Helénicas, 5.3.20.

137 . Jenofonte, Ciropedia, 1.2.

138 . Plutarco, Máximas de espartanos, 215C.

139 . Pausanias, 3.20.4.

140 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 6.3.

141 . Pausanias, 3.16.4.

142 . IG V, 1.244.

143 . Plutarco, Licurgo, 19,9 y Moralia 210E y 228E.

144 . Dionisio de Halicarnaso, Historia romana, 7.72.

145 . Pausanias, 1.44.1.

146 . Tucídides, 1.10.2.

147 . Dissoi Logoi, 90 F 2.10 D-K.

148 . Isócrates, Panatenaico, 209.

149 . Tucídides, 1.84. Son palabras del rey Arquidamo.

150 . Platón, Hipias Mayor, 285c.

151 . Plutarco, Moralia, 192b, 217d, 239b, y Licurgo, 20.8.

152 . Platón, Protágoras, 342 a.

153 . Tucídides, 4.17.

154 . Plutarco, Agis, 10 y Moralia, 84 A; Cicerón, De legibus, 2.39; Dión de Prusa, 32.67 y 33.57.

155 . Plutarco, Licurgo, 9.4.

156 . Plutarco, Lisandro, 17.4-5 y Jenofonte, República de los lacedemonios, 7.1-2.

157 . Platón, Alcibíades, 122e-123 a.

158 . Platón, Hipias Mayor, 283d.

159 . Heródoto, 6.86.

5. El dominio del Peloponeso

Tegea y la batalla de los Grilletes

Esa crisis militar que mencionábamos se había producido como consecuencia de su enfrentamiento con Tegea. Los espartanos, tras la consolidación de su conquista en Mesenia, continuaron su expansión hacia el norte, hacia la vecina Arcadia. Esta región interior, en el corazón del Peloponeso, no había sido alterada por la invasión de los dorios, y de hecho su dialecto (con grandes semejanzas con el chipriota) está muy próximo al micénico del segundo milenio. Sus pobladores, por tanto, se creían autóctonos, y se llamaban a sí mismos «anteriores a la luna». Su modo de vida era también bastante atrasado con respecto a los otros griegos y no se habían creado grandes núcleos urbanos, sino que vivían dispersos por los campos montañosos, un estilo de vida que, como nos recuerda Tucídides, sería el habitual en la Grecia arcaica. Pero había, por lo menos, dos poblaciones de cierta importancia: Orcómeno y Tegea.

Según Heródoto, los espartanos preguntaron al oráculo de Delfos sobre la posibilidad de conquistar a sus vecinos, y recibieron una respuesta ambigua:

¿Arcadia me pides? Mucho me pides. No la daré.

En Arcadia hay muchos hombres que comen bellotas

que te detendrán. Pero yo no te la niego por envidia.

Te daré Tegea para que bailes sobre ella

y su hermoso llano midas a cordel [160] .

Pensando que este oráculo les era favorable, los espartanos

marcharon contra Tegea provistos de grilletes, con la convicción de que lograrían esclavizar a sus habitantes. Sin embargo, fueron vencidos y los espartanos apresados tuvieron que medir a cordel el llano de Tegea como había predicho el oráculo, cargados con los mismos grilletes que ellos habían traído. Estos grilletes se dedicaron luego en el friso del templo de Atenea Alea; Heródoto pudo verlos allí en su tiempo, y muchos siglos después el viajero Pausanias logró ver algunos que se habían salvado de la destrucción del templo [161] . La ambigüedad del oráculo les había engañado, pues sus palabras podían referirse al hecho de medir la tierra para proceder a su reparto como botín de guerra, pero también a realizar esa tarea de medir, actividad propia de esclavos, que es lo que sucedió en la realidad.

Heródoto cuenta que no por ello cejaron los espartanos en su empeño y que siguieron luchando contra Tegea hasta que por fin pudieron, si no vencerla, por lo menos doblegarla. Este éxito final, como suele pasar en la historia de Heródoto, se debió a un hecho puramente anecdótico: la recuperación por parte de Esparta de los huesos de Orestes, el hijo de Agamenón. Los espartanos habían preguntado al oráculo de Delfos qué debían hacer para derrotar a los tegeatas, y la Pitia les contestó que saldrían vencedores si llevaban consigo los huesos de Orestes. Un espartano encontró su tumba por azar en el propio territorio de Tegea y con gran sigilo los exhumó y se los llevó a Esparta. Esta posesión dio a los espartanos legitimidad para gobernar el Peloponeso por derecho hereditario y se convirtió en un elemento clave de la propaganda. Esparta se autoproclamaba como heredera de la hegemonía aquea de Agamenón y de Menelao, pues Orestes, según el mito, había asumido el reino de su padre en Micenas y el de su tío en Esparta.

3. El Peloponeso

Pero la derrota inicial y las dificultades que siguieron para doblegar a una modesta ciudad como Tegea hicieron cambiar la política de Esparta: en un principio se trataba de una simple agresión para convertir Arcadia en una nueva tierra donde repartir en lotes y esclavizar a sus habitantes al estilo de lo que habían hecho en Mesenia (los grilletes que portaban lo indican claramente); pero ahora se buscó un nuevo camino: la diplomacia. Se establecieron acuerdos con Tegea por los que esta ciudad admitía la hegemonía

de Esparta y se comprometía sobre todo a seguir sus dictados en asuntos exteriores. Los espartanos estaban obsesionados por su seguridad, y ésta pasaba por controlar los estados fronterizos del norte, que podían animar las veleidades de independencia de los mesenios o servir de refugio. Arcadia era el primer sitio al que había que neutralizar. De hecho, una cláusula del tratado estipulaba que los de Tegea no podrían dar santuario a los mesenios refugiados. Lo sabemos por un fragmento de Aristóteles:

Los lacedemonios pactando con los de Tegea hicieron acuerdos y levantaron una estela común en el Alfeo, en la que con los demás puntos estaba escrito que expulsarían a los mesenios de su país y que no permitirían que se hicieran «buenos» [162] .

El Alfeo debe de ser el río que trazaba la frontera entre Tegea y Esparta, y la expresión «hacerse buenos» significa precisamente que los tegeatas no podían acoger a los mesenios fugitivos y hacerlos ciudadanos. A partir de este momento esta cláusula figurará en todos los tratados que firme Esparta con otros estados.

En los años siguientes, de acuerdo con esta nueva política que apostaba por una diplomacia agresiva, Esparta decidió establecer alianzas con otros estados del Peloponeso. Primero fueron las ciudades de Arcadia; luego, Élide, al noroeste, que recibió a cambio la ayuda espartana para hacerse definitivamente con el control de los Juegos Olímpicos (posiblemente hacia el 570); a finales del siglo VI se integró Sición, pequeña ciudad al norte del Peloponeso junto al Istmo, y la poderosa Corinto (estas dos ciudades se habían librado por esas fechas de sendas tiranías). Corinto fue especialmente importante, pues tenía un gran poderío marítimo del que carecían los espartanos; además, compartía con Esparta el odio hacia Argos.

De todas formas, no sabemos en qué momento exacto ni en qué condiciones fueron incorporándose nuevos miembros a esta red de alianzas que los historiadores modernos han denominado la Liga del Peloponeso. Cada ciudad se vinculaba bilateralmente con Esparta,

por lo que no contraía compromisos ni estaba obligada a mantener buenas relaciones con las otras. Sin duda, los espartanos incluyeron siempre en sus tratados una cláusula que obligaba al estado aliado a ayudarles en el caso de una revuelta de sus ilotas. No había tributo (phóros); solo en caso de guerra se realizaban aportaciones económicas en función del esfuerzo de guerra. La posición de dominio de Esparta se puede observar en estos tres puntos: 1) los aliados estaban obligados a jurar «que tendría los mismos amigos y enemigos que los lacedemonios y que los seguirían allí a donde fueran»; 2) sólo Esparta podía convocar el congreso de la Liga; 3) Esparta ostentaba siempre y en toda ocasión el mando supremo de las operaciones militares. Esto último se convirtió en una obsesión de los espartanos, siempre tan cuidadosos de su imagen pública; así, por ejemplo, en las Guerras Médicas siempre llevaron oficialmente la dirección de las operaciones por tierra y por mar; y más adelante, cuando Alejandro los invitó a acompañarle en su invasión de Asia, los espartanos se excusaron diciendo que ellos no estaban acostumbrados a ir a la guerra a las órdenes de otros.

En la Asamblea o Congreso de los aliados, cada uno de ellos tenía un voto, y la decisión tomada por la mayoría obligaba a todos los estados miembros a cumplirla. Cartledge, sin embargo, hace la siguiente precisión: sobre la guerra, si la Asamblea espartana decidía combatir, esta decisión debía ser refrendada por el voto mayoritario de los miembros de Liga reunidos en la asamblea general (que tenía lugar en Esparta); pero sobre la paz, aunque también se decidía por el voto mayoritario en la Asamblea, en este caso los miembros individualmente podían evitar esta obligación, alegando algún escrúpulo religioso [163] .

En teoría los aliados podían regirse según sus propias leyes y elegir su forma de constitución política, pero en la práctica los espartanos tuvieron cuidado de alentar el gobierno de oligarquías bien dispuestas hacia ellos. Las relaciones con estas oligarquías se cimentaban con vínculos personales de hospedaje que explicaban la presencia de los hijos de los oligarcas en Esparta, donde se educaban en la estricta agogé.

Los espartanos habían tejido esta delicada red de alianzas con una finalidad concreta: proteger su seguridad interna en caso de

revuelta de sus ilotas mesenios y aislar a su incondicional enemiga en el Peloponeso, Argos. Fue un largo proceso que comenzó con Tegea a mediados del siglo VI y que terminó a finales de ese mismo siglo. La primera vez que nuestras fuentes mencionan esta alianza es una reunión de la Asamblea que tuvo lugar en el 505/4.

Argos y la batalla de los Campeones

En el 545 los espartanos atacaron de nuevo a los argivos deseando hacerse con el control de la llanura de Tirea, una comarca de gran importancia económica. Estaba situada a unos 20 kilómetros al sur de Argos, en la costa del Peloponeso, en una región conocida como Cinuria. Convinieron las dos partes que los ejércitos se retiraran a sus países respectivos y quedaran solamente 300 hombres de cada bando, siendo la región para aquellos que salieran vencedores. Sin duda, se trataba de tropas de élite, y en el caso de los espartanos es posible que se tratara de los hippeîs, la guardia real mencionada ya por Heródoto. No era infrecuente recurrir a este tipo de acuerdos para evitar un excesivo derramamiento de sangre; era una forma de evitar un conflicto a gran escala, siempre temido por unos estados de dimensiones tan reducidas como eran los de la Grecia antigua; además, este tipo de combates singulares o de grupos reducidos mantenían el espíritu aristocrático que trasladaba la epopeya homérica.

Los dos bandos lucharon con tal denuedo que cuando cayó la noche, solo quedaban tres hombres con vida: dos argivos, Alcenor y Cromio, y un espartano, Otríades. Entonces los dos argivos, creyéndose vencedores, salieron corriendo hacia Argos a anunciar su victoria, pero el espartano se quedó en el campo, despojó a los argivos muertos y se retiró a su campamento. Al día siguiente llegaron los dos ejércitos, y cada uno se atribuía la victoria: los argivos alegaban que de los suyos habían sobrevivido más, mientras que los espartanos sostenían que eran vencedores porque su campeón había permanecido en su puesto sin abandonar el campo de batalla y había despojado a los enemigos. Todo se debía a que la palabra griega empleada en el acuerdo era el verbo perigígnomai, que significa las dos cosas: ‘salir vencedores’ y ‘sobrevivir’; de ahí, la discusión que se originó al final del combate de los campeones. La discusión terminó con el enfrentamiento de los dos ejércitos y el triunfo de los espartanos. Cuenta Heródoto que el único

superviviente de la batalla de los campeones, Otríades, no quiso volver a Esparta, pues se avergonzaba de haber sobrevivido el sólo cuando sus camaradas habían sucumbido, y allí mismo en Tirea se quitó la vida. No obstante, Pausanias dice que lo mató un argivo llamado Perilao [164] .

La batalla de los Campeones dejó un recuerdo imperecedero; incluso muchos años después, en el 421 a.C., los argivos propusieron a los espartanos repetir algo parecido [165] . Los espartanos conmemoraron la batalla cada año en la fiesta de las Gimnopedias, donde cantaban himnos en honor a los allí caídos para que los jóvenes aprendieran a imitar el valor y la entrega de aquellos valientes. Los jefes de los coros llevaban unas coronas trenzadas con palma, llamadas precisamente tireá ticas por la región de Tirea que, por fin, había pasado a manos de los espartanos. Esparta se había tomado el desquite por la humillante derrota de Hisias en el 669.

Tras la batalla de los Campeones la llanura de Tirea pasó a control de los espartanos, y poco después se apropiaron de los territorios de la costa este del Peloponeso hasta el cabo Malea y la isla de Citera. En la costa destacaban dos ciudades: al norte Prasias, que había sido una ciudad importante en el arcaísmo, y al sur Epidauro Limera (muy cerca de la moderna localidad de Monemvasia). Tras esta expansión Esparta se convirtió en el estado más extenso de Grecia, con unos 7.500 kilómetros cuadrados, un territorio que era tres veces mayor que el ateniense.

Los periecos

Esparta controló gran parte de su territorio gracias a las comunidades de periecos. Era un sistema que había funcionado con éxito en Mesenia. Formaban, por así decirlo, una especie de primera barrera defensiva de Esparta y evitaban posibles contactos de los ilotas con el exterior. Sin duda, fueron clave en el control de la masa de ilotas que trabajaban las tierras para los espartanos.

Las ciudades periecas no eran muy populosas, pero había gran cantidad; por lo menos conocemos ochenta ciudades por su nombre. La mayoría se encontraba en las costas y en el sur, pero unas pocas, como la famosa Selasia, se hallaban en la cuenca norte del río Eurotas. Selasia posiblemente se fundó en el siglo VI y concentraba un buen número de artesanos especializados en los metales y la cerámica. Situada a unos 12 kilómetros al norte de Esparta, en la frontera con Arcadia, se convirtió en la puerta de entrada al cerrado y secreto Estado espartano. Como recuerdan las fuentes antiguas, los embajadores hacían parada en ese lugar a la espera de recibir el beneplácito de las autoridades para entrar y presentarse ante los éforos. Otra gran comunidad de periecos fue Gitio, el principal puerto de Esparta en el golfo Lacónico; era de gran importancia, ya que el número de puertos bien protegidos era escaso en comparación con los kilómetros de costa. Los habitantes de la Escirítide, en la frontera con Arcadia, que formaban un batallón especial de exploradores para el ejército espartano, debieron de gozar de una condición política similar a los periecos, aunque es difícil asegurarlo.

En esta nueva fase de expansión la isla de Citera se convirtió en la posesión más valiosa para los espartanos. Se hallaba bien situada en las rutas comerciales hacia Creta, y debió de estar muy abierta a influencias exteriores. Contaba con un buen puerto llamado Escandea y una ciudad en el interior que recibía también el nombre de Citera. La historia de la isla desde el 1200 al 550 es oscura.

Homero menciona el puerto [166] y Heródoto señala la influencia de los fenicios, que dejaron como huella el culto a Afrodita [167] . Es posible que esa presencia fenicia en la isla pueda explicar las máscaras halladas en el santuario de Artemis Ortia en Esparta, pero la realidad es que la investigación arqueológica no ha descubierto todavía ninguna huella de fenicios en Citera.

Sabemos que Esparta controló de forma especial a los periecos de la isla; todos los años enviaba unos magistrados conocidos como kytherodíkai, una especie de gobernadores, para supervisar sus asuntos (están atestiguados en el siglo v). Citera se había convertido en una preocupación del Estado espartano, pues, al carecer de una armada, las islas cercanas a la costa podían suponer un peligro para la seguridad, ya que se podían convertir en base para piratas o, lo que es peor, podían ser ocupadas por estados enemigos con poderío naval; por eso el sabio Quilón había exclamado al verla que más le valdría a los espartanos que estuviese sumergida en el mar [168] .

Las ciudades periecas gozaban de cierta independencia en sus asuntos internos: tenían su propio gobierno municipal aunque supervisado por Esparta. De todas formas, nuestro conocimiento de la forma de control sobre los periecos es muy limitado, y las fuentes que nos informan no parecen fiables: nos hablan de gobernadores que vigilaban el territorio dividido en distritos [169] , y nos informan de que los éforos tenían el poder para ejecutar a los periecos incluso sin sentencia previa de un tribunal [170] . La agricultura y la ganadería serían las ocupaciones principales de los periecos pero, como trabajaban las zonas menos fértiles de Laconia, pronto se dedicaron a la artesanía y al comercio (actividades que tenían vetadas los espartanos). Confeccionaban ropas y zapatos, y fabricaban objetos de madera y hierro. Especialmente importante fue su papel en la fabricación de las armaduras y armas del ejército espartano. Esparta fue la principal productora en Grecia de púrpura real, un colorante que procedía de un molusco que se encontraban en grandes cantidades en la zona de Gitio y Citera; con este color se teñían las túnicas y las capas de los soldados espartanos [171] . Los periecos también se encargaban de explotar las reservas minerales de hierro del Taigeto. De todas formas, el número de periecos que se dedicó al comercio no sería muy elevado, pues esta actividad nunca alcanzó un gran desarrollo en Esparta. Las poblaciones

costeras se dedicaban a la pesca y eran el soporte básico de la armada espartana.

Entre los periecos había también diferencias de clase y de riqueza. Jenofonte se refiere a algunos de ellos con el calificativo de «nobles» (el término griego es kaloí kagathoí, que significa literalmente 'hermosos y buenos'); es difícil pensar que vivieran en mejores condiciones que los espartiatas, aunque no se ha excavado de forma exhaustiva ninguna localidad de periecos.

Estaban obligados a acompañar a los espartanos como tropas de infantería pesada (hoplitas) en todas sus expediciones; así, en Platea (año 479) aportaron 5.000 hombres, el mismo número que los espartanos; si en esa batalla espartanos y periecos aparecen contados de forma separada, como dos cuerpos de ejército, en la batalla de Mantinea del 418, al parecer, estaban integrados en las mismas unidades [172] . En ese momento, el término «lacedemonios» englobaba sin distinción tanto a espartanos de pura cepa como a periecos. El esfuerzo bélico para defender Esparta contra Epaminondas más adelante debió de recaer en gran parte sobre los hombros de los periecos, pues el número de espartiatas había disminuido considerablemente. Si el ejército espartano siguió siendo una máquina de guerra eficiente solo se explica porque los periecos compartían mucho del modo de vida espartano. Es muy posible que los periecos, aunque no estaban sometidos a la agogé, tendiesen a emular los valores y el estilo de vida de la clase superior de «los iguales». Lo que es seguro es que fueron buenos soldados. El rey Demarato tiene que reconocerlo ante Jerjes: «Los otros lacedemonios [los periecos] no pueden compararseles [a los espartanos], pero desde luego tienen valor» [173] . Sabemos que pudieron llegar a desempeñar puestos de relevancia, como el de navarco [174] .

Sin duda, este grupo social se había identificado claramente con la causa espartana sin que al parecer les preocupara su escaso papel en la vida política. Salvo muy contadas excepciones, se mantuvieron siempre fieles a los espartanos. Esparta les había proporcionado una tranquilidad y prosperidad que no existía en otras partes de Grecia, donde la población sufría por los constantes conflictos con los países vecinos o por las revueltas internas. Por eso algunos autores

modernos, como W. G. Forrest, imaginan que la vida de estos hombres, poco ambiciosos y que vivían a la sombra del poder espartano, transcurría tranquila, segura y feliz [175] .

Esparta y Oriente

El enfrentamiento contra Argos había impedido a Esparta prestar atención a sus asuntos de Oriente. Con el rey de Lidia, Creso, había concertado pocos años antes un pacto de hospitalidad y alianza. Los espartanos solían acudir a Sardes, la capital de aquel reino, para comprar el oro, tan escaso en tierras griegas, con el que realizaban ofrendas a sus dioses. En una ocasión en que los lacedemonios se hallaban en Sardes con el fin de adquirir oro para una estatua que pensaban dedicar a Apolo Tórnax, el rey Creso les regaló el preciado metal.

Cuando Creso solicitó formalmente en el 546 la colaboración de Esparta para luchar contra el Imperio persa de Ciro el Grande, los espartanos estaban ocupados en su lucha contra Argos por la posesión de la Tireátide. Al año siguiente Sardes, la capital de Lidia, cayó ante los persas. Los generales de Ciro se dirigieron a continuación contra las ciudades griegas de la costa de Asia Menor. Jonios y eolios enviaron rápidamente delegados a Esparta para pedir su ayuda. En nombre de todos habló el representante de Focea, un hombre llamado Pitermo; se puso un vestido de púrpura y pronunció un largo discurso que provocó el desagrado de los espartanos. Se negaron a socorrerles militarmente, pero enviaron unos hombres en un barco de 50 remos para que evaluaran la situación sobre el terreno. Lacrines, el espartano más importante del grupo, subió incluso a Sardes para advertir al rey persa Ciro de que no devastase ninguna ciudad griega porque ellos, los espartanos, no lo tolerarían. Ciro se informó sobre quiénes eran aquellos extraños griegos y despachó a Lacrines sin miramientos [176] . Los espartanos, a pesar de la distancia, actuaban como una gran potencia, aunque, de hecho, no pudieron prestar ninguna ayuda ni a Creso ni a las ciudades griegas. En todo caso, a partir de entonces estuvieron muy atentos al peligro que representaban los persas e intentaron por todos los medios impedir que las ciudades griegas tomasen su bando.

En el 525 tuvieron ocasión de intervenir en Oriente, concretamente en los asuntos de Samos. Los espartanos habían mantenido estrechas relaciones con los aristócratas de la isla desde el siglo VII. La amplia distribución de cerámica laconia en Samos durante todo el siglo VI demuestra los vínculos de hospitalidad entre espartanos y samios. Un objeto especialmente interesante es un pequeño león de bronce (en su momento sirvió como adorno de un vaso) que los arqueólogos encontraron en el Hereo de Samos y que se ha fechado en torno al 550. En la inscripción, que de manera muy apropiada está grabada en la melena, podemos leer: «Eumnasto, un espartiata, a Hera». Heródoto comprobó personalmente durante su visita a Esparta esta especial relación que, en opinión del historiador, había comenzado cuando los samios apoyaron a los espartanos con ocasión de la Segunda Guerra Mesenia [177] .

Todo cambió cuando en torno al 532 Polícrates impuso su tiranía sobre la isla eliminado o expulsando a la vieja aristocracia. Creó una pequeña talasocracia en el Egeo que llegó a controlar la isla sagrada de Delos, en medio de las Cícladas. Realmente se comportaba como un pirata a gran escala. Heródoto escribe que con su flota de cien penteconteros «saqueaba y pillaba a todo el mundo sin hacer excepción con nadie» [178] . Los espartanos tuvieron pronto experiencia de estos actos de pillaje: enviaron a Creso como presente una cratera de bronce cuyos bordes estaban adornados por fuera con figuras y que tenía la capacidad de 300 ánforas (unos 5.832 litros), pero esta magnífica pieza nunca llegó a su destino; Polícrates la interceptó en el Egeo y se la quedó para sí. Ante las protestas de los espartanos, los samios se disculparon diciendo que los enviados que la transportaban, al enterarse de que Sardes había caído en manos de los persas, habían vendido la cratera en Samos. El hecho es que la cratera se encontraba allí en tiempos de Heródoto, dentro del Hereo de Samos, donde pudo verla personalmente el gran historiador.

Esta cratera mencionada por Heródoto se ha relacionado con un objeto similar hallado en un túmulo funerario de una princesa gala en Vix. Se trata de una gran cratera de bronce de finales del siglo VI de 1,64 metros de alto y 208 kilogramos de peso que tiene una capacidad de 1.200 litros; se considera la obra maestra de todo el arte laconio: siete hombres armados y siete carros desfilan en el

cuello de la cratera, modelados en bronce y añadidos posteriormente, así como las cabezas de gorgonas de las asas. Por las letras que se hallan detrás de las figuras y que indican su posición, sabemos que el artesano era de Esparta. Hoy se puede ver en el museo de Châtillon-sur-Seine.

Los aristócratas samios que habían sido expulsados de la isla por el tirano acudieron a Esparta en busca de ayuda. Se presentaron ante los éforos, y pronunciaron un largo discurso, algo a lo que los severos magistrados espartanos no estaban acostumbrados. Cuando lo samios finalizaron, los despidieron con malos modos diciendo que se habían olvidado del principio y que no habían entendido el resto. Entonces los samios, con la gracia típica de los jonios, volvieron al día siguiente; esta vez trajeron un saco y sólo dijeron que estaba falto de harina. Los éforos dijeron que con lo del saco se habían excedido, pero que en todo caso estaban dispuestos a ayudarles [179] .

La historia, cierta o no, demuestra que debió de existir ya una gran diferencia cultural entre la cosmopolita y abierta Jonia (en la que se incluía la isla de Samos) y la cerrada Esparta. De todas formas, los espartanos, según Heródoto, estaban muy inclinados a esta guerra por varias razones: en primer lugar, deseaban vengarse de Polícrates, que les había robado la cratera de bronce que habían enviado a Creso, el rey de Lidia. En segundo lugar, los problemas que causaba Polícrates con su piratería en el comercio por el Egeo eran particularmente molestos para Corinto, su principal aliada. Por si todo eso fuera poco, cuando los persas dominaron toda Asia Menor, Polícrates supo establecer buenas relaciones con ellos, enviando incluso fuerzas de apoyo en su invasión de Egipto.

La flota corintia llevó las tropas expedicionarias a Samos y se puso de inmediato sitio a la ciudad, que estaba fuertemente amurallada. A pesar del heroísmo de los espartanos, el ataque fue un sonoro fracaso por la falta de control sobre el mar, de modo que tras cuarenta días de asedio se retiraron. No obstante, esta expedición trajo como consecuencia la expulsión de otro tirano llamado Lígdamis, que gobernaba en la isla de Naxos en el centro del Egeo desde el 546. Según una fuente tardía, en el camino de vuelta la flota se detuvo en Naxos, expulsó al tirano e impuso un gobierno

oligárquico [180] . Desde entonces la isla vivió unos años de inestabilidad política hasta que hacia el 500 los demócratas se hicieron con el poder.

En este episodio de Samos salieron a la luz las carencias y limitaciones de Esparta. Sin poderío naval los espartanos poco podían hacer en campañas de ultramar; estaban limitados en su propio espacio dentro del Peloponeso, vigilando a sus ilotas y a su gran enemiga, la ciudad de Argos, que todavía no había sido derrotada totalmente. Su categoría como potencia era, en los hechos, escasa y local. En todo caso, esta expedición con diversa fortuna sentó las bases de la fama de los espartanos como enemigos de la tiranía. Los autores antiguos alabaron a los espartanos como destructores de la tiranía, y autores como Pausanias hacen una lista de estos regímenes que habían sido destruidos por Esparta: los Cipsélidas en Corinto, Lígdamis en Naxos y Esquines en Sición, aunque no estamos seguros de nada de eso. El propio Tucídides se hace eco de esta fama, lo que indica lo extendida y admitida que estaba:

Los tiranos atenienses y los del resto de Grecia, [...] fueron en su mayor parte y de modo definitivo derrocados por los lacedemonios [181] .

El miedo al peligro persa pudo influir en la política exterior espartana, que intentó abolir los gobiernos tiránicos de diversas ciudades. La tiranía era, en su opinión, un régimen inestable que podía establecer buenas relaciones con Persia, como habían comprobado en primer lugar con Polícrates de Samos y verán más adelante con Hipias de Atenas.

Cleómenes I

Hacia el 520 Cleómenes subió al trono en la dinastía agíada. Fue de una forma curiosa. El rey Anaxándridas se había casado con una hija de su hermana (estos matrimonios endogámicos en las familias reinantes eran lo habitual) y la amaba apasionadamente. Como no tenía hijos con ella, los éforos le instaron a repudiarla y a tomar otra esposa con la que tener descendencia para que no se extinguiera su linaje. Ante la oposición de Anaxándridas, los éforos buscaron el consejo de los ancianos de la Gerousía y le hicieron al rey una nueva propuesta: que se casara con otra que pudiera darle hijos sin repudiar a su actual esposa. Se llegó a una situación un tanto insólita, pues el rey tenía dos esposas y dos hogares a partir de ese momento. Con su nueva esposa el rey tuvo su primer hijo, Cleómenes, y poco después la primera esposa que hasta ese momento había sido estéril le dio tres hijos: Dorieo, Leónidas y Cleómbroto. Es muy posible que, tras engendrar el ansiado heredero con la segunda esposa que le habían impuesto, Anaxándridas viviera ya de forma exclusiva con la primera a la que tanto amaba.

Según las leyes de sucesión, el trono correspondía a Cleómenes, el mayor, pero Dorieo albergó la esperanza de suceder a Anaxándridas por cierta incapacidad que presentaba el carácter de Cleómenes. El propio Heródoto afirma que estaba «ligeramente desequilibrado» (aunque hay que precisar que el historiador maneja fuentes claramente hostiles a Cleómenes). Sea como fuera, se nombró rey a Cleómenes, y Dorieo, sumamente molesto, decidió salir de Esparta y fundar una colonia en ultramar. Se hizo acompañar de un buen grupo de espartiatas, fieles seguidores de su persona, y de hombres de la ciudad perieca de Antana, en la Tireátide. De nuevo se resolvía el inevitable conflicto con el exilio del país de los descontentos. Heródoto simpatiza con Dorieo; es un personaje que lucha contra un destino adverso y fracasa repetidamente en sus empresas: primero en Libia, a donde se dirige sin consultar a los oráculos ni portar el fuego sagrado de Esparta (tanta rabia le

poseía); expulsado de allí por los cartagineses, pasó a Sicilia. Esta vez había consultado al oráculo de Delfos que le había dado una respuesta favorable, pero murió junto a todos sus hombres en su lucha contra los fenicios y los indígenas.

El problema de Atenas

El primer problema de Cleómenes en política exterior fue Atenas, una ciudad un tanto alejada y con la que no se habían tenido muchos contactos anteriormente. Desde el año 546 Atenas estaba gobernada por tiranos, primero por Pisístrato y luego por sus dos hijos, Hipias e Hiparco. En el 514 Harmodio y Aristogitón, por motivos personales, asesinaron a Hiparco durante la procesión de las Panateneas. Hipias entonces acentuó la crueldad de su régimen y los exiliados atenienses vieron en la ayuda espartana la única solución para derrocar la tiranía.

Los Alcmeónidas, la familia ateniense más destacada, estaba entonces refugiada en Delfos, donde se había hecho con la contrata para la reconstrucción del templo de Apolo. Además, se las habían arreglado para sobornar a la Pitia, de modo que cada vez que se presentaba un espartano para cualquier asunto, tanto privado como público, le animaba a liberar a los atenienses de la tiranía. Esta explicación de Heródoto es meramente anecdótica; en realidad, el interés de los espartanos para intervenir en los asuntos de la lejana Atenas era más profundo: se trataba de apartar a Atenas de Argos, con la que mantenía tradicionalmente desde el comienzo de la tiranía una buena amistad, y a ser posible incluirla en su gran red de alianzas. Es probable, además, que Esparta no viera con buenos ojos la tendencia propersa de Hipias, que recientemente había hecho una alianza matrimonial con Hipoclo, tirano de Lámpsaco, pero de hecho simple vasallo del rey persa.

En el 512/1 los espartanos enviaron por mar un contingente de tropas al mando de un tal Anquimolio (o Anquímolo), ciudadano de prestigio, pues los reyes no tomaban parte en las expediciones marítimas; posiblemente es la primera vez que aparece el cargo de navarco, aunque no se convirtió en una magistratura regular hasta la Guerra del Peloponeso, cuando se elegía anualmente por la Asamblea [182] . Anquimolio desembarcó en Falero, pero fue

derrotado por las tropas atenienses de Hipias y sus aliados de la caballería tesalia; habían preparado el terreno talando la llanura para poder maniobrar con facilidad. La derrota fue aplastante y el propio Anquimolio murió en la batalla.

Los espartanos no se desanimaron por este revés y realizaron un nuevo ataque, esta vez por tierra al mando del rey Cleómenes. Invadió el Ática por Eleusis, también una llanura en principio favorable a la caballería tesalia; pero los espartanos habían aprendido de sus errores e hicieron impracticable la llanura con grandes troncos derribados. Vencieron así en la batalla y entraron en Atenas. Hipias con su familia se refugió en la Acrópolis. A los espartanos no les gustaban los combates ante las murallas; el asalto a un recinto bien amurallado, implicaba un gran número de bajas, en una lucha sin ninguna gloria, y sin duda se habrían retirado pronto, pero tuvieron la suerte de capturar a los hijos del tirano cuando salían secretamente de la Acrópolis para ponerse a salvo. Hipias pactó entonces su salida de Atenas con su familia y se exilió en Sigeo, a la entrada del Helesponto.

Pero Cleómenes se vio enredado más de la cuenta en la compleja situación política de Atenas. Tras el fin de la tiranía, los clanes aristocráticos disputaban fieramente por el poder, en concreto por conseguir el arcontado, la más alta magistratura. Esa lucha se concentró en dos hombres: Clístenes, de la familia de los Alcmeónidas, e Iságoras. Cuando éste último consiguió el cargo en las elecciones del 508, Clístenes buscó el apoyo del pueblo de Atenas y dio un golpe de Estado [183] . Iságoras, que había establecido relación de hospedaje con Cleómenes (las malas lenguas decían que el rey espartano se entendía con su mujer), solicitó su ayuda para volver a hacerse con el poder. El rey se presentó con un pequeño ejército y entró en Atenas. Expulsó a 700 familias y puso las magistraturas en manos de Iságoras y sus partidarios, pero el Consejo y el pueblo se resistieron a obedecer. En la revuelta, Cleómenes e Iságoras tuvieron que refugiarse en la Acrópolis, donde sufrieron asedio durante dos días; al tercero salieron con un pacto.

Los atenienses recordaron siempre con agrado la forma en que humillaron el orgullo espartano, y en una comedia de Aristófanes estrenada en el 411, los viejos de Atenas recuerdan orgullosos su

gesta:

Cuando ni Cleómenes, que la tomó el primero,

salió indemne, sino que,

muy al contrario, respirando aires laconios,

se marchó tras entregarme sus armas,

con tan solo una capita,

sucio y andrajoso [184] .

Cleómenes se sintió humillado por los atenienses y quiso vengarse por lo sucedido. En el 506 reclutó un ejército en el Peloponeso sin especificar cuál era su propósito exacto. Invadió Atenas desde el sur por la llanura de Eleusis, al tiempo que los beocios atacaban por el oeste y los de Calcis saqueaban la zona norte del Ática. Los atenienses concentraron todas sus tropas en Eleusis para enfrentarse al ejército de Cleómenes, pero antes de la batalla los corintios se retiraron y después hizo lo mismo Demarato, el otro rey de Esparta, de la casa real de los Euripóntidas, que disentía de la política de su colega. Cuando los demás aliados vieron que los dos reyes tenían diferencias y que los poderosos corintios habían abandonado, emprendieron también la retirada. Como consecuencia del bochornoso espectáculo (no tanto ante los atenienses sino, sobre todo, ante sus propios aliados allí presentes) se promulgó una ley en Esparta que prohibía que ambos reyes dirigieran al ejército en una misma expedición [185] .

Cleómenes decidió entonces convocar a los miembros de la Liga del Peloponeso a una reunión en Esparta en el año 504. Esta reunión, que menciona con detalle Heródoto, es para nosotros la primera actuación documentada de la Liga del Peloponeso. Cleómenes tenía el propósito de vengarse de Atenas, y para ello había pensado en reponer como tirano a Hipias, al que se hizo venir desde su exilio en Sigeo. Como excusa Cleómenes alegó que había conocido de pronto

unos oráculos (que había tomado de la Acrópolis de Atenas durante su estancia allí) que anunciaban que los espartanos iban a sufrir mucho por culpa de Atenas. En esta ocasión los aliados, en especial los corintios, se negaron a apoyar los planes del rey, recordando los males de un régimen tiránico (que ellos mismos habían sufrido durante la larga tiranía de los Cipsélidas) y apelando directamente a la tradición espartana:

Vosotros, lacedemonios, buscando acabar con los regímenes políticos igualitarios, estáis dispuestos a restablecer en las ciudades la tiranía, y nada hay más injusto y criminal que ese tipo de gobierno entre el género humano. Si os parece tan apropiado que las ciudades se gobiernen tiránicamente, debéis empezar por imponeros a vosotros mismos un tirano; luego, procurad introducirlos en las demás ciudades. En este momento no tenéis experiencia de lo que es la tiranía y vigiláis con suma atención para que nunca llegue a Esparta, y, sin embargo, intentáis imponerla a vuestros aliados [186] .

Ciertamente el propósito de Cleómenes chocaba con la imagen de enemigos de la tiranía que los espartanos cuidadosamente se habían labrado de sí mismos durante décadas. Los aliados rechazaron la propuesta de Cleómenes y Atenas siguió sin más contratiempos sus reformas constitucionales, que le iban a convertir tambien en un estado distinto a todos los demás y en el futuro rival por la hegemonía de Grecia.

Aristágoras en Esparta

En el invierno del 499 llegó a Esparta un tal Aristágoras, tirano de Mileto. Por instigación suya todas las ciudades griegas de Jonia se habían rebelado contra el Gran Rey. Mientras los persas ponían en marcha su lenta maquinaria militar para aplastar a los rebeldes, Aristágoras tuvo tiempo de buscar aliados poderosos en Grecia para la difícil guerra que se avecinaba. Es lógico que su primera parada fuera Esparta, el Estado más poderoso en aquel momento. Todos los detalles de su estancia allí son anecdóticos. Según Heródoto (nuestra única fuente de información), se presentó ante el rey Cleómenes (cuando lo normal era hacerlo ante los éforos) e intentó convencerlo para que se embarcara en una expedición militar contra los persas. Era una difícil empresa ya que Esparta había rechazado proposiciones parecidas de intervenir en los asuntos de Oriente tras su fracaso con Polícrates [187] .

Aristágoras había traído consigo una lámina de bronce donde estaba grabado un mapa de toda la tierra con el mar y todos sus ríos. Probablemente era obra del geógrafo Hecateo y dejaba claro el gran avance científico de los jonios. Aquel objeto resultaría sumamente extraño para el espartano Cleómenes, que apenas podría alcanzar a comprender su sentido. De hecho, Aristágoras lo usó como instrumento de persuasión. Sobre el mapa el proyecto no presentaba dificultades, pero el precavido y astuto Cleómenes, que nada entendía de mapas, tras un periodo de reflexión le preguntó directamente a Aristágoras cuántas jornadas de marcha había entre el mar Egeo y la morada del rey. Cuando Aristágoras respondió que tres meses, se hicieron evidentes las colosales dimensiones del Imperio persa y Cleómenes rechazó tajantemente la propuesta. Entonces, según Heródoto, Aristágoras intentó sobornar al rey con una gran suma, pero su hija pequeña, llamada Gorgo, que tenía solo 8 años y que estaba presente casualmente en la entrevista, lo advirtió y dijo en voz alta: «Padre, si no te alejas, el extranjero acabará por sobornarte» [188] . Cleómenes, divertido por la ocurrencia

de su hija, puso fin a su negociación con Aristágoras. Gorgo demostraba en esta historia tan grata a Heródoto su cordura y su fuerte carácter a una edad muy temprana.

Aristágoras salió de Esparta y recaló en Atenas, donde consiguió convencer a la Asamblea para prestarle ayuda. Fue una ayuda un tanto simbólica de solo 20 naves que provocaron el enfado de Darío, el rey persa. Para Heródoto, «esos barcos fueron el principio de los problemas» [189] , pues los consideraba el detonante de la gran conflagración que conocemos como Guerras Médicas. El gran historiador creyó encontrar aquí la perfecta demostración de su idea de que un pequeño e intrascendente suceso produce unas consecuencias inesperadas, pues así, en definitiva, es el destino humano.

Cleómenes contra Argos. La batalla de Sepea

Es muy posible que Aristágoras hubiera llegado en mal momento. Esparta estaba por entonces ocupada en un nuevo enfrentamiento con sus viejos enemigos, los argivos. Aunque difícil de fechar con precisión, se ha pensado que esta guerra tuvo lugar entre el 500 y el 494. Al frente del ejército espartano estaba solo el rey Cleómenes.

En el año 494 dirigió su ejército de espartiatas contra Argos. Cuando llegó al río Erasino, que servía de frontera entre los dos estados, y realizó los preceptivos sacrificios (diabatéria), las señales fueron desfavorables. Pero Cleómenes, que no estaba dispuesto a renunciar a aquella campaña, sabía que las señales divinas se prestaban a muchas interpretaciones. Entendió que sólo le prohibían vadear el río, de modo que se retiró al sur, hacia Tirea, y embarcó sus tropas en barcos de Egina, Sición y las comunidades periecas de la costa [190] . Desembarcó en Asine, a seis kilómetros al sureste de Nauplia, pero los argivos le cerraron el paso en las inmediaciones de Tirinto, en un lugar que recibía el nombre de Sepea. Los dos ejércitos asentaron sus reales a la espera de la batalla campal.

Según Heródoto, los argivos estaban pendientes de las órdenes de los heraldos espartanos y realizaban los mismos movimientos y acciones. Cleómenes se dio cuenta y ordenó a sus hombres que cuando el heraldo diera la señal de almorzar tomaran las armas y se lanzasen sobre los argivos. De esa manera atacaron cuando los argivos se preparaban para almorzar y mataron a un gran número. Los supervivientes se refugiaron en un bosquecillo consagrado a Argos (hijo de Zeus y Níobe, que dio nombre a la ciudad). Fueron rodeados por los espartanos, pero Cleómenes se abstuvo de avanzar con sus soldados por miedo a cometer un sacrilegio al entrar con violencia en un lugar sagrado. Entonces Cleómenes recurrió al engaño: por medio del heraldo les aseguró que había llegado su rescate (dos minas, unos 864 gramos de plata por cabeza) y que

podrían salir sin temor conforme se les llamara por su nombre (y conocía esos nombres gracias a unos desertores que tenía entre sus filas). A medida que los argivos iban saliendo los mataba, hasta que los de dentro del bosque se percataron del engaño y dejaron de salir. Entonces Cleómenes ordenó a los ilotas que acompañaban al ejército rodear el bosque con haces de leña encendidos y que le prendieran fuego [191] ; de esa forma aniquiló a todos los argivos y consiguió que la culpa del sacrilegio recayera sobre los ilotas. Cleómenes defendió su actuación asegurando que también entre los dioses el mal que se podía hacer a los enemigos se consideraba superior a la justicia [192] .

A continuación Cleómenes se dirigió al Hereo, el santuario más importante de los argivos, a tan solo ocho kilómetros al noreste de la ciudad, donde realizó un sacrificio solemne a la diosa. El sacerdote trató de impedírselo alegando que a un extranjero no le estaba permitido sacrificar en aquel lugar, pero Cleómenes ordenó a los ilotas que se llevasen al sacerdote del altar y lo azotasen. Luego se retiró a Esparta, aunque tenía la ciudad de Argos a su merced. Sus enemigos le llevaron ante los éforos acusándolo de no haber tomado Argos porque se había dejado sobornar. Entre ellos estaba con seguridad el otro rey Demarato; pero el caso no pasó a juicio en la Gerousía (donde le juzgarían los 28 ancianos, los cinco éforos y el otro rey, los únicos que podían juzgar a los reyes). Cleómenes se defendió diciendo que, mientras realizaba el sacrificio en el Hereo, salió una fuerte llamarada del pecho de la imagen de la diosa y comprendió por aquella señal que no podría tomar la ciudad de Argos. Al parecer estas explicaciones fueron consideradas por los piadosos espartanos como dignas de crédito [193] . Es muy posible que Cleómenes considerase que la ciudad de Argos, diezmada pero no destruida, sería más provechosa para la política espartana (que defendía la máxima divide et impera) . No era conveniente que otras ciudades de la zona, como Corinto, Tirinto y Micenas, por más que fueran aliadas, incrementasen demasiado su poder.

En otra versión (que, sin duda, forjaron los argivos para ocultar la humillación de aquella derrota) los espartanos atacaron la ciudad de Argos. La poetisa Telesila, llevada por una insólita audacia guerrera, organizó la defensa: reunió las armas de las casas y los santuarios; armó a las mujeres, los ancianos y los esclavos y los hizo

subir a las murallas. No se asustaron de los gritos y del tumulto de la guerra sino que defendieron con valor su ciudad. Finalmente los espartanos se retiraron pensando que, si vencían, su victoria sería odiosa y, si fracasaban en el asalto, sería una deshonra verse superados por mujeres. Una curiosa fiesta de Argos, donde las mujeres por un día vestían con túnicas y clámides y los hombres con velos y peplos, parece que conmemoraba aquel día [194] .

Lo cierto es que la ciudad de Argos quedó sin hombres en edad militar. Heródoto fija en 6.000 el número de argivos muertos y Pausanias habla de 5.000 bajas. Para reparar la falta de hombres dieron el derecho de ciudadanía a los campesinos de su llanura. De todos modos, los argivos tardaron en recuperarse de aquella matanza y alegaron escasez de varones para justificar su posición neutral durante la invasión de Jerjes en el 480.

El asunto de Egina. La rivalidad entre los reyes

En el 491 llegaron a Grecia los heraldos de Persia pidiendo la tierra y el agua, la tradicional señal de sumisión. Se dice que los atenienses los arrojaron al báratro, una antigua cantera al oeste de la Acrópolis, mientras que los espartanos los arrojaron a un pozo al tiempo que decían a los heraldos que sacaran de allí la tierra y el agua y se la llevaran al rey. De todos modos, esta historia que cuenta Heródoto ha sido puesta en duda por algún estudioso moderno. El famoso historiador alemán K. J. Beloch sostuvo que solo se enviaron heraldos en el 481 por parte de Jerjes y que no se presentaron ante Atenas, con la que el Imperio persa estaba en guerra de hecho (Persia no iba a permitir que Atenas escapara al castigo entregando la tierra y el agua), sino solo en Esparta, y que fue allí donde se les arrojó al pozo. La historia de los heraldos en Atenas fue creada más adelante para que la ciudad estuviese a la misma altura heroica que sus enemigos espartanos.

Raphael Sealey rebatió este punto de vista que se había aceptado de forma general y entendió que los heraldos habían sido enviados por Darío, pues éste había planeado desde el principio conquistar Grecia. Dentro de Esparta había dos posturas diferentes en relación a Persia, y fue la facción que apostaba por el enfrentamiento contra los persas la que lanzó a los heraldos al pozo para demostrar a los griegos que su compromiso era definitivo y sin ambages.

Al parecer, la isla de Egina, que seguía siendo la principal enemiga de Atenas, aceptó la sumisión al rey persa. Los atenienses se apresuraron a acudir a Esparta acusando a la isla de medismo. Cleómenes se presentó en Egina para exigir rehenes, pero los eginetas se negaron alegando que no estaban presentes los dos reyes. Sin duda, como sugiere el propio Heródoto, estaban aleccionados por el rey Demarato, pues de otro modo no habrían podido saber con tanta seguridad ese punto de las leyes de Esparta. Cleómenes se sintió ultrajado y guardó un profundo rencor a los

eginetas, pero primero tuvo que encargarse del otro rey, de Demarato.

Sobre este rey pesaban ciertas sospechas sobre su legitimidad; su padre, el rey Aristón, tras dos matrimonios sin hijos, se volvió a casar por tercera vez. Se encaprichó de la mujer más hermosa de Esparta; el hecho de que esta belleza estuviera casada y con su mejor amigo no fue un problema en el extraño mundo de los espartanos. Según cuenta Heródoto, el rey indujo a su amigo a intercambiar regalos como símbolo de amistad; juraron solemnemente que cada uno podría pedir cualquiera cosa de los bienes del otro. El amigo pidió un objeto de los tesoros de Aristón, pero el rey pidió que le pasara la mujer a su casa. El amigo protestó diciendo que el acuerdo era sobre cualquier cosa menos la mujer, pero al final, forzado por su juramento, se la entregó. No habían pasado diez meses cuando esta mujer dio a luz a un niño, Demarato, que significa 'el deseado por el pueblo', tan ardientes deseos había de que Aristón tuviera un heredero. Cuando le anunciaron a Aristón el nacimiento de su hijo (y en ese momento estaba acompañado por los éforos), se puso a contar los meses con los dedos y exclamó: «¡No debe de ser mío!» [195] .

Cleómenes quiso aprovechar esta historia. Volvió a sacar a la palestra su origen dudoso y sugirió que se consultase al oráculo de Delfos. Al mismo tiempo buscó como sustituto a otro miembro de la familia real que se llamaba Leotíquidas. Cleómenes sobornó a los dirigentes de Delfos, de modo que cuando se le formuló la pregunta, la Pitia declaró que Demarato no era hijo de Aristón. Demarato fue destronado y pasó un tiempo inactivo en Esparta soportando las burlas, hasta que decidió escapar.

Con la excusa de que quería consultar el oráculo de Delfos se dirigió a Élide, pero los espartanos sospecharon que quería huir y le siguieron. Tenían miedo de que, llevado por el resentimiento, les causara problemas en Arcadia o Mesenia. Demarato escapó a la isla de Zacinto (hoy día, Zante), pero allí fue detenido por los espartanos, que le quitaron su séquito, aunque no pudieron traerlo de vuelta, pues los zacintios se negaron en redondo a entregarlo. Entonces Demarato embarcó en una nave y pasó a Asia, donde encontró refugio en la corte de Darío.

A continuación Cleómenes se tomó el desquite de los eginetas; junto con Leotíquidas se presentó en la isla y reclamó los rehenes, pero no los llevó a Esparta, sino que, como especial venganza, los dejó en manos de los atenienses, los peores enemigos de Egina. Los rehenes pasaron mucho tiempo en Atenas [196] , y fueron sin duda los responsables de la inactividad de los eginetas cuando el general persa Datis atacó Atenas en el 490.

Muerte de Cleómenes

Pero poco después Cleómenes cayó en desgracia en Esparta al descubrirse el soborno de la Pitia. De todas formas no tuvo consecuencias para Leotíquidas, que siguió como rey. Cleómenes, temiendo alguna represalia, huyó a Arcadia, donde se dice que intentaba unir a los arcadios para que lucharan contra Esparta. Los espartanos entonces le dejaron volver a casa prometiendo que mantendría todo como estaba hasta entonces. Pero nada más regresar, según Heródoto, sufrió un ataque de locura y comenzó a hacer extravagancias, como golpear con su bastón a cualquier espartano con el que se cruzaba. Sus parientes lo encadenaron entonces a un cepo, pero cierto día en que había quedado solo bajo la vigilancia de un ilota, Cleómenes le pidió un puñal. El ilota se negó al principio, pero Cleómenes lo amenazó (indicándole lo que le haría cuando estuviera libre del cepo) hasta que el esclavo se lo entregó:

Cleómenes empezó a lastimarse desde las piernas; cortando las carnes a jirones subía desde las piernas hacia los muslos, y desde los muslos hacia las ijadas y las caderas, hasta que llegó al vientre, y cortándoselo en pedazos murió de esa manera [197] .

Este terrible final, ejemplo de la capacidad de sufrimiento de un espartano, tuvo diferentes explicaciones. En la versión espartana, Cleómenes enloqueció por su afición a beber vino puro. Había adoptado esa costumbre tras relacionarse demasiado familiarmente con unos embajadores escitas que llegaron a Esparta para negociar una alianza. Los escitas eran grandes bebedores de vino puro, mientras que los griegos siempre lo bebían mezclado con agua; de ahí la expresión griega «beber al modo escita», que aludía a la falta de moderación en la bebida. Los argivos, por supuesto, achacaron

su locura al sacrilegio cometido en el bosque sagrado tras la batalla de Sepea, y se trataba, por tanto, de un castigo divino. Heródoto apunta en varias ocasiones que Cleómenes siempre había estado un tanto desequilibrado (por eso Dorieo, su medio hermano, tuvo ciertas esperanzas de alcanzar el trono) y ese final sería la culminación de ese trastorno.

Los modernos historiadores han apuntado a la posibilidad de que fuera ejecutado por los mismos espartanos, puesto que se había convertido en un elemento peligroso para la seguridad del Estado. Su política ambiciosa y en exceso personalista chocaba con la política tradicional espartana y suponía un peligro para el equilibrio de fuerzas en el Peloponeso y para el orden interno en Esparta. Sea como fuera, el final de Cleómenes, uno de los reyes con mayor personalidad y cuyo reinado había llevado a Esparta a un control casi total del Peloponeso, es uno de los momentos oscuros de la historia de Esparta.

Cleómenes sólo había tenido una hija llamada Gorgo, la niña inteligente y despierta que vimos en la anécdota de Aristágoras, de modo que el trono le correspondió a su medio-hermano Leónidas (era hijo del mismo padre, Anaxándridas, pero con su primera esposa) puesto que el mayor, Dorieo, había muerto en el extranjero. Causalmente Leónidas se había casado con Gorgo en uno de los típicos matrimonios endogámicos de las familias reales de Esparta.

Gorgo es para nosotros una mujer bien conocida, una reina con carácter y personalidad, que ya aparece dibujada con precisos rasgos en la narrativa de Heródoto. Es un ejemplo del destacado papel que tuvieron las mujeres en la sociedad espartana. Expresaban sus ideas con franqueza y en público, lo que resultaba sorprendente frente a la situación de sumisión de las mujeres en el resto del mundo griego, donde su principal virtud era el silencio, como rezaba el famoso dicho de Sófocles: «El silencio es el adorno de las mujeres» [198] .

160 . Heródoto, 1.66 y ss.

161 . Pausanias, 8.47.2. El viejo templo ardió en el 395 y se construyó uno nuevo más hermoso que pudo ver Pausanias en el siglo II d. C. Augusto se había llevado la estatua de Atenea Alea y los colmillos del jabalí de Calidón, pero algunos grilletes todavía estaban a la vista.

162 . Fr. 592 en Plutarco, Moralia, 292B.

163 . Paul Cartledge, Sparta and Lakonia, p. 127.

164 . Pausanias, 2.20.7.

165 . Tucídides, 5.41.2.

166 . Ilíada, 10.268.

167 . Heródoto, 1.105.3.

168 . Según cuenta Heródoto, 7.235.

169 . Escolios a Píndaro, 1.6.154.

170 . Isócrates, 12.181.

171 . Pausanias habla de las conchas en 3.21.6, y afirma que esta costa de Laconia producía las conchas más apropiadas para el tinte de púrpura.

172 . Tucídides, 5.67.1.

173 . Heródoto, 7.234.

174 . Tucídides, 8.22,1.

175 . W.G. Forrest, A History of Sparta, p. 31.

176 . Heródoto, 1.152.¡

177 . Heródoto, 3.55 y 47.

178 . Heródoto, 3.39.

179 . Heródoto, 3.46.

180 . Plutarco, Moralia, 859 c-d.

181 . Tucídides, 1.18.1.

182 . Se admite de forma general que solo tras la derrota de Cícico del 410 en la Guerra del Peloponeso el cargo de navarco se convirtió en magistratura regular. Desde ese momento los navarcos eran elegidos por un periodo de un año comenzando en primavera. Hasta entonces solo eran elegidos en situaciones puntuales. Mitchell (p. 277) opina que se trataba también de un cargo que ejercían los reyes, por lo menos durante las Guerras Médicas; paulatinamente los éforos fueron asumiendo las prerrogativas de los reyes y se encargaron de nombrar a los navarcos.

183 . Heródoto, 5.66 y Aristóteles, Constitución de los atenienses, 20.

184 . Aristófanes, Lisístrata, vv. 273-279.

185 . Heródoto, 5.74-75.

186 . Heródoto, 5.92.

187 . Según Heródoto (3.148), a la muerte de Polícrates se hizo con el poder en la isla de Samos un tal Meandrio. Cuando fue expulsado por Silosón, hermano de Polícrates, que había recibido la ayuda de los persas, este Meandrio desembarcó en Gitio y se presentó en Esparta para solicitar su ayuda. Trató de sobornar a Cleómenes con oro, pero el rey avisó a los éforos y lo expulsaron.

188 . Heródoto, 5.49.

189 . Heródoto, 5.97.3.

190 . Heródoto, 6.76-77. Es posible que Cleómenes intentara atraer al ejército argivo hacia la frontera y sorprenderlos con un inesperado desembarco en el corazón de la propia Argos. En todo caso, los argivos supieron reaccionar.

191 . Heródoto, 6.79-80.

192 . Plutarco, Moralia, 223B.

193 . Heródoto 6.82.

194 . Pausanias, 2.20.8-9 y Plutarco, Moralia, 245 C-E.

195 . Heródoto, 6.62-3.

196 . Heródoto, 6.85 y ss. Tras la muerte de Cleómenes, los eginetas solicitaron a los espartanos que les devolvieran los rehenes y acusaron a Leotíquidas. El rey tenía poderosos enemigos en Esparta, que tramaban en su contra ahora que no estaba Cleómenes. Como era imposible convencer a los atenienses para que devolvieran los rehenes, se decidió entregar a los eginetas al propio rey Leotíquidas a cambio de las personas retenidas en Atenas. Pero cuando ya se lo llevaban se llegó al siguiente acuerdo: Leotíquidas los acompañaría

a Atenas y haría que les devolviesen los rehenes; así se hizo, pero, pese a la negociación, los atenienses se negaron a devolverlos (alegando, de nuevo, que solo se lo pedía un rey). Leotíquidas quedó libre del problema a partir de ese momento y participó con éxito en las Guerras Médicas.

197 . Heródoto, 6.75.3.

198 . Sófocles, Ayax, 293.

6. Las mujeres de Esparta

Crianza y educación

Al nacer las niñas no pasaban por el mismo examen que los niños, sino que eran entregadas directamente al cuidado de las mujeres [199] . Parece que criaban a todas las niñas a diferencia del resto de ciudades griegas, que recurrían a la exposición para evitar mantener a un número excesivo de hijas. También su alimentación era abundante, frente a las pobres raciones que se ofrecían a las mujeres en otros estados; al mismo tiempo, en lugar de llevar una vida inactiva, ejercitaban sus cuerpos. Licurgo en primer lugar las sometió a ejercicios como carrera, lucha y lanzamiento de disco y jabalina, con el fin de que se desarrollaran robustas y así engendraran hijos sanos (además, se enfrentarían mejor a los problemas del parto). Esta preparación física no incluía entrenamiento de ningún tipo para el combate. Habituó a las jóvenes a que desnudas desfilaran, danzaran y cantaran en ciertos cultos ante la presencia de los muchachos; y entre los grupos se lanzaban burlas, críticas o alabanzas. La desnudez fomentaba el estímulo por la belleza y despertaba los deseos de matrimonio, según Plutarco. Las fuentes insisten en que las espartanas se ejercitaban completamente desnudas [200] , lo que contrastaba enormemente con las demás ciudades griegas, donde las mujeres e hijas de los ciudadanos siempre iban con pesados mantos desde el cuello hasta los tobillos y estaban convenientemente ocultas en el interior de las casas a salvo de cualquier mirada de los extraños. Ateneo nos transmite la curiosa noticia de que los espartanos mostraban a sus chicas desnudas a los visitantes [201] . De ser cierta, debemos entenderlo como un deseo de impactar a los invitados con el espectáculo o mostrar la superioridad de las mujeres y la raza de Esparta.

Debido a esta formación, demasiado libre y tan poco femenina, las muchachas espartanas habían conseguido mala fama entre los demás griegos. El poeta Íbico las llama «enseñamuslos», pues los volantes del quitón dorio no estaban cosidos por la parte de abajo,

sino que se abrían y dejaban al andar todo el muslo a la vista. El trágico ateniense Eurípides las llama «perseguidoras de hombres» [202] , y con evidente exageración escribe en una de sus tragedias:

Ni aunque quisieran, podrían ser castas las muchachas de Esparta, las cuales, tras dejar abandonadas sus casas, con los muslos desnudos y los peplos sueltos tienen carreras y palestras en común con los jóvenes, algo intolerable a mi parecer [203] .

La belleza de las mujeres espartanas era proverbial, y ya es mencionada en Homero, que llama a Esparta «la tierra de hermosas mujeres» [204] . Es muy posible que tal belleza tuviera que ver con estos hábitos saludables de ejercicio y la buena alimentación. También se explicaba sencillamente por la misma raza de mujeres que podía remontarse a la divina Helena, la mujer más hermosa de Grecia. En una obra del comediógrafo Aristófanes queda patente esta fama cuando la ateniense Lisístrata dice al ver a Lampito, la mujer espartana:

Oh queridísima laconia, salud, Lampito. ¡Qué hermosura la tuya, cariño! ¡Y qué buen color! Tu cuerpo está rebosante de fuerza. Ahogarías a un toro.

Y Lampito replica:

Eso creo, por los dos dioses, pues hago gimnasia y salto hasta darme con los pies en el trasero [205] .

Por lo mismo, sería un verdadero drama para una chica fea. La historia de la madre de Demarato es interesante al respecto. Había

nacido, como cuenta Heródoto, rematadamente fea. La familia sufría por tener aquella hija tan poco agraciada y había dado orden a la nodriza de que no la enseñara a nadie. Acudía todos los días la nodriza con la niña al santuario de Helena situado en Terapne, colocaba a la niña ante la imagen y suplicaba a la diosa que la librara de la fealdad. Cierto día se apareció en el templo una misteriosa mujer que tras mucho insistir pudo ver a la niña; le acarició la cabeza y afirmó que llegaría a convertirse con el tiempo en la mujer más hermosa de toda Esparta. Justo a partir de ese momento empezó a cambiar el aspecto de la niña que se fue haciendo más y más hermosa [206] .

4. Muchacha espartana corriendo o bailando; figura de bronce realizada entre 520-500 a. C. Museo Británico

Las chicas vivían y comían con sus madres, y tenían tiempo para hacer lo que quisieran. Como hasta los 18 años no se casaban y

estaban liberadas de tareas penosas propias de mujeres, gracias a sus esclavas ilotas, tal vez tuvieran tiempo para instruirse más que las otras mujeres de Grecia. Platón dice en un diálogo que se mostraban orgullosas de su cultura [207] . Los padres tenían relaciones más estrechas con sus hijas, que vivían siempre en casa con ellos, mientras que los niños estaban ausentes de casa desde los 7 años. Hemos visto, por ejemplo, la escena en que Gorgo y su padre Cleómenes reciben a Aristágoras. Si los hombres establecían vínculos amorosos con muchachos durante su preparación militar en los barracones, las mujeres en sus casas, según Plutarco y Ateneo, también acostumbraban a amar a las doncellas [208] .

Matrimonio

Otra diferencia con las demás griegas era la edad en la que se casaban. En Esparta se esperaba a contraer matrimonio al llegar la madurez, de esa manera sus cuerpos estaban físicamente más preparados para tener relaciones sexuales y podían soportar con mejores esperanzas los embarazos y los problemas del parto. En las demás ciudades griegas las prisas por casar a las hijas en cuanto eran núbiles se debían a la necesidad de preservar su virginidad; el padre en estas sociedades está dispuesto enseguida a pasar su carga a otro hombre, el esposo.

Según Plutarco, se casaban por rapto, un tipo de matrimonio muy primitivo que había desaparecido en otras partes de Grecia casi en su totalidad. En la Época Clásica tendría un significado puramente simbólico, y no era incompatible con un arreglo matrimonial entre las familias. De hecho, parece seguro que una hija no tenía nada que decir sobre la elección de su marido. A la raptada la recibía la nympheútria (la mujer que asistía a la novia en la ceremonia), que le rapaba la cabeza, la ataviaba con un manto de hombre y unas sandalias, y la recostaba en un camastro a solas sin luz; allí esperaba al novio, que regresaba de la comida común. Cuando éste llegaba, le quitaba el cinturón y la llevaba a la cama donde consumaban el matrimonio. No obstante, el joven salía después para dormir junto a sus compañeros. Se han dado diferentes explicaciones a esta transformación de la novia para su noche de bodas; una de ellas es que el novio, acostumbrado a las relaciones homosexuales en el cuartel, hallaría más fácil tener relaciones con su esposa si esta mostraba una apariencia masculina.

En adelante y hasta que el marido dejaba su vida en el cuartel a los 30 años, los jóvenes solo mantenían estos encuentros furtivos, de modo que a veces les nacían hijos sin que el novio y la novia se hubiesen visto a la luz del día. Esto no era realmente un intento de mantener oculto el matrimonio puesto que sabemos por Pausanias

que las madres realizaban un sacrificio a una venerable estatua de madera de Afrodita-Hera con motivo de la boda de una hija [209] ; pero es posible que con esta costumbre el matrimonio no se hiciera oficial hasta que la esposa hubiese dado a luz. También había una ventaja añadida: si la esposa no quedaba embarazada, el matrimonio podía quedar nulo sin llamar la atención, y el joven espartano podía volver a buscar otra esposa.

La ausencia de vida conyugal, por lo menos al principio, evidencia que el propósito del matrimonio no era formar un núcleo familiar afectivo sino engendrar hijos para la patria. Como en el resto de Grecia, la principal misión de una mujer era tener hijos, por eso en las tumbas solo se inscribía el nombre de las mujeres que morían en el parto (que de esa manera se igualaban en dignidad a los guerreros que morían en la batalla).

El escritor tardío Ateneo nos ha transmitido otra forma distinta de matrimonio que no sabemos si realmente existió o se trata de una idealizada visión, de nuevo, del igualitarismo espartano:

Todas las doncellas eran encerradas en una estancia oscura, donde también se encerraba a todos los jóvenes solteros; y a la que cada uno cogía, a esa se la llevaba para casarse sin dote [210] .

La gran estudiosa de la mujer en la Antigüedad clásica, Sarah B. Pomeroy, explica las ventajas (con respecto a las otras griegas) de las esposas espartanas: se casaban maduras con hombres de una edad parecida; habían visto a los hombres desnudos en festivales y ejercicios; y, por último, como el marido vivía en el barracón, no estaban obligadas a adaptarse de golpe a su carácter.

El pelo corto era la señal distintiva de una mujer casada; un estilo simple que encajaba con la forma de vida libre de las mujeres, que no tenían que permanecer encerradas en casa. Los autores romanos, como Horacio, lo llaman «estilo laconio» [211] . Además, las mujeres casadas llevaban velo; en cambio, las doncellas llevaban el pelo largo y salían sin velo. Cuando les preguntaban a los espartanos por

esa curiosa costumbre respondían:

Porque es preciso que las doncellas encuentren marido y que las casadas conserven los que tienen [212] .

Las esclavas se bastaban para producir vestidos (cuando ese era el cometido principal de la señora de la casa en otras ciudades). El vestido de las mujeres espartanas era el vestido dorio, con falda abierta a un lado que dejaba ver sus muslos, un atavío que encajaba con su estilo de vida más dinámico y libre, que el pesado quitón jonio. Para la carrera llevaban el quitón exomís: una túnica que dejaba un hombro al descubierto y llegaba hasta las rodillas [213] ; este vestido corto debía de causar sensación entre los otros hombres de Grecia. Si los vestidos de las mujeres espartanas eran poco elaborados, menos trabajo había con los hombres, pues los muchachos tenían un manto (himatión) para todo el año y dormían sin mantas; y los hombres llevaban el capote rojo del uniforme, que tal vez aportaba el Estado.

Los autores antiguos exageraran sobre la poca dedicación de las mujeres a la tarea de tejer. En todo caso las chicas tejerían los peplos y vestidos para las diosas como era costumbre en toda Grecia y como sugiere un partenio de Alcmán [214] . En la sociedad sobria y austera de Esparta, la riqueza de los vestidos carecía de sentido, y hacía olvidar la verdadera misión de una mujer: los hijos. En este sentido es reveladora la anécdota recogida por Plutarco: a una mujer jonia que se enorgullecía de sus lujosos vestidos, una espartana señalando a sus cuatro hijos le dijo sencillamente: «Tales deben ser las obras de una mujer noble» [215] .

Madre severas

La ausencia de vida domestica y de trato conyugal, así como el apartamiento de los niños de las mujeres a la temprana edad de 7 años, explican el desapego emocional y afectivo existente; por ejemplo, la forma en que las madres soportaban no con resignación sino con orgullo las noticias de la muerte de un hijo, era algo difícil de comprender para los demás griegos, como ponen de manifiesto los funerales en Atenas y las inscripciones funerarias, donde se observa una inclinación hacia lo sentimental y dramático muy propiamente griego. Plutarco comenta, con cierto gusto, cómo reaccionaban las madres espartanas cuando su hijo moría en la guerra. En cierta ocasión, una anciana le fue a dar el pésame a una mujer que enterraba a su hijo: «Oh mujer, qué mala suerte». Pero la madre le replicó: «No, por los dioses, sino buena; pues lo parí para eso, para que muriera por Esparta y así ha sucedido» [216] . También podía ser un error sobrevivir a la batalla: una mujer, al ver que su hijo regresaba de la guerra y que todos los demás habían muerto, cogió una teja, se la tiró y lo mató. «¿Te enviaron –dijo– a nosotras como mensajero de malas noticias?» [217] .

Como los padres estaban ausentes en los siete primeros años de vida de los niños, debemos pensar en una enorme influencia de las madres, hermanas mayores y niñeras sobre los pequeños, inculcándoles desde pequeños rigidez y disciplina. En definitiva, debían criarlos en función de las expectativas que había marcado aquella sociedad. Esto empujaba a las madres a incitar a sus hijos para que fuesen bravos y valientes, y explica la dureza también con que reaccionaban a sus faltas. Cuenta Plutarco que una madre espartana oyó que su hijo se había comportado como un cobarde en la batalla, y cuando se presentó ante ella, lo mató [218] . Esta acción le mereció un famoso poema en la Antología Palatina:

Al que transgredió las leyes, a Damatrio, su madre mató,

una espartana a un espartano.

Y colocando un afilado cuchillo en actitud de ataque y apretando

los dientes, como una mujer espartana, dijo:

«Vete, mal cachorro, mal sujeto, vete al Hades,

vete, pues no engendré a alguien digno de Esparta» [219] .

Pomeroy intenta explicar los actos homicidas de ciertas madres en que ellas toman, en nombre de la comunidad, el trabajo de castigarlos. Es posible también que las madres se adelantaran a matarlos para evitar que ese comportamiento dejase una mancha sobre la familia y acarrease el ostracismo social.

Libertad e independencia económica

A causa de las constantes expediciones, los hombres pasaban mucho tiempo lejos del país y las mujeres se convertían en dueñas absolutas de las casas. Según Plutarco, los espartanos comunicaban a sus mujeres los negocios públicos y privados, y estaban sometidos a ellas más que los demás griegos [220] . Aristóteles también aseguraba que los hombres estaban dominados por sus mujeres, «como suele pasar con los pueblos militarizados y belicosos» [221] . Cuando le dijeron a Gorgo: «Solo vosotras, las espartanas, mandáis sobre los hombres», ésta replicó: «Porque solo nosotras parimos hombres» [222] . Pero en las demás ciudades, que eran menos totalitarias, los hombres «habían conseguido» encerrar a las mujeres en las casas y controlarlas eficazmente; y en ellas las guerras eran tanto o más habituales que en Esparta. La explicación era más profunda y tenía que ver con la ruptura de la vida familiar (ya no es posible el control) y el desinterés por la vida domestica.

El sistema de herencia era muy favorable a las mujeres (sobre todo, en contraste con las demás ciudades griegas). Las hijas recibían como dote la mitad de la cantidad de bienes que heredaban sus hermanos. Además, había una enorme diferencia: las mujeres sin padres y sin hermanos podían controlar por sí mismas sus bienes. Parece que había numerosas herederas, como dice Aristóteles; y con su buena alimentación y régimen de vida, las mujeres espartanas tendrían mayor esperanza de vida que las de otras ciudades. Hacia el siglo IV, por sus dotes o herencias las mujeres controlaban dos quintas partes de las propiedades de Esparta. Al disponer de sus bienes, las mujeres espartanas no estarían tan temerosas como las de otras póleis de quedarse viudas o huérfanas, y la muerte de un hijo tampoco significaría económicamente una gran pérdida.

Todo esto era escandaloso para los demás griegos; el trágico Eurípides escribe: «Dejar con libertad a las mujeres fomenta la avaricia» [223] . Y Aristóteles, siempre tan misógino, ve una relación

entre la oligantropía (escasez de hombres) y el hecho de que las mujeres tuvieran dos terceras partes de la tierra. Escribe en su Política:

La licencia de las mujeres es perjudicial para el propósito del régimen y la felicidad de la ciudad; el legislador, queriendo que toda la ciudad fuera resistente, ha descuidado a las mujeres, pues viven sin freno y con toda clase de intemperancia y molicie [224] .

Cuando en una familia no había herederos varones, la hija debía casarse con otro hombre de su familia con el único propósito de procrear un heredero de dichos bienes; los reyes, como hemos visto, se encargaban de este espinoso asunto de autorizar el matrimonio de una heredera. Esta institución era común a toda Grecia. En Atenas, la hija en tal situación recibía el nombre de epíkleros, pero en Esparta tenía un nombre diferente: patroûchos, es decir, 'la que tiene el patrimonio'. La principal novedad en Esparta sería el hecho de que ese heredero nacido de la patroûchos también heredaría la fortuna del padre, por lo que la tendencia a la acumulación de propiedades en pocas familias fue más fácil. Aunque lo ideal hubiera sido adscribir la heredera a algún ciudadano escaso de recursos, parece que se concentraron en torno al grupo de ricos potentados que acapararon las tierras.

Esta acumulación de propiedades era posible por la política demográfica de los propios espartanos. El interés por tener una familia numerosa y ofrecer nuevos guerreros a la patria chocaba con un obstáculo del sistema: tener muchos hijos significaba que la hacienda se repartía en partes iguales entre ellos, y el empobrecimiento consiguiente; en estos casos, si no se podía contribuir a la comida común se perdía el derecho de ciudadanía. Por eso las familias controlaban la natalidad y el número de ciudadanos fue disminuyendo; en ese sentido puede tener visos de verdad cuando Aristóteles dice que existía una ley que dejaba libre del servicio militar al padre de tres hijos, una ley que intentaba aumentar el número de ciudadanos [225] ; aunque uno se pregunta qué clase de premio era ese en una sociedad tan militarizada que

había hecho del valor demostrado en el combate la única virtud.

En un intento de mantener el estatus económico de las familias, los espartanos mantuvieron un estricto control de la natalidad. Para aliviar la pérdida de población los espartanos tuvieron hijos bastardos con las ilotas, los llamados móthakes, que se convirtieron en un grupo social numeroso y con posibilidades de ascenso social. La ventaja era que estos descendientes no tenían parte en la herencia ni gozaban de los derechos de ciudadano, pero podían emplearse en la guerra. La idea era tener una amplia población sin derechos políticos para cumplir las tareas más necesarias de la comunidad, pues a todas las clases inferiores se las llamaba para participar en las guerras.

En definitiva, había población en Esparta pero había pocos ciudadanos de pleno derecho (con lo que se convirtió en el mundo ideal de los aristócratas y oligarcas, que siempre fijaban un número reducido de ciudadanos con derechos frente al grueso de la poblacion sin derechos). El sistema funcionó en Esparta ya que no sufría presiones exteriores y debido al peso de su larga tradición, aunque hubo intentos de destruir el régimen, como en el caso de Cinadón (que veremos más adelante).

Adulterio, poliandria y soltería

En todas las ciudades el adulterio era duramente castigado por las leyes; en Atenas, por ejemplo, una ciudad que conocemos bien, la mujer era repudiada por el marido y condenada al ostracismo social, mientras que el adúltero se exponía a penas físicas vergonzantes, a multas y a la muerte (pues si el marido lo sorprendía en su casa, la ley le permitía matarlo). Aun así, se dice que el adulterio era muy frecuente a pesar de la férrea vigilancia a la que sometían los hombres a sus esposas.

Sin embargo, los espartanos afirmaban tajantemente que no existía el adulterio en su país. Es más, se contaban historias de espartanos que metían en su casa a otro hombre para que procreasen con su mujer. Según Jenofonte, los viejos estaban obligados a compartir su esposa con otro varón para procrear (pero la descendencia sería adoptada por el marido). También se podía procrear con cualquier mujer que se viese noble y con buena prole si se convencía a su marido. Sin duda, había ventajas económicas cuando un espartano dejaba su esposa a otro para engendrar hijos: para la mujer, ya que tendría dos casas, y para el marido, pues su hijo tendría hermanos poderosos en otras familias. El historiador Polibio llega a hablar de una verdadera poliandria, en la que algunos hermanos compartían la misma mujer y donde los hijos habidos eran considerados como de todos. Es el único autor que menciona la existencia de una poliandria legal en Esparta [226] . Esto suscita una pregunta: si había tantas mujeres, ¿qué sentido tiene la poliandria que menciona Polibio o el hecho de que un hombre pida prestada la mujer de otro? La única explicación sería el deseo de concentrar la propiedad en manos de unas pocas familias.

En todo caso y aunque fueran numerosas las mujeres solteras, no hubo grandes problemas. Seguramente las mujeres no deseaban tener hijos, como dicen algunas fuentes antiguas, y preferían estar solteras o viudas sin hombres en la familia para mandar sobre los

asuntos económicos, ya que la sociedad les permitía disponer de sus bienes. Esto es lo que Aristóteles critica del sistema espartano y que llegó al extremo de que las mujeres se convirtieron en grandes propietarias y las tierras se concentraron en sus manos, lo que condujo a la oligantropía.

Por si todo eso fuera poco, los hombres espartanos eran reacios al matrimonio y por eso se establecían determinadas penas para los solteros: eran excluidos de las Gimnopedias y en invierno los éforos les obligaban a dar vueltas en círculo alrededor del ágora mientras los ciudadanos les dedicaban cancioncillas humillantes. La ley también castigaba a los solteros privándoles de ciertas prerrogativas, así como del respeto y la atención cuando llegaban a la vejez. Plutarco cuenta a este propósito que a un tal Dercílidas, que era un prestigioso general, un joven se negó a cederle el asiento diciendo: «Tampoco tú has engendrado a quien me lo ceda a mí en un futuro» [227] . Además de los solteros también estaban expuestos a multas los que se casaban tarde y los malcasados [228] . En este último caso se trataba de castigar a los que contraían matrimonio por motivos puramente económicos. Seguramente en tiempos de Aristóteles todas estas leyes eran ya letra muerta.

199 . Plutarco, Licurgo, 3.3.

200 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 1.4 y Plutarco, Licurgo, 14.4-15.1.

201 . Ateneo, 13.602e.

202 . Es Plutarco en Comparación Licurgo-Numa, 25(3) quien nos recuerda estos comentarios de Íbico y Eurípides.

203 . Andrómaca, 596 y ss.

204 . Odisea , 13.412.

205 . Lisístrata, 78-82.

206 . Heródoto, 6.61.

207 . Protágoras, 342d.

208 . Plutarco, Licurgo, 18.9 y Ateneo, 13.602d-e.

209 . Pausanias, 3.13.9.

210 . Ateneo, 13,555c.

211 . Odas, 2.11.24.

212 . Plutarco, Moralia, 232C.

213 . Pausanias, 5.16.3.

214 . Fr. 1.61.

215 . Plutarco, Moralia, 241.9.

216 . Plutarco, Moralia, 241C.

217 . Plutarco, Moralia, 241B.

218 . Plutarco, Moralia, 240F.

219 . VII.433.

220 . Plutarco, Agis, 7.

221 . Aristóteles, Política, 1269b.

222 . Plutarco, Licurgo, 14.8.

223 . Eurípides, Andrómaca, 446.

224 . Política, 1269b.

225 . Aristóteles, Política, 1270 a.

226 . Polibio, 12.6b.8.

227 . Plutarco, Licurgo, 15.3.

228 . Pólux, 3.48 y Plutarco, Lisandro, 30.7.

7. Las Guerras Médicas

Maratón

Mientras los espartanos celebraban las Carneas en el verano del 490, apareció en la ciudad un correo (hemerodrómos) de Atenas. Se llamaba Filípides, había recorrido los 250 kilómetros que separan Atenas de Esparta en menos de 48 horas y tenía como misión solicitar la ayuda de los hoplitas espartanos. Los persas habían desembarcado en Maratón, al norte del Ática, tras haber arrasado la ciudad de Eretria, en Eubea. Con ellos viajaba el antiguo tirano Hipias, ya muy anciano, al que los persas querían reinstalar en el poder.

La expedición persa en principio solo pretendía castigar a las dos ciudades griegas que se habían atrevido a apoyar a los rebeldes de Jonia, pero su comportamiento en su ruta por el Egeo, sometiendo a su paso todas las islas, dejaba claro que buscaban su expansión sobre Grecia. Como los espartanos, en la narración de Heródoto, se comprometieron sin ninguna duda a prestar su apoyo, es muy posible que existiera un pacto previo de ayuda mutua entre Atenas y Esparta en esta época, aunque las fuentes antiguas no dicen nada al respecto. No obstante, los éforos comunicaron a Filípides que debían esperar a la luna llena, que marcaba el final de la fiesta para ponerse en camino. Los espartanos eran conocidos en todo el mundo griego por su estricta observación de las normas religiosas, y en ese sentido, esta tranquilidad no merece ningún comentario de Heródoto; sin embargo, Platón, en su diálogo Leyes, nos da otra razón para el retraso de los espartanos: estaban en guerra contra los mesenios [229] . En todo caso, terminada la fiesta un pequeño ejército espartano de 2.000 hombres se dirigió a Atenas a marchas forzadas.

Llegó un día después de que hubiera concluido la batalla de Maratón. Los atenienses habían vencido en la llanura gracias a su audacia y a su motivación, y en ese momento sus tropas acampaban a las afueras de Atenas, en Cinosarges, muy atentas a la flota persa, que acababa de anclar en la bahía de Falero, cerca de la ciudad. Es

posible que la presencia de los espartanos –que traían fuerzas de refresco– evitara que los persas atacaran Atenas y les obligara a retirarse definitivamente a Asia.

A continuación, los espartanos, llenos de curiosidad por saber cómo eran los combatientes persas, se desplazaron al campo de batalla en Maratón y allí inspeccionaron a los caídos (pues todavía no había habido oportunidad de enterrarlos).

Leónidas y la batalla de Las Termópilas

Jerjes, el sucesor de Darío, planeó una invasión a gran escala de Grecia; esta vez un gran ejército pasaría a Europa por el Helesponto, atravesaría las regiones bárbaras de Tracia y Macedonia y caería sobre los griegos desde el norte. Al mismo tiempo, una poderosa flota de jonios y de fenicios costearía protegiendo su avance y dando cobertura. Los preparativos de una expedición de tal magnitud llevaron su tiempo, por lo menos cuatro años, y no pasaron desapercibidos. Jerjes había planeado tender puentes sobre el Heslesponto y excavar un canal que separaba del contienente la península del Atos, por mencionar solamente las obras complejas de ingeniería que debía realizar.

Entre los consejeros de Jerjes había exiliados griegos que esperaban volver a gobernar en su patria, aunque fuera como vasallos de los persas; era el caso de los Pisistrátidas de Atenas y el depuesto rey Demarato, que llevaba tiempo refugiado en la corte de los reyes persas. Curiosamente en la narración de Heródoto Demarato es un personaje simpático y atractivo; es posible que muchas de las informaciones de Heródoto sobre la expedición de Jerjes procedieran del entorno de este rey. Durante el viaje Demarato explica a Jerjes las costumbres de los griegos y en especial de los espartanos. Cuando Jerjes, asombrado por el valor de Leónidas y sus hombres en las Termópilas, le pregunta a Demarato sobre Esparta, éste le explica:

En Lacedemonia hay una ciudad, Esparta, con unos 8.000 hombres aproximadamente. Todos ellos son iguales a los que aquí han combatido. Los otros lacedemonios (los periecos) desde luego no pueden compararse, pero también poseen valor» [230] .

Al final de la campaña Demarato volvió a Asia; Jerjes le concedió las ciudades de Pérgamo y Teutrania, en Misia, y sus descendientes todavía las conservaban a comienzos del siglo IV.

Esparta y Atenas apostaron decididamente por la lucha, pero otras ciudades se mostraron indiferentes, e incluso algunas simpatizaron con los persas. En el Istmo se reunieron los delegados (próbouloi) de todas las ciudades griegas dispuestas a luchar y concluyeron una alianza militar (symmachía). En primer lugar, decidieron hacer frente a la invasión persa en los desfiladeros del valle del Tempe, situado entre los montes Olimpo y Osa, que era la puerta natural de acceso desde Macedonia hacia Tesalia. De esta forma se aseguraban de que los tesalios se mantuvieran fieles a la alianza y no se pondrían de parte de los persas al sentirse abandonados por los griegos del sur.

Las fuerzas aliadas llegaron allí a finales de la primavera del 480, cuando Jerjes ya se encontraba en Abido para hacer cruzar su ejército hacia Europa. El contingente peloponesio estaba a las órdenes del polermarco Evéneto, que compartía con el ateniense Temístocles el peso de la expedición. En seguida se vio que el lugar no era el más apropiado y se retiraron al sur.

La nueva estrategia, que contó con el apoyo de todos, fue resistir en el paso de las Termópilas, un enclave estratégico donde sería posible detener a un gran ejército. La flota griega protegería su flanco en el mar, deteniendo en el cabo Artemisio, al norte de la isla de Eubea, el avance de la flota persa. Esparta asumió el mando tanto del ejército como de la armada, aunque en ambos casos su contribución en efectivos era más bien escasa. En el mar, los lacedemonios solo aportaron 10 naves; sus dotaciones estaban formadas por periecos, pero el comandante de todas las fuerzas era el espartiata Euribíades, que no era de sangre real. Los atenienses habían cedido a regañadientes el mando a pesar de que su flota era con diferencia la más preparada y numerosa; pero el resto de aliados (muchos pertenecían a la Liga del Peloponeso) insistió en ponerse a las órdenes de los espartanos. Las fuerzas terrestres que se apostaron en las Termópilas estaban formadas por un total de 7.000 hoplitas; 4.000 eran peloponesios, y entre estos solo había 300 espartanos (acompañados por su respectivo ilota, como era

habitual). Debían de ser los miembros de la guardia real que Leónidas había escogido entre quienes contaban con hijos para que la familia no se extinguiera. El propio Leónidas, que por entonces contaba con unos 50 años, tenía un hijo de su esposa Gorgo llamado Plistarco que le sucedería en el trono.

La escasa presencia de Esparta llamó la atención desde el primer momento. Alguien le preguntó al rey espartano: «Leónidas, ¿estás dispuesto a correr un riesgo así con tan pocos hombres frente a tantos?». Y este le respondió: «En realidad me llevo a muchos, siendo así que van a morir» [231] . Los autores modernos han dado otra explicación: los espartanos se resistían a luchar en un escenario tan lejano por el miedo a su vecina Argos –que había rechazado participar en la guerra alegando escasez de hombres– y a una rebelión de sus ilotas. Se inclinaron, pues, por un envío simbólico, que tenía valor en la medida en que actuaba el rey. El gran logro de la actuación de Leónidas fue precisamente demostrar el interés de Esparta a pesar de su poca contribución en las primeras fases de la guerra. Luego Leónidas, que se había educado en los severos principios de la agogé espartana (puesto que no había sido el heredero directo al trono), dio una lección de heroísmo que sirvió para desmoralizar a los persas y unir a los demás griegos en la defensa a ultranza de su tierra y su forma de vida. El sacrificio de Leónidas mantuvo el prestigio de Esparta sin que sufriera realmente menoscabo la potencia militar de la ciudad. Además, Heródoto dice que circuló por entonces un oráculo que decía que Esparta sería devastada o su rey moriría. Es muy posible que Leónidas creyera que su muerte representaría la salvación de su patria.

El desfiladero de las Termópilas era el acceso más fácil y rápido desde las llanuras de Tesalia hasta la Grecia central; se trataba de un angosto corredor que se abría entre las montañas y el mar con una longitud de seis kilómetros y una anchura de 15 a 30 metros; en su recorrido presentaba tres estrechamientos que se conocían en la Antigüedad como «puertas»; uno en la misma entrada del oeste, otro a la salida por el este y otro en el centro, que era el que se conocía en particular como las Termópilas, donde tomaron posiciones las fuerzas de Leónidas. En ese punto se encontraban las fuentes termales que habían dado nombre al sitio (pues Termópilas significa en griego ‘puertas calientes’) y un muro que los focidios

habían construido años atrás para dificultar aún más las incursiones de sus vecinos tesalios; como el muro estaba derruido por el paso del tiempo, los soldados griegos dedicaron sus primeros esfuerzos a reconstruirlo. El objetivo de las fuerzas de Leónidas era mantener aquella posición hasta que la flota griega venciera a los persas en las aguas del norte de Eubea.

Cuando Jerjes llegó al desfiladero, no se apresuró a luchar; pensaba que los griegos, impresionados por la magnitud de su ejército, saldrían huyendo. Algunas fuentes aseguran que envió un mensaje a Leónidas para que admitiera la derrota y entregara las armas; Leónidas le respondió desafiante: «Ven y cógelas» [232] . Unos espías informaron a Jerjes de que los espartanos hacían ejercicios y peinaban con esmero su pelo. El rey persa se burló de ello, pero Demarato le explicó que los espartanos tenían la costumbre de arreglarse la cabeza cuando iban a poner en peligro sus vidas; por tanto, no debía engañarse: se encontraba delante de unos hombres que estaban decididos a matar y a morir en la medida de sus posibilidades.

Al cuarto día Jerjes ordenó el ataque. Los medos y los cisios se lanzaron contra la posición de Leónidas. Sus diestros arqueros comenzaron disparando una lluvia de flechas. Cuando alguien señaló que aquella nube de flechas tapaba el sol, el espartano Diéneces comentó con agudeza lacónica: «Mejor, así lucharemos a la sombra» [233] . Los soldados bárbaros eran decididos, pero no estaban convenientemente equipados para el combate contra los hoplitas griegos; además, en un lugar tan reducido no podían hacer valer su superioridad numérica, por lo que fueron rechazados una y otra vez; incluso las mejores tropas de Jerjes, los llamados Inmortales, tuvieron que retirarse sin éxito. Los espartanos hacían alarde de su excelente preparación militar:

Cada vez que daban la espalda, fingían huir pero sin perder la formación, de modo que los bárbaros, al ver que huían, se lanzaban sobre ellos gritando y alborotando, pero en el momento en que iban a ser alcanzados se daban la vuelta para enfrentarse a los bárbaros y con esa maniobra mataban a un gran número [234] .

Al atardecer del segundo día de combate, un lugareño llamado Efialtes indicó a Jerjes la existencia de un sendero de montaña que podía rodear el paso, la senda Anopea. Por supuesto, los griegos también conocían su existencia y habían encomendado su vigilancia a un contingente de 1.000 soldados focidios que tomaron posiciones en la parte más alta del sendero. El comandante persa Hidarnes se puso al frente de los Inmortales e inició la subida al anochecer; cuando fueron visibles las primeras luces del alba, casi había llegado a la cima; el denso bosque de encinas ocultaba su marcha, pero sus pasos sobre la hojarasca despertaron a los focidios, que apenas tuvieron tiempo de ponerse las armas. También quedó desconcertado el propio Hidarnes, que temió encontrarse ante más espartanos; pero cuando supo por su guía Efialtes cuál era la patria de aquellos hombres, ordenó de inmediato el ataque: una nube de flechas cayó sobre los focidios, que huyeron por los riscos hacia la cima de la montaña, pensando que iban a ser aniquilados. Hidarnes los dejó atrás sin darles más importancia y empezó a bajar la montaña a toda velocidad.

En cuanto Leónidas se enteró por los vigías de lo sucedido, ordenó la retirada del ejército y avisó a la flota que fondeaba en el cabo Artemisio para que se retirase también hacia el sur porque la posición de las Termópilas ya no era sostenible. Sin embargo, Leónidas decidió quedarse en el paso con sus 300 espartanos. Según Heródoto, su sentido del honor y su ansia de gloria le impedían abandonar la posición; como espartano debía permanecer en su puesto para vencer o morir. Aquí se forjó el mito de los guerreros espartanos. Le acompañó su adivino personal, Megistias, quien le rogó que le concediese el privilegio de morir a su lado (aunque quiso que su hijo también presente se marchase) y contó con la ayuda de 400 tebanos y 700 hombres de la ciudad de Tespias.

Jerjes ordenó el ataque frontal del paso. Los espartanos lucharon con gran bravura sabiendo que iban a morir. Rompieron las lanzas y sacaron sus espadas. Cuando Leónidas cayó, hubo una encarnizada pugna por su cuerpo, y hasta en cuatro ocasiones los griegos hicieron retroceder a sus adversarios. Pero cuando se presentaron los persas del sendero, los supervivientes se retiraron a una pequeña

colina donde siguieron la defensa con puñales, manos y dientes, hasta que fueron aniquilados por una lluvia de flechas. Jerjes estaba tan furioso por las numerosas bajas sufridas que tras descubrir el cadáver de Leónidas mandó que le cortasen la cabeza y la clavasen en un palo.

En el 440 los restos de Leónidas fueron trasladados a Esparta, y en su tumba se levantó una estela con los nombres de todos los caídos. El historiador Heródoto llegó a ver esta lista durante su visita a Esparta y se aprendió sus nombres porque los consideró hombres dignos de ser recordados por su valentía [235] . Seis siglos después, la estela seguía allí, como el viajero Pausanias pudo comprobar [236] . En honor de estos valientes un poeta contemporáneo llamado Simónides escribió un sencillo epitafio que se ha convertido en el más famoso de la historia:

Extranjero, anuncia a los lacedemonios que aquí yacemos, obedeciendo sus órdenes.

Simónides (556-468) era un jonio de la isla de Ceos que recorrió el mundo griego poniendo su talento al servicio de los poderosos. En esta ocasión, para los caídos en las Termópilas buscó la sincera y emotiva tristeza de los epitafios que desde la orilla de los caminos hablaban a los caminantes. Su sencillez formal encajaba a la perfección con el espíritu marcial y lacónico de los espartanos. En el último verso, además, se resumía el objetivo básico de la agogé, la obediencia [237] .

Pero no todos los espartanos murieron. Leónidas había autorizado a dos de sus hombres a abandonar el campamento porque se les había dado de baja para el combate, debido a una grave dolencia ocular; se llamaban Éurito y Aristodemo. El primero recordó el dicho que corría por Esparta: «La enfermedad es la fiesta de los cobardes», y decidió quedarse con su rey:

Éurito, al enterarse del movimiento envolvente de los persas, pidió sus armas, se las puso y le ordenó a su ilota que le llevara hasta el lugar donde luchaban. Cuando llegaron allí, el ilota que le guiaba se dio a la fuga, pero Éurito se lanzó al fragor del combate y murió [238] .

Aristodemo, en cambio, se retiró del combate. Cuando regresó a Esparta, sufrió la deshonra y la humillación porque, ante la misma situación, Éurito se había sacrificado con su jefe; según Heródoto, ningún espartano le prestaba fuego ni le dirigía la palabra y le insultaban llamándole Aristodemo «el Temblón»; así llamaban en Esparta a los cobardes [239] . Un tercer superviviente aún sufrió más injustamente. Se llamaba Pantitas. Leónidas lo había enviado a Tesalia como mensajero y no pudo regresar a tiempo para entrar en combate. Heródoto dice que cuando volvió a Esparta, ante el desprecio continuo que sufría, se ahorcó [240] . En la medida en que Pantitas se había salvado «involuntariamente», resulta un buen ejemplo del síndrome de superviviente; un caso parecido al único espartano que sobrevivió en la batalla de los Campeones.

Es en Heródoto donde encontramos por primera vez el término «temblón» (en griego, es un participio del verbo «temblar») con ese sentido preciso. Seguramente se había creado a partir de los poemas de Tirteo, donde aparece este mismo verbo cuando habla de lo que espera a los cobardes:

Todo el valor de los hombres que tiemblan ha desaparecido.

Nadie podría terminar de contar uno a uno

todos los males que sobrevienen a un hombre si sufre el deshonor [241] .

Recordemos que el objetivo de todo el proceso educativo era crear fieros soldados, capaces de soportar el dolor y las privaciones, de no

sentir miedo por nada y de obedecer sin pestañear cualquier orden recibida. Los cobardes no tenían sitio en este mundo. Lo único que les esperaba era la marginación absoluta y la privación de derechos (esta pena conocida como atimía les impedía ostentar ningún cargo público). Según explica Jenofonte, nadie lo aceptaba como compañero de tienda o en el gimnasio; se quedaba fuera de los juegos por no encontrar un compañero; se le prohibía participar en los coros; en la calle tenía que apartarse siempre y debía ceder su asiento incluso a los más jóvenes; no podía casar a las mujeres de la familia por su deshonra y, por supuesto, él mismo no podía encontrar esposa. Plutarco añade:

El que quiere los golpea cuando los encuentra; y tienen que sufrirlo dándose la vuelta, sumisos y humildes; llevan túnicas rotas de color oscuro y se afeitan un lado de la barba y se dejan crecer el otro [242] .

Ante tal panorama es bien acertado el comentario de Jenofonte: «No me extraña que allí se prefiera la muerte a una vida llena de ignominia» [243] . La familia de un cobarde estaba destinada a la extinción; esto explica la famosa y lacónica frase con la que las madres despedían a sus hijos cuando iban por primera vez a la guerra y le entregaban el escudo: «Con él o sobre él» [244] ; es decir, debía regresar vivo con el escudo en la mano, o muerto sobre él. Tirar el escudo era la señal evidente de la cobardía, pues era la pieza más pesada de la armadura y la primera de la que había que desembarazarse si se quería correr deprisa. Además, en la falange el escudo protegía el flanco del compañero; era una protección común, y tirarlo suponía una indigna insolidaridad. Por eso, en cambio, no había castigos para los que arrojaban yelmos o corazas.

Salamina y Platea

Tras la derrota de las Termópilas los espartanos decidieron crear una nueva posición defensiva en el istmo de Corinto, un lugar también de fácil defensa frente al invasor, y se apresuraron a construir un muro. Como el hijo de Leónidas, Plistarco, era todavía de corta edad, las fuerzas peloponesias estaban ahora al mando del hermano de Leónidas, llamado Cleómbroto, que actuaba como regente. Pero aquella posición carecía de valor estratégico sin el control del mar.

La flota griega se había concentrado en Salamina, y los atenienses durante unos días habían usado sus naves para evacuar Atenas, que tuvo que ser abandonada al saqueo del ejército persa. En este momento crítico comenzaron las discusiones sobre la estrategia a seguir y se puso en evidencia por primera vez la diferencia de talante de espartanos y atenienses. Los primeros querían resistir en el Istmo y que la flota se enfrentara a los persas en aguas cercanas al Peloponeso; los atenienses, con Temístocles a la cabeza, deseaban librar la batalla naval en aguas de Salamina junto a Atenas. Finalmente Euribíades, que era el jefe de la flota, se inclinó por el plan de Temístocles y se enfrentaron a los persas en torno a la isla de Salamina. De nuevo los espartanos participaron con pocas naves, unas 16, en esta batalla que fue clave para la victoria final, pues suponía desbaratar el poderío naval de los persas.

La victoria en Salamina dio un respiro a los griegos, pero todavía quedaba la amenaza del ejército de tierra persa que había quedado al mando de Mardonio y que pasó el invierno del 480-79 en Tesalia.

La tranquilidad y cautela que ahora mostraban los espartanos no agradó a los atenienses, que habían llevado el peso de la guerra por el momento; no comprendían a qué esperaban los espartanos para iniciar la ofensiva por tierra, mientras la ciudad de Atenas seguía a merced de los persas (de hecho, fue saqueada por segunda vez). Finalmente los atenienses se presentaron en Esparta para exigir a

los éforos una mayor implicación en la guerra, amenazándoles con negociar con Mardonio una paz por separado. Los espartanos estaban celebrando en ese momento las Jacintias, y tras unos días de aplazamiento se decidieron por fin a la movilización general.

Partieron rumbo al norte 5.000 espartiatas, de noche, como tenían por costumbre, una salida furtiva que tenía el propósito de engañar al enemigo y, sobre todo, de no alterar a los ilotas. Eran, pues, cinco lochoi o divisiones, formadas por 1.000 hombres. El ejército que se iba a enfrentar a los persas en Platea se organizaba en divisiones locales y no tribales; cada oba suministraba hombres para formar un lochos. Era un ejército numeroso: dos terceras partes de los hombres en edad militar, si tenemos en cuenta que había en total 8.000 ciudadanos en Esparta, según las palabras de Demarato. Para reforzarlos se hicieron acompañar por un contingente de 5.000 periecos. Como Cleómbroto había muerto tras su actuación en la fortificación del Istmo, esta vez iba al mando de las tropas su hijo Pausanias, que actuaba como regente del rey niño.

Según Heródoto, cada espartano estaba acompañado por siete ilotas. Era una cantidad excepcional, ya que lo habitual era que solo les acompañara uno, que actuaba como escudero portando las armas y el bagaje, y que realizaba las tareas más penosas, como la retirada de los heridos y muertos. Tal vez respondía al deseo de no dejar en Esparta a tantos ilotas mientras estaban en campaña, pero, en general, esta noticia de Heródoto ha sido puesta en duda por los historiadores modernos.

Los lacedemonios se unieron en Eleusis a las tropas atenienses (8.000 hoplitas), cruzaron el Citerón y bajaron a la llanura de Platea para acampar delante del río Asopo. Fue un acontecimiento impresionante, pues nunca antes en Grecia se había reunido un ejército de tal magnitud: 40.000 hoplitas griegos frente a un número ligeramente superior de persas y sus aliados (la cifra de Heródoto de 300.000 bárbaros es, sin duda, exagerada).

Los espartanos y sus periecos, junto a los de Tegea, ocuparon el ala derecha, que se enfrentó a los persas de Mardonio. Como era preceptivo, los espartanos sacrificaron antes de la batalla. Pausanias estaba acompañado por un adivino eleo llamado Tisámeno; para conseguir sus servicios, los espartanos le habían ofrecido grandes

sumas de dinero, pero el adivino exigió que le hiciesen ciudadano de Esparta con plenos derechos [245] . Los primeros presagios no fueron favorables; los persas habían comenzado el ataque y, tras formar una barricada con sus escudos de mimbre, disparaban sus flechas sobre los soldados lacedemonios, que caían muertos o heridos. Entonces Pausanias dirigió su mirada al Hereo de Platea y suplicó a la diosa: de inmediato se obtuvieron presagios favorables y los espartanos se lanzaron sobre los bárbaros [246] . Incluso el propio Heródoto hace en su obra el elogio de la actuación de los espartanos por su destreza militar y su capacidad táctica; se destacó de un modo especial Aristodemo «el Temblón», que luchó con desesperación hasta encontrar la ansiada muerte en un intento por redimirse. En gran medida la batalla se decidió cuando un espartano llamado Arimnesto mató a Mardonio, el jefe persa, de una pedrada.

Las bajas del ejército lacedemonio se enterraron en tres tumbas distintas, según Heródoto: una fue para los eirénes, otra para los demás espartiatas y otra para los ilotas (que lucharon como infantería ligera en la batalla). Sorprendentemente Heródoto no menciona a los periecos, por eso los historiadores modernos corrigen la información: en una tumba se enterrarían a todos los espartanos (que en su mayoría eran eirénes), en la otra a los periecos y en la tercera a los ilotas. Porque si no se trata de un error de Heródoto, debemos admitir que los periecos no habrían sufrido ninguna baja en la batalla (ya que no se les hizo una tumba); la única explicación es que los periecos no lucharon en unidades aparte, sino entre las líneas de los propios espartanos; los espartiatas jóvenes formaban en primera línea y se llevaron la peor parte en el combate hasta conseguir que los persas retrocedieran. Sin embargo, esta teoría choca con la opinión general de que periecos y espartanos luchaban por entonces en unidades separadas.

Las tumbas de los griegos caídos en Platea se convirtieron en un lugar muy visitado; tras las Guerras Médicas se organizaron unos juegos que se celebraban cada cuatro años: los Juegos Eleuterios, es decir, ‘de la libertad’; en el siglo II d. C. el viajero Pausanias aún pudo visitar las tumbas, aunque solo menciona tres: la común de todos los griegos, la de los atenienses y la de los espartanos [247] .

Al terminar la batalla, mostrando su grandeza de espíritu, Pausanias se negó a profanar el cadáver de Mardonio, aunque alguno le animaba a hacerlo para tomar venganza por el ultraje al cuerpo de Leónidas en las Termópilas:

Tal acción es propia más de bárbaros que de griegos y la censuramos... a mí me basta con practicar la piedad de palabra y de obra, complaciendo a los espartiatas. En cuanto a Leónidas, al que me animas a vengar, puedo afirmar que ha sido sobradamente vengado con las innumerables vidas de los que aquí han caído [248] .

Luego fue al campamento persa y vio la tienda de Mardonio rebosante de oro y de plata, y se maravilló de la locura de los bárbaros al tratar de invadir una tierra pobre y humilde. Ordenó a los cocineros persas que le prepararan una cena como si fuera el propio Mardonio y quedó atónito ante la suntuosidad del festín. Entonces, por broma, ordenó a sus propios servidores que le preparasen una cena laconia para dejar clara la diferencia entre sus mundos. Convocó a los demás generales de los griegos y al mostrarles los dos banquetes tan distintos, les dijo:

Hombres griegos, por esto os he convocado, porque quiero mostraros la locura del persa quien, aunque gozaba de tal régimen de vida, vino aquí a arrebatarnos los nuestros que son tan míseros [249] .

Luego Pausanias ordenó a los ilotas que recogieran todo el botín. Dice Heródoto que los ilotas se apropiaron de todo lo que pudieron y lo vendieron en secreto a los eginetas (que no habían tomado parte en la batalla), que pagaron como si fueran de bronce los objetos de oro y plata. Es difícil admitir esta noticia de Heródoto, que sin duda recibió de sus fuentes atenienses claramente hostiles a los eginetas. Lo que podamos dar por cierto es que Pausanias

recibió personalmente caballos, mujeres, carros y camellos; pero a una concubina que era originaria de Cos la entregó a los éforos para que la devolvieran sana y salva a su ciudad.

Es muy posible que la costumbre de que los éforos acompañaran al rey en campaña se hubiera impuesto tras la muerte de Cleómenes (que había actuado en la guerra con excesiva libertad), pero en este caso debemos tener en cuenta que Pausanias era muy joven y completamente inexperto en operaciones de tal envergadura. De hecho, según Heródoto, compartió el mando con su primo Eurianacte, hijo de Dorieo.

Con el botín de la batalla los espartanos construyeron el llamado Pórtico Persa, junto al ágora de la ciudad, que fue uno de los escasos proyectos monumentales que acometió Esparta durante la Época Clásica. Como parece sugerir el texto de Pausanias (que lo visitó en el siglo II d. C.) fue embelleciéndose con el paso del tiempo. Lo más llamativo de la construcción eran las columnas que sostenían el techo: figuras de persas realizadas en mármol blanco que querían representar a personajes históricos de la guerra, como Mardonio o la famosa Artemisia de Halicarnaso. El edificio seguramente quería conmemorar la totalidad de la guerra más que la batalla concreta de Platea. Los espartanos, como apunta Vitrubio, quisieron levantar un monumento que reflejara su valor en aquella guerra y les animara a defender siempre su libertad [250] .

El diezmo del botín se ofreció a Delfos, a pesar de su escasa implicación en la causa helena. Lo cierto es que hubo un acuerdo para comenzar desde cero tras el paso devastador de la guerra y en cierto modo no se insistió con saña en la venganza (por ejemplo, contra Tebas, que se había puesto claramente de parte del persa). Empezó una nueva época que se simbolizó con la renovación de los fuegos sagrados de las ciudades, que se prendieron de nuevo con una llama que procedía de Delfos.

Con ese diezmo se ofrendó un trípode de oro que se alzaba sobre una columna de bronce formada por tres serpientes enroscadas de seis metros de altura. Es, sin duda, una de las obras más famosas de la Antigüedad que ha sobrevivido milagrosamente en parte; el trípode de oro desapareció pronto (cuando los focenses ocuparon Delfos en el transcurso de la Tercera Guerra Sagrada, entre

356-346, y fundieron el oro); la columna de bronce se conservó y en tiempos de Constantino fue trasladada a la recién fundada ciudad de Constantinopla, donde se instaló en la espina del hipódromo de la ciudad. Allí se puede ver todavía una amplia sección de la columna, mientras que la única cabeza de las serpientes que se ha conservado está expuesta en el Museo Arqueológico de Estambul. De todas formas, lo más importante es que en esta columna estaban inscritos los nombres de las 31 ciudades que habían participado en la guerra.

Mícale

La flota griega no había estado inactiva. Tras la victoria de Salamina se lanzó en persecución de la flota persa hasta Andros, pero no pudo alcanzarla. Temístocles quería poner rumbo al Helesponto y destruir los puentes, pero Euribíades se opuso a su plan alegando que no era conveniente dejar sin salida a un enemigo por derrotado que pareciera. Los atenienses estaban dispuestos a partir con sus naves, pero Temístocles, que no deseaba romper la unidad de la flota, los calmó y siguieron el parecer de Euribíades. La flota pasó el invierno recorriendo el Egeo y castigando las ciudades que se habían puesto de parte del persa, exigiendo grandes cantidades de dinero como multa. Heródoto hace a Temístocles el responsable de esta campaña de extorsión y el principal beneficiario del dinero.

En la primavera del 479 la flota se concentró en Egina y se produjo un relevo en el mando: el navarco Euribíades fue sustituido por el rey Leotíquidas, y Temístocles por Jantipo, que estaba casado con la sobrina del reformador alcmeónida Clístenes. El hecho de que un rey se pusiera al frente de una expedición marítima es excepcional y puede probar el interés de Esparta en el desarrollo de las operaciones navales. También es posible que fuera una pobre compensación a Leotíquidas, al que los espartanos habían relegado del mando de los ejércitos de tierra; debió de ser humillante que enviaran al inexperto y joven regente del otro rey para la batalla decisiva de Platea. Leotíquidas, que había llegado al trono de forma irregular con ayuda de Cleómenes, no debía de contar con muchos partidarios en Esparta.

La flota de 250 naves partió con mucha prevención hasta Delos, en el centro del Egeo, y quedó allí a la expectativa. Por su parte, la flota persa tampoco se atrevía a cruzar más allá de Samos. Como escribe Heródoto, «el miedo vigilaba el espacio que los separaba» [251] . Finalmente unos samios se presentaron ante Leotíquidas y le

animaron a atacar con decisión, pues los barcos persas no eran rivales y podrían contar con el apoyo de los griegos de Jonia, que estaban listos para sublevarse de nuevo. La flota griega zarpó hacia Samos, pero los persas se habían retirado hasta un promontorio del continente llamado Mícale buscando la protección de sus fuerzas terrestres. Leotíquidas, lleno de decisión, hizo desembarcar a sus tropas y derrotó a los persas.

Tras este éxito los griegos se reunieron en Samos a deliberar: Leotíquidas se mostró decidido a volver a Grecia, pues en su opinión era imposible liberar a las ciudades jonias del control persa; pero los atenienses se negaban a abandonar sin más aquella zona con la que estaban sentimentalmente muy unidos (según la tradición mítica, los fundadores de las ciudades de Jonia habían partido del Ática). Admitieron en la alianza a las islas de Samos, Quíos y Lesbos y embarcaron rumbo al Helesponto para derribar los puentes que había tendido Jerjes, pero los encontraron destruidos por la fuerza de las tempestades. Entonces Leotíquidas decidió regresar a Grecia con las tropas peloponesias, mientras que los atenienses, más audaces, atacaron el Quersoneso Tracio, ansiosos de recuperar una zona que anteriormente les pertenecía.

229 . Leyes, 692D y 698E.

230 . Heródoto, 7.234.

231 . Plutarco, Moralia, 225C. En otro pasaje de Plutarco (Moralia, 866b) se nos dice que antes de salir de Esparta se celebraron unos juegos fúnebres a los que asistieron los padres y madres de los que iban a partir para las Termópilas.

232 . Plutarco, Moralia, 225C.

233 . Este comentario tan famoso aparece por primera vez en Heródoto (7.226), que lo atribuye a Diéneces; en cambio, Plutarco (Moralia, 225B) lo adjudica al ingenio de Leónidas.

234 . Heródoto, 7.211.

235 . Heródoto, 7.224.

236 . Pausanias, 3.14.1.

237 . El epitafio lo recoge por primera vez Heródoto (7.228), aunque sin atribuirlo de forma clara a Simónides; en el mismo pasaje Heródoto recuerda otro epitafio de Simónides dedicado al adivino Megistias, con el que estaba unido por vínculos de hospitalidad.

238 . Heródoto, 7.229.1

239 . Heródoto, 7.231.

240 . Heródoto, 7.232.

241 . Fr. 8D. A su vez, los versos de Tirteo eran reminiscencia de otros de Homero (Ilíada, 15.561), donde Áyax exhorta a los aqueos.

242 . Plutarco, Agesilao, 30.

243 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 9.6.

244 . Esta lacónica expresión se lee en Plutarco, Moralia 241F; Valerio Máximo (2.7.2) la elabora con más retórica: monebantur ut aut vivi cum armis in conspectum earum venirent aut mortui in armis referentur.

245 . Heródoto, 9.33. Un nieto de este Tisámeno, llamado Hagias, era adivino de Lisandro en la batalla de Egospótamos, según Pausanias 3.11.5.

246 . Heródoto, 9.62. Según Plutarco, Arístides, 17, Pausanias ordenó que los soldados dejasen los escudos en el suelo sin responder al ataque de los enemigos hasta que se obtuviera una señal favorable de los dioses.

247 . Pausanias, 9.2.5.

248 . Heródoto, 9.79.

249 . Heródoto, 9.82.

250 . Pausanias, 3.11.3 y Vitrubio, 1.1.6.

251 . Heródoto, 8.132.

8. Un periodo de crisis

La discusión sobre la hegemonía

Tras la victoria sobre el persa, los espartanos tuvieron por fuerza que plantearse el papel que iban a jugar en el futuro en un escenario más global. Había un partido numeroso que solo pensaba en la vuelta a la situación anterior, una vez pasada la tormenta de la guerra; pero había otros más ambiciosos que pensaban que Esparta podía desempeñar un papel más activo en el mundo griego, mostrándose interesados en continuar la guerra y dirigir a los demás griegos incluso en campañas lejanas. Y el primer defensor de esta política era Pausanias, el vencedor de Platea, cuya función como regente del rey Plistarco iba a terminar en poco tiempo.

En el 478 Pausanias tomó el mando de las operaciones navales. Asaltó Chipre, la gran base naval de los persas; luego se dirigió al norte, hacia los Estrechos, y tomó la ciudad de Bizancio. Es en esta ciudad donde cambió su personalidad. Empezó a tratar a los jefes aliados con aspereza y altanería, mortificándolos con su modo de mandar y con su necio orgullo: nadie podía ir a coger leña o tomar agua antes que los espartanos, porque tenía unos servidores con látigos que apartaban a los que se acercaban; castigaba a los soldados con latigazos o les echaba encima un ancla de hierro y debían permanecer así todo el día. Pero había algo peor: se había hecho inaccesible. Iba en público acompañado de guardias persas y egipcios, y en su mesa y en su forma de vestir seguía la moda persa. No todo era culpa de Pausanias. La educación espartana de cuartel había creado hombres rígidos y rudos con los que difícilmente se entendían los otros griegos y sobre todo los jonios. A esto se añadía ese insolente sentimiento de superioridad que siempre tuvieron los espartanos y que se les había inculcado desde la infancia.

Por otro lado, en el caso particular de Pausanias, se sumó la soberbia de haber vencido en Platea. Fue algo inevitable si pensamos que nada más terminar la batalla había oído cosas como estas:

Acabas de realizar una gesta de magnitud y brillantez colosales y la divinidad te ha permitido salvar a la Hélade, y conseguir, que nosotros sepamos, una gloria muy superior a la de cualquier otro griego [252] .

Según Tucídides, Pausanias ya demostró su soberbia cuando a título personal mandó grabar en la columna de bronce que se iba a dedicar en Delfos el siguiente dístico:

Cuando destruyó el ejército de los persas, el comandante de los griegos,

Pausanias, consagró este monumento a Apolo [253] .

En cuanto se enteraron, los lacedemonios mandaron borrarlo inmediatamente y poner solo el nombre de las ciudades que habían participado en la guerra.

Los hombres de Quíos, Samos y Lesbos le propusieron al ateniense Arístides que tomara el mando y se pusiera al frente de los aliados, pues deseaban desde hacía tiempo salir de las manos orgullosas de los espartanos. Por otro lado, denunciaron el comportamiento de Pausanias ante las autoridades espartanas, que lo hicieron volver a casa. En el juicio al que se le sometió quedó absuelto, pero se le prohibió salir del país con un cargo oficial. De todos modos, Pausanias a título particular y sin la autorización de los éforos volvió al Helesponto. Se dijo entonces que estaba en tratos con el Gran Rey, con el que había cruzado correspondencia en la que exponía su deseo de casarse con una de sus hijas y convertirse en tirano de toda Grecia. Heródoto se muestra escéptico ante estas acusaciones y en general destaca las cualidades positivas de Pausanias y minimiza el orgullo, la arrogancia y la lujuria [254] . Pero Tucídides, que es el historiador que nos ha transmitido la narración

más detallada sobre esto, nos ofrece una versión totalmente negativa. Nos cuenta que Pausanias, tras la conquista de Bizancio, dejó escapar intencionadamente a algunos persas importantes y recoge textualmente la carta que envió en secreto al rey Jerjes:

Pausanias, el jefe de Esparta, con el deseo de complacerte te envía a estos prisioneros de guerra; tengo la intención, si también a ti te parece bien, de casarme con tu hija y poner en tus manos a Esparta y al resto de Grecia. Creo que soy capaz de hacer estas cosas si cuento con tu ayuda. Así pues, si es de tu agrado alguna de estas cosas, envía a un hombre de confianza al mar que sirva en delante de enlace para nuestras negociaciones [255] .

Los éforos le enviaron un heraldo y una escítala. Le ordenaron que siguiera al heraldo si no quería que se le declarase enemigo de Esparta. Cuando Pausanias regresó, los éforos no se apresuraron a tomar medidas contra él, pues no tenían pruebas seguras de todas las acusaciones que se le hacían; aunque pronto se añadió otra nueva aún más inquietante: había entrado en tratos con los ilotas y les había prometido liberarles y concederles la ciudadanía si se unían a la sublevación [256] . Este último punto ha parecido sorprendente a los historiadores modernos, que han intentado dar una explicación al papel de los ilotas en los planes de Pausanias: es posible que con vistas a recuperar la posición hegemónica de Esparta el regente tuviera en mente alistar a los ilotas como combatientes y usarlos como remeros (al estilo de los thêtes de Atenas) [257] . Era una aventura que estaba en contra de las bases sobre las que se había creado la sociedad espartana, y por eso mismo los espartanos tuvieron que eliminar a Pausanias.

Finalmente un correo se prestó a descubrir a Pausanias y los éforos pudieron estar seguros de su traición. Cuando Pausanias paseaba por la ciudad y vio a los éforos que se le acercaban, supo enseguida a qué venían (se dice que uno de los éforos le indicó con un gesto que iban a prenderle). Salió corriendo hacia el templo de Atenea Calcieco que estaba muy cerca y se encerró dentro buscando el asilo sagrado. Los éforos levantaron los techos y tapiaron las salidas

esperando que muriera por hambre allí dentro. Cuentan que la madre de Pausanias ya de edad avanzada, al enterarse del crimen de su hijo, fue de las primeras personas en acudir al templo con piedras para tapiar las puertas [258] . Cuando advirtieron que estaba a punto de morir, los éforos lo sacaron del templo para evitar la profanación del lugar sagrado y allí afuera exhaló su último aliento. No obstante, tras su muerte, los espartanos recibieron señales del enojo de los dioses por la violación del templo. Consultaron a Delfos sobre este punto y se les respondió que debían enterrar a Pausanias donde había caído y entregar al templo dos cuerpos en lugar de uno. Los espartanos enterraron a Pausanias junto al templo y dedicaron dos estatuas de bronce de Pausanias dentro del santuario. En el siglo v Tucídides pudo ver personalmente su tumba y muchos siglos después el viajero Pausanias [259] .

El comportamiento de Pausanias llenó de temor a los espartanos, «el temor a que sus conciudadanos se volvieran peores en el exterior», como escribe Tucídides [260] . Porque no era un caso aislado, pues poco antes, el rey Leotíquidas se había corrompido de forma similar: en el 476, mientras estaba en campaña contra los tesalios para castigarlos por su apoyo a los persas, se le encontró sentado sobre un saco de dinero. Heródoto dice textualmente «sentado sobre una manga llena de plata» [261] ; esa manga, que tiene el nombre de kheirís, era la pieza de ropa de los vestidos persas y viene a indicar la procedencia de ese dinero. Leotíquidas fue condenado en Esparta por aceptar sobornos; su casa fue demolida y tuvo que salir al exilio; se estableció en Tegea donde murió en el 469.

Aun así, poco después, en el 475, los espartanos se plantearon de nuevo la posibilidad de recuperar la hegemonía sobre todos los griegos. Sin duda, muchos ciudadanos habían aceptado con desagrado la nueva situación internacional, donde existía, de hecho, una hegemonía dual: por un lado, la que ostentaba Esparta en el Peloponeso, y por otro, la que había asumido Atenas en el Egeo, la primera de naturaleza terrestre, y la segunda, marítima. Según Diodoro, el asunto se debatió en la Gerousía y en la Asamblea.

Los jóvenes eran los más interesados en recuperar la hegemonía, aunque eso significara la guerra contra Atenas; pensaban que conseguirían grandes riquezas y que, en general, harían a Esparta

más grande y poderosa; y que, en particular, cada familia alcanzaría un gran incremento de prosperidad. Dice Diodoro que la gran mayoría de ciudadanos se inclinaba por esta idea, pero un miembro de la Gerousía llamado Hetemáridas, hombre de gran prestigio, se opuso y les aconsejó que dejaran esa hegemonía marítima a los atenienses, pues no convenía a los intereses de Esparta [262] . Sin duda, este Hetemáridas era la voz de los terratenientes, que no veían ningún provecho en realizar campañas lejanas y en asumir el liderazgo de los griegos; anclados en su pequeño mundo, sólo deseaban volver a su tranquila y tradicional política, que se limitaba al Peloponeso. Esto explica la noticia de Tucícides de que los espartanos estaban deseando «abandonar la guerra contra el persa al considerar a los atenienses mejor preparados para ejercer el mando y ser amigos suyos en el momento presente» [263] .

Todo esto no quita para que Esparta viera con gran recelo el auge de Atenas. Tras las Guerras Médicas se negó a que esa ciudad se amurallara, alegando que de esa manera los persas, si atacaban de nuevo, no tendrían una base segura de operaciones, como había pasado con Tebas. Estas torpes razones, por supuesto, no convencieron a los atenienses, y en el 478 fortificaron Atenas a toda prisa. Fue gracias a la astucia de Temístocles que consiguió engañar a los espartanos aprovechando su buena reputación en Esparta; de hecho, al término de la batalla de Salamina, cuando su fama estaba en su punto más alto en toda Grecia, Temístocles visitó Esparta, donde le regalaron un hermoso carro y le escoltaron los 300 espartiatas de la guardia real, los hippeîs. El único hombre que había recibido tal honor [264] . Sin embargo, la estrella de Temístocles en Atenas declinaba ante el ascenso del joven Cimón, que propuganaba una política menos agresiva con Esparta. Finalmente Temístocles fue condenado al ostracismo en el 471 y se exilió a Argos donde fue bien recibido.

Como dice Tucídides, desde allí «viajaba a menudo por todo el Peloponeso» [265] ; por tanto, podemos suponer que Temístocles usó Argos como base para su política antiespartana. Es muy posible que fuera el responsable de las grandes dificultades que pasó Esparta con sus aliados en el Peloponeso: en el 471/0 los eleos decidieron regirse por una constitución democrática; Tegea concertó una alianza con Argos que tuvo que ser desbaratada por los espartanos

en el campo de batalla cerca de la propia ciudad de Tegea (469?); en una fecha incierta entre el 468 y el 465, una nueva coalición de ciudades arcadias tuvo que ser derrotada en la batalla de Dipea. Los espartanos respiraron aliviados cuando Temístocles fue finalmente acusado de medismo en el 469/8 y tuvo que buscar refugio en la corte persa, donde murió poco después.

Al retirarse Esparta de las operaciones contra los persas en el Egeo (en el 477), Atenas se puso al frente de la coalición: sus propósitos iniciales eran liberar las ciudades griegas que seguían en poder de los persas y proteger a todos los griegos de nuevos ataques, sobre todo a los isleños. Atenas ostentaba en la coalición un puesto de privilegio por la gran capacidad militar de su flota y por la gestión de las finanzas. En efecto, las ciudades que no aportaban sus propias naves al esfuerzo de guerra debían pagar un tributo. Aquel tesoro se depositó en la isla sagrada de Delos en un principio, pero posteriormente fue trasladado a Atenas, que lo usó con gran libertad.

Cuando el ateniense Cimón derrotó a los persas en la batalla de Eurimedonte de forma aplastante por tierra y por mar (año 469), las cosas cambiaron; se disipó el miedo al persa en los pequeños estados de la alianza, que ya no veían sentido a pagar el tributo. Sin embargo, los atenienses no estaban dispuestos a deshacer la alianza y obligaron por la fuerza a reintegrarse. Cualquier idea de libertad o autonomía había desaparecido y quedaba solo el imperio de Atenas.

Este comportamiento reavivó en Esparta el miedo a la hegemonía de Atenas, como se demostró cuando los habitantes de Tasos en el norte del Egeo se rebelaron contra los atenienses. En el 465 los tasios acudieron en secreto a Esparta y solicitaron su ayuda: pedían ni más ni menos que invadieran el Ática con sus hoplitas para aliviar el asfixiante asedio al que estaban sometidos. Tucídides dice que los lacedemonios prometieron hacerlo. Es difícil saber cómo pudo llegar a oídos de los atenienses este acuerdo secreto entre Esparta y Tasos; pero, de ser cierto, demuestra que los espartanos, después de resolver sus problemas en el Peloponeso, estaban decididos a recuperar la hegemonía de Grecia, arriesgándose incluso a un choque directo contra Atenas.

El terremoto del 465

Los espartanos no pudieron cumplir su promesa. Ese mismo año un terremoto de enorme magnitud asoló Laconia. Se dijo por entonces que había sido enviado por Poseidón como castigo porque los espartanos habían matado a unos ilotas que habían buscado refugio en su templo del cabo Ténaro, al sur de Laconia. El templo, cercano a una gruta que la tradición consideraba como entrada al Hades, gozaba del derecho de asilo.

En la ciudad de Esparta fue tal la violencia del terremoto que murieron 20.000 personas y quedaron en pie solo cinco casas [266] . Los supervivientes se dedicaron, como es natural, a recoger de sus casas derruidas enseres y objetos valiosos, pero el rey Arquidamo (era nieto de Leotíquidas y había subido al trono recientemente en el 469) con mucha prudencia mandó que dieran la señal de combate y que todos los hombres se presentaran armados ante él. Esto fue la salvación de Esparta, porque los ilotas acudían desde todos los campos a la ciudad, dispuestos a acabar con los espartanos que hubieran quedado vivos; al encontrarlos en orden de batalla, se retiraron. Pero los ilotas mesenios, sin duda informados de la magnitud del desastre por sus compañeros de esclavitud en Laconia, aprovecharon la ocasión y se alzaron en armas. Al parecer contaron con el apoyo de algunas comunidades de periecos del valle inferior del Pamiso (Turia y Etea). Por una noticia de Heródoto sabemos que un escuadrón de 300 hombres murió en la llanura de Esteniclaro en el combate [267] ; se trataría de la famosa guardia real o hippeî s; al mando iba Arimnesto, el que se había cubierto de gloria en la batalla de Platea al matar a Mardonio y que moría ahora, mientras sofocaban una rebelión de esclavos.

Finalmente los rebeldes buscaron refugio en el monte Itome, una fortaleza natural. Para asaltarla, los espartanos llamaron en su ayuda a los atenienses, que tenían fama de hábiles en ese tipo de combate. En Atenas había un grupo muy hostil a los espartanos

encabezado por Efialtes que se negaba a prestar ayuda y deseaba ver abatido el orgullo espartano. Pero había también un grupo de atenienses que simpatizaba con Esparta; su máximo exponente era Cimón, un militar muy competente que había sido el verdadero artífice de la expansión del imperio ateniense. Por su origen aristocrático y por su propio carácter franco y sencillo era muy inclinado a los espartanos. Tenía, además, vínculos de hospedaje en Esparta. Como máximo ejemplo de su laconismo, a uno de sus hijos le había puesto como nombre Lacedemón. Cuando en público reprendía a los atenienses por su frívola actitud y sus alocadas decisiones solía repetir: «!Qué poco son así los lacedemonios¡».

Parece que entre los nobles atenienses había pasión por las cosas de Esparta. Aristófanes lo llama «laconomanía» en una de sus comedias [268] . Estos atenienses que «laconizaban» imitaban los modos de vida espartanos y defendían ideas oligárquicas antidemocráticas; en las comedias de Aristófanes «laconizar» también aludía maliciosamente a prácticas homosexuales, que se consideraba que en Esparta eran habituales. A estos filolaconios se les reconocía fácilmente en la ciudad, pues según Platón: «Se rasgan las orejas, se rodean las piernas de cuero, frecuentan los gimnasios y visten manto corto» [269] . Con «orejas desgarradas» se refiere a las marcas que quedan tras la práctica asidua del pugilato y que debieron de ser habituales en los hombres espartanos debido a su brutal entrenamiento desde la infancia.

El manto corto debe de ser el famoso tribon de los espartanos. En el periodo clásico la capa más habitual de la indumentaria masculina era la clámide, que había sustituido a la anticuada capa del periodo arcaico llamada himatión. Los espartanos conservaron el himatión en su forma tradicional y le llamaban tribon; era un trozo de tela rectangular, larga y fina que podía cubrir todo el cuerpo, como podemos ver en la célebre representación de un guerrero espartano realizada a finales del siglo v y que se conserva en el Wadsworth Atheneum de Hartford, Connecticut. Hay que señalar que no se usaba en el campo de batalla, donde los espartanos solo llevaban la túnica roja y las protecciones. El tribon, sin adornos y también de color carmesí, se ponía directamente sobre la piel (la clámide, en cambio, se llevaba sobre la túnica o quitón). Como recuerda Plutarco, los niños espartanos a partir de los 12 años ya no llevaban

túnica y se vestían sólo con el manto (el mismo todo el año). Los atenienses que imitaban las costumbres espartanas llevaban así el tribon, como Sócrates, que era descrito de este modo en una obra de Jenofonte: «Vives descalzo y sin túnica» [270] . Los filolaconios, además, se dejaban el pelo largo, pues esto era en un espartano el símbolo de su estatus, ya que este tipo de pelo es incompatible con una actividad manual. Además, según Plutarco, el pelo largo favorecía a los hermosos y hacía más fieros a los feos [271] . Por eso un objeto indispensable en el bagaje de un soldado espartano era su peine.

El prestigio y la influencia de Cimón lograron que la Asamblea le enviara al mando de una fuerza de socorro de 4.000 hoplitas. Pero la presencia de los atenienses despertó las suspicacias de los espartanos, que temieron de pronto su osadía y su carácter innovador; posiblemente también sospechaban que fueran simpatizantes de la causa de los ilotas. De modo que los despidieron a ellos solos, de todos los aliados presentes, diciendo que no los necesitaban. Aquel desprecio hirió profundamente el orgullo de los atenienses. Las relaciones entre las dos ciudades quedaron rotas. Atenas de inmediato se retiró de la alianza que se había establecido en tiempos de Jerjes e hizo un pacto de amistad con Argos, la gran enemiga de Esparta, y poco después con los tesalios (hacia el 462); Cimón, en particular, pagó con el ostracismo su política proespartana.

La revuelta de los ilotas mesenios se prolongó, según nos informa Tucídides, durante diez años [272] , hasta el 455/4. Es, tal vez, una duración excesiva, por lo que algunos historiadores modernos corrigen el texto de Tucídides que ha llegado hasta nostros [273] . Los rebeldes llegaron a un acuerdo con los espartanos; se comprometieron a salir del Peloponeso y a no poner nunca más el pie en él. Los espartanos, por su parte, habían recibido un oráculo de Delfos que les exhortaba a dejarlos partir. Todo indica que los espartanos estaban lejos todavía de conseguir una victoria realmente definitiva y vieron más conveniente alejarlos del país. Los mesenios, hombres, mujeres y niños, salieron protegidos por el pacto y se establecieron en Naupacto, en la costa norte del golfo de Corinto por cortesía de los atenienses, que de esa manera se tomaban el desquite.

La represión de los ilotas. La criptia

Una de las consecuencias de la rebelión de los ilotas tras el terremoto fue el endurecimiento de su situación y el mayor control al que fueron sometidos. Como hemos visto, había ilotas laconios que procedían de las primitivas poblaciones esclavizadas cuando llegaron los invasores dorios, y había ilotas mesenios que trabajaban las tierras de Mesenia. Tucídides dice claramente que el mayor número de ilotas era descendiente de los antiguos mesenios. Los ilotas laconios estaban más en contacto con sus amos; seguramente el ilota que servía al espartano en campaña sería su servidor personal también en casa; estaban más sometidos al control directo de los espartanos que les inculcaban la conveniente mentalidad de esclavos; así, por ejemplo, según Ateneo, los ilotas eran azotados cada año, aunque no hubieran hecho nada malo, sólo para que no olvidaran su condición de esclavos. Los mesenios estaban más alejados al otro lado de la cordillera del Taigeto, pero, sin duda, las comunidades de periecos se encargaban de vigilarlos de cerca. Todos los ilotas, mesenios y laconios, hablaban exactamente la misma lengua que sus amos. Y todos tenían en común su principal misión en la sociedad espartana: trabajar las tierras. Estaban ligados a un lote de terreno que tenían que cultivar para ofrecer un canon prefijado de su cosecha anual a su amo. El resto de la producción quedaba en manos del ilota. Para evitar una excesiva presión sobre los ilotas, no se permitía a ningún espartano exigir más de lo debido, aunque el castigo se limitaba a una maldición pública. Con la contribución de los ilotas de su lote, el espartano estaba en condiciones de participar en las comidas comunes, que era un requisito indispensable para ser ciudadano de pleno derecho.

No sabemos si los ilotas vivían en unidades familiares apartadas, cada una en su propio lote, o se agrupaban en villas o aldeas. La opinión tradicional es que fueron forzados a abandonar las villas de sus ancestros y que quedaron dispersos por los diferentes lotes de

los ciudadanos espartanos, de modo que fuese más fácil su control y se evitasen peligrosas rebeliones. Al parecer los ilotas tenían posesiones particulares y dinero que procedía de los excedentes de las cosechas que quedaban a su disposición. Algunos ilotas, sobre todo mujeres, se empleaban en el servicio doméstico y personal. El concubinato con hombres espartanos debió de ser frecuente, ya que existía una categoría social llamada móthakes, es decir, 'bastardos'. Los ilotas también seguían a sus amos en las campañas militares, en principio portando las pesadas armas y el bagaje; pero en Platea lucharon como infantería ligera, y más adelante, a partir de la Guerra del Peloponeso, como hoplitas en campañas en lugares lejanos.

Los ilotas llevaban la cabeza afeitada (que contrastaba poderosamente con las largas melenas que los espartanos adultos lucían) y se cubrían con una tosca prenda de cuero, así como por un gorro de piel de perro (kynê), que era su elemento más distintivo. Si se desprendían de esta indumentaria eran castigados con la muerte y sus dueños multados. Sin duda favorecía el control sobre los esclavos este medio de distinguirlos con facilidad por su apariencia exterior.

Aristóteles dice que los ilotas se pasaban la vida acechando los infortunios de sus amos [274] , y Jenofonte señala que los miraban con el deseo de «comérselos crudos» [275] . Jenofonte debió de saberlo, ya que fue gran amigo de los espartanos y vivió en el Peloponeso muchos años. Por eso los espartanos tomaban serias precauciones en su vida diaria: hacían rondas de vigilancia por los campos y se ocupaban celosamente de que los ilotas no tuviesen nunca acceso a las armas; cerraban por las noches sus casas con cerrojo para evitar un ataque exterior, y siempre tenían a mano su lanza y su escudo.

La criptia (transcripción del término griego krypteía) se va a convertir en el instrumento fundamental de represión. Su nombre, que tiene que ver con el verbo «ocultar», se relaciona con la principal exigencia de esta prueba: el joven espartano debía permanecer sin ser visto en los campos y montes de Laconia. Ya Heródoto la menciona, al parecer, en un pasaje de su obra: «cuando los lacedemonios matan a alguien lo hacen de noche» [276] . Platón se expresa con más claridad, pero solo insiste en la dureza física de la

prueba:

También existe una admirable prueba de resistencia llamada criptia, que consiste en marchar descalzos en pleno invierno, dormir en el duro suelo y valerse por uno mismo sin servidores, andando errantes de día y de noche por todo el país [277] .

Pero sin duda, es Plutarco quien la describe con mayor detalle:

Los jefes de los jóvenes enviaban a los campos cierto tiempo a los que les parecía que tenían más entendimiento, con puñales y la comida indispensable y ninguna otra cosa más. Éstos, de día, dispersos por lugares recónditos, se ocultaban y descansaban. Pero de noche bajaban a los caminos y degollaban al ilota que cogían y muchas veces en su recorrido por los campos mataban a los más fuertes y recios [278] .

Si en principio fue una prueba de hombría y de endurecimiento para la vida militar que debían superar los jóvenes, pronto (en la medida en que la población de ilotas aumentó considerablemente) se convirtió en un instrumento de represión sobre la masa de esclavos. Se ignora con qué frecuencia tenía lugar esta prueba en la Época Clásica, pero al parecer no todos los jóvenes en enfrentaban a ella, sino tan solo un grupo escogido, tal vez los que estaban destinados a convertirse en la élite. Posteriormente la criptia la realizaba un destacamento especial dentro del ejército regular espartano (como parece sugerirlo el testimonio de Plutarco) [279] . Podían ser llamados a la criptia todos los espartanos menores de 30 años.

El estudioso francés H. Jeanmaire en 1913 estableció claros paralelismos entre esta prueba de los espartanos y determinados ritos de paso en sociedades primitivas de Australia, África del sur y

América: se trata de un joven que se va a convertir en soldado o adulto, y que debe salir solo fuera, a los campos, con tan solo armas ligeras. Recordó que entre las tribus malayas hay que matar a un esclavo para poder ser considerado un hombre adulto; se trataría de la última fase de la iniciación ritual de un chico que se convierte en adulto. En otras partes de Grecia este viejo ritual había desaparecido o se había transformado en la misma medida en que había progresado la vida urbana. Pero, tal como lo describe Plutarco, este viejo ritual de iniciación se convirtió en un instrumento de represión al transformarse en una caza selectiva de aquellos elementos que juzgasen más peligrosos.

Como el terremoto del 465 había reducido de forma drástica el número de los espartiatas, la ciudad tuvo que articular fórmulas más efectivas y enérgicas para controlar a los ilotas. Los autores modernos hablan de una «reinstitucionalización de un viejo rito de iniciación» que ahora tenía el sórdido papel de infundir terror y reducir el peligro de las rebeliones de esclavos. Esto explica el famoso templo que los espartanos habían levantado al Miedo: estaban convencido de que el Estado se sostenía gracias al temor [280]
.

Los griegos siempre entendieron como natural la esclavitud, que sobrevenía como consecuencia de la guerra, y los ilotas espartanos estaban en esa circunstancia. Los éforos, cuando tomaban posesión de su cargo a principios de año, declaraban oficialmente la guerra a los ilotas para que no fuese delito matarlos; y es que en el pensamiento de la Grecia clásica cualquier crimen injustificado originaba una mancha religiosa que recaía sobre toda la ciudad. Pero también era un buen recordatorio de que los espartanos habían ganado como botín de guerra a los ilotas y tenían derechos sobre ellos, según las costumbres de la guerra. Otra cosa es el hecho de que poco a poco en Grecia la esclavitud de otros griegos (y los mesenios lo eran) pasara a considerarse como impropia e inmoral.

Los ilotas eran algo muy diferente al esclavo-mercancía habitual en las demás ciudades griegas del período clásico. Eran propiedad del Estado, que era el único que podía matarlos, venderlos o concederles la libertad, aunque estaban en relación directa con un ciudadano particular de Esparta cuyo lote trabajaban. Ese sentido

colectivo de propiedad se manifiesta en el hecho de que un amo estaba obligado a prestar sus ilotas a otros conciudadanos que los necesitaran, del mismo modo que los caballos o los perros. Por eso su situación era objeto de debate, como señala Platón:

Los ilotas de Esparta es un tema de continua discusión; pues unos afirman que están bien, pero otros censuran tal institución [281] .

Estrabón los consideraba esclavos públicos [282] ; el viajero Pausanias, de forma parecida, los llamó «esclavos de la comunidad» [283] ; sin embargo, Aristófanes de Bizancio se refirió a su situación como intermedia «entre los libres y los esclavos» [284] , pues residían en su propia tierra, poseían bienes, mantenían una vida familiar y se reproducían con normalidad. Incluso algunos autores modernos sostienen que los ilotas eran un grupo privilegiado en comparación con el esclavo-mercancía habitual en las demás partes de Grecia, basándose en el hecho de que gozaban de una vida familiar y de posesiones personales; esto era precisamente lo que les empujaba a rebelarse contra los espartanos, en especial una vez que se sentían griegos, y hablaban el mismo dialecto dorio de sus amos. Como una paradoja del sistema, los ilotas van a ser empleados en las guerras de los espartanos en mayor número y ocasiones que los esclavos de los otros estados griegos (que solo lo hicieron, y con cautela, en casos de emergencia). Precisamente al vivir como hombres libres y realizar tareas duras en el campo, los ilotas estaban mejor preparados en cuerpo y espíritu para la guerra.

Tucícides también acertó de pleno cuando escribió que toda la política exterior espartana estaba condicionada por su temor a la revuelta de sus esclavos [285] . Cuando Platón advierte del peligro de tener muchos esclavos procedentes de un mismo lugar, tenía en mente a los ilotas espartanos:

La posesión de hombres es un asunto difícil; pues muchas veces, de hecho, han quedado demostrados cuántos males suceden con las

numerosas revoluciones tan frecuentes entre los mesenios o en las ciudades que han adquirido muchos esclavos que hablan el mismo idioma [286] .

Aristóteles consideró el sistema esclavista como uno de los principales defectos de Esparta. Pensaba que este tipo de esclavos era peligroso, especialmente si una ciudad tenía problemas con sus vecinos (como les pasaba a los espartanos); además, añade:

Es difícil ocuparse de ellos; si se les deja sueltos, se insolentan y se creen dignos de los mismos derechos que sus señores, y si llevan una vida miserable, conspiran y odian [287] .

La primera guerra contra Atenas

Los problemas internos mantuvieron ocupados a los espartanos y les forzaron a abandonar su papel de potencia hegemónica temporalmente. La principal rival de Esparta en el Peloponeso aprovechó la ocasión. Argos se había recuperado tras el desastre de Sepea, cuando casi quedó despoblada. Durante las Guerras Médicas había adoptado prudentemente una política de neutralidad, pero ahora se sentía con fuerzas y aprovechó las dificultades de Esparta para desquitarse de sus vecinos, sobre todo de Micenas, que había sido una fiel aliada de los espartanos (combatió a su lado en las Termópilas y en Platea). Argos la derrotó en el campo de batalla, y tras un breve asedio tomó la ciudad, que no pudo contar con la ayuda de los espartanos; redujeron a la esclavitud a sus habitantes y arrasaron la ciudad (hacia el 468). Micenas quedó en adelante deshabitada, aunque sus ruinas siguieron llamando la atención de los viajeros posteriores, como Pausanias en el siglo II d. C. [288] .

Más complicados eran los conflictos que afectaban a otros aliados de Esparta. Mégara, que estaba en guerra con su poderosa vecina Corinto, abandonó la Liga del Peloponeso y se alió con Atenas buscando su protección. Los atenienses intervinieron con la decisión que les caracterizaba, y para proteger la ciudad de Mégara ocuparon sus dos puertos y unieron Mégara con su puerto de Nisea, en el golfo Sarónico, con el deseo de convertirla en una fortaleza inexpugnable (un sistema que luego podrían en práctica en su propia ciudad al unir Atenas con el Pireo por medio de los llamados Muros Largos). Con Mégara a su lado controlando el Istmo, Atenas ya no debía temer las invasiones del Ática de los hoplitas espartanos desde el Peloponeso.

Durante estos años, Corinto y Egina, firmes aliados de Esparta, mantuvieron una guerra contra Atenas. Nada sabemos de los espartanos hasta su intervención en la Fócide en defensa de los habitantes de la Dóride, región con la que se sentían especialmente

vinculados, pues decían que era su solar de origen, antes de ocupar en tiempos remotos el Peloponeso. Enviaron por el golfo de Crisa 1.000 hoplitas espartanos junto a 10.000 aliados. Tucídides menciona este episodio sin conexión con ningún otro, por lo que es difícil valorarlo; podría ser una maniobra de distracción dirigida hacia los atenienses que estaban ocupados entonces en su lucha contra Persia. Cuando las tropas peloponesias volvían por tierra en la primavera del 457, los atenienses, junto con los argivos, les cerraron el paso y se entabló una batalla cerca de la localidad de Tanagra en la que los espartanos, con la ayuda de los beocios, resultaron vencedores. Los espartanos regresaron orgullos y triunfantes cruzando el Istmo y talando el territorio de Mégara. Por esta victoria dedicaron un escudo de oro en el templo de Zeus en Olimpia, donde mandaron grabar la siguiente inscripción:

El templo tiene un escudo de oro, de Tanagra

los lacedemonios y sus aliados lo ofrendaron,

un regalo de argivos, atenienes y jonios,

el diezmo por la victoria en la guerra [289] .

Tebas había sido de gran ayuda en esta batalla, de modo que los espartanos pensaron que aquella ciudad sería el contrapeso perfecto para el expansionismo ateniense. La región de Beocia donde se encontraba Tebas era poderosa y rica desde la antigüedad por sus buenas condiciones naturales y sus ricas llanuras, pero sus gentes vivían divididas en numerosas ciudades sin haber logrado jamás una gran alianza. Además, Tebas, la ciudad más importante, había conocido cierta decadencia, ya que durante las Guerras Médicas se había puesto de parte de los persas. Los tebanos, que odiaban a los atenienses desde hacía tiempo (cuando Platea escapó de su influencia para ponerse bajo la protección de Atenas), hicieron por entonces una atractiva oferta a los espartanos:

Los tebanos pidieron a los lacedemonios que ayudaran a su ciudad a conquistar la hegemonía de Beocia, y por ese servicio se comprometían a combatir por su cuenta contra los atenienses, de modo que los espartiatas no tendrían necesidad de sacar fuera del Peloponeso ningún ejército de tierra [290] .

La derrota en Tanagra no desanimó a los atenienses, que no estaban dispuestos a renunciar a su expansión sobre Beocia. Dos meses después reunieron otro ejército, y en la batalla de Enófita derrotaron a los beocios de forma aplastante, haciéndose dueños de toda la región menos de la ciudad de Tebas. Además, continuaron su guerra contra Egina, que tuvo que rendirse finalmente, viéndose obligada a destruir sus murallas, entregar naves y pagar tributo (el phóros con el que se contribuía a la Liga de Delos). Luego el estratego Tólmides zarpó de Atenas con 50 trirremes y 4.000 hoplitas y atacó el sur del Peloponeso: asaltó Metone, incendió los arsenales de Gitio, el puerto de Esparta, y saqueó todo el territorio del sur.

El imperialismo ateniense estaba en esos días en su máximo esplendor. Tras la derrota de Egina (que no recibió ninguna ayuda de Esparta) controlaba totalmente el golfo Sarónico y sus rutas marítimas; gracias a la amistad de Mégara, estaba a salvo de las invasiones por tierra que pudieran venir desde el Peloponeso para devastar el suelo del Ática. Pero la situación empeoró de repente en el 454, cuando los atenienses sufrieron un durísimo revés en Egipto en su lucha contra los persas. Precisamente por entonces los espartanos ya habían puesto fin a la revuelta de los ilotas mesenios y estaban preparados para retomar su posición hegemónica. Por medio del filolaconio Cimón los atenienses se apresuraron a firmar una tregua de cinco años con los espartanos.

Al finalizar la tregua, todas las partes retomaron las armas. En el 449 los lacedemonios volvieron a intervenir en el norte, esta vez para luchar contra los focenses, aliados de Atenas, que se habían apoderado del santuario de Delfos. Vencieron y entregaron el santuario a los delfios, pero poco después, cuando se retiraron, los atenienses se presentaron en Delfos y lo entregaron de nuevo a los focenses. Atenas seguían empeñada en controlar Beocia, pero fue

derrotada en la batalla de Coronea (447/6) por los beocios y tuvo que retirarse (excepto de Platea). En el 446 Mégara se sublevó matando a toda la guarnición ateniense, salvo a los que pudieron refugiarse en el puerto de Nisea; pero lo más grave fue el levantamiento de Eubea, una isla que era vital en el sistema económico ateniense.

Por entonces Pericles estaba al frente de los asuntos en Atenas. Aunque se había convertido en dirigente del partido popular tras la muerte de Efialtes, pertenecía a la familia de los Alcmeónidas, una de las más ricas y antiguas de Atenas; su padre Jantipo había destacado como general en las Guerras Médicas, al vencer a los persas en la batalla de Mícale. Gracias a su carisma y su capacidad oratoria, se desenvolvía en el mundo político de Atenas sin una oposición seria apostando sin titubeos por un férreo control de los aliados y el dominio de los mares con su flota. Pericles se trasladó rápidamente hacia la isla. Por su parte, los peloponesios invadieron entonces el sur del Ática y devastaron la llanura triguera que rodeaba Eleusis, en la frontera con Mégara, pero sorprendentemente, en lugar de aprovechar la oportunidad, se retiraron sin avanzar más allá; según las fuentes antiguas, Pericles había sobornado al joven rey Plistoanacte y a su consejero Cleándridas para que se retiraran [291] . Plistoanacte era hijo de Pausanias, el vencedor de Platea, y había subido al trono de los Agíadas hacia el 460, cuando Plistarco, el hijo de Leónidas, murió sin descendencia. Es posible que el nuevo rey y su consejero pertenecieran a la facción más conservadora de Esparta, que defendía una división de la esfera de influencia: Atenas en el mar sobre los jonios y el Egeo, y Esparta en tierra firme sobre los dorios. Esta facción espartana creía en la coexistencia pacífica. En todo caso, Pleistoanacte y Cleándridas tuvieron que exiliarse por esa acusación.

Sin embargo, los atenienses, agotados por los enormes esfuerzos que habían realizado, estaban dispuestos a renunciar a toda influencia en el continente. Poco después de pacificar Eubea, a comienzos del 445, firmaron un tratado de paz con Esparta por el que devolvían Nisea, Pegas, Trecén y Acaya, pero conservaron dentro de su esfera de influencia Egina, la isla doria del golfo Sarónico, que siguió aportando el tributo a la Liga de Delos. Este tratado, conocido como

la paz de los Treinta Años, puso punto final a este conflicto que los historiadores modernos han llamado Primera Guerra del Peloponeso.

▪

252 . Heródoto, 9.78.

253 . Tucídides, 1.132.2.

254 . Pausanias (3.17.9) y Plutarco (Cimón, 6 y Moralia, 555c) nos cuentan que Pausanias mandó a llamar para satisfacer sus deseos a una doncella de Bizancio, llamada Cleonice. Cuando entró en el dormitorio, la doncella dejó caer el candil encendido, y Pausanias, que estaba durmiendo, saltó del lecho y atravesó a la doncella con su espada, pues siempre estaba receloso de una traición. Desde ese momento Cleonice se le aparecía de noche en sus sueños, de modo que Pausanias consultó a los oráculos para escapar a sus visiones.

255 . Tucícides, 1.128.

256 . Tucídides, 1.132.

257 . Según la división económica atribuida a Solón, los thêtes o jornaleros constituían la clase más baja de la poblacion ateniense y se emplearon sobre todo como remeros de la flota.

258 . Diodoro, 11.45.6 y Nepote, Pausanias, 5.

259 . Pausanias, 3.17.7 y Tucídides, 1.134.

260 . Tucídides, 1.95.

261 . Heródoto, 6.72..

262 . Diodoro, 11.50.

263 . Tucídides, 1.95.7.

264 . Heródoto, 8.124.

265 . Tucídides, 1.135.3.

266 . Esta información sobre la devastación que causó el terremoto se encuentra en Diodoro, 11.63 y Plutarco, Cimón, 16.6.

267 . Heródoto, 9.64.

268 . Las aves, 1282.

269 . Protágoras 342c.

270 . Memorables, 1.6.

271 . Lisandro, 1.

272 . Tucídides, 1.103.1.

273 . Véase Pavel Oliva, Esparta y sus problemas sociales, p. 158 y ss. para una detenida exposición de las diferentes opiniones de los estudiosos.

274 . Política, 1269 a.

275 . Helénicas, 3.3.4-11.

276 . Heródoto, 4.146.

277 . Platón, Leyes, 633c.

278 . Licurgo, 28.

279 . Cleómenes, 28.

280 . Plutarco, Cleómenes, 9.

281 . Platón, Leyes, 776C.

282 . Estrabón, 8.365.

283 . Pausanias, 3.21.6.

284 . En Pólux, Onomástico, 3.83.

285 . Tucídides, 4.80.2.

286 . Platón, Leyes, 777c.

287 . Política, 1269.

288 . Pausanias, 2.15.4.

289 . Pausanias, 5.10.4 y además en Inschriften von Olympia (IvO) núm. 253.

290 . Diodoro, 11.81.

291 . Plutarco, Pericles, 22.

9. La Guerra del Peloponeso (I)

Detonantes de la guerra

La paz de los Treinta Años parecía un intento serio de poner fin a los conflictos que habían sacudido Grecia en los últimos decenios. Según el tratado, los miembros de una alianza no podían cambiar de bando, aunque un estado neutral podía adherirse a cualquiera de los dos libremente (solo se excluía de forma específica a Argos, enemiga de Esparta en el Peloponeso y que no podía aliarse con Atenas); finalmente se establecía que en caso de disputa las partes en conflicto se someterían a un arbitraje vinculante. El tratado, por tanto, sancionaba una hegemonía dual y dibujaba un mapa político dividido en dos grandes bloques. Precisamente, a causa de esta política de bloques, la siguiente guerra, la que conocemos como Guerra del Peloponeso, sería distinta a todas las anteriores y alcanzaría unas dimensiones desconocidas hasta entonces.

Nadie podía imaginar que una serie de conflictos, aparentemente insignificantes, iba a ensombrecer las esperanzas de una larga paz. En la pequeña ciudad de Epidamno (la actual Durrës, en Albania) los demócratas se hicieron con el poder, pero los aristócratas exiliados atacaron la ciudad con ayuda de los bárbaros de la zona. Epidamno pidió ayuda a Corcira (Corfú), que era su ciudad-madre, pero, por razones que ignoramos, ésta se negó. Entonces Epidamno buscó la protección de Corinto. Los corintios aceptaron de inmediato; estaban deseosos de recuperar su influencia comercial en el oeste y, además, odiaban profundamente a Corcira, aunque fuera una antigua fundación suya. Cuando las tropas de Corinto ocuparon Epidamno, los corcireos, irritados por la intromisión, la sitiaron por mar (su flota contaba con 120 trirremes, y sólo era superada por Atenas), al tiempo que los aristócratas exiliados y sus aliados lo hacían por tierra. Cuando una armada de Corinto se acercó a la ciudad para socorrerla, tuvo lugar una gran batalla en la que los corcireos obtuvieron una victoria aplastante sobre los corintios.

Mientras Corinto hacía preparativos para una expedición de castigo,

Corcira envió una embajada a Atenas en el 433 para pedir su ayuda. El asunto era delicado, y la Asamblea ateniense necesitó dos días de deliberaciones. Aceptar a Corcira como aliada despertaría el odio de Corinto, pero permitir que fuera vencida y que se uniera al bando enemigo supondría un peligro para la hegemonía naval de Atenas. Como solución de compromiso, la Asamblea decidió firmar con Corcira una alianza defensiva. Según Plutarco, fue Pericles quien convenció a los ciudadanos para que enviaran ayuda a Corcira y se unieran a esa isla tan dinámica y poderosa. Corcira quedó a salvo y Corinto humillada.

5. La Calcídica

En la primavera del 432 surgió otro motivo de conflicto entre Atenas y Corinto, esta vez por Potidea, una ciudad fundada por los

corintios en la Calcídica, al norte del Egeo, pero que era miembro de la Liga de Delos. Potidea se había rebelado, y los atenienses acudieron con su ejército ante la ciudad y ordenaron que derribaran las murallas, despidieran a los magistrados que recibían de Corinto y entregaran rehenes. Potidea se negó, y se inició así un largo asedio que ocuparía a los atenienses mucho tiempo y en el que emplearon enormes recursos. En principio, ninguno de estos conflictos contravenía la paz de los Treinta Años: Corcira era una ciudad no alineada que podía libremente decidir su destino, y Potidea estaba en la esfera de influencia de Atenas. Pero los atenienses se habían ganado la enemistad de Corinto, la principal aliada de Esparta en la Liga del Peloponeso.

En fechas cercanas a la rebelión de Potidea, Atenas promulgó un decreto contra la ciudad de Mégara. Estaba situada en el istmo de Corinto, al sur de Atenas, y aunque en otro tiempo había sido una gran potencia comercial, ahora estaba en plena decadencia. Los atenienses y los megarenses mantenían una vieja rivalidad desde que, a principios del siglo VI, se enfrentaron por el control de la isla de Salamina y la zona fronteriza en la fértil llanura de Eleusis. En el invierno del 433, los atenienses acusaron a sus vecinos de ocupar tierras fronterizas y de dar asilo a los esclavos fugitivos que escapaban de la ciudad. La Asamblea aprobó entonces un decreto que prohibía a los megarenses la entrada al ágora ateniense y a los puertos controlados por Atenas en el Egeo, un embargo económico que nunca antes, en tiempos de paz, se había utilizado como herramienta de presión. Pericles fue el gran impulsor de este decreto que sus contemporáneos consideraron como la causa inmediata de la guerra.

Ante esta situación, los corintios, megarenses y eginetas se reunieron con los espartanos para exponer sus quejas contra Atenas y exigir la guerra. Los eginetas, por temor a los atenienses, habían enviado embajadores en secreto y animaban a la guerra con el deseo de ser de nuevo independientes; los megarenses estaban molestos porque se les vetaba la entrada en los puertos del imperio ateniense; pero los corintios, que eran la parte más perjudicada por Atenas, se mostraron especialmente persuasivos: si los espartanos no declaraban la guerra a Atenas, estarían traicionando a sus amigos y aliados, y les forzarían a buscar nuevas alianzas.

A continuación los espartanos convocaron su Asamblea. Había dos posiciones: una más prudente, que defendía el rey Arquidamo, y otra más belicista y agresiva del éforo Estenelaidas. Arquidamo hizo notar la gran riqueza de Atenas, su control absoluto de los mares y el hecho de que era una ciudad con poderosas murallas; pero el éforo convenció a los espartanos con palabras llenas de ardor y coraje:

Votad la guerra, según nuestras dignas costumbres; no dejéis que los atenienses se hagan más poderosos y no traicionéis a vuestros aliados [292] .

Se pasó a votar gritando a cada propuesta, como era habitual en la Asamblea espartana. Al no poderse distinguir qué griterío era mayor, el éforo propuso que votara cada hombre colocándose en un lado de la Asamblea; claramente la mayoría se decidió, como no podía ser menos, por la guerra. Las palabras que Tucídides puso en boca del éforo Estenelaidas indican a las claras que el gran historiador defendía como causa profunda de la guerra el miedo de los espartanos al engrandecimiento de Atenas; en su opinión, se vieron forzados a la guerra «por el temor de que los atenienses acentuaran aún más su poder, viendo que ya tenían sometida a la mayor parte de Grecia» [293] . Los espartanos consultaron, como era habitual, al oráculo de Delfos sobre la conveniencia de pelear contra los atenienses. Apolo les respondió que la victoria sería para ellos si luchaban con todas sus fuerzas, y que el dios les ayudaría se le llamase o no [294] .

De todas formas, mientras hacían los preparativos bélicos, los espartanos, siguiendo el consejo de Arquidamo, enviaron a Atenas hasta tres embajadas para evitar el enfrentamiento. Exigían que, por lo menos, Atenas derogara el decreto de Mégara, pero Pericles se opuso a toda concesión e insistía en que debía someterse a un arbitraje como estaba estipulado en la paz de los Treinta Años. La última embajada añadió una nueva y sorprendente exigencia: que los atenienses dejaran libres a los griegos. De este modo los espartanos convertían el conflicto armado que se avecinaba en una

«guerra de liberación» y se ganaban simpatías entre la opinión pública de todo el mundo griego al presentarse como libertadores de Grecia.

Estrategia de guerra

Pericles había comprendido que la guerra contra Esparta era inevitable desde el affaire de Corcira y había preparado convenientemente a la ciudad para esta posibilidad. Expresó un optimismo absoluto sobre la suerte de la guerra, pues la ciudad contaba con ingentes recursos financieros que procedían de los aliados en el Egeo y Jonia. Además, la ciudad, que en tiempos de Temístocles se había rodeado de murallas, contaba con un largo corredor fortificado que unía Atenas con su puerto del Pireo, a unos siete kilómetros de distancia. Los atenienses llamaban a este corredor los Muros Largos. De esa manera, en caso de asedio la ciudad se aseguraba el suministro de todo lo necesario. En aquella época, la poliorcética no estaba muy desarrollada y una ciudad solo se podía tomar por hambre o por traición. Por lo demás, Pericles había concebido una sencilla estrategia de guerra a largo plazo y de carácter puramente defensivo: si los atenienses permanecían tranquilos, dedicaban sus esfuerzos a la marina y no trataban de ampliar su imperio durante la guerra ni ponían en peligro la ciudad, serían los vencedores.

La estrategia de los espartanos también era simple: entrar cada primavera en los campos del Ática, arrasar sus cosechas y empujar a los atenienses a luchar en campo abierto para defender su territorio; en una batalla campal los hoplitas espartanos y sus aliados conseguirían sin problemas la victoria. Por otro lado, esperaban la desafección de los aliados de Atenas, es decir, de aquellos estados que seguían estando a la fuerza dentro de la Liga de Delos y que habían manifestado su deseo de salir de la alianza. Pero esta estrategia falló en ambos casos: los atenienses no salieron a batallar a campo abierto y los aliados de Atenas, salvo muy contadas excepciones, se mantuvieron a su lado, lo que demostró que el imperio ateniense no era un régimen tan opresivo como se quería pintar.

Primeros años de guerra

En la primavera del año 431, los espartanos, junto con sus aliados del Peloponeso, se pusieron en camino contra Atenas. Era un numeroso ejército (dos tercios de las tropas de cada ciudad) dirigido por el rey espartano Arquidamo. Éste aún buscaba la paz, de modo que envió un heraldo para negociar con los atenienses pensando que serían más razonables ahora que veían al ejército espartano en marcha. Pericles ni siquiera lo admitió en la ciudad. Arquidamo, en lugar de dirigirse hacia el corazón del país, fue al norte, donde se demoró sitiando la fortaleza de Énoe, junto a la frontera beocia. El rey recibió reproches por su demora y por su conducta remisa durante la invasión, echándole en cara su amistad con los atenienses, pues era del dominio público que la familia de Arquidamo y la de Pericles estaban relacionadas por vínculos de hospedaje. Era una tradición típicamente griega, por la que dos hombres de ciudades distintas se comprometían a servirse y a darse apoyo en sus viajes; recibían al huésped en su ciudad, lo representaban y velaban por sus intereses. Seguramente este vínculo venía de lejos; se estableció en aquellos tiempos en que Atenas y Esparta no eran enemigos, y nos indica que la Esparta anterior al período clásico había tenido contactos con otras clases dirigentes del mundo griego. Arquidamo volvió entonces al sur y arrasó primero la llanura de Tría en torno a Eleusis y a continuación atacó el centro del país, en la región de Acarnas. Como Pericles temía que el rey, por hacerle un favor, dejaría sin devastar sus campos, anunció que si no los arrasaba, los entregaría a la ciudad para que fuesen de propiedad pública.

Los atenienses, aunque veían con gran pesar devastadas sus tierras, no salieron a luchar, según el consejo de Pericles. Encerrados en sus murallas, se limitaron a responder con el envío de una flota al Peloponeso, que no causó grandes daños. Al final del verano, cuando los peloponesios se retiraron del Ática, salieron con sus hoplitas a saquear la Megáride, y expulsaron a los eginetas

definitivamente de su isla (Esparta los asentó en la llanura de Tirea entre Argos y Laconia). Al verano siguiente se procedió del mismo modo, pero al conocer los peloponesios que una terrible epidemia de peste se había declarado en Atenas, se retiraron del Ática; apenas habían transcurrido cuarenta días desde el comienzo de la invasión.

En el 429 los espartanos no invadieron el Ática, y concentraron sus esfuerzos en el asedio de Platea, la ciudad beocia aliada incondicional de Atenas. Los tebanos habían intentado en vano tomarla al principio de la guerra con un asalto nocturno sin previa declaración de guerra, pero solo después de un largo asedio la ciudad cayó en el 427; al año siguiente los tebanos la demolieron completamente; con las piedras de sus cimientos construyeron un albergue para el cercano templo de Hera. Escribe Tucídides:

En todos los aspectos relativos a Platea los lacedemonios se mostraron inflexibles a causa de los tebanos, porque pensaban que serían útiles en la guerra que acababa de empezar [295] .

No obstante, siempre les quedó un amargo recuerdo de su actuación con esta pequeña e indefensa ciudad, que fue entregada al odio de los tebanos; incluso achacaron su mala fortuna en el comienzo de la guerra a esta injusta acción.

Defección de Mitilene. Álcidas en el Egeo

En el 428, en la isla de Lesbos, todas las ciudades (salvo Metimna, que estaba muy inclinada a los atenienses) planearon abandonar la alianza con Atenas y realizar una especie de sinecismo político bajo la dirección de la mayor de ellas, Mitilene. Aunque se prepararon en secreto aprovisionándose y amurallando la ciudad, fueron traicionados. La flota ateniense se presentó ante Mitilene con 40 naves y bloqueó el puerto. Los rebeldes pactaron una tregua y despacharon embajadores a Atenas para negociar su futuro, pero al mismo tiempo enviaron otros a Lacedemonia para pedir ayuda contra Atenas. Dos misiones de Mitilene llegaron a Esparta en julio, pero no fueron bien acogidas por los espartanos, que no estaban dispuestos sin más a equipar una flota para complacer las ansias hegemónicas de Mitilene sobre Lesbos. Sin embargo, en la Asamblea de la Liga del Peloponeso, que se celebró en Olimpia al término de los juegos, una nueva embajada se mostró más persuasiva ante todos los aliados:

La ocasión es perfecta; los atenienses están hundidos por la epidemia y consumidos por los grandes gastos; una parte de su flota costea en este momento el Peloponeso y la otra parte está ocupada en el bloqueo de Mitilene [...] La guerra se decidirá no en el Ática, como se cree, sino allí donde se beneficia el Ática, en otras palabras, destruiréis más fácilmente a los atenienses si le quitáis a sus aliados [296] .

Los espartanos veían, por fin, algún avance en la marcha de la guerra y se reafirmaron en lo acertado de su estrategia.

En el verano siguiente, aprovechando la defección de Mitilene, organizaron un doble ataque: por tierra se efectuó la tradicional

incursión, y por mar se equipó una flota de 40 naves que estaba dirigida por el navarco Álcidas. Pero éste perdió el tiempo avanzando con excesiva precaución por el Egeo, temeroso de que los atenienses interceptasen su flota. Al llegar a Míconos se enteró de que Mitilene ya había caído en manos atenienses. Álcidas celebró consejo: el eleo Teutíaplo propuso dirigirse a Mitilene y caer por sorpresa sobre los atenienses, que no los esperaban y que además estarían descuidados después de tomar la ciudad. Concluyó su argumento con este lema: «No rehusemos el riesgo». Pero el navarco no era un hombre capaz de asumir riesgos y se negó. Los emigrados jonios propusieron entonces tomar alguna ciudad de Jonia o Eolia, como la famosa Cime, pero el navarco se negó de nuevo. Se aferraba a la idea de arribar lo antes posible al Peloponeso. Álcidas siguió la costa de Asia Menor hacia el sur, y en el camino ejecutó a todos los prisioneros que había hecho hasta ese momento en su periplo. Cuando se detuvo en Éfeso temporalmente, los oligarcas jonios afines a Esparta advirtieron al navarco de que aquellas ejecuciones no ayudarían a liberar a los griegos, pues había matado a hombres que no habían alzado la mano contra Esparta; si no dejaba de hacer cosas así, pocos enemigos pasarían a convertirse en amigos.

Álcidas demostró en toda su actuación poca comprensión política y nula capacidad para pasar a la acción. Con mayor audacia habría podido hacer grandes cosas en el Egeo, pues desde el tratado con el Gran Rey todas las ciudades costeras de Jonia estaban sin fortificar y eran, por tanto, una presa fácil para los asaltos repentinos por mar [297] .

El desastre de Pilos

Los espartanos y sus aliados siguieron invadiendo el Ática cada verano, sin hacer ningún progreso en la guerra. Arquidamo había muerto en el año 427, y a partir del 426 se puso al frente su hijo Agis, que ya había alcanzado la madurez suficiente.

En el 425 los atenienses, repuestos de la epidemia, tomaron la iniciativa. El estratego Demóstenes desembarcó en Pilos, en la costa oeste del Peloponeso. Enseguida vio las grandes posibilidades del lugar: era un buen puerto, con abundancia de madera y piedra para construir fortificaciones; podría servir de base para que los mesenios que apoyaban a Atenas pudieran causar mucho daño en todo el territorio, ya que lo conocían bien y hablaban el mismo dialecto que los espartanos.

Los espartanos acudieron rápidamente con sus periecos, hicieron volver de inmediato sus tropas del Ática y mandaron traer 60 naves del mar Jónico; tanta era la importancia que daban a aquel acontecimiento. Además, desembarcaron tropas en Esfacteria, una isla alargada, deshabitada y llena de maleza que cerraba casi por completo la bahía que hoy se conoce como Navarino. En la batalla naval que siguió, los atenienses vencieron y los espartanos que habían desembarcado en Esfacteria quedaron atrapados. La flota ateniense, dueña del mar, patrullaba sin descanso sometiendo a la isla a una estrecha vigilancia. El asunto era tan serio que las autoridades espartanas solicitaron una tregua a los estrategos atenienses, mientras enviaban una embajada a Atenas para llegar a un acuerdo. Ofrecieron la paz a cambio de los hombres de la isla, pero los atenienses no aceptaron; envanecidos de su suerte en este lance de la guerra, hicieron exigencias desproporcionadas: los soldados de la isla debían entregarse con sus armas y ser trasladados a Atenas; además, los lacedemonios debían devolverles Nisea, Trecén, Pegas y Acaya. Los embajadores lacedemonios no pudieron aceptar y se marcharon sin responder.

En Pilos se reemprendieron las hostilidades. Los espartanos trataron de romper el bloqueo; entre tanto pidieron voluntarios para llevar alimentos a los soldados atrapados en la isla, incluso prometieron la libertad a los ilotas que lograran pasar víveres. Con gran audacia los ilotas, zarpando desde cualquier punto del Peloponeso, arribaban de noche a la pequeña isla en la parte que mira a mar abierto, burlando la vigilancia de los atenienses. Usaban, al parecer, botes y embarcaciones de su propiedad. Además había buceadores que arrastraban con cuerdas unos odres llenos de adormidera y semillas de lino.

En Atenas, el demagogo Cleón convenció a la Asamblea para que enviara refuerzos a Pilos, prometiendo que en veinte días o traía vivos a los espartanos o los mataría allí mismo. La Asamblea, encandilada con sus bravatas, le otorgó de forma extraordinaria el mando de la nueva fuerza expedicionaria. Cuando Cleón llegó con las nuevas tropas, Demóstenes desembarcó poco antes del amanecer y cogió desprevenidos a los lacedemonios, que todavía dormían en sus yacijas. Con todas sus tropas disponibles (las tripulaciones de las naves al completo y arqueros y peltastas mesenios dirigidos por un tal Comón) [298] ocupó las alturas de la isla. Los lacedemonios no podían llegar al cuerpo a cuerpo con los hoplitas atenienses porque se lo impedían los dardos que se les lanzaban de todas partes. Al mismo tiempo los hoplitas atenienses mantenían la posición sin avanzar. Al principio los atacantes habían sentido respeto y temor por enfrentarse a los hoplitas espartanos, cuya fama era tan señalada, pero pronto cobraron confianza al ver su superioridad, y atacaron en masa. Los espartanos se retiraron confusos y cansados hasta una pequeña fortaleza en el extremo norte de la isla. Allí quedaron rodeados igual que en la batalla de las Termópilas. Pero los estrategos atenienses pusieron fin al combate: querían doblegar el orgullo de los espartanos y llevarlos vivos a Atenas. Mediante un heraldo se hizo saber a los sitiados que entregaran las armas y se rindieran sin condiciones. La mayoría arrojó los escudos y agitó sus brazos en alto en señal de que aceptaban la propuesta del heraldo. Luego dijeron que querían enviar un mensajero a sus camaradas del continente para consultarles lo que debían hacer. El mensaje que llegó de vuelta decía:

Los lacedemonios os conceden que vosotros mismos decidáis sobre vuestra suerte sin hacer nada deshonroso [299] .

Entonces los lacedemonios de la isla se entregaron con sus armas y de inmediato fueron trasladados a Atenas. El número total de prisioneros fue de 292, pero el grupo más valioso e importante para Atenas lo formaban los 120 espartiatas que pertenecían a las familias más influyentes de Esparta.

La sorpresa en toda Grecia por este hecho fue enorme. Con el recuerdo siempre vivo de la gesta de Leónidas en las Termópilas, todos pensaban que los espartanos no entregarían las armas ni por hambre ni por otra necesidad, sino que morirían como habían hecho en las Termópilas con las armas en la mano combatiendo cuanto pudieran. En Atenas alguien preguntó, con ánimo de molestar, a uno de los prisioneros si pensaba que los que habían muerto en la isla eran hombres de honor, y éste en su defensa respondió que las flechas no distinguían a los cobardes de los valientes, sino que piedras y flechas matan a cualquiera. Los atenienses colgaron las armas capturadas a los espartanos en la Estoa Pintada, donde el viajero Pausanias alcanzó a verlas en el siglo II d. C. Por fortuna, en las excavaciones del ágora salió a la luz uno de estos escudos, que había sido reutilizado como tapadera de una cisterna al sur del Hefesteo; llevaba grabada la siguiente inscripción: «Los atenienses, de los lacedemonios de Pilos».

La guerra detuvo su marcha mientras los espartanos enviaban numerosas embajadas a Atenas para tratar sobre el rescate de sus soldados apresados. Por su lado, los atenienses pusieron una guarnición en Pilos y establecieron allí a los mesenios de Naupacto con la idea de que desde esta base saqueasen Laconia y causasen el mayor daño posible. Los espartanos sufrieron, por tanto, doblemente: por los soldados cautivos en Atenas y por el pillaje en su territorio, algo que nunca antes habían sufrido y que podía causar la deserción de numerosos ilotas.

Tras ese éxito de Pilos los atenienses pusieron en práctica una nueva estrategia de guerra: hacerse con el control de alguna plaza fuerte en la costa del Peloponeso para hostigar y desmoralizar a los

espartanos. En mayo del 424 zarpó de Atenas una flota con 60 naves y 2.000 hoplitas bajo la dirección de Nicias, Nicóstrato y Autocles. Primero se dirigió contra la isla de Citera, habitada en su totalidad por periecos. Tomaron la ciudad costera de Escandea y se encaminaron al interior a la conquista de la ciudad principal de la isla, llamada tambien Citera. Sus habitantes se habían refugiado dentro de sus muros, pero Nicias les propuso un acuerdo generoso que les permitía seguir con sus vidas en su ciudad y aceptaron la rendición. Tucídides apunta que previamente a la expedición Nicias había entrado en tratos con algunos citarenses, lo que demuestra cierto desapego entre los periecos de Citera. Los atenienses se apropiaron luego de la ciudad costera de Escandea y dejaron una guarnición en la propia Citera; luego asolaron la costa sur del Peloponeso, la región de Helos, durante siete días. Preocupados por estos asaltos, los espartanos enviaron al país hoplitas de guardia, y crearon por primera vez un cuerpo de caballería formado por 400 jinetes y algunos arqueros. A continuación la flota ateniense costeó el Peloponeso hasta Epidauro Limera y Tirea. Tomaron la ciudad de Tirea, la saquearon, mataron a todos los eginetas que capturaron «a causa de su antigua y eterna enemistad» [300] y se llevaron preso a Atenas al jefe de los lacedemonios, Tántalo, que se unió en Atenas a los soldados capturados en Esfacteria.

Ese mismo año los atenienses intentaron tomar la ciudad de Mégara. Esta polis había sufrido intensamente desde el principio mismo de la guerra; los atenienses la hostigaban cada año cuando los lacedemonios se retiraban de su invasión del Ática; en el 427 habían ocupado la isla de Minoa, enfrente del puerto de Nisea, lo que impedía a los megarenses hacerse a la mar en el golfo Sarónico. Además, la ciudad estaba agitada por las luchas entre oligarcas y demócratas, luchas internas que habían desangrado otras ciudades como Corcira, pues la guerra había exacerbado hasta lo increíble el afán de exterminar a los oponentes políticos. Los atenienses comprendían que el control de Mégara era vital si querían impedir las invasiones por tierra desde el Peloponeso. Planearon entonces un ataque por sorpresa, que contaba con la ayuda de los líderes democráticos de la propia Mégara. Los atenienses tomaron fácilmente el puerto de Nisea y los Muros Largos, pero la capital les cerró las puertas. La aparición del general espartano Brásidas, que casualmente estaba en la zona reclutando tropas, terminó por

desbaratar todos los planes. Esta vez los atenienses no tuvieron suerte, y en adelante, en todo lo que quedó de guerra, los megarenses fueron fieles aliados de Esparta.

Brásidas

El sistema de entrenamiento, la agogé, creaba terribles y obedientes soldados, pero no era el más adecuado para producir líderes audaces y decididos. No obstante, la guerra contra los atenienses reveló a un militar excepcional, Brásidas. Gracias a Tucídides, que dejó patente su admiración por él en su obra histórica, podemos conocer su hoja de servicios, siempre brillante.

Brásidas aparece por primera vez realizando una hazaña al responder al ataque de la flota atenienses en Metone, en la punta sur de Mesenia, en el año 431; un hecho de armas por el que fue felicitado de forma oficial, y que seguramente fue determinante para que al año siguiente fuese elegido éforo epónimo. En el año 429 fue enviado como consejero del navarco Cnemo; ese año planeó un golpe de mano contra el Pireo, que estaba desprotegido; era un golpe audaz que se ejecutó con diligencia: los marineros que combatían en el golfo de Corinto cogieron su remo, su cojín y su correa, y pasaron por tierra de un mar a otro a través del territorio de Corinto hasta llegar a Nisea, donde embarcaron para realizar su ataque. En el último momento cambió de planes y desembarcó en Salamina, devastando la isla hasta que los atenienses enviaron refuerzos. En el 427 acompañó en calidad de consejero al incompetente navarco Álcidas. En los tristes hechos de Pilos del 425 también estuvo presente, y Tucídides dice que destacó por encima de todos; obligó a su piloto a encallar en la costa, y en la lucha recibió numerosas heridas hasta caer sin sentido; perdió su escudo, que los atenienses recogieron y llevaron a Atenas. Por último, antes de partir hacia la Calcídica en el 424, evitó que la ciudad de Mégara cayera en poder de los atenienses; allí acudió a toda prisa con los hoplitas corintios y pidió ayuda con un mensajero a los beocios para que le auxiliaran; los atenienses se retiraron al verse ante fuerzas superiores, y la ciudad de Mégara le abrió las puertas.

Brásidas no era solo un gran hombre de armas sino que estaba

dotado de inteligencia. Decidió cambiar la inoperante estrategia que había adoptado Esparta desde el principio de la guerra. Pensaba que el mejor modo de alejar a los atenienses del Peloponeso (la derrota de Pilos había llenado de temor a los espartanos) era atacarles en su imperio, concretamente en el norte del Egeo, en la Calcídica, donde había muchos aliados atenienses descontentos. Aquella zona era rica en oro, plata y materias primas, como madera y pez, que se precisaban para la construcción de naves. Esparta no enviaba expediciones a lugares lejanos por su miedo constante a las rebeliones de ilotas, pero Brásidas también encontró una solución perfecta: su ejército estaba formado por 700 ilotas armados como hoplitas y un millar de mercenarios del Peloponeso.

Los ilotas habían acompañado siempre a la guerra a sus amos, ocupándose de la intendencia y del bagaje, así como de las tareas más penosas; además combatían como tropas armadas a la ligera. La novedad era su inclusión como hoplitas. Ignoramos en qué condiciones eran elegidos y entrenados como hoplitas (y recordemos que era un tipo de lucha que necesitaba una buena preparación para ejecutar movimientos combinados).

Tampoco sabemos cómo se procuraban las armas, aunque en general varios autores modernos, como Cartledge y Finley, consideran que el Estado les armaba y equipaba con la panoplia del hoplita. Pero también es posible que estuviera costeada por los propios ilotas, que usarían sus bienes para pagar el equipo como una forma de rescate al Estado por su futura libertad. La ventaja de este sistema era que los espartanos podían actuar en escenarios de guerra lejos de Esparta y sin poner en peligro a sus espartiatas, que eran escasos. Al mismo tiempo, se sacaba de Esparta un buen número de ilotas; su número y su juventud eran una fuente de temor constante desde el terremoto. Tras los acontecimientos de Pilos aumentó la preocupación por una rebelión de sus ilotas y se procedió a intensificar los mecanismos de control. Cuenta Tucídides que en el 424 proclamaron que harían una selección de cuantos ilotas consideraran que habían prestado los mejores servicios en defensa de Esparta, porque tenían la intención de concederles la libertad. Pensaban, por supuesto, que los primeros que tuvieran ese pensamiento serían los más dispuestos a rebelarse contra ellos, porque se consideraban los mejores. Seleccionaron a unos 2.000,

que fueron coronados y recorrieron los santuarios, como era la costumbre cuando se quería liberar a los esclavos. Pero no mucho después, a pesar de su número, los hicieron desaparecer, y nadie supo de qué forma fue eliminado cada uno [301] . Dado el secretismo que imperaba en Esparta para todas las cosas, si este acto se hizo público fue para demostrar a los enemigos de Esparta que su dominio sobre los ilotas estaba fuera de dudas. De todas formas, estas matanzas de ilotas serían un caso aislado porque dañaban la economía del Estado y quebraban definitivamente la relación entre amo y esclavo.

Brásidas hizo a pie el largo camino hacia el norte, atravesando en ocasiones territorios hostiles; pero llegó con éxito a la Calcídica, que era su objetivo. Con buenas palabras y sin emplear la fuerza, se ganó para su causa las ciudades de Acanto y Estagira; prometió respetar la autonomía de las ciudades, sin tomar partido por las facciones, y protegerlas de los atenienses. Luego se presentó ante los muros de Anfípolis y ofreció a sus habitantes rendirse en buenos términos; los de Anfípolis aceptaron, ya que no llegaba la ayuda ateniense. La caída de Anfípolis causó honda impresión en toda la Calcídica, y acto seguido muchas ciudades de la península de Acte abandonaron a los atenienses. Brásidas comunicó sus éxitos a Esparta y solicitó de inmediato refuerzos para asegurar sus conquistas, pero tropezó con reticencias: muchos sentían envidia por sus triunfos, y todos temían por la situación de los prisioneros de Esfacteria, que seguían cautivos en Atenas.

Los atenienses deseaban ahora la paz, y jugaban la baza de sus prisioneros para intentar volver al statu quo anterior. Primero, en el verano del 423 se firmó un armisticio con condiciones precisas: una de ellas exigía a los atenienses que no siguieran acogiendo en Pilos a los ilotas fugitivos. Pero el principal escollo para las negociaciones fue Brásidas, un hombre de guerra que tras sus recientes éxitos no veía sentido a la paz. A pesar del armisticio, siguió fomentando la rebelión de las ciudades aliadas de Atenas. Los atenienses se enfurecieron al ver este incumplimiento. Cleón, el héroe de Esfacteria, acudió en persona con nuevas tropas y se enfrentó a los espartanos en las afueras de Anfípolis,. En aquella lucha murieron los dos líderes: Cleón y Brásidas, los más firmes partidarios de la guerra en ambos bandos, «la maza y el mortero de la guerra», como

los llamaba Aristófanes; el camino de la paz quedó definitivamente libre.

Brásidas recibió el tratamiento de héroe y, acompañado por un cortejo fúnebre formado por todos los aliados con sus armas, se le enterró en el ágora de Anfípolis, a expensas de la propia ciudad. Eran honores propios del fundador de la colonia, y como era costumbre hacer con los fundadores, se instituyeron juegos en su honor, en los que se hacían sacrificios y se celebraban competiciones de forma anual.

Tucídides reconoció sus grandes méritos como militar enérgico y audaz; se comportaba con justicia y con moderación en todos los sentidos, y sus dotes políticas le habían ganado las simpatías de todos, ya que se había presentado como libertador de los griegos. Incluso no carecía de elocuencia para ser espartano. Era un gran contraste con Álcidas, quien en su periplo por Jonia había demostrado la falta de iniciativa de los espartanos, una crueldad y un escaso conocimiento de la política. Tucídides termina el elogio de Brásidas diciendo:

Los méritos e inteligencia de Brásidas ganaron la simpatía de muchos por los lacedemonios [...] pues fue el primero en salir de su país y dar la impresión de ser bueno en todos los aspectos; por lo que muchos llegaron a la convicción de que los demás espartanos también eran así [302] .

La paz de Nicias

Los dos bandos deseaban la paz. Los espartanos querían traer a casa a los soldados cautivos en Atenas, pues había entre ellos ciudadanos distinguidos y que estaban emparentados con gentes de gran posición. Además, expiraba por entonces la tregua de Treinta Años que habían pactado con los argivos; les parecía imposible mantener una guerra contra Atenas y Argos a la vez. No fue ninguna casualidad que por entonces se hiciera volver de su exilio al rey Plistoanacte.

Tras ser acusado de aceptar sobornos de Pericles en el 446, se había instalado en una casa que se levantaba dentro del santuario de Zeus en el monte Liceo (todavía conserva este nombre), en el sur de Arcadia, muy cerca de la frontera con Lacedemonia. No había estado inactivo: junto a su hermano Aristocles había influido en la Pitia de Delfos para que cada vez que recibiera a un espartano le comunicara que «debían trasladar de tierra extraña a la propia la semilla del semidiós hijo de Zeus y que si no lo hicieran, ararían con un arado de plata» [303] . Recordemos la gran influencia que tenían los reyes de Esparta en el santuario de Delfos y lo importante que eran los oráculos para los piadosos espartanos. Por fin, diecinueve años después, Plistoanacte logró regresar, y además rodeado de gran pompa, con los mismos coros y sacrificios con los que fueron entronizados los reyes cuando se fundó la ciudad. Pero lo más importante era que el rey se mostraba partidario de la paz, y se pudo sin problemas entrar en negociaciones con los atenienses. Así se firmó la paz de Nicias en marzo del 421.

La idea del tratado era que cada parte devolviera lo que había conquistado en la guerra, aunque Atenas conservaría Nisea, y la ciudad de Platea, destruida, quedaría en poder de Tebas. Por supuesto, una cláusula establecía la devolución de todos los prisioneros espartanos que se custodiaban en Atenas. Pero cuando los lacedemonios reunieron a sus aliados para votar el tratado de

paz, Beocia, Corinto, Mégara y Élide se negaron en redondo. En vista de la oposición de sus aliados a todos sus planes, los espartanos decidieron formar una alianza con los atenienses para protección mutua en caso de ser invadidos por un tercero; se incluía la cláusula habitual tan importante para los espartanos:

En el caso de que los esclavos se subleven, los atenienses ayudaran a los espartanos con todas sus fuerzas en la medida de sus posibilidades [304] .

El partido en Atenas favorable a la paz estaba dirigido por el aristócrata Nicias, que había dado nombre al tratado. Nicias soñaba con la vuelta a aquella época en que Atenas y Esparta habían mantenido cordiales relaciones y que había sido un período de prosperidad para todos los atenienses; pero esos tiempos no podían volver porque tras diez años de guerra se habían acumulado demasiados rencores.

Ese verano volvieron a Esparta los ilotas que habían marchado con Brásidas a Tracia. Los espartanos decretaron su libertad y que pudieran vivir donde quisieran, pero era evidente que no podían volver a Lacedemonia por el peligro que pudiesen causar, de modo que poco después los instalaron con los neodamodes en Lépreo, entre Laconia y Élide. Era una frontera conflictiva donde podían usarlos como tropas de control territorial.

Los habitantes de Lépreo y los de Élide habían tenido serias disputas por el territorio; el origen de su enemistad había sido tan banal como siempre: Lépreo tributaba a Élide un talento, que se dedicaba a Zeus Olímpico en razón de una antigua ayuda militar prestada por los eleos; pero aprovechando la guerra entre Atenas y Esparta, habían dejado de pagar el tributo. Con la instalación de los ilotas de Brásidas, los espartanos tomaron partido por los de Lépreo y enojaron profundamente a los eleos.

En cuanto a los neodamodes no sabemos mucho de ellos, pues esta es la primera vez que aparecen en nuestras fuentes. Al parecer eran

ilotas que habían sido liberados por el Estado en virtud de algún servicio especial, sobre todo de carácter militar. Esto indica que el escaso número existente de ciudadanos había creado un problema para llenar las filas del ejército y que se recurrió más que en otras ciudades griegas al reclutamiento de esclavos. El nombre de este grupo social añade más confusión, puesto que neodamodes se traduce como 'nuevos miembros del dâmos', donde la palabra doria dâmos se corresponde con dêmos, 'pueblo', del jónico-ático. Lo más probable es que no gozasen de la ciudadanía plena [305] .

Tambien volvieron los soldados cautivos de Atenas; aunque en un primer momento los inhabilitaron para ejercer cargos públicos y los quitaron la capacidad plena para vender y comprar, con el paso del tiempo recuperaron la plenitud de sus derechos. De nuevo consideraron el peligro que suponía un grupo numeroso de gente con sus derechos políticos disminuidos, lo que creaba un descontento que podía alterar la paz interna del Estado. En todo caso la férrea disciplina para corregir y humillar a «los temblones» se había relajado debido al paso del tiempo o a la escasez de ciudadanos de pleno derecho.

A pesar de los tratados de paz, los atenienses no recuperaron las plazas de la Calcídica, como Anfípolis; por eso se negaron a su vez a devolver Pilos, aunque retiraron a los mesenios e ilotas fugitivos y los instalaron en Cranio, en Cefalonia. Se había demostrado que no era tan fácil promover una rebelión de los ilotas en Mesenia; tampoco las incursiones de saqueo en el sur de Laconia, desde las bases de la isla de Citera, habían provocado ninguna agitación entre los ilotas de la zona. Los espartanos, muy hábilmente, los mantenían en la oscuridad, divididos y aislados; de hecho, las dos únicas revueltas del periodo clásico se produjeron cuando los ilotas por sus propios ojos se dieron cuenta de las desgracias que se abatían sobre los espartanos: el terremoto del año 465 y la invasión de los tebanos de Epaminondas en el 370.

■

292 . Tucídides, 1.86.

293 . Tucídides, 1.88.

294 . Tucídides, 1.118.

295 . Tucídides, 3.68.4.

296 . Tucídides, 3.13.

297 . Ese tratado con Persia se conoce como la Paz de Calias. Se firmó en el 449/8, poco después de la muerte de Cimón en Chipre. Algunos historiadores modernos han expresado sus dudas sobre esta paz, pero lo cierto es que tras esa fecha cesaron todas las hostilidades entre persas y atenienses.

298 . Pausanias, 4.26.2.

299 . Tucídides, 4.38.

300 . Tucídides, 4.57.5.

301 . Tucídides, 4.80 y Diodoro, 12.67. Este último especifica, sin embargo, que los mataron a cada uno en su casa.

302 . Tucídides, 4.81.

303 . Tucídides, 5.16.

304 . Tucídides, 5.23.

305 . Las fuentes antiguas mencionan por última vez a los neodamodes en el 370, poco después de la batalla de Leuctra. Jenofonte, Helénicas, 6.5.24.

10. La Guerra del Peloponeso (II)

Nuevas alianzas

El nuevo pacto entre Atenas y Esparta produjo confusión en el mapa político de Grecia. A esto se añadió un nuevo jugador: Argos. En virtud de su tratado de paz con los espartanos, hasta ese momento se había mantenido al margen de la guerra; no obstante, los argivos habían aprovechado esos años para prepararse: entrenaron a 1.000 jóvenes a cargo del erario público, eligiéndose a los mejores físicamente y que destacaban también por su riqueza; era una novedad con la que se pretendía competir con los soldados profesionales de Esparta. Era en cuerpo de élite que podía ser capaz de marcar la diferencia en una batalla entre falanges. Ahora que el tratado de paz expiraba, los argivos estaban dispuestos a cumplir sus ambiciones, sobre todo la recuperación de la comarca de Cinuria, que tiempo atrás los espartanos les habían arrebatado.

Los corintios, descontentos con la paz, se acercaron a Argos. Jugaban con el miedo de Esparta: el miedo al aislamiento que les dejaría solos para reprimir a sus ilotas y el miedo a Argos, su tradicional enemiga en el Peloponeso. A esta alianza se unieron luego otros dos estados del Peloponeso que se habían enemistado con los espartanos: los mantineos, que los temían porque habían invadido el territorio de sus vecinos aprovechándose de que Esparta estaba ocupada con la guerra de Atenas, y los eleos, que estaban enfadados por el asunto de Lépreo. Los corintios continuaban con sus maniobras diplomáticas con el deseo de asustar a los espartanos. Para completar el aislamiento de Esparta intentaron que los beocios se integraran en la gran alianza con Argos, aunque esto no fue posible.

A principios del otoño del 421, nuevos éforos tomaron el cargo; dos de ellos, llamados Jénares y Cleobulo, se mostraban ansiosos por romper el tratado de paz y retomar la guerra contra Atenas. Entonces Esparta se acercó a Tebas y firmó con los tebanos un pacto secreto (pues contravenía el pacto anterior que los espartanos

habían firmado con los atenienses). Los tebanos odiaban profundamente a los atenienses; sin ir mas lejos, como por el texto del tratado debían devolverles el fuerte fronterizo de Panacto, se apresuraron a demolerlo y lo entregaron en completa ruina. Los atenienses se escandalizaron y lo tomaron como una burla a los tratados; pero eso no fue nada cuando por fin descubrieron el pacto secreto entre beocios y espartanos. El partido de la paz que dirigía el famoso Nicias se vio debilitado por estos sucesos, y un nuevo líder, Alcibíades, tomó la bandera de la facción más agresiva que quería emprender de nuevo la guerra.

Para empezar, Alcibíades se acercó a los argivos, que también estaban confundidos por las maquinaciones de beocios y corintios, y que en esos momentos estaban intentando un acercamiento a Esparta por miedo a quedar aislados en la esfera internacional. Alcibíades, con su avasalladora personalidad, animó en privado a los líderes de Argos a que sellaran una alianza con Atenas. Argos aceptó finalmente, pues los atenienses eran amigos desde antiguo, estaban gobernados por un régimen democrático y tenían un gran poder naval que podía ayudarles en caso de guerra. Se creó de este modo una liga de cuatro ciudades, Mantinea, Élide, Argos y Atenas, que se conoce hoy como Cuádruple Alianza; firmaron un pacto de no agresión y de defensa mutua por tierra y por mar en el 420. Los términos del tratado los recoge de forma extensa Tucídides y fueron confirmados por un fragmento de una inscripción hallada en Atenas [306] . Fue en esos momentos cuando los corintios volvieron al lado de Esparta: sus astutas maquinaciones para que Esparta volviera a la guerra contra Atenas habían dado resultado.

Los espartanos expulsados de Olimpia

Los eleos dominaban el santuario de Olimpia. Como estaban enemistados con los espartanos, cuando se celebraron los Juegos Olímpicos del 420 no les permitieron el acceso al santuario para sacrificar ni para participar en las competiciones; les acusaban de haber tomado las armas contra ellos y de conquistar el fuerte Lépreo en tiempos de la tregua olímpica (ekecheiría). Cuando se hallaba cerca la fecha de los juegos, esta tregua era proclamada y publicada por los espondofóros o mensajeros de la paz, que en número de tres partían de Olimpia para anunciar a todos los pueblos griegos que el período de paz durante el cual se celebraban las competiciones había comenzado. Desde ese momento todas las operaciones militares quedaban suspendidas. Los peregrinos y atletas que acudían a Olimpia gozaban de inmunidad personal durante su estancia en el santuario, así como en el viaje de ida y vuelta. En el estado de guerra permanente en que vivía el mundo griego se hizo necesario este instrumento para que el festival tuviese el esplendor que le correspondía.

En previsión de un posible ataque espartano, los eleos montaron un servicio de vigilancia junto con argivos y mantineos (sus nuevos aliados), a los que se sumó una unidad de la caballería ateniense. Aunque los espartanos no atacaron, de todas formas se produjo un sonoro incidente con motivo de la carrera de carros. Un espartano llamado Licas cedió su tronco de caballos a los tebanos. Licas debía de pertenecer a la clase más adinerada de Esparta; había desempeñado difíciles embajadas, era próxeno de los argivos y anfitrión de muchos extranjeros cuando visitaban su patria con motivo de las Gimnopedias; su padre había sido campeón olímpico en dos ocasiones y él mismo había participado anteriormente. En esta ocasión, cuando vencieron sus caballos y se proclamó en la pista, como era la costumbre, el nombre del vencedor y el de su patria, en este caso Tebas, Licas saltó a la pista y ciñó con la corona a su auriga queriendo indicar que aquella victoria era suya, puesto

que era su carro. Los jueces se enfadaron, y sin tener miramientos por su edad avanzada, lo golpearon con sus varas y lo expulsaron del santuario. Aun así los espartanos no intentaron atacar Olimpia.

Sabemos que los espartanos se dolieron profundamente de esta exclusión. En los últimos años las clases más pudientes de Esparta habían participado en las carreras de carros. Esta vanidad y exhibicionismo de los espartanos contradice su austeridad pregonada; en todas partes criar y mantener una cuadra de caballos para la competición era un signo de gran riqueza, y en Esparta pasaría de igual manera. Según Platón, sus caballos pastaban en las amplias llanuras de Mesenia en un número y calidad que sobrepasaba a los de los demás griegos [307] . Las listas de vencedores reflejan numerosos triunfos: del 448 al 420, ciudadanos espartanos habían ganado la prueba de carrera con cuatro caballos (téthrippon) en todas las olimpiadas menos en una. Es posible que las cuadras de Esparta mejoraran su raza cuando Pausanias trajo como botín de guerra tras Platea numerosos caballos persas. (Las fuentes antiguas afirman que tras la invasión de los medos, los espartanos se dedicaron con más entusiasmo que todos los griegos a la cría de caballos). Estas numerosas victorias indican también, según algunos autores como Hodkinson, que debió de existir una concentración creciente de la propiedad, creándose un grupo de familias que, junto a la realeza, gozaría de una prosperidad de enormes proporciones.

No sabemos cuánto tiempo fueron excluidos los espartanos de los juegos, quizás hasta el año 400; lo que sabemos seguro es que los espartanos soportaron bastante mal este desaire de los eleos y que estaban ansiosos por tomarse venganza.

Hostilidades en el Peloponeso

Alcibíades había diseñado una nueva estrategia: intervenir militarmente en el Peloponeso y con ayuda de los nuevos aliados plantar cara a los hoplitas espartanos en batallas por tierra, abandonando la vieja estrategia de Pericles. En principio no era una mala idea, ya que dejaba al Ática a salvo de las invasiones periódicas y no era costosa ni en vidas ni en dinero. Argivos y atenienses empezaron atacando a Epidauro en diversas ocasiones; devastaron sus campos, pero no pudieron tomar la ciudad debido al apoyo de los espartanos, que enviaron por mar 300 hombres. Los atenienses abrieron entonces otro frente reinstalando en Pilos, que seguía en su poder, a los ilotas y mesenios para que se dedicasen al pillaje en los campos de Mesenia.

A mediados del 418 los lacedemonios organizaron una expedición de castigo contra Argos, por fin. Dos cuerpos de ejército se reunirían delante de la ciudad: desde el norte avanzaron beocios, megarenses, sicionios, corintios y los de Fliunte; desde el sur, los lacedemonios con los ilotas en masa y los aliados arcadios, sobre todo los de Tegea. Según Tucídides, «fue el ejercito más completo que hasta ese momento se había visto» [308] . Los ilotas que acompañaban a los espartanos eran una verdadera tropa de combate. Sin embargo, cuando estaban los dos contendientes dispuestos a la batalla, dos argivos que eran pró xenos de los lacedemonios se presentaron ante Agis y le propusieron no dar la batalla. Este, sorprendentemente, aceptó y les dio una tregua de cuatro meses. Agis llegó a este acuerdo sin hablar con ninguno de sus aliados ni someterlo a discusión, lo que causó un gran malestar, pues todos pensaban que se había desperdiciado una gran ocasión para acabar con los argivos, dada la magnitud del ejército reunido y las buenas condiciones para la batalla. En Esparta, nada más saberlo se decretó que se destruyera la casa del rey hasta los cimientos y que pagara una multa de 100.000 dracmas, una suma exorbitante.

Cuando regresó Agis, defendió su actuación y prometió reivindicarse en la próxima batalla, por lo que los éforos anularon los castigos, aunque a partir de entonces establecieron como norma que acompañaran al rey 10 espartanos como asesores (sýmbouloi), pero con autoridad para opinar sobre la estrategia. Los historiadores modernos han sido más benévolos con la actuación de Agis: en su opinión, el rey jugó una carta política más que militar; la idea era que los partidarios de Esparta en Argos, que pertenecían a los más pudientes y defendían una constitución oligárquica, tuviesen ocasión de tomar las riendas de la ciudad y abandonar la amistad con Atenas.

Alcibíades entró por entonces en el Peloponeso con tropas de refuerzo (1.000 hoplitas y 300 jinetes) y se unió a sus aliados eleos y mantineos; se dirigieron a la ciudad arcadia de Orcómeno, que, llena de temor, les abrió las puertas. Luego se dirigieron contra Tegea, en la frontera de Arcadia con el Peloponeso. Los espartanos salieron con todas sus fuerzas para defender la ciudad aliada. Era una buena oportunidad para que el rey rey Agis se redimiera. Tucídides tiene que reconocer que no se pudo saber el número de efectivos de los espartanos debido al «secreto que rodea todas sus actividades políticas» [309] . Se ha calculado de todas formas que el conjunto de las tropas que comandaba Agis sería de unos 10.000 hoplitas, que se debían enfrentar a unas fuerzas ligeramente superiores de atenienses, argivos y mantineos.

La batalla de Mantinea del año 418

Aunque Tucídides en su descripción de la batalla habla todavía de lóchoi, parece que por entonces se había abandonado esta formación tradicional y se habían creado las moras, unidades en las que luchaban integrados espartanos y periecos. De todas formas, debemos advertir que no hay evidencia segura de la existencia de la mora hasta el 403 [310] ; en este sistema, el ejército lacedemonio se estructuraba en seis moras, cada una de 576 hombres; cada mora estaba dirigida por un polemarco y se dividía en cuatro lóchoi, ocho pentekostýes y 16 enomotí as, que era la unidad más pequeña y contaba con 36 hombres. Además, acompañaba a cada mora una unidad de caballería de 100 jinetes.

Los lacedemonios entonaron cantos de guerra para animarse a la lucha y avanzaron lentamente al son de los flautistas, los cuales marcaban el paso y permitían que todos avanzasen por igual y no se rompiese la formación. Pero en el último momento Agis cambió los planes; observó que su ala izquierda iba a quedar rebasada por los mantineos, que eran más numerosos allí, y dio orden de que los soldados de ese mismo ala (los esciritas y los veteranos de Brásidas) se desplazasen más a la izquierda; el espacio vacío que iban a dejar en el centro debía ser ocupado por las tropas espartanas de Hiponoidas y Aristocles, que tendrían que desplazarse desde el ala derecha. Nunca hasta ese momento se había cambiado el orden de las tropas cuando la batalla estaba comenzando. Algo tan inusual debió de causar el asombro de Hiponoidas y Aristocles, que permanecieron en su primera posición desobedeciendo las órdenes del rey. Quedó así una fractura en el frente que pudo ser terrible para los espartanos. Pero si los espartanos fueron claramente inferiores en estrategia, en aquella ocasión demostraron que eran superiores con mucho en valor. En el centro, Agis, al frente de su guardia personal, puso en fuga a los argivos y a continuación acudió a toda prisa al ala izquierda que estaba en serias dificultades. Los atenienses y la tropa de élite de los argivos,

conocidos como «los Mil de Argos», se dieron a la fuga entonces sin mayores problemas, ya que como observa Tucídides, los espartanos, una vez dueños del campo de batalla, no se lanzaron en largas persecuciones del enemigo derrotado [311] . Tucídides se limita a dejar constancias del hecho, pero Plutarco le dio una explicación moralizante, como era de su gusto, al afirmar que lo hacían por motivos humanitarios y prácticos:

Una vez que han hecho volverse al contratrio y han vencido, lo perseguían sólo lo preciso para asegurar la victoria con la fuga de los enemigos; luego, rápidamente retroceden, al considerar ni noble ni propio de un griego herir y matar a los que han sido rechazados y han abandonado. Y esto no solo es hermoso y magnánimo sino también provechoso [312] .

Esto sirvió además para engrandecer la figura de los espartanos. Pero la explicación es más sencilla: perseguir al enemigo implicaba romper la formación de hoplitas; representaba también exponerse a sufrir más bajas (aunque fuesen menores que las del enemigo) y quedar expuestos a ataques inesperados de la caballería rival; bastaba con quedar dueño del campo de batalla, señal de la victoria en todos los casos. En la versión de Diodoro, Agis, en su deseo de reivindicarse y conseguir una gran victoria, estaba dispuesto a acabar con el escuadrón argivo, pero las palabras de un tal Fárax, uno de los consejeros que se le había asignado, le disuadieron del exterminio: era mejor no luchar contra hombres desesperados que solo tenían ante sí la seguridad de la muerte [313] .

Pero también hay una lectura política que encaja mejor con la actuación de Esparta después de la batalla: se trataba de seguir nuevos cauces diplomáticos que pudieran, sin grandes costos humanos, restaurar la alianza de Esparta con casi todo el Peloponeso. El cuerpo de élite de los argivos estaría formado, sobre todo, por ciudadanos de las clases pudientes, que serían más favorables a la imposición de un régimen oligárquico en la ciudad pactado con los espartanos; su exterminio hubiese dejado a los demócratas en posesión absoluta de la ciudad.

Esta fue la batalla más importante que había tenido lugar en mucho tiempo y en la que intervino mayor número de tropas y de ciudades. Hay que remontarse a la batalla de Tanagra que tuvo lugar 39 años antes, cuando se enfrentaron 14.000 atenienses y aliados contra 11.500 peloponesios, para encontrar un combate de parecidas dimensiones. Fue, por tanto, una sonora campanada que proclamó el valor y la fuerza de los espartanos de nuevo por toda Grecia.

Por cierto que Hiponoidas y Aristocles, al regresar a Esparta, fueron acusados de cobardía y condenados al destierro. Pero es seguro que los espartanos no deseaban llamar a su actuación con su verdadero nombre: insubordinación, pues los dos oficiales se mantuvieron en su posición y combatieron con valor. Seguro que despreciaban a Agis por su escasa capacidad en asuntos de guerra, y lo consideraban un incompetente, pues su trayectoria no había sido nada gloriosa: había invadido el Ática en dos ocasiones en aquella primera fase de la guerra cuando los peloponesios devastaban anualmente los campos de Atenas; en la primera, un terremoto le hizo volver enseguida, y durante la segunda, cuando solo llevaba dos semanas, se le llamó a Esparta ante el desastre de Pilos; delante de los muros de Argos había rechazado el combate en una inmejorable posición, defraudando a todos los aliados; fue por eso por lo que los espartanos le habían hecho acompañar de consejeros.

La victoria de Mantinea devolvió a Esparta el dominio del Peloponeso; primero Argos pactó con ella, luego los mantineos; en una breve expedición contra Sición aseguraron el régimen oligárquico favorable a sus intereses y luego hicieron lo mismo con la vecina región de Acaya. Se puede decir que el Peloponeso entero estaba en manos de Esparta, con ciudades aliadas y unos regímenes oligárquicos que garantizaban su hostilidad hacia la democrática Atenas; y es que en esta guerra junto a la simple lucha por el dominio y la hegemonía se había sumado un factor político: los lacedemonios apoyaban a las facciones oligárquicas, y los atenienses hacían lo propio con las clases populares, que apostaban por un régimen democrático.

Pero había algo más importante aún, Esparta había recuperado su fama y honor:

Se acallaron con esta gesta las acusaciones formuladas por los griegos de cobardía por la catástrofe de la isla (Esfacteria) y de lentitud y de irresolución, pensando que antes habían sido maltratados por la fortuna, pero que en lo tocante a su valor seguían siendo todavía los mismos [314] .

En Argos, la inestabilidad continuó con mudanzas de régimen que solo sirvieron para ensangrentar la ciudad y que la abocaron a una inactividad en las siguientes fases de la guerra. Se inclinaron de nuevo hacia Atenas e intentaron construir unos nuevos Muros Largos con ayuda de los atenienses; en ellos trabajaron todos los hombres, mujeres y niños. En el invierno del 417/6, los lacedemonios los destruyeron en una expedición; en esa ocasión atacaron la localidad de Hisias y mataron a todos los hombres libres que capturaron en un hecho de crueldad sin precedentes entre los espartanos, lo que demostraba que la guerra iba exacerbando los espíritus de todos. Tan solo un año antes los atenienses habían tomado la isla de Melos (cuya población doria simpatizaba con Esparta), matando a todos los varones adultos y vendiendo como esclavos a mujeres y niños.

La campaña ateniense en Sicilia

En el verano del 415 la ambición de Alcibíades abrió un nuevo escenario de guerra: Sicilia. Se organizó una gran flota, «la más costosa y gloriosa de cuantas zarparon por aquellos tiempos», asegura Tucídides [315] . Tres estrategos iban al mando: Alcibíades, el alma y espíritu de aquella aventura, Nicias y Lámaco. La noche antes de zarpar tuvo lugar un acto sacrílego: los Hermes, estatuas dedicadas al dios que se levantaban en los cruces de la ciudad, fueron mutilados por una banda de alocados jóvenes [316] . Era un crimen que afectaba a los dioses, y fue objeto por ello de especial investigación. Los datos apuntaban a que era obra de círculos de jóvenes aristócratas entre los que se incluía el propio Alcibíades.

Como todo estaba ya preparado, se le dejó partir con la expedición, pero poco después se envió en su busca a la Salaminia, una de las naves oficiales, cuyo objetivo era traer de vuelta a Alcibíades para que se sometiera a juicio. La Salaminia arribó a Sicilia y reclamó la presencia de Alcibíades en Atenas. Éste la siguió en su propia nave hasta Turios, en Italia; allí desembarcó y desapareció, de modo que la Salaminia, tras buscarlo durante un tiempo, se hizo a la mar y regresó a Atenas. Los atenienses se conformaron con condenarlo a muerte en rebeldía.

El fugitivo embarcó en un mercante y desde Turios llegó hasta Cilene, en la Élide, y allí solicitó un salvoconducto para entrar en Esparta, pues tenía miedo de los lacedemonios por su intervención en los hechos de Mantinea; pero los espartanos, que debían comprender la utilidad de semejante hombre, le invitaron a venir. Alcibíades no era un total desconocido para los espartanos; ya anteriormente su familia había tenido vínculos de hospitalidad con prohombres de Esparta [317] , y durante su niñez, como cuenta Plutarco, le había criado una nodriza espartana llamada Amicla.

Dice el mismo Plutarco que las familias nobles se hacían con los servicios de nodrizas espartanas por su fama de rectitud en la

crianza; pero no sabemos nada sobre el estatus de estas niñeras, que no podrían ser ilotas, puesto que estaba prohibida su venta fuera de Esparta. Una inscripción funeraria ateniense del siglo IV conmemora a una nodriza espartana llamada Malica de Citera, lo que puede indicar que estas nodrizas, más que ilotas, procedían de las poblaciones de periecos próximas a Esparta, y que en determinadas condiciones –como contactos a buen nivel entre familias ricas– podían salir fuera de Laconia.

En el caso de la familia de Alcibíades, que ya tenía contactos con Esparta, no fue difícil conseguir una de esas renombradas niñeras para sus hijos. Es muy posible que esta nodriza pusiera a su niño al corriente de muchas cosas y curiosidades de aquel país, como por ejemplo de sus comidas. Alcibíades, que era sumamente hermoso y gracioso en sus maneras y en su decir, había gozado en Atenas de una vida disoluta, opulenta y ostentosa que había escandalizado hasta a los propios atenienses (que lo odiaban y lo deseaban a la vez, como dijo Aristófanes en una de sus comedias) [318] ; arrastraba sus vestidos de colores por el ágora, dormía sobre cómodos lechos en las naves y en el escudo de oro que se había hecho fabricar tenía grabado un Eros armado con un rayo. Era este el hombre que se instalaba en la sobria Esparta y que, sin embargo, asombró a todos viviendo al modo espartano:

De modo que, al verle con el pelo sin cortar, bañándose en agua fría, comiendo el pan de cebada, y el caldo negro, todos se preguntaban con asombro si en alguna ocasión ese hombre había tenido cocinero propio en su casa o había visto a un perfumista o su cuerpo había sentido el contacto de un fino manto de Mileto [319] .

Alcibíades era un hombre audaz y lleno de recursos que ofreció dos buenos consejos a los espartanos sobre cómo había que conducir la guerra: en primer lugar, debían enviar tropas a Siracusa para demostrar su interés y apoyo; y en segundo lugar, debían ocupar de forma permanente Decelia, en el Ática.

El espartano Gilipo en Sicilia

Siguiendo el consejo de Alcibíades, los espartanos enviaron a Siracusa un asesor militar llamado Gilipo. Era un móthax, es decir, un bastardo fruto de la unión entre un espartano y una mujer ilota. Estos bastardos formaban, sin duda, un grupo numeroso en Esparta; a pesar de su origen, algunos de estos niños se asociaban a una familia rica, y junto a sus hijos pasaban por la agogé para poder recibir la educación del Estado; por eso algunas fuentes se refieren a ellos como sýntrophoi, que se puede traducir como 'criados a la vez' o 'hermanos de leche' [320] ; al final del período educativo eran admitidos en las comidas comunes, y es muy posible que esa misma familia le proporcionase la panoplia de hoplita (si es que el Estado no lo hacía).

De todas formas el padre de Gilipo no era un simple espartano. Se llamaba Cleándridas y había sido consejero del rey Plistoanacte en el 446 durante una campaña contra Atenas; fue acusado de recibir sobornos y tuvo que exiliarse de Esparta; en el 444 participó en la fundación de Turios, la colonia panhelénica patrocinada por Pericles cerca del emplazamiento de la vieja Síbaris (destruida en el 510); allí se distinguió en las guerras contra los indígenas vecinos y contra la ciudad de Tarento, la colonia de Esparta.

Más adelante se unieron a Gilipo en Sicilia tropas procedentes de Esparta; estaban formadas por ilotas y neodamodes al mando de un comandante llamado Écrito. Se usó, pues, el mismo sistema que ya se había demostrado efectivo en tiempos de Brásidas y que era perfecto para salvaguardar el número cerrado de ciudadanos de pleno derecho que permanecía en Esparta. De todas formas, fue un grupo poco numeroso (unos 600 hombres) y llegaron con bastante retraso, en agosto del 413, tras un largo y accidentado viaje que les había desviado de su ruta hasta Libia y Túnez.

Gilipo fue clave para la victoria de Siracusa. Nada más llegar impidió que los siracusanos negociasen con los atenienses y les dio

ánimos para luchar. Desde el principio demostró una gran competencia militar, adaptándose a las tropas de que disponía. En el 413 los atenienses, que habían cometido serios errores estratégicos, fueron derrotados; aunque intentaron una desesperada retirada al interior de Sicilia, fueron finalmente alcanzados. Cuando llegó el momento de rendirse, los estrategos atenienses, Demóstenes y Nicias, entregaron sus tropas a Gilipo pensando que serían tratados con más humanidad, pero éste nada pudo hacer ante la furia vengativa de los siracusanos, que ejecutaron a los dos estrategos y encarcelaron a los atenienses que habían sobrevivido en unas canteras cerca de Siracusa, donde pasaron 70 días de privaciones y miseria. Los pocos supervivientes fueron vendidos como esclavos.

Fue un duro revés para Gilipo, que tenía sus propios planes: deseaba llevarse a los estrategos atenienses a Laconia como trofeo de sus proezas en aquellas tierras. Demóstenes había sido uno de los más grandes estrategos de Atenas y había vencido en muchas ocasiones a los espartanos y a sus aliados; y Nicias, partidario del entendimiento con Esparta, había contribuido a la liberación de los prisioneros espartanos de Atenas. Los siracusanos no se lo permitieron; de hecho, desconfiaban de Gilipo por sus posibles simpatías hacia los atenienses. Durante la persecución final, los siracusanos le habían echado en cara ciertas vacilaciones y criticaron con dureza que se opusiera a la aniquilación total de los enemigos. Llevaban muy mal su modo de mandar y su aspereza, al estilo espartano; y les repugnaba especialmente su avaricia y mezquindad, defectos heredados de su padre.

Los lacedemonios pensaban que ahora, con los atenienses batiéndose en dos frentes (el Ática y Sicilia), sería fácil vencerlos. En la primavera del 413 Agis invadió el Ática y comenzó a fortificar Decelia, demo o circunscripción del Ática en las estribaciones del monte Parnes, a 18 kilómetros al norte de Atenas. Desde allí planeaba hostigar de forma permanente a los atenienses. Con la ocupación del Ática, los espartanos privarían a los atenienses de los recursos agrícolas de la comarca y de los ingresos de las minas de plata de Laurio, que estaban cerca. Según Alcibíades, era el único mal de la guerra que no habían probado los atenienses, pues antes disponían de sus campos parte del año y se aprovisionaban

tranquilamente de Eubea por el camino de Oropo; pero ahora tendrían que hacerlo por mar rodeando el cabo Sunio. También la continua presencia espartana facilitó la huida masiva de esclavos procedentes de las minas de Laurio (muchos de ellos obreros cualificados). Los tebanos fueron los más activos en el saqueo del Ática:

Se hicieron con los esclavos y los prisioneros del botín de guerra a bajo precio y, como vivían en un territorio vecino, se llevaron a sus casas todo el equipamiento de los edificios de la región, empezando por la madera y la cerámica [321] .

Mientras el rey Agis estaba instalado con el ejército en Decelia, Alcibíades tenía relaciones con su esposa Timea, a la que sedujo con su encanto irresistible; quedó embarazada y dio a luz un niño al que puso por nombre Leotíquidas, aunque en secreto, cuando estaba entre sus sirvientas ilotas, lo llamaba dulcemente con el nombre de Alcibíades: «Tan ciega de amor estaba aquella mujer», cuenta Plutarco [322] . Dicen que cuando nació Leotíquidas, Agis no lo reconoció. Según sus cálculos, había pasado más de diez meses sin unirse a su esposa; y lo recordaba bien, pues fue con ocasión de un terremoto que conmovió la ciudad de Esparta y que lo hizo saltar de su lecho y salir fuera de la casa [323] .

306 . Tucídides, 5.47 y IG I^2 86.

307 . Platón, Alcibíades, 122d.

308 . Tucídides, 5.60.

309 . Tucídides, 5.68.

310 . Jenofonte, Helénicas, 2.4.31.

311 . Tucídides, 5.73.

312 . Plutarco, Licurgo, 22.5.

313 . Diodoro, 12.79.

314 . Tucídides, 5.75.3.

315 . 6.31.1.

316 . Tucídides, 6.27. Estos Hermes eran unos pilares de piedra con una cabeza arriba y un falo en erección en la parte frontal; precisamente fue esta última parte la que sufrió la mutilación, según Tucídides.

317 . Como recuerda Tucídides, 8.6.

318 . Las ranas, 1425.

319 . Plutarco, Alcibíades, 23.

320 . Claudio Eliano, Varia Historia, 12.43.

321 . Hellenica Oxyrhynchia, XII.

322 . Plutarco, Alcibíades, 23.7.

323 . Plutarco, Alcibíades, 23.7.

11. La Guerra del Peloponeso (III)

La guerra en el Egeo

El panorama en Atenas tras el desastre de Sicilia era desolador; habían perdido muchos hoplitas y jinetes, además de una numerosa juventud aguerrida; no había muchas naves en los arsenales, ni dinero, ni tripulaciones. La moral cayó y pensaron que no había ya esperanza. Los espartanos, por su lado, estaban llenos de entusiasmo; podían contar ahora con la alianza de los sicilianos, que aportarían naves (20 barcos de Siracusa y 2 de Selinunte llegaron al final del verano), y veían cómo los aliados atenienses hacían defección y Atenas empezaba a quedar aislada, lo que haría posible un final rápido de la guerra; pensaban que los atenienses no resistirían ni un año más [324] .

El rey Agis, desde su base permanente en Decelia, tenía plenos poderes para llevar la guerra: reclutar ejércitos y enviarlos adonde quisiera. Los aliados le obedecían más que a las autoridades de Esparta por su proximidad al escenario bélico y porque estaba al mando de un ejército y podía acudir veloz a cualquier parte. No es de extrañar que algunos aliados de Atenas que estaban preparando en secreto su rebelión acudieran a él: primero fueron los de Eubea y luego los de Lesbos. Agis hizo venir un pelotón de neodamodes desde Esparta –300 hombres dirigidos por dos espartanos, Alcámenes y Melanto– y se decidió por ayudar primero a Lesbos. Entretanto los oligarcas de Quíos y de Eritras fueron directamente a Esparta a solicitar su ayuda para alzarse contra Atenas.

Coincidieron allí con un enviado del comandante militar persa Tisafernes. Tucídides lo llama «estratego»; tal vez ostentaba un cargo militar directamente elegido por el Gran Rey y diferente al sátrapa. Curiosamente se encontraba en Esparta otra embajada persa, la que enviaba Farnabazo, el sátrapa de Dascilio (los persas habían dividido la parte oeste de Anatolia que baña el mar Egeo en dos provincias: la del norte con capital en Dascilio, y la del sur con capital en Sardes). Farnabazo estaba también dispuesto a conseguir

para el Gran Rey la alianza con Esparta, si dirigían el esfuerzo de guerra hacia el Helesponto. Hasta ese momento los persas se habían mantenido al margen de la contienda, satisfechos al contemplar cómo los griegos se consumían en aquella contienda intestina, pero ahora, tras el desastre de Sicilia, con una Atenas enormemente debilitada, veían muy factible recuperar sus posesiones y su influencia en toda Asia Menor y las islas próximas, territorios que el Imperio persa consideraba como posesión indiscutible e irrenunciable. Atenas, en su momento de máximo esplendor con las victorias de Cimón, había liberado la zona costera de la influencia de los sátrapas y las ciudades habían sido integradas en gran medida en su alianza. A esto se sumaba un motivo de disgusto más reciente: entre el 421 y el 411, los atenienses apoyaron a un sátrapa rebelde de Sardes, provocando la cólera del rey persa.

Aquella concentración de enviados de diferentes ciudades griegas y de dos jefes persas dio verdaderos quebraderos de cabeza a los espartanos y les fue difícil decidir la nueva estrategia de guerra. Finalmente, se decidieron por Quíos y por Tisafernes, siguiendo los consejos de Alcibíades, pues esa isla, que poseía 60 naves, se podía convertir en una base segura para destruir el imperio ateniense en el Egeo. Enviaron como observador al perieco Frinis, señal de que los periecos podían tener puestos de responsabilidad política. Si esta misión tenía éxito, ayudarían a Lesbos (que era la idea de Agis) y por último se dirigirían al Helesponto (para ese mando se designó por adelantado a un tal Clearco).

Esparta y sus aliados reunieron una flota en Corinto de 60 naves que pusieron al mando del navarco Astíoco, pero zarparon con retraso debido a los Juegos Ístmicos que organizaba la ciudad con la consiguiente tregua que se declaraba. Los oligarcas de Quíos se impacientaban: no querían iniciar la revuelta hasta ver las naves de los peloponesios en su puerto, ya que sabían que el pueblo simpatizaba con los atenienses. Estos tuvieron tiempo de reaccionar y pudieron interceptar la flota que se dirigía a Quíos.

El exceso de confianza ante un enemigo que ya consideraban vencido les había jugado una mala pasada. Pero Alcibíades, deseando salir de Esparta y entregarse a la acción, con su habitual osadía y determinación propuso un plan audaz a los éforos: con solo

5 naves llegaría a Quíos antes de que supiesen el percance de la flota espartana y les convencería de que se sublevasen. Alcibíades consiguió que aceptaran su propuesta, pues uno de los éforos más influyentes ese año era un tal Endio, huésped de su familia. De hecho, el nombre de Alcibíades era espartano (fue costumbre en toda Grecia poner a uno de los hijos el nombre del huésped) y se introdujo en Atenas en el siglo VI, por lo que la relación de hospitalidad entre las dos familias debía de ser muy antigua. Este Endio, que además era enemigo personal de Agis, sería el principal valedor de Alcibíades durante su estancia en Esparta. Fue con mentiras y engaños como Alcibíades provocó la rebelión en Quíos, Eritras, Clazómenas y Mileto. En todas partes anunciaba la inminente llegada de la gran flota de los lacedemonios. Nunca hizo tanto daño a su patria Atenas como en esta ocasión, al encender con sus mentiras la mecha de la insurrección en todo el Egeo y en Asia Menor.

6. Asia Menor y los Estrechos

Por fin los espartanos se habían dado cuenta de que para vencer a Atenas debían derrotarla en el mar y privarla de sus aliados y de sus fuentes de financiación; pero tener una flota, como dijo Pericles, era cuestión de dinero y de remeros entrenados, algo de lo que carecían

los espartanos. Como única solución se acercaron a Persia. Ya habían tenido contactos al principio de la guerra, pero estuvieron llenos de confusión y de recelos, pues los espartanos todavía no podían asimilar alcanzar un pacto con el gran enemigo de los griegos. Por mediación de Alcibíades, el espartano Calcideo firmó un primer tratado con Persia en el 412. Según Tucícides el texto era el siguiente:

Todos los territorios que posee el rey y poseían los antepasados del rey deben pertenecer al rey. El rey con los lacedemonios y sus aliados harán la guerra de común acuerdo contra los atenienses [325] .

Aquel tratado sellaba de forma definitiva la derrota de Atenas, pero ponía a los espartanos en una posición incómoda ante los griegos. El texto legitimaba la pretensión persa de su dominio sobre las ciudades griegas de Asia Menor y las islas del Egeo; a cambio del apoyo económico, Esparta –que en teoría actuaba, según su propaganda, como libertadora de los griegos– entregaba a los persas todas las ciudades griegas.

Pero la flota que anunciaba Alcibíades seguía bloqueada en el Peloponeso. Los atenienses entonces asediaron la ciudad de Quíos, y se dedicaron al saqueo de la isla. Los quiotas habían vivido en ininterrumpida prosperidad desde el final de la Revuelta Jonia en el 494; tenían muchos esclavos (sólo había otra ciudad que la superaba en este aspecto, Esparta), y enseguida desertaron en gran número para pasarse al bando ateniense; debido a su gran conocimiento del terreno, hicieron en la isla mayores daños que los propios atenienses.

Cuando Astíoco llegó, por fin, con la flota, se dirigió a Lesbos para que las ciudades de la isla abandonaran a los atenienses, pero al no tener éxito se volvió a Mileto. Los atenienses atacaron entonces Mileto, y aunque tuvieron éxitos iniciales, se vieron obligados a retirarse ante la llegada de nuevas fuerzas de socorro procedentes del Peloponeso: 55 naves dirigidas por Terímenes.

Alcibíades abandona a los espartanos

Aunque los espartanos habían conseguido rechazar el asalto a Mileto, Alcibíades decidió huir a la corte del sátrapa Tisafernes. Tenía buenas razones para ello: su plan de una fulgurante victoria en el Egeo se había desvanecido (aunque había sido culpa de la excesiva prudencia y falta de arrojo de los propios espartanos); su amigo Calcideo había muerto en los combates de Mileto; al finalizar ese año serían nombrados nuevos éforos, por lo que perdería el gran apoyo de su huésped Endio; y, por último, temía el odio de Agis por su relación adúltera con su esposa.

Los atenienses se instalaron en Samos; desde esta base segura su flota atendía a dos frentes: bloquear a los espartanos de Mileto y saquear Quíos. Los espartanos, por su parte, habían asentado el cuartel principal de su flota en Mileto. En noviembre del 412 llegó Tisafernes a Mileto y entregó la paga que había prometido: cada marinero recibió el salario de un mes a razón de una dracma ática por día. Terímenes firmó un nuevo tratado con Persia, un poco más ventajoso para Esparta.

En este segundo tratado se eliminaba el requerimiento a que cada parte ayudara a la otra a sofocar rebeliones en territorios de sus aliados (lo que podía dejar a los espartanos en mal lugar), pero prohibía a los espartanos recaudar fondos o tributos en las ciudades que se liberasen del dominio ateniense. Los espartanos no estaban en condiciones de sacar mayores ventajas, pues dependían totalmente de los fondos persas. Tras firmar el tratado Terímenes entregó su flota al navarco Astíoco y se retiró a Esparta; en el camino de vuelta su nave se perdió en el mar y no se volvió a saber de él.

La guerra parecía estancada; el impulso inicial había sido detenido por los atenienses. A pesar de su superioridad numérica (90 trirremes contra las 74 de los atenienses que estaban ancladas en Samos), Astíoco se mostraba excesivamente cauto y rehusaba

enfrentarse a los atenienses en el mar. Para dinamizar la situación, Esparta envió una flotilla con 10 consejeros (sýmbouloi) que tenían poderes para destituir al navarco si lo consideraban preciso. Entre los consejeros destacaba el famoso Licas. Este criticó abiertamente los tratados con el persa diciendo que era intolerable admitir que el rey se hiciera dueño de las ciudades que anteriormente gobernaban él o sus antecesores. Pero la realidad se impuso y firmó un nuevo tratado (era el tercero), en el que tuvo que refrendar las mismas condiciones muy a su pesar. La posibilidad de ganar la guerra a Atenas pasaba por la financiación de los persas. El texto que nos ha conservado Tucídides decía:

El territorio del rey que se encuentra en Asia será del rey; y sobre este territorio suyo tomará el rey las decisiones que quiera; y los lacedemonios y sus aliados no irán al territorio del rey para causarle daño, ni el rey al de los lacedemonios o de sus aliados [326] .

Por entonces Alcibíades ya se encontraba refugiado en la corte del sátrapa Tisafernes, donde hizo gala de su atractivo y de su encanto personal, así como de su capacidad de adaptación a cualquier situación. Se ganó de inmediato la confianza del sátrapa, que era un hombre de refinadas costumbres, y aprovechó su amistad para hacer todo el mal posible a los lacedemonios. Le aconsejó que, sin romper formalmente con ellos, actuara lenta y remisamente en todas sus acciones, sobre todo a la hora de pagar la soldada a las tripulaciones. Alcibíades aseguraba que los persas no debían apresurase a poner fin a la guerra; era mejor para el Gran Rey hacer que los griegos se desgastaran entre sí con poco gasto para él y sin poner en peligro su seguridad, y advertía también que los lacedemonios se presentaban a sí mismos como libertadores de los griegos, y que por tanto, era de esperar que más adelante tratarían de liberar a los griegos de Asia de los persas.

Tisafernes no tuvo ninguna duda sobre este punto cuando llegó a su conocimiento las palabras de Licas de que era intolerable concluir un acuerdo con el rey que le hiciese dueño de las ciudades y territorios que alguna vez en el pasado hubieran gobernado él o sus

antecesores. A partir de entonces Tisafernes colaboró con los lacedemonios sin entusiasmo, y el empuje inicial, que había sido demoledor, con tantas ciudades abandonando a los atenienses, quedó casi paralizado.

Tisafernes pagó tarde y mal las soldadas, hasta el punto de que el navarco Astíoco tuvo que escapar a un motín de los marineros. Tambien es cierto que sus malos modos le habían granjeado muchos enemigos; en cierta ocasión levantó su bastón contra el comandante de Turios, llamado Dorieo, que había sido un atleta famoso. Además, los milesios atacaron el fuerte que Tisafernes había levantado en su ciudad y expulsaron a la guarnición persa. Licas recriminó su conducta diciendo que debían obedecer a los persas dentro de lo razonable hasta el final de la guerra contra Atenas. Por eso, cuando poco después Licas murió por una enfermedad, los milesios se negaron de forma tajante a que se le enterrara en un lugar prominente de su ciudad.

Finalmente los lacedemonios desplazaron el esfuerzo de guerra hacia el Helesponto, un territorio que controlaba Farnabazo, sátrapa del norte de Asia Menor con capital en Dascilio, que parecía más hostil a los atenieneses. En el 411 el espartano Dercílidas fue al Helesponto por tierra para intentar sublevar la ciudad de Abido, colonia de Mileto; no sólo se apoderó de Abido sino que tambien se hizo con la importante ciudad de Lámpsaco, aunque al poco tiempo fue tomada al asalto por el estratego ateniense Estrombíquides.

Reveses en el mar

En Atenas, debido al rumbo de la guerra, hubo una revolución oligárquica que intentó pactar con los espartanos «bajo condiciones tolerables»; incluso enviaron mensajeros a Agis, en Decelia, con esta propuesta. Agis no les dio respuesta, y en su lugar mandó llamar más tropas desde el Peloponeso y efectuó un amago de ataque contra los muros de la ciudad, pero como no se produjo ninguna agitación en el interior ni ninguna traición del partido oligárquico, se retiró a Decelia y devolvió al Peloponeso las tropas de refuerzo. La guarnición espartana acantonada en Decelia disfrutaba de un frente sin hostilidades; era tanta la tranquilidad que salían a pasear por las tardes. Cuando los éforos se enteraron, rápidamente enviaron órdenes con su lacónico estilo: «No paseéis», pues consideraban que se habían abandonado a la molicie por esos paseos vespertinos [327] .

A finales de julio del 411 los espartanos reforzaron su posición en el Egeo con el envío de 40 naves al mando de Clearco. Por tierra llegaron de nuevo al Helesponto y consiguieron entrar en la estratégica ciudad de Bizancio, que les había hecho la promesa de sublevarse contra Atenas. La victoria parecía estar al alcance de la mano. Los espartanos incluso se atrevieron a dirigir sus fuerzas contra la propia Atenas, aprovechando que estaba desgarrada por disensiones internas que casi parecían anunciar una guerra civil. Con 42 naves el espartano Agesándridas costeó el Ática. Atenas dejó atrás las rencillas internas y salió a defender el territorio, pero sus naves, apresuradamente botadas al mar, fueron derrotadas cerca de Eretria, en la isla de Eubea. Los pocos supervivientes de la batalla se refugiaron en Eretria, por creerla amiga, pero fueron asesinados, pues la ciudad había decidido abandonar su alianza con Atenas.

Eubea era para los atenienses de más valor que el Ática; «lo era todo», como dice muy expresivamente Tucídides [328] : allí guardaban sus rebaños y contaban con una fuente próxima de abastecimiento

sin la que no hubiesen podido mantenerse en la guerra, pues los campos del Ática habían sido ocupados y destruidos. Una rebelión de Eubea sería el final para Atenas. «Cuando llegó la noticia, se adueñó de ellos un pánico como nunca se había dado antes», escribe Tucídides [329] , pues el Pireo estaba sin naves y la ciudad estaba indefensa. Si los espartanos hubiesen sido más atrevidos y osados en los asuntos de guerra, habrían anclado en sus radas. A los atenienses sólo les hubiesen quedado dos posiblidades: rendir la ciudad o llamar a la flota del Egeo, lo que dejaría desprotegido el Helesponto. Lo cierto es que el navarco espartano no se arriesgó a un ataque al Pireo y Atenas se salvó de nuevo. Según Tucídides, por culpa de su forma de ser tan cautelosa y titubeante los espartanos dejaron escapar una gran oportunidad para zanjar de forma definitiva la guerra,

y no fue este el único caso en que los lacedemonios fueron los adversarios más convenientes en todos los aspectos para los atenienses [330] .

En Atenas, mientras tanto, las fuerzas democráticas aprovecharon la ocasión para expulsar a los oligarcas (que se pasaron al enemigo) y restablecer la democracia.

En el Helesponto la guerra tambien parecía perdida para los atenienses. Era una zona vital para los intereses de Atenas; por allí pasaba la ruta de los barcos que desde el mar Negro transportaban grano para la ciudad. El rey Agis, que desde su posición en Decelia, podía ver cómo entraban al Pireo numerosas embarcaciones de trigo, ya había advertido que el triunfo pasaba por cortar ese aprovisionamiento [331] . Los atenienses debían actuar con determinación para impedir que los espartanos estrangulasen sus suministros.

En el otoño del 411, las dos flotas se vieron las caras cerca de Cinosema, un promontorio en la costa del Quersoneso Tracio. Los atenienses salieron victoriosos ante el inexperto Míndaro, el navarco que había sustituido a Astíoco. La victoria resultó muy

oportuna, pues infundió a los atenienses una nueva esperanza, a pesar de las circunstancias. Con su inagotable optimismo «pensaron que su situación aún podía mejorar si se entregaban a ello con entusiasmo», dice Tucídides [332] . Fue un combate muy arriesgado, pero Atenas debía retomar el control de los Estrechos o perdería la guerra. Sin la posibilidad de conseguir fondos para construir una nueva flota, sin sus aliados jonios más valiosos y sin Eubea, una derrota en Cinosema hubiese significado el fin inmediato de la guerra para Atenas.

En la primavera del 410 Míndaro se había repuesto de su derrota en Cinosema, y contaba ya con 80 trirremes. Presentó batalla de nuevo a los atenienses cerca de Cícico, ciudad clave de gran riqueza que los atenienses querían recuperar. Pero de nuevo los espartanos fueron derrotados y el navarco Míndaro murió. Tras la batalla los atenienses interceptaron un mensaje que indicaba la desesperación de los espartanos: «Las naves están perdidas. Míndaro pereció. Los hombres pasan hambre. No sabemos qué hacer» [333] .

Los atenienses, llenos de confianza, tomaron Bizancio. La ciudad estaba muy descontenta con los lacedemonios, sobre todo con el comandante Clearco, que guardaba todos los recursos para sus soldados y dejaba morir de hambre a la población. Aunque estaban vigilados por tropas de periecos, neodamodes, megarenses y beocios, los bizantinos aprovecharon un momento en que Clearco se había ausentado de la ciudad y abrieron las puertas a los atenienses. Cuando concluyó la guerra, estos hombres que habían entregado Bizancio fueron conducidos a Esparta para someterse a juicio; en él, alegaron la mala actuación de Clearco y lograron salvarse de la muerte.

Lisandro

Los espartanos enviaron un nuevo navarco, Lisandro. Según Eliano, era como Gilipo, un móthax, es decir, su padre era espartano y su madre una ilota; no obstante parece más probable la versión de Plutarco, quien asegura que era hijo de un espartano noble aunque empobrecido.

La sociedad espartana había cambiado; existía un numeroso grupo de ciudadanos de segunda categoría, hombres libres pero con sus derechos ciudadanos disminuidos, que recibían el nombre de hypomeíones, es decir 'inferiores', los cuales, debido a su pobreza, no podían hacer su contribución a las comidas comunes, quedando de esta manera excluidos de la ciudadanía. El número de móthakes y de hypomeíones aumentaba, pues unas cuantas familias pudientes, que no tenían muchos hijos, acaparaban la propiedad y las riquezas (eran los que presentaban los costosos troncos de caballos en Olimpia). El descenso dramático del número de ciudadanos de pleno derecho fue un proceso lento pero inexorable al que no se quiso poner freno. Es muy posible que las clases sociales inferiores encontraran en la guerra un medio perfecto para ascender socialmente y para hacerse con las riquezas que necesitaban. Formarían parte de la facción más partidaria de una intervención espartana agresiva e imperialista, frente a los modos cautelosos y aislacionistas de la antigua Esparta, que no veía en la guerra de conquista exterior ninguna ventaja.

Lisandro abandonó Mileto y tomó como base de operaciones Éfeso. Era una gran ciudad situada más al norte, en la desembocadura del Caístro; contaba con un amplio puerto, bien resguardado, y se encontraba a solo tres días de viaje a Sardes, que era la capital del sátrapa. Allí Lisandro preparó y equipó su flota, esperando pacientemente el momento oportuno para batir a los atenienses. Lisandro era astuto y solapado; usaba en la guerra toda clase de engaños y solo hacía celebraciones si eran estas de provecho.

Cuando le decían que eso no era digno de los descendientes de Heracles, replicaba que donde no alcanzaba la piel de león había que coser un poco de piel de zorra [334] . Añadía también que «a los niños se les ha de engañar con tabas y a los hombres con juramentos» [335] .

La llegada de Lisandro en el verano del 411 coincidió con el cambio de sátrapa. Para sustituir a Tisafernes había sido nombrado Ciro, un joven de apenas 17 años que era además hijo del Gran Rey. Su título oficial era sátrapa de Lidia, Gran Frigia y Capadocia, y comandante de todas las fuerzas persas en el Oeste. Tenía instrucciones del rey de apoyar con decisión a los espartanos. A pesar de su juventud estaba lleno de ambición personal. Desde el primer momento Lisandro y Ciro se entendieron a la perfección y entablaron una cordial relación. Plutarco dice que Lisandro se había criado en la pobreza y por eso había aprendido a ser obsequioso con los poderosos. Esto se tradujo en un aumento de la soldada que se pagaba a la marinería: Lisandro consiguió que se aumentase de tres a cuatro óbolos, de modo que los mejores hombres se enrolaron y pelearon con gusto por los espartanos.

En el invierno del 406 Lisandro pilló por sorpresa a la flota ateniense cerca de la localidad de Notio, al norte de la gran bahía donde por entonces desembocaba el Caístro. Fue una victoria de poca entidad, pero le dio renombre; a partir de entonces todos los que destacaban en las ciudades de la región acudieron a Éfeso, solicitando su amistad y su apoyo. Le obsequiaban y le alababan esperando que en el futuro, cuando la guerra terminara, podrían aspirar a grandes cosas. Lisandro era un hombre fiel a sus amigos, y cuando llegó el momento de repartir los honores y los mandos en las ciudades, los apoyó de palabra y de obra.

Calicrátidas y la batalla de las Arginusas

En el verano del 406 expiró el mandato de Lisandro, y los espartanos enviaron un nuevo navarco llamado Calicrátidas. Era un hombre muy joven, franco y sencillo, sin experiencia en las costumbres extranjeras. A pesar de su juventud era recto y justo, un tradicionalista que seguía los principios austeros de la vieja Esparta. De inmediato su persona y su forma de mandar desagradaron a los jonios. Tenía esa nobleza que los demás griegos llamaban simplemente orgullo, y ese trato rudo y desabrido que tan poco gustaba a los griegos de Jonia [336] . Era enorme el contraste con Lisandro, quien, con su encanto y su atrayente personalidad, había sabido ganarse la simpatía y adhesión de Ciro y de los hombres más influyentes de Asia.

Lisandro, lleno de resentimiento, no le puso las cosas fáciles a su sucesor. Devolvió el dinero que le quedaba a Sardes, de modo que Calicrátidas tuvo que mendigar en la puerta del sátrapa la paga de sus soldados.

Subió a Lidia de inmediato y se presentó en la residencia de Ciro. Mandó decir que Calicrátidas, el navarco, estaba allí porque quería hablar con él. Uno de los encargados de las puertas le dijo: «Extranjero, Ciro no tiene tiempo libre en este momento, pues está bebiendo», a lo que Calicrátidas replicó con extraordinaria llaneza: «No hay nada de malo, pues yo me quedaré aquí hasta que haya bebido». Los sirvientes lo tuvieron por un rústico y se rieron, por lo que Calicrátidas se marchó [337] .

Tras sufrir los desaires de Ciro, que le había hecho esperar de forma humillante en las antesalas, Calicrátidas llegó a decir que los griegos eran muy desgraciados porque adulaban a los bárbaros por

dinero, y añadió que si llegaba con vida a su patria, haría lo posible por reconciliar a atenienses y espartanos [338] . Sin duda pertenecía a una facción dentro de Esparta que no quería someterse al persa para ganar la guerra, que temía el lujo y el dinero que venían con el imperio. Por si eso fuera poco, Calicrátidas sufría las maquinaciones de los partidarios de Lisandro, que prestaban sus servicios de mala gana; andaban diciendo que era una imprudencia cambiar cada año a los navarcos, pues los nuevos eran hombres inexpertos que no conocían a sus soldados. Calicrátidas los reunió y les dijo con gran seriedad que su único propósito era cumplir con su deber y servir a su patria del mejor modo que pudiera. Así acalló todas las murmuraciones.

Con su gran flota de 140 naves Calicrátidas impuso su autoridad en el Egeo y bloqueó a la flota ateniense dirigida por Conón en el puerto de Mitilene. Conón pudo enviar una nave a Atenas para pedir ayuda. A toda prisa se equipó una flota de socorro con tripulaciones formadas de manera improvisada por caballeros y esclavos a los que se les prometió la libertad.

En las islas Arginusas, entre Lesbos y el continente, se encontraron las dos flotas. Se le hizo notar a Calicrátidas que las fuerzas atenienses les superaban en número y que era más prudente la retirada, pero Calicrátidas era un espartano de la vieja escuela y se limitó a decir que era una vergüenza huir. Cuando el adivino predijo por los signos funestos que en la batalla naval encontraría la muerte, Calicrátidas le replicó que estaba dispuesto a morir por la gloria de su patria. La batalla fue encarnizada, pues se enfrentaban hombres experimentados por muchos años de guerra que comprendían la trascendencia de aquel encuentro. Tras largas horas de lucha el navarco cayó herido al mar y desapareció en las aguas; entonces las naves de los peloponesios emprendieron a toda prisa la retirada buscando refugio en los puertos de Quíos y Focea.

La inesperada derrota causó gran impresión en Esparta; aún contaban con 90 naves, pero necesitaban el apoyo económico del persa, que ahora, tras la marcha de Lisandro, era escaso. La flota ateniense tenía el camino libre para atacar las ciudades que habían abrazado la causa de Esparta. Según Aristóteles, los espartanos presentaron una oferta de paz: ellos abandonarían Decelia en el

Ática y cada ciudad conservaría las posiciones que ocupaba. Los atenienses se opusieron con sorprendente ligereza; Aristóteles escribe que «la masa votó en contra engañada por un demagogo llamado Cleofonte» [339] . No tuvieron en cuenta que, aunque conservaban la flota, carecían de la financiación necesaria para seguir luchando.

Lisandro de nuevo. La batalla de Egospótamos

Tras la muerte de Calicrátidas, Ciro y los aliados de Esparta reclamaron por medio de embajadores el regreso de Lisandro. Como las leyes espartanas no permitían que repitiese en el mando, se envió con el cargo oficial de navarco a un desconocido Áraco, y como su vicealmirante o encargado de despachos (epistoleús) a Lisandro, que de facto sería el que ostentaría el mando.

Nada más llegar a Éfeso, Lisandro recibió la generosa contribución de Ciro y reconstruyó la flota. Se dirigió entonces al Helesponto dispuesto a cortar el suministro de trigo que procedente del mar Negro abastecía Atenas. Tal como Agis había visto desde su posición en Decelia, esa era la clave para ganar la guerra.

En el Helesponto tomó Lámpsaco, una ciudad con un buen puerto, rica y bien abastecida, y la convirtió en la base de sus operaciones. Los atenienses, con 180 naves, acudieron rápidamente y anclaron en Egospótamos, enfrente de Lámpsaco, en la orilla europea del Helesponto. Era un mal lugar: las naves estaban varadas en la playa, lejos del aprovisionamiento y la protección que ofrecía una ciudad. Aun así, Lisandro, consciente de la superioridad técnica de las tripulaciones atenienses, usó su mejor arma, la astucia. Rechazó la batalla durante varios días hasta pillar por sorpresa a los atenienses, que se encontraban dispersos por la costa; sin tiempo para reaccionar y completar las dotaciones de las naves, los atenienses fueron completamente derrotados. Solo escapó Conón con 8 naves, y prudentemente se dirigió no a Atenas sino a Chipre. En un acto inusualmente cruel, Lisandro, siguiendo el consejo de sus aliados, ordenó ejecutar a todos los prisioneros atenienses, unos 3.000 hombres. Era finales del verano del 405, y con este enfrentamiento, que significaba la pérdida de la flota ateniense, la guerra estaba terminada.

Tras la batalla Lisandro se apoderó de todas las ciudades que quedaban en poder de los atenienses, pero permitió que las

guarniciones y simpatizantes de Atenas salieran y buscaran refugio en la propia Atenas. No era una medida de clemencia sino de cálculo militar: sabía que Atenas era inexpugnable a un asalto y que debía rendirse por hambre (ahora que iba a ser sitiada por tierra y por mar); un mayor número de bocas que alimentar haría que el asedio fuera más breve para los espartanos. En Bizancio y Calcedón puso guarniciones para vigilar el Bósforo e impedir el tránsito de naves mercantes hacia Atenas. Inició de ese modo un sistema de control del imperio ateniense basado en guarniciones militares bajo la dirección de un oficial espartano llamado harmosta.

En su camino hacia Atenas, Lisandro fue tomando ciudades e islas (salvo Samos que resistió hasta el último momento); devolvió sus islas a los eginetas, que habían sido expulsados por los atenienses, y a los melios, cuantos pudo encontrar. En octubre del 405 llegó a Atenas y bloqueó el puerto. Por tierra, todo el ejército peloponesio había invadido el Ática y estaba acampado en el gimnasio de la Academia, a las afueras de la ciudad. Por primera vez en mucho tiempo los dos reyes estaban en campaña simultáneamente: Agis, que había ocupado Decelia de forma permanente desde el 411, y Pausanias, el hijo de Plistoanacte, que había comenzado su reinado poco tiempo atrás, en el 409.

La crueldad de Lisandro y sus aliados con los prisioneros atenienses tras la batalla de Egospótamos hizo que en Atenas la población resistiera pensando que su destino inexorable sería la muerte y la esclavitud. Soportaron el hambre durante meses mientras negociaban con Esparta, aunque finalmente se rindieron sin condiciones.

Esparta y sus aliados se reunieron para tratar sobre el destino de la ciudad. Corintios y tebanos propusieron arrasar Atenas sin miramientos, pero los espartanos se negaban a destruir una ciudad helena que había sido tan valiente en la lucha contra los persas en el pasado. Les ofrecieron la paz a condición de que derribasen los Muros Largos y las fortificaciones del Pireo; entregasen las naves excepto 12; admitiesen a los desterrados (los atenienses de tendencia oligárquica que se habían exiliado en tiempos de guerra); tuviesen los mismos amigos y enemigos y siguiesen a los lacedemonios a donde los condujeran (la clásica fórmula para los

aliados de Esparta).

Los atenienses aceptaron, contentos de librarse de la destrucción y de la esclavitud. Según Jenofonte, destruyeron con gran celo los muros al son de las flautas «porque pensaban que aquel día era el principio de la libertad para Grecia» [340] ; una curiosa frase que en todo caso no se podría aplicar a los propios atenienses. El historiador, que era un gran amigo de los espartanos, cerraba su narración sobre la guerra con el mismo eslogan que habían enarbolado los espartanos al inicio y que se demostraría falso con el tiempo.

Pero la generosidad de Esparta tenía razones más profundas: no le interesaba destruir una ciudad y dejar a Tebas, que empezaba a ser molesta, excesivamente engrandecida en el centro de Grecia. Atenas, con un gobierno oligárquico, podía ser controlada fácilmente por los espartanos y podía así servir de freno a las excesivas ambiciones de otras ciudades como Corinto o Tebas. De hecho, el primer paso fue sustituir la democracia belicista por un gobierno oligárquico compuesto por 30 hombres que pertenecían a la aristocracia y que eran grandes partidarios de Esparta (son los famosos Treinta Tiranos). En principio los términos de la rendición no estipulaban un cambio de régimen en Atenas. La ciudad podía seguir gobernándose según la constitución de sus antepasados, pero aquella noción fue objeto de encendido debate entre demócratas y oligarcas. Finalmente los oligarcas extremados reclamaron la presencia de Lisandro. El espartano llegó a finales de abril del 411 tras destruir Samos y convocó la Asamblea. Un tal Dracóntides de Afidna propuso un decreto para entregar el poder a una comisión constituyente de 30 hombres. Se produjo un tumulto, pues esto implicaba la abolición de la democracia, pero ante las amenazas de Lisandro el decreto fue aprobado por la Asamblea. Lisandro envió para sostener este gobierno una guarnición con 700 hombres (probablemente neodamodes) con un harmosta llamado Calibio.

■

324 . Tucícides, 8.2.

325 . Tucídides, 8.18.

326 . Tucídides, 8.58.

327 . Claudio Eliano, 2.5.

328 . 8.95.2.

329 . 8.96.

330 . Tucídides, 8.96.5.

331 . Jenofonte, Helénicas, 1.35.

332 . 8.106.

333 . Jenofonte, Helénicas, 1.1.23.

334 . Plutarco, Moralia, 229B y 190E.

335 . Plutarco, Moralia, 229B.

336 . La descripción de su personalidad tan espartana en Diodoro, 13.76 y Plutarco, Lisandro, 5.5.

337 . Plutarco, Lisandro, 6.

338 . Jenofonte, Helénicas, 6.7.

339 . Aristóteles, Constitución de los atenienses, 34.

340 . Jenofonte, Helénicas, 2.2.23.

12. La hegemonía espartana

La insaciable sed de riquezas

La fama y la gloria de Lisandro tras su victoria no conocieron límites. Las ciudades de Grecia le erigieron altares como a un dios, le ofrecieron sacrificios y cantaron peanes en su honor. Los samios (los oligarcas que se habían hecho con el poder) decretaron que las famosas fiestas en honor a Hera, patrona de la ciudad, recibiesen en adelante el nombre de Lisandrias. En el santuario de Ártemis, los efesios le ofrecieron una estatua. En Delfos, el propio Lisandro consagró un retrato suyo y de cada uno de sus capitanes; además, una galera de dos codos hecha de oro y marfil, que era regalo de Ciro por su victoria, y dos estrellas de oro, ya que durante la batalla de Egospótamos se había visto brillar sobre su nave la constelación de los Dioscuros.

Lisandro remitió a Esparta todos los fondos que tenía, además de los regalos y presentes que le habían hecho las ciudades por medio de Gilipo, el que había vencido a los atenienses en Sicilia. Cuenta Plutarco que Gilipo cortó por debajo las costuras de los sacos sacando mucho dinero y que luego los volvió a coser, sin saber que había una nota que indicaba la cantidad exacta de cada uno. Luego en Esparta ocultó el dinero sustraído debajo del tejado de su casa y entregó lo demás a los éforos. Cuando éstos contaron el dinero y hallaron la diferencia en las cuentas, quedaron perplejos, hasta que un esclavo de Gilipo les indicó enigmáticamente que debajo del tejado de su amo anidaban muchas lechuzas [341] . Los éforos comprendieron enseguida lo que quería decirles, porque así se llamaba a las monedas atenienses, ya que tenían grabada en una de sus caras una lechuza, el animal de la diosa Atenea. Diodoro nos da las cifras exactas del dinero: de los 15.000 talentos que envió Lisandro, Gilipo se apropió de 300 [342] . Gilipo tuvo que exiliarse de Esparta, acusado del mismo delito que su padre, Cleándridas, que aceptó sobornos de Pericles para que se retirara del Ática.

Lo cierto es que el dinero inundó Esparta. Según Diodoro, los

espartanos impusieron un tributo a los pueblos vencidos, de modo que ellos, que antes no habían hecho uso de la moneda, reunieron procedentes de aquel tributo más de 1.000 talentos cada año [343] . El propio Aristóteles también recuerda que tras la rendición de Atenas la ciudad tuvo que contribuir con sus rentas al tesoro confederal de la Liga del Peloponeso [344] .

El sector más conservador de la sociedad espartana temía el efecto corruptor del dinero, pero finalmente, y tras encendidos debates, se admitió el oro y la plata como tesoro público, aunque se prohibió la posesión a los particulares, sin pensar en lo ridículo que era apreciar una cosa en público y despreciarla en lo privado [345] ; eso hacía que muchos espartanos ricos tuvieran a buen recaudo el dinero fuera del país, depositado en templos o santuarios [346] . Es muy posible que Lisandro, que supuestamente se mantuvo en la más estricta pobreza, enviara aquellas riquezas para corromper la férrea moralidad de los espartanos, que de esa manera tendrían que aceptar esa nueva forma de vida basada en el imperio. Sin duda, olvidó la vieja profecía del oráculo de Delfos que anunciaba que la avaricia causaría la ruina de Esparta [347] .

Por lo demás, la tan proclamada liberación de los griegos nunca llegó. Las ciudades quedaron sometidas a los designios de Lisandro, que impuso oligarquías y decarquías para controlar a la población. En muchas ciudades se procedió a la eliminación o al exilio de los elementos democráticos. Lisandro controlaba todo este imperio ahora en manos de Esparta por medio de guarniciones; estaban formadas por un harmosta espartano al mando de un buen número de ilotas y neodamodes. El sistema ya había sido probado con éxito en Bizancio al final de la Guerra del Peloponeso. Plutarco nos ofrece un panorama de la obra política de Lisandro:

Disolvió las democracias y el resto de sistemas políticos, y en cada ciudad dejó un harmosta y diez magistrados tomados de los grupos que se habían formado en torno a su persona; y lo impuso tanto en las ciudades enemigas como aliadas [...] No elegía a los nuevos gobernantes por su riqueza o por su nobleza, sino que hizo árbitros de las recompensas y castigos a sus amigos más fieles y a sus huéspedes como forma de agradecimiento. Él mismo estuvo

presente en muchas matanzas y desterró a los enemigos de sus amigos, ofreciendo un ejemplo poco favorable de la forma en que los lacedemonios ejercían la hegemonía [348] .

Las ciudades quedaron en manos de los elementos más osados y pendencieros, que cometieron por avaricia o maldad toda clase de excesos. A esto se añadía la agitación causada por los oligarcas que regresaron con deseo de revancha.

La represión contra los elementos democráticos sería la tónica dominante en todas las ciudades del antiguo imperio ateniense. En Mileto, Lisandro permitió que los oligarcas pasaran a cuchillo a 800 hombres del bando popular. En la isla de Tasos perpetró una matanza parecida; la isla había sufrido de forma especial durante la guerra al cambiar de bando en varias ocasiones. Cuando desembarcó Lisandro en el 404, los demócratas partidarios de Atenas se escondieron temiendo la furia del navarco, el cual les convocó con buenas palabras en el templo de Heracles, la divinidad patrona de la ciudad, asegurándoles que no iban a sufrir ningún mal y prometiéndoles una reconciliación en aquella nueva etapa. Los demócratas salieron de sus escondites, pero pocos días después Lisandro dio orden de que los degollaran a todos [349] . En muchas otras ciudades el número de los demócratas ejecutados fue enorme. Lisandro permitía estas matanzas para saciar su propio rencor o bien para complacer a sus amigos. Su brutalidad, que se hizo proverbial, seguramente era debida a su propio carácter, que era duro y enérgico. Pronto circuló el dicho de que Grecia no podría soportar dos Lisandros [350] .

Bizancio y Atenas

Conocemos especialmente bien las vicisitudes de dos ciudades en estos años posteriores al final de la guerra, que pueden servir de ejemplo de la inestabilidad que causó en toda Grecia la nueva hegemonía espartana.

La ciudad de Bizancio tras la guerra estaba en serias dificultades por las disensiones internas y por las luchas contra sus vecinos tracios. Pidieron ayuda a los lacedemonios, que enviaron para poner orden en los asuntos de la ciudad a Clearco. Los bizantinos debieron de quedar atónitos al conocer su nombramiento; lo conocían de sobra, pues su cruel actuación durante la guerra había dejado un amargo recuerdo. Haciendo honor a su fama, Clearco se rodeó de un grupo de mercenarios y actuó como un verdadero tirano; en primer lugar, convocó a los magistrados como para realizar un sacrificio, y les dio muerte; a continuación estranguló a los 30 bizantinos más prominentes y se hizo con las haciendas de todos ellos; contra otros ciudadanos lanzó falsas acusaciones, y a unos les dio muerte y a otros les obligó a salir al exilio. Con el dinero conseguido y con su numeroso cuerpo de mercenarios se afianzó en el poder.

Cuando su crueldad fue conocida, los espartanos despacharon embajadores para que abandonara su poder tiránico. Como no hizo caso, enviaron una fuerza militar bajo el mando de un tal Pantedas. Al saber Clearco que se acercaba, pasó su pequeño ejército a Selimbria y se adueñó de la ciudad, que la consideró una base de guerra más segura, así que allí movió su tesoro y sus tropas. Incluso se atrevió a hacer frente a las tropas lacedemonias de Pantedas en un lugar cercano llamado Poro. Tras una lucha encarnizada los espartanos vencieron, pero Clearco puedo escapar con algunos fieles y se refugió junto al sátrapa Ciro en Lidia. Ciro vio en él al hombre idóneo, por su osadía y fiereza, para ayudarle a arrebatar el trono de Persia a su hermano; le dio fondos y le encargó que de forma disimulada contratara el mayor número de mercenarios que

pudiera. Clearco, convertido en soldado de fortuna, murió en el 401, durante esa campaña en el corazón del Imperio persa. Jenofonte, que lo conoció personalmente, decía que era un hombre de semblante tenebroso y voz áspera; un apasionado de la guerra que infundía temor a sus propios soldados, a los que castigaba con dureza; de hecho, Clearco solía repetir que un soldado debe temer más a sus jefes que a los enemigos [351] .

En Atenas, la oligarquía impuesta por los espartanos tras la guerra se había ganado el odio de todos los atenienses por su crueldad y avaricia. Los Treinta Tiranos se sostenían gracias a la guarnición espartana instalada a los pies de la Acrópolis. En primer lugar ajustaron cuentas con los elementos democráticos, pero más tarde, cegados por el poder absoluto, se apropiaron de las riquezas de los particulares, a los que se enviaba al destierro o se condenaba a muerte sin juicio. Habían confeccionado una lista de 3.000 ciudadanos que tenían todos los derechos y que podían participar de forma exclusiva en los asuntos públicos.

Los demócratas atenienses buscaron refugio en Tebas y Mégara, que ya no estaban en sintonía con Esparta. Esas ciudades desafiaron los decretos espartanos que prohibían en todas partes acoger a los exiliados de Atenas y ordenaban que fueran entregados a los Treinta, amenazando a los infractores con multas de cinco talentos y con la exclusión de los tratados. Tebas, de manera particular, aprobó su propio decreto por el que la ciudad quedaba abierta a cualquier ateniense que solicitara asilo e imponía una multa de un talento a todo aquel que no lo acogiera [352] . Desde Tebas los exiliados, dirigidos por Trasibulo que había sido brillante estratego en los años finales de la Guerra del Peloponeso, atacaron el Ática en el invierno del 404/3; lograron ocupar el Pireo, donde resistieron los continuos ataques de los Treinta. Finalmente, los oligarcas pidieron ayuda a Lisandro, que se hizo nombrar harmosta de Atenas. Con la ayuda de su hermano Libis, que actuaba como navarco, las tropas de Lisandro bloquearon el Pireo por tierra y por mar.

Pero el rey Pausanias no estaba de acuerdo ni con la política ni con la excesiva autoridad de Lisandro, y tras convencer a la mayor parte de los éforos, sacó el ejército en campaña contra Atenas [353] . Se

trataba de un gran ejército que podía aplastar sin problemas a los rebeldes, pero no eran esas las intenciones del rey. Tras una escaramuza ante el Pireo, Pausanias convenció a los demócratas para que acudieran ante los éforos a negociar; por supuesto, estos dos éforos que lo acompañaban eran enemigos de Lisandro y estaban dispuestos a una salida pacífica del conflicto y a la supresión de la oligarquía.

La habilidad diplomática de Pausanias consiguió la reconciliación de los atenienses, lo que implicaba la proclamación de una amnistía y el regreso a su anterior régimen democrático. Los atenienses, en agradecimiento, enterraron a los espartanos que habían muerto en los combates del Pireo en un lugar destacado: en el Cerámico, tras cruzar la puerta de Dípilon, en el camino que conducía a la Academia; era el demósion séma, el cementerio de los caídos por la patria. En una estela se inscribieron los nombres en alfabeto laconio, y la fortuna ha querido que todavía sean legibles los nombres de los dos polemarcos mencionados por el historiador Jenofonte: Querón y Tríbaco. A continuación Pausanias licenció el ejército y regresó a Esparta. Allí, sus enemigos lo llevaron a juicio ante un tribunal formado, como era preceptivo, por los 28 ancianos de la Gerousía, los cinco éforos y el otro rey. Salió absuelto, aunque 14 ancianos y el rey Agis lo consideraron culpable [354] .

Aquel fue el primer golpe a la vanidad y orgullo de Lisandro, que tras la guerra se creía todopoderoso. Lisandro defendía una política abiertamente imperialista, mientras que Pausanias prefería una política tradicional, más modesta, que asegurase la hegemonía en el Peloponeso manteniendo el equilibrio de fuerzas en Grecia. Lo cierto es que en vista de la enorme impopularidad de las decarquías por todo el mundo griego, a principios del 402 los éforos las abolieron.

El castigo de los eleos

Aquel año del 402 los éforos y la Asamblea decidieron «meter en cintura» a los eleos. Era el momento oportuno para el desquite. Tenían una larga lista de agravios contra ellos: en primer lugar, porque se habían aliado con los atenienses en tiempos de Alcibíades; en segundo lugar, por el asunto de Licas, al que habían azotado y despreciado en los Juegos Olímpicos del año 420; pero sobre todo, porque los habían excluido de las pruebas hípicas y gimnásticas. La marginación de las competiciones en Olimpia por parte de los eleos había afectado profundamente a los espartiatas acaudalados, que se dedicaban con esmero a criar caballos para las carreras, y a quienes se les había privado de la oportunidad de hacer, gracias a esta actividad, una exhibición de poder.

En un primer momento, por medio de embajadores instaron a los eleos a dejar libres las ciudades vecinas que habían sometido, pero ante su negativa los éforos decretaron la movilización. Agis dirigía el ejército, que apenas pudo actuar, pues un terremoto sacudió el país. Los lacedemonios, siempre tan supersticiosos ante estas señales de mal augurio, decidieron retirarse, y los eleos se salvaron por el momento.

Al año siguiente Agis se presentó de nuevo, esta vez acompañado por muchos aliados: beocios, corintios e incluso atenienses (que tras la guerra se habían convertido en aliados). Saquearon a conciencia el territorio de los eleos y penetraron en el santuario, donde el rey realizó un solemne sacrificio a Zeus. Luego se dirigieron a Élide y saquearon los arrabales y los gimnasios, pero se cuidaron de tomar la ciudad, aunque carecía de murallas y no era obstáculo para un ejército tan numeroso. Optaron por agotar a los eleos saqueando el país durante el invierno y el verano siguientes, hasta que por fin les obligaron a pedir la paz sin condiciones.

Esparta les exigió devolver las ciudades de la región de Trifilia, admitir a los espartanos en los juegos e integrarse en su alianza;

como prueba de generosidad, les permitieron seguir organizando los juegos y ostentar la presidencia del santuario de Zeus Olímpico, pues tuvieron que reconocer públicamente que ningún otro pueblo podría hacerlo de forma tan eficiente.

Agesilao II

En el 400 murió el rey Agis II y se planteó un problema sucesorio. Su mujer Timea había dado a luz un hijo llamado Leotíquidas, pero era del dominio público que ese hijo era fruto de las relaciones adúlteras de la reina con Alcibíades. Sin embargo, cuando Agis volvía muy enfermo a Esparta, la comitiva se detuvo en la ciudad de Herea, en Arcadia, y allí, antes de morir, delante de numerosos testigos lo reconoció como hijo legítimo, ante la insistencia del joven y de sus amigos.

Pero Lisandro intervino en favor de otro candidato, el hermano del rey difunto, que se llamaba Agesilao, de quien se decía que en su juventud había sido amado por Lisandro. Además, contaba con el apoyo de muchos espartiatas, pues Agesilao, como hijo de rey pero que no estaba destinado al trono, había realizado la agogé y había recibido la misma dura educación que todos los demás. Por eso dicen las fuentes que conectó con sus súbditos y comprendió mejor el genio de su pueblo, pero eso también le hizo ser duro e intransigente como persona, un hombre violento y terco, amante de la guerra desde el principio hasta el final de su vida. Era de pequeña estatura, de escasa corpulencia y cojo de uno de los pies. Esto le daba cierto aspecto de fealdad, y todos cuando lo conocían por primera vez lo menospreciaban. Su padre, el rey Arquidamo, había tomado por esposa a una mujer rica pero pequeña y fea llamada Lampito. Esto no gustó nada a los éforos, que le impusieron una multa «porque no nos darás reyes sino reyezuelos» [355] .

Además, el partido de Leotíquidas sacó a la luz un oráculo que avisaba de las desgracias que se abatirían sobre Esparta en el caso de que reinase un cojo:

Vigila, Esparta, aun siendo orgullosa,

no sea que a ti, de pies fuertes, te nazca una realeza coja,

pues por largo tiempo inesperadas enfermedades te dominarán,

agitada por la ola de la guerra funesta [356] .

Sin embargo, Lisandro interpretó de forma metafórica el oráculo, indicando que se refería al carácter ilegítimo de Leotíquidas: Esparta estaría coja cuando los bastardos reinaran en lugar de la casa de los Heraclidas.

La autoridad de Lisandro se impuso, y Agesilao, a sus 40 años, subió al trono de Esparta, dentro de la casa real de los Euripóntidas. Lisandro pensó que a partir de ese momento Agesilao quedaría ligado a su persona y que le serviría como apoyo para enfrentarse al otro rey, Pausanias.

La conspiración de Cinadón

Aún no hacía un año que reinaba Agesilao cuando se descubrió una peligrosa conspiración. Alguien denunció a los éforos a su principal instigador, un tal Cinadón. El delator contó ante los éforos que cierto día, en el ágora de Esparta, Cinadón se había reunido con él y que le había pedido que contara en ese momento cuántos espartiatas había en aquel lugar lleno de gente. Contó unos cuarenta y Cinadón le abrió los ojos diciendo: «Esos son tus enemigos y tus aliados los demás, más de 4.000». Semejante afluencia de gente en el ágora de Esparta no sería habitual, por lo que podemos suponer que sería con ocasión de los funerales del rey Agis, que fueron especialmente grandiosos. Al parecer, Cinadón –del que solamente sabemos por Jenofonte que «no era de los iguales», sin más especificaciones– había buscado apoyo y colaboradores en todos los estratos sociales por debajo: entre los ilotas, los neodamodes, los periecos y «los inferiores» (hypomeíones). Según decía Cinadón, todos ellos, si pudieran, se comerían a los espartiatas «incluso crudos».

Cinadón fue detenido por orden de los éforos, y bajo tormento descubrió sus intenciones y delató a sus colaboradores. Finalmente se le preguntó por qué había tramado tal conspiración, a lo que Cinadón simplemente dijo: «No quería ser menos que nadie en Lacedemonia» [357] . Como castigo, se le paseó por la ciudad con una argolla al cuello mientras se le azotaba y pinchaba. Polieno, sin embargo, dice, y parece más creíble, que los éforos eliminaron a todos los conjurados con la habitual discreción de Esparta [358] . Tal como había dicho Aristóteles –que pone a Cinadón como ejemplo de ello–, las revueltas no se producen solo por la desigualdad de la propiedad sino también por los honores: «Cuando son muchos los privados de honores y los pobres, la ciudad está llena de enemigos» [359] .

Agesilao en Asia

En el 397, Esparta decidió intervenir con más decisión en Asia. Desde el final de la Guerra del Peloponeso había prestado mucha atención a aquella zona tan lejana y que estaba llena de ciudades griegas pobladas por gentes de estirpe jonia. Nada más terminar la guerra, apoyaron a Ciro el Joven en su gobierno de la satrapía; así devolvían el favor a un aliado fiel en tiempos de la guerra contra Atenas, y al mismo tiempo mantenían bajo su esfera de dominio en las ricas ciudades griegas de Asia Menor. Poco después Ciro se embarcó en una empresa arriesgada: arrebatar el trono a su hermano. Para ello contrató los servicios de 10.000 mercenarios griegos, gentes que al término de la Guerra del Peloponeso habían quedado desocupadas (su líder era Clearco, aquel espartano rebelde).

Cuando Ciro murió en una batalla cerca de Babilonia como consecuencia de aquella alocada empresa, Tisafernes fue nombrado sátrapa de Lidia y Jonia, y exigió de inmediato la sumisión de las ciudades griegas. Éstas enviaron embajadores a Esparta pidiendo ayuda, y se les mandó al harmosta Tibrón con 1.000 neodamodes y 4.000 peloponesios; también se sumaron a la expedición 300 jinetes atenienses, simpatizantes con Esparta, a los que la ciudad dejó partir con mucho gusto. En Asia, Tibrón reclutó más soldados, pues, como dice Jenofonte, «todas las ciudades entonces obedecían las órdenes de un lacedemonio» [360] .

Tibrón se limitó a proteger el territorio de la costa donde se situaban las ciudades griegas, poniéndolo a salvo del pillaje y las incursiones persas, pero muy pronto (en el 399) fue sustituido por Dercílidas. Los jonios estaban muy descontentos con Tibrón; se quejaban de que pasaba el tiempo en su territorio, de modo que se había convertido en una carga permanente para los aliados que debían pagar el estacionamiento y aprovisionamiento del ejército.

Mientras, a Dercílidas se le llamaba «el Sísifo» por su astucia [361] y

había dado muestras de grandes dotes militares en la guerra contra los atenienses. Jenofonte nos dice que era amigo de estar siempre de viaje; es muy posible que no se encontrara a gusto en su patria por su carencia de distracciones y comodidades; además, como solterón empedernido que era, sabía que estaba allí expuesto a la reprobación pública. No parece que fuera un espartano típico. Lo cierto es que mostró un talante más abierto y humano que Tibrón en su trato con los jonios. En general, los espartanos despreciaban a los griegos de Jonia por blandos y afeminados; pensaban que habían sido corrompidos por la proximidad de los bárbaros de Asia y que no eran capaces de pelear y sufrir. Lisandro lo había resumido de forma brutal al decir de ellos: «Buenos como esclavos, malos como hombres libres» [362] .

Al ver que los dos sátrapas del occidente, Farnabazo al norte y Tisafernes al sur, desconfiaban el uno del otro, llegó a un acuerdo con Tisafernes y lanzó sus tropas contra Farnabazo. Dercílidas tenía algo personal contra él: durante la guerra contra los atenienses en los Estrechos, cuando Lisandro era navarco de la flota, Farnabazo lo había acusado falsamente, y en castigo, se le obligó a mantenerse firme con el escudo; era el castigo habitual para un soldado que hubiera quebrantado una norma de disciplina y que un hombre de la categoría de Dercílidas sintió como una humillación enorme.

En el 396, el nuevo rey Agesilao se puso al frente de una nueva expedición, un hecho inusual que indica el interés de Esparta en aquella parte del mundo griego. Contaba con 2.000 neodamodes y 6.000 aliados; espartanos solo eran el rey y sus 30 consejeros, entre los que figuraba Lisandro. Es muy posible que éste, un hombre muy poderoso en Esparta, hubiera influido en la elección de Agesilao porque deseaba volver a Asia y restablecer las decarquías que los éforos habían eliminado en algunos lugares debido a su impopularidad, permitiendo a las ciudades que se gobernasen por su sistema político tradicional. En el caso de Agesilao, su deseo, tras subir al trono de forma tan imprevista, sería conseguir gloria y reconocimiento. Un buen ejemplo de este talante fue su intento de sacrificio en Áulide, el puerto de la costa de Beocia donde, según Homero, se había reunido la gran flota de los griegos contra Troya. El rey espartano quería sin duda comparar su expedición asiática con la que dirigió el mítico rey Agamenón. Sin embargo, los

dirigentes beocios, al enterarse de que Agesilao sacrificaba a Atenea en aquel lugar sin su permiso, enviaron rápidamente jinetes que interrumpieron la ceremonia e incluso arrojaron del altar al suelo las víctimas que habían sido sacrificadas. Por este hecho Agesilao conservó siempre un odio profundo contra los tebanos. A pesar de este mal agüero, la campaña de Agesilao en Asia estuvo llena de éxitos.

Una vez que hubieron llegado a Asia, todos acudían a Lisandro y le hacían la corte, pues estaban muy recientes sus grandes éxitos en la guerra; además, durante su paso por esas regiones había establecido numerosos contactos con los oligarcas de las ciudades.

Nadie fue más respetado ni más temible que Lisandro, ni ningún otro hombre hizo mayores bienes a sus amigos ni males a sus enemigos. Como eran cosas todavía recientes, al ver a Agesilao sencillo y llano en su trato, mientras Lisandro mantenía la misma dureza, crueldad y concisión de palabra, todos se echaban a sus pies, y a él solo se dirigían. Era algo que los demás espartiatas llevaban mal, porque parecían más servidores de Lisandro que consejeros del rey [363] .

El carácter y la ambición personal de Agesilao no pudieron consentir esta situación, y tras hacer numerosos desaires a Lisandro, lo apartó de su lado y lo envió al Helesponto. Poco después un despechado Lisandro volvió a Grecia.

Tomando Éfeso como base de operaciones, Agesilao devastó la satrapía de Farnabazo durante el 396 y el 395, e incluso infligió una dura derrota al otro sátrapa, Tisafernes, en la batalla de Sardes, demostrando grandes cualidades como general. Pero tenía dos carencias militares de importancia: la caballería, que era totalmente necesaria en aquellas regiones, y una flota realmente operativa. Por su parte, los persas habían aportado fondos para conseguir una flota de 300 naves fenicias, que, por consejo del sátrapa Farnabazo, se puso bajo las órdenes del experimentado Conón, aquel que había escapado del desatre de Egospótamos y que vivía refugiado en

Chipre. En el verano u otoño del 396, Conón, al mando de la flota persa, se hizo con el control de Rodas, una gran base naval que puso las cosas aún más difíciles a Agesilao.

El Gran Rey había ejecutado a Tisafernes por su incompetencia y había nombrado como sucesor a Titraustes, que entró en negociaciones con Agesilao ofreciéndole volver al statu quo anterior, por el que los espartanos retirarían sus fuerzas de Asia y las ciudades griegas serían consideradas autónomas, aunque deberían pagar un tributo al Gran Rey. Pero mientras se desarrollaban las negociaciones, los dos bandos se preparaban para seguir la guerra: Agesilao ordenó a las ciudades que construyeran una flota, y los persas, por su parte, enviaron al rodio Timócrates a Grecia con una gran suma de dinero para repartir en Tebas, Argos y Corinto, y animarlas a declarar la guerra a Esparta. Atenas, deseosa de reconstruir su poder marítimo, se unió con gusto a la empresa.

La muerte de Lisandro

Nunca fue difícil encontrar motivos para iniciar una guerra. Los tebanos persuadieron a sus aliados, los locrios del oeste, para que dejaran de pagar tributo por una pieza de tierra que los focidios les habían cedido. Como era de esperar, los focidios atacaron a los locrios, que solicitaron la ayuda de Tebas, y los focidios a su vez llamaron en su auxilio a los espartanos. Éstos acudieron con gusto porque querían saldar cuentas pendientes con los tebanos, a quienes les acusaban de haber acogido a los demócratas atenienses en contra de sus órdenes (en tiempos de los Treinta Tiranos) y de haber impedido el sacrificio de Agesilao en Áulide. Querían poner fin a su insolencia y parecía el momento oportuno, porque en Asia todo iba bien en la campaña de Agesilao, y en la propia Grecia no había ninguna guerra por entonces.

Los éforos decretaron la movilización general y enviaron por delante a Lisandro para que se pusiera al frente de las tropas focidias aliadas y se concentrara cerca de la localidad beocia de Haliarto: allí debía esperar a que se le unieran las fuerzas peloponesias al completo, bajo el mando del rey Pausanias. Pero Lisandro atacó la ciudad; sin duda no deseaba compartir la gloria con Pausanias, su enemigo personal desde los hechos de Atenas. En el confuso combate habido junto a las murallas, Lisandro cayó muerto y sus tropas se retiraron en desbandada.

Poco después llegó Pausanias y valoró la situación: los tebanos estaban envalentonados con su reciente victoria y el cuerpo de Lisandro se hallaba junto a las mismas murallas de la ciudad, de modo que sería muy difícil recuperar su cadáver sin sufrir grandes bajas; además, sabía que las tropas aliadas le acompañaban con desgana. Decidió entonces recobrar el cadáver bajo acuerdo. Los tebanos solo aceptaron entregar los cuerpos de los caídos si Pausanias se retiraba de Beocia.

Los espartiatas más ancianos se llenaron de indignación, y presentándose ante el rey, le instaron a que no recuperara el cadáver de Lisandro por medio de tratados, sino por las armas, y que solamente tras luchar en torno a su cuerpo y vencer en el combate, se le diera sepultura; en el caso de ser derrotados, yacerían allí con gloria junto a su general [364] .

Finalmente se impuso la decisión de Pausanias. Como era de esperar, fue acusado en Esparta por su actuación lenta y temerosa. Prefirió no presentarse ante el tribunal y fue condenado a muerte en rebeldía. Se retiró a Tegea como suplicante del templo de Atenea Alea, donde murió de enfermedad no antes del 381.

Una vez rescatado el cuerpo de Lisandro, se le enterró muy cerca, en el camino que iba de Coronea a Delfos. En Esparta se descubrió tras su muerte la gran pobreza de su casa, a pesar de que Lisandro había inundado su patria con el botín de la guerra, los obsequios de los reyes y de las ciudades. De hecho, los prometidos de sus hijas rompieron su compromiso al conocer la pobreza de Lisandro y los éforos los multaron por su conducta [365] . Dicen que también encontraron en su casa documentos donde explicaba los cambios que quería introducir en la constitución espartana. Pensaba abolir la realeza hereditaria para que el poder real recayera en aquellos espartanos que destacasen por sus méritos, por su virtud y por sus hazañas. Es posible que intentara reaccionar ante un sistema que no valoraba los méritos y donde la familia y las relaciones condicionaban las carreras militares y políticas; esa era la razón por la que había tantos magistrados y oficiales superiores que demostraban incompetencia y pocas aptitudes para la estrategia y la política.

Lisandro era consciente de que los espartanos eran muy inclinados a los oráculos, más que ningún otro pueblo; sabía que les concedían una importancia extraordinaria en el debate político y los asuntos públicos (como había comprobado en el momento de la ascensión al trono de Agesilao). Esto se debía al propio carácter de los espartanos, cuyas decisiones debían contar con el beneplácito de los dioses y no debían quedar expuestas al azar o la confusión: los espartanos querían moverse dentro de mandatos claros. Por otro

lado, la confirmación de las decisiones por parte de los dioses evitaba disensiones internas y aseguraba la armonía social dentro de la comunidad, algo que era crucial para el Estado espartano.

Sabiendo todo eso, Lisandro, a su vuelta de Asia, trató de usarlos en su beneficio: primero intentó sin éxito sobornar a la Pitia de Delfos para que emitiera un oráculo favorable a sus reformas políticas; luego, por medio de ciertos intermediarios, probó a hacer lo mismo en el oráculo de Dodona; por último, viajó personalmente al santuario de Zeus-Amón, en el oasis de Siwah, llevando consigo una gran suma de dinero para corromper a los sacerdotes. Los espartanos estaban muy vinculados a este santuario debido a la ciudad doria de Cirene, fundada en el siglo VI en la costa africana. Además, Lisandro tenía buenos contactos en aquellas regiones: el rey, llamado Libis, era huésped de su padre (por esa razón el hermano de Lisandro había recibido el nombre de Libis). A pesar de eso, los sacerdotes del oráculo denunciaron en Esparta el intento de soborno de Lisandro. Cuando volvió a Esparta, se le llevó a juicio, pero hizo una convincente defensa y Lisandro salió absuelto de todo cargo.

No fue la avaricia sino el orgullo la debilidad de Lisandro, tal como había pasado con Pausanias después de Platea. Lisandro había vencido a los atenienses, había puesto fin con su inteligencia y habilidad militar a una larga guerra, y había entregado a los espartanos la hegemonía sobre todos los griegos; pero ahora, por el férreo ordenamiento constitucional de Esparta, era relegado y volvía a ser uno más. Lisandro consideraba injusto que solo los descendientes de los Heraclidas ostentasen el honor del mando en la ciudad, únicamente por razón de su linaje, y que hombres virtuosos y nobles fueran apartados del poder. Sería muy difícil que Lisandro –que había gozado de un poder enorme sobre tantos hombres y ciudades, que era casi adorado en algunos lugares– volviese a cubrirse con el manto y pasear como un simple particular en Esparta. Por si eso fuera poco, Lisandro se había sentido profundamente despreciado por los reyes; primero, por Pausanias, en el 403, durante su actuación en Atenas, favoreciendo a los demócratas; y luego, por Agesilao, su protegido, el hombre que le debía el trono, en la campaña asiática de Jonia. Seguramente Aristóteles tenía en mente el caso de Lisandro cuando criticó la

magistratura de los navarcos en Esparta:

Pues es causa de discordias; porque, además de los reyes, que son generales perpetuos, la navarquía se ha convertido en otra realeza [366].

La Guerra de Corinto

Tras la derrota de Haliarto, en el 395/4, los atenienses, corintios, beocios y argivos concluyeron una alianza [367] , pensando que sería fácil acabar con la hegemonía de los espartanos si las ciudades más importantes actuaban de común acuerdo.

La muerte de Lisandro en Haliarto y el exilio del rey Pausanias obligaron a los espartanos a reclamar el regreso de Agesilao de Asia, el cual en la primavera del 394 partió rumbo a Grecia. Como ahora no poseía el dominio del mar, Agesilao tuvo que volver por tierra, siguiendo en gran medida la misma ruta que había hecho Jerjes en su expedición del 480. Atravesó el Helesponto, Tracia, Macedonia y Tesalia hasta llegar a Beocia con sus tropas.

Entretanto, en el Peloponeso, los espartanos intentaron reaccionar. Los éforos habían decretado la movilización general, y como el hijo de Pausanias, llamado Agesípolis, todavía era joven, se envió al frente de las tropas a su tío Aristodemo. Según Jenofonte, formaron 6.000 hoplitas lacedemonios (espartanos y periecos) apoyados por 3.000 eleos, 1.500 sicionios y más de 3.000 hombres de Epidauro y Trecén. Se enfrentaron a los argivos, atenienses, beocios, corintios y eubeos en las cercanías del río Nemea, que discurre al oeste de Corinto, en la frontera con Sición. Fue una gran victoria para los espartanos, que de nuevo demostraron sus grandes cualidades para las batallas de hoplitas en campo abierto.

A mitad del verano Agesilao había llegado al centro de Grecia. Allí recibió tropas de refuerzo y se enfrentó a los tebanos, atenienses, argivos, corintios, eubeos y locrios en la batalla de Coronea. Ese día, según cuenta Jenofonte, se vio el sol en forma de media de luna, un eclipse que los astrónomos han fechado el 14 de agosto de 394. Cada bando contaba con unos 20.000 hombres. Agesilao formó con sus soldados en el ala derecha, y los de Orcómeno, sus fieles aliados en Beocia, ocuparon el ala izquierda; enfrente se situaron los tebanos y los argivos. En el choque que siguió, Agesilao aplastó

a los argivos, que huyeron a la carrera hacia las estribaciones del monte Helicón, pero en la otra ala los de Orcómeno habían sido barridos por los tebanos, que en su avance alcanzaron el campamento enemigo. Agesilao, cegado por su odio a los tebanos, volvió sobre sus pasos y buscó el choque frontal de los ejércitos. La lucha fue tan encarnizada que Agesilao recibió numerosas heridas, pese a la protección de su guardia personal. Al final, los tebanos rompieron las líneas enemigas y consiguieron reunirse con las tropas argivas del monte Helicón. Formalmente la victoria había sido para los espartanos y sus aliados, pues habían permanecido firmes sobre el campo de batalla (y concedieron luego el permiso a los tebanos para recoger sus muertos, la típica señal de victoria), pero Agesilao detuvo su avance y se retiró a Delfos, donde curaron sus heridas. Más adelante regresó a Esparta cruzando el golfo de Corinto, ya que el paso por el Istmo estaba vedado a los espartanos.

La alegría por las victorias en Nemea y Coronea se vio empañada por las noticias nada esperanzadoras que venían de Asia. Agesilao había dejado una guarnición de 4.000 hombres con un harmosta para la defensa de las ciudades griegas, y había entregado la flota a Pisandro, el hermano de su mujer, aunque su experiencia en el mar era muy escasa. Las autoridades espartanas habían concentrado el mando de los dos ejércitos en Agesilao durante esta campaña de forma extraordinaria para que fuera más eficiente, pero dejaron a Agesilao la facultad de nombrar navarco a otro si lo veía preciso.

La flota de Pisandro se encontró con la flota persa, que dirigían Conón y el persa Farnabazo, en las proximidades de Cnido en el verano del 394. La flota lacedemonia fue derrotada, y el propio Pisandro pereció en el combate. A continuación Conón, junto con Farnabazo, costeó Asia liberando todas las ciudades de las guarniciones y harmostas espartanos, en un periplo que le llevó hasta Bizancio. Los espartanos solo conservaron Abido y Sesto, en el Helesponto, en donde concentraron todas sus fuerzas. Luego Conón cruzó el Egeo, ocupó Citera en el 393 y expulsó a su población; desde allí saqueó la zona costera de Laconia y de Mesenia; por último, regresó a Atenas (tras doce años de ausencia), donde fue recibido triunfalmente. Con el dinero que traía se reconstruyeron totalmente los muros de la ciudad y del Pireo.

En esos momentos, los espartanos habían renunciado a Asia y a la hegemonía naval en el Egeo, habían perdido el control de Grecia central, con la excepción de la Fócide y Orcómeno, y se encontraban encerrados en el Peloponeso. Los combates tuvieron lugar principalmente en territorio de Corinto, por lo que se conoce como Guerra de Corinto (395-387).

La ciudad había salido muy debilitada de la Guerra del Peloponeso; ya no era la gran potencia económica y militar de antaño, y además, estaba seriamente afectada por las revueltas políticas. En la primavera del 392, el bando antiespartano masacró a sus oponentes políticos, los aristócratas que estaban sumamente molestos por la devastación del territorio y que eran partidarios del entendimiento con Esparta. Argos, que mantenía su ambición de dominar la zona, consiguió que se declarase una igualdad de ciudadanía (isopoliteía) entre argivos y corintios, lo cual fue el primer paso para crear junto con la ciudad de Corinto una sola unidad política [368] . Esto fue, por supuesto, un duro golpe para Esparta, por cuanto la rivalidad entre estas dos ciudades le había servido políticamente para dividir y dominar en el Peloponeso desde tiempo atrás. Ya no hubo batallas campales sino pequeñas escaramuzas que tenían como objetivo tomar puntos estratégicos. Lequeo, el puerto de Corinto en el golfo del mismo nombre, era uno de ellos. Los espartanos con gran esfuerzo lo capturaron, y desde esa posición acosaban a los enemigos.

Soldados profesionales y mercenarios

Los atenienses habían estacionado en Corinto una fuerza de mercenarios al mando de Ifícrates, un ateniense de origen humilde que se reveló como uno de los mayores generales de su época. Éste había perfeccionado el equipamiento y el entrenamiento de sus tropas, que ahora estaban armados con un escudo redondo de mimbre llamado pélta que daba precisamente nombre a este tipo de soldado, peltasta; estos nuevos escudos eran muy ligeros y permitían mayor movilidad que los antiguos escudos redondos; con ese mismo propósito la coraza de malla de bronce fue sustituida por una de tela más liviana; hizo más largas las lanzas y las espadas, e incluso creó un nuevo tipo de calzado para sus soldados, ligero y fácil de desatar, que se conoció desde entonces como ificrátidas.

La forma de hacer la guerra evolucionaba por obra y gracia de la afluencia de mercenarios, que muchas veces formaban unidades de apoyo, especializadas en algún tipo de arma, como arqueros, honderos y tropas de caballería. Los espartanos, para no quedarse atrás, tuvieron que contratar (usando el dinero que proporcionaba su imperio) también a mercenarios especializados, como arqueros cretenses ya mencionados por Jenofonte [369] .

Por lo demás, los espartanos se mostraban reacios a las novedades. Cuando aparecieron las nuevas espadas de Ifícrates, más largas, los espartanos mantuvieron sus espadas cortas con la consiguiente burla de los enemigos, que iban diciendo que los tragasables de las ferias usaban en sus actuaciones las espadas espartanas por lo pequeñas que eran. Pero cuando preguntaban a los mismos espartanos: «¿Por qué usáis espadas cortas?», éstos respondían orgullosos: «Para acercarnos más a los enemigos» [370] . El valor, pensaban equivocadamente los espartanos, era el único elemento clave de la guerra; en eso insistían en su preparación desde niños, y por eso al hijo que decía que tenía la espada corta, el padre le replicaba: «Pues añade un paso» [371] .

Por primera vez los espartanos tenían que enfrentarse a fuerzas profesionales bien entrenadas que además usaban nuevas tácticas que ponían en jaque los viejos sistemas de combate de los hoplitas. Se encontraron, como es natural, con serias dificultades. El propio Aristóteles lo reconoce como evidente: «Superaron a los demás mientras fueron los únicos en entregarse a severos ejercicios» [372] . Hasta ese momento ellos habían sido los únicos que se dedicaban en exclusiva a la milicia. Jenofonte había escrito:

Los demás son meros improvisadores en cuestiones militares, y los lacedemonios los únicos artistas en los asuntos de la guerra [373] .

Incluso en tiempos de Agesilao todavía los bien entrenados soldados espartanos se las tenían que ver con soldados aficionados, como se demuestra en la famosa anécdota que cuenta Plutarco:

Ordenó a todos los aliados que se sentaran mezclándose unos con otros, y a los lacedemonios en un grupo aparte. Luego anunció con el heraldo que se levantaran en primer lugar los alfareros, y cuando éstos se levantaron, en segundo lugar los herreros, luego, uno tras otro, los carpinteros y albañiles y así con los demás oficios. En consecuencia, se levantaron casi todos los aliados, pero ninguno de los lacedemonios; pues les estaba prohibido ejercer un oficio y aprender una actividad manual [374] .

Ese profesionalismo se hacía evidente en la uniformidad que se intentó dar a los soldados espartanos en sus armas y en su vestimenta, algo que fue imitado por las demás ciudades. Por supuesto, era fruto de un largo proceso.

Los espartanos llevaban una túnica púrpura que consideraban la más apropiada para la guerra, porque generaba temor a los enemigos inexpertos y disimulaba las heridas. Debió de ser una

costumbre temprana; recordemos que Esparta era una de las grandes productoras de púrpura en el mundo griego. Los escudos llevaban, como pasaba en otros lugares, el emblema o blasón exclusivo del propietario. Plutarco nos recuerda que un espartano llevaba dibujada una mosca de tamaño natural. Cuando le dijeron que así pasaba inadvertido, replicó: «Me acerco al enemigo hasta tal punto que mi emblema pueda ser visto por él a su tamaño natural» [375] . No sabemos exactamente en qué momento los espartanos comenzaron a grabar la lambda (la primera letra griega de «lacedemonios») en sus escudos. La mención es tardía: un léxico de Focio del siglo IX d. C. que recoge una cita del cómico ateniense Éupolis del siglo v . Pero en el siglo IV , el sistema estaba extendido, e incluso otras ciudades lo habían copiado, como podemos saber por una noticia de Jenofonte: durante la Guerra de Corinto, un harmosta espartano pintó la sigma en los escudos de sus hombres y engañó a los argivos, que equivocadamente buscaron el combate pensando que tenían delante a los débiles sicionios [376] .

Ifícrates recorrió Arcadia y saqueó todo el territorio sin encontrar oposición, ya que los hoplitas arcadios no salían fuera de las murallas por miedo a sus peltastas. Los lacedemonios se burlaban diciendo que los aliados temían a los peltastas de Ifícrates «como los niños al coco» [377] , pero cerca de Lequeo sufrieron ellos mismos la fuerza letal de estos nuevos combatientes cuando toda una mora (compañía o batallón) de espartanos fue masacrada. Como ya se ha dicho, los soldados de Amiclas tenían la costumbre de volver a casa, incluso en tiempos de guerra, para participar en las Jacintias. Por ello, estando acantonados en Lequeo, partieron desde allí hacia Esparta escoltados por una mora de 600 hombres.

Precisamente cuando esta escolta volvía a su posición de Lequeo fue sorprendida mientras avanzaba cerca de Corinto por los peltastas de Ifícrates. Los hoplitas espartanos formaron para repeler el ataque, pero los ligeros peltastas se volvían y se dispersaban; luego, cuando los hoplitas se retiraban, los acosaban de nuevo y lanzaban sus jabalinas, matando a muchos. Al empeñarse el polemarco en mantener el combate en lugar de retirarse, la matanza fue enorme. Entre los caídos había 250 espartanos.

Como tal desastre no era habitual entre los lacedemonios, hubo

mucho duelo en el ejército, con excepción de los hijos, padres o hermanos de los muertos: éstos se paseaban contentos y ufanos por la desgracia familiar, como vencedores [378] .

La Paz del Rey

En el 389 Ifícrates se embarcó por orden de Atenas y puso rumbo hacia los Estrechos, la zona estratégica para la ciudad, y allí acabó con las últimas fuerzas espartanas en Asia. Atenas selló alianzas con Bizancio y Calcedón e impuso un peaje del 10% a todos los barcos que pasaban por el Bósforo. Ifícrates firmó, además, tratados con los dos reyes de Tracia, recuperó Lesbos y recaudó tributo de algunas ciudades de Asia Menor.

Por supuesto, esta expansión de Atenas en la zona despertó el miedo de los persas ante la posibilidad de que resurgiera un nuevo imperio marítimo ateniense. Los espartanos jugaron esa baza y firmaron un tratado con los persas en el 388. Antálcidas fue nombrado navarco, y con el apoyo de Persia se hizo con una flota de 80 naves con la que cerró el Helesponto, impidiendo el suministro de trigo que procedía del mar Negro hacia Atenas, una estrategia que ya en los años finales de la Guerra del Peloponeso se había probado con éxito.

Entonces los atenienses se mostraron dispuestos a negociar; se reunieron todos los griegos en Sardes y firmaron una paz, que es conocida como la Paz del Rey o Paz de Antálcidas en el año 386. El texto, tal como lo recoge Jenofonte, dice:

El rey Artajerjes considera justo que sean suyas las ciudades de Asia, y las islas de Clazómenas y Chipre; que las restantes ciudades griegas, grandes y pequeñas, sean libres, excepto Lemnos, Imbros y Esciros; que estas sean de los atenienses como antaño. A cuantos no acepten esta paz, a esos yo les llevaré la guerra junto con quienes la acepten, por tierra y por mar, con naves y con dinero [379] .

Atenas aceptó sin reservas. La guerra contra Egina, fiel aliada de Esparta, le causaba grandes problemas en su propio país; por otro lado, el tratado le favorecía, pues conservaba en su poder las islas de Lemnos, Esciros e Imbros, que consideraba estratégicas para su supervivencia, ya que aseguraban la ruta de los barcos trigueros que procedían del mar Negro.

Sin embargo, Argos y Tebas no deseaban firmar, pues la cláusula que exigía la libertad de las ciudades grandes y pequeñas les afectaba particularmente: Argos quería mantener su dominio sobre Corinto, y Tebas no quería dejar libres a las otras ciudades beocias que había incluido en su Liga. Pero ante la posición de Atenas y las amenazas de Agesilao finalmente firmaron el tratado.

Los espartanos fueron los grandes beneficiados de la nueva situación; evitaron la creación de confederaciones o ligas que ponían en peligro su hegemonía y se convirtieron en garantes de la paz, atribuyéndose la posibilidad de intervenir en los asuntos de los otros estados si consideraban que habían conculcado algún punto del tratado. Por supuesto, todo fue a costa de las ciudades griegas de Asia, que fueron entregadas a los persas sin contemplaciones.

Un imperio sólido y seguro

Aunque uno de los puntos de la Paz del Rey era que las ciudades deberían ser libres y autónomas, los espartanos no lo aplicaron. En el 385 atacaron Mantinea. Los motivos que alegaron para esta agresión eran nimios: habían enviado trigo a los argivos, no les acompañaban en las expediciones o lo hacían de mala gana y se alegraban con sus desgracias. El rey Agesípolis devastó su territorio y obligó a los de Mantinea a derruir sus murallas y distribuirse por aldeas como antiguamente vivían.

En el 382, a petición de los habitantes de Acanto y Apolonia, los espartanos enviaron una expedición contra Olinto. Acusaban a esta ciudad de intentar impedir la autonomía de las ciudades de la Calcídica. Olinto era la mayor ciudad de Tracia y había extendido su influencia hasta la baja Macedonia, donde se encontraba Pela, la capital, ante la escasa capacidad militar del rey macedonio Amintas. La Asamblea de los espartanos y sus aliados decidieron limitar ese poder. De inmediato enviaron un cuerpo de intervención rápida formado por 2.000 neodamodes, periecos y esciritas a las órdenes de Eudámidas. Por primera vez los miembros de la Liga del Peloponeso que lo desearan podían contribuir con dinero en lugar de soldados. Ese dinero se emplearía en contratar mercenarios.

Más adelante, ese mismo año, se enviaron tropas de refuerzo al mando de Fébidas. De camino al norte, Fébidas acampó fuera de la ciudad de Tebas, en un gimnasio. La ciudad estaba revuelta por las luchas políticas: una facción, dirigida por Ismenias, odiaba a los espartanos, pero la otra, dirigida por Leontíades, se puso en tratos con Fébidas y le ofreció la posibilidad de ocupar con sus tropas la acrópolis de Tebas (conocida como la Cadmea); de ese modo la ciudad estaría en sus manos. Fébidas, al que Jenofonte califica como poco calculador y prudente, se llenó de esperanzas de conseguir un golpe brillante. Leontíades consiguió introducir a las tropas espartanas en la acrópolis, y con sus partidarios, se hizo con

el control de la ciudad; Ismenias fue detenido y ejecutado, pero muchos tebanos huyeron a toda prisa y buscaron refugio en Atenas.

En Esparta hubo cierto revuelo al conocer los sucesos. Fébidas había desobedecido las órdenes, pero su acción no desagradaba a los dirigentes espartanos, sobre todo a Agesilao, que expresó la opinión de que solo si la acción de Fébidas había causado algún mal a Esparta sería justo castigarlo, asegurando que no había que valorar la moralidad o no de la acción, sino solo si era provechosa para la ciudad. Agesilao, que seguramente estaba detrás de la acción de Fébidas, se vengaba así de los tebanos y se aseguraba el control de esa zona de Grecia. Como resumió un oligarca tebano en la Asamblea de Esparta:

Ahora no debéis temer ya a los tebanos, os bastará una pequeña escítala para que os ayuden desde allí en todo lo que queráis [380] .

Los espartanos decidieron conservar en su poder la acrópolis, ya que se había tomado con las armas, aunque de cara a la opinión pública griega reprobaron hipócritamente la acción.

En Olinto, los espartanos tuvieron que enviar al rey Agesípolis con 30 espartiatas. Sus tropas estaban formadas por periecos, bastardos y extranjeros de los llamados tróphimoi (residentes en el país que habían recibido la educación de los espartanos). En plena campaña de verano, tras atacar Olinto y Torone, Agesípolis cayó enfermo de fiebres. Buscó la curación en el santuario de Dioniso y Zeus-Amón de la ciudad de Afitis, en la península de Palene. (Lisandro había introducido el culto a Zeus-Amón tras la conquista de Afitis en el 403, porque el dios se le había aparecido en sueños y le había animado a tomar la ciudad). Agesípolis disfrutó en el santuario de sus aguas frías y claras, así como de la densa vegetación, pero finalmente murió en el 380. Se le embalsamó con miel y se le trajo de vuelta a casa, donde tuvo un funeral espléndido, como exigía la costumbre. El trono pasó a su hermano Cleómbroto. El nuevo comandante de las tropas en la Calcídica llamado Polibíades consiguió que los olintios entraran en razón, y tras enviar

embajadores, acordaron considerar amigos y enemigos a los mismos que los lacedemonios y acompañarlos a donde les llevasen.

Por su parte, en el 379 Agesilao atacó Fliunte, en la Argólide, con la excusa de que trataban con insolencia a los exiliados proespartanos que habían regresado en virtud de la Paz del Rey. Un grupo de estos exiliados había presentado sus quejas en Esparta; entre ellos se hallaba un huésped del propio rey Agesilao, quien se tomó el asunto como algo personal. El colérico Agesilao salió en campaña contra Fliunte, sitió la ciudad y la rodeó con un muro. Resistieron los sitiados reduciendo cuanto pudieron las raciones de trigo, pero finalmente tuvieron que admitir su derrota. Agesilao consiguió que la Asamblea espartana le concediera decidir sobre los asuntos de Fliunte: los cabecillas fueron ejecutados, se introdujo una nueva constitución y se impuso una guarnición espartana.

Esta acción es un buen ejemplo del personalismo de este rey y de su gran influencia en la política exterior de los espartanos. Agesilao había aprovechado con mucha inteligencia la autoridad moral de que gozaba la realeza para compensar el escaso peso político que le concedía el ordenamiento constitucional [381] . Para empezar, siempre se presentaba como un modélico ciudadano espartano, con una vida sencilla; además, supo vincular a muchos espartanos a su persona, usando hábilmente los medios de que disponía a su alcance, como su preeminencia en los actos religiosos o en la dirección de los ejércitos. También lo conseguía con el esmerado trato que dispensaba a todos. Es destacable su deferencia con los éforos: Plutarco dice que cuando le llamaban para algún negocio, Agesilao se apresuraba a acudir (aunque las leyes permitían a los reyes acudir tras el tercer aviso); cuando los éforos pasaban por delante del trono, les hacía el honor de levantarse. Además, cuando había elecciones de ancianos para la Gerousía, enviaba a cada uno de los elegidos una capa y un buey [382] .

El otro rey, Cleómbroto, era más partidario de aceptar los deseos de los aliados y no tenía problemas en establecer relaciones con regímenes democráticos (salvo Atenas, el enemigo tradicional); pero poco pudo hacer para contrarrestar la política de mano dura y de apoyo incondicional a los oligarcas que defendía Agesilao.

Tras estas campañas, Esparta sintió que, por fin, tenía «un imperio

sólido y seguro», en palabras de Jenofonte [383] . Los beocios estaban separados por ciudades, y gran parte de ellas se encontraban vigiladas de cerca por las tropas y los harmostas espartanos; la misma Tebas se gobernaba con una oligarquía bajo el mando de Leontíades, que recibía el apoyo militar de los espartanos acantonados en su acrópolis; además, habían refundado Platea, la ciudad que habían destruido en el 427 para complacer a los tebanos al comienzo de la Guerra del Peloponeso. En el norte habían evitado la formación de una gran liga de ciudades dirigida por Olinto; en el oeste contaban con la gran amistad del poderoso tirano de Siracusa, Dionisio; en el Peloponeso habían acabado con Mantinea, los corintios eran de nuevo independientes y fieles (los exiliados habían regresado a la ciudad y habían instaurado una oligarquía), mientras que los argivos estaban inactivos y humillados.

La rebelión de Tebas

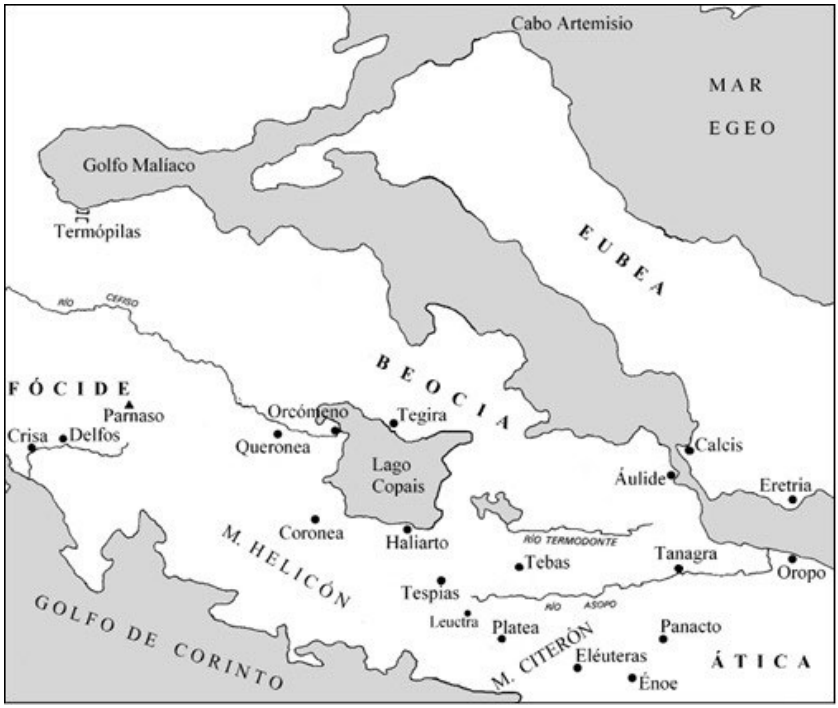
Pero no contaban con los exiliados tebanos que se habían refugiado en Atenas. Entre ellos destacaba Pelópidas, que pertenecía a una de las más ilustres y ricas familias de Tebas. Inclinado desde joven por los ejercicios de la palestra y la caza, estaba imbuido de un noble amor a su patria. Pelópidas, desde el exilio, animaba a volver a Tebas y restituir su libertad. Reunió a sus seguidores, y vestidos como simples labriegos, entraron en Tebas un gélido día de ventisca sin ser advertidos. Dentro de la ciudad había personas de categoría descontentas con la ocupación espartana que les ayudaron.

El plan era introducirse en el banquete de los oligarcas disfrazados de mujeres y asesinarlos en plena francachela. Al comienzo del banquete llegó una carta de Atenas denunciando la trama. El mensajero le dijo al oligarca Arquias: «El que me la dio me encargó con insistencia que se leyera al punto, porque se trata de un negocio sumamente urgente». Entonces le dijo sonriendo Arquias, que ya estaba medio borracho: «Los asuntos urgentes para mañana», y tomando la carta la puso debajo de la almohada [384] . Al poco tiempo entraron las supuestas mujeres que mataron fácilmente a los oligarcas. Luego abrieron las cárceles y armaron a los tebanos que simpatizaban con su causa.

Una vez libre Tebas, pusieron cerco a la ciudadela donde estaba instalada la guarnición espartana. El harmosta Herípidas pidió ayuda a las localidades cercanas de Platea y Tespias, pero los tebanos salieron a su encuentro y los derrotaron. Los estrategos atenienses que estaban en la frontera acudieron en ayuda de los rebeldes y se unieron al sitio de la acrópolis tebana; entonces los sitiados pidieron permiso para salir con sus armas si les daban garantías. Se las dieron, pero de todas formas los tebanos mataron a todos los ciudadanos que reconocieron como enemigos, y solo escaparon los que se refugiaron entre los atenienses; luego buscaron a sus hijos y degollaron a cuantos encontraron (recordando el dicho

griego que decía que es un loco el que mata al padre y deja con vida al hijo).

Nada más conocer la noticia, los éforos decretaron la movilización contra los tebanos; Agesilao no quiso ponerse al frente alegando que llevaba ya cuarenta años de servicio a la patria y las leyes permitían a todos los espartanos en esa situación no tener que salir fuera del territorio (nacido en el 440, tenía, en efecto, más de 60 años). Los éforos enviaron a Cleómbroto, que mandaba los ejércitos por primera vez. En tierras de Mégara se cruzó con la guarnición espartana que había salido bajo acuerdo de la Cadmea y los dejó volver a Esparta. En Beocia, Cleómbroto poco pudo hacer más que asegurar las poblaciones de Tespias y Platea, que seguían favorables a los espartanos. Se retiró después de dejar al mando a un tal Esfodrias con dinero destinado a contratar mercenarios.



7. Grecia central

En Esparta se instruyó un juicio contra los tres oficiales que estaban al mando en la Cadmea. Herípidas y Arciso fueron condenados a muerte por entregar cobardemente la ciudadela; sin embargo, Lisanóridas, que al parecer ostentaba el mando supremo como harmosta, se libró de la pena capital porque aquella noche se encontraba ausente de Tebas. Se le sancionó con una enorme suma de dinero, pero al no poder pagarla tuvo que salir al exilio. Su madre Jenopatía –que tenía fama de ser la mujer más hermosa del Peloponeso– y su hermana Crisa sufrieron en Esparta las intrigas de Agesilao (enemigo personal de Lisanóridas) y terminaron siendo ejecutadas, según Teopompo [385] .

El ataque de Esfodrias al Pireo

En el año 378 Esfodrias planeó un golpe audaz en la misma línea que Fébidas, el que se adueñó de la Cadmea. Salió de noche desde Tespias con la intención de llegar al Pireo antes del amanecer y tomar el lugar por sorpresa, pero se retrasó y le sorprendió el día en la llanura de Tría, cerca de Eleusis. Se conformó con saquear los campos y haciendas, y volvió rápidamente a Tespias. En Atenas hubo gran revuelo y temor al pensar que atacaba un ejército numeroso; los jinetes y hoplitas vigilaban la ciudad. Esfodrias había elegido mal la ocasión, puesto que en esos momentos una embajada espartana se encontraba en Atenas. Los atenienses detuvieron de inmediato a los embajadores y solo los liberaron cuando aseguraron que Esfodrias había actuado por su cuenta y que sería llevado a juicio en Esparta. Allí se enfrentaría a una grave acusación que le podría costar la vida, pues había atacado a Atenas, una ciudad con la que se estaba oficialmente en paz.

Los éforos llamaron a Esfodrias, pero éste no compareció. De todas maneras se celebró el juicio en la Gerousía, como era costumbre en Esparta, y para sorpresa de toda Grecia, salió absuelto. Hasta el propio Jenofonte, gran amigo de los espartanos, reconoció en su obra histórica que fue el juicio más injusto de los fallados en Esparta. La absolución dependió del parecer personal de Agesilao, quien influyó en los demás ancianos; en primer lugar, porque era público que entre los hijos de Esfodrias y de Agesilao existía una relacion amorosa; Agesilao, que era muy parcial con las cosas de sus amigos; solía decir en público que en los negocios de los amigos, parecer excesivamente justo no era más que una excusa; en segundo lugar, y más importante, porque el rey se negó a sentenciar a muerte a un buen soldado que sería necesario para Esparta:

Es triste tener que dar muerte a un hombre de tales cualidades que ha pasado la infancia, la adolescencia y la juventud cumpliendo con

su deber en todo, pues Esparta necesita soldados así [386] .

De hecho Esfodrias y su hijo demostraron su valor luchando por Esparta cuando siete años después cayeron junto a su rey Cleómbroto en la batalla de Leuctra.

Es difícil valorar la conducta de Esfodrias y sus motivaciones más profundas. Las fuentes antiguas tampoco se ponen de acuerdo: es muy posible que Esfodrias buscase la misma fama que Fébidas, o bien que los espartanos realmente estuviesen a favor de tomar el Pireo para controlar Atenas, ya que deseaban castigarla por su apoyo a los rebeldes tebanos durante la revuelta. Según Diodoro, Esfodrias actuó por órdenes de Cleómbroto, que era muy hostil a los atenienses, pero Jenofonte y Plutarco consideran que los tebanos sobornaron al harmosta para que atacara Atenas y así obligar a los atenienses a entrar en la guerra [387] .

La absolución de Esfodrias puso a los atenienses abiertamente en contra de los espartanos. Fue, por tanto, un suceso que complicó las cosas a Esparta, que por entonces estaba empeñada en su lucha contra Tebas. Los espartanos sufrirían en poco tiempo las consecuencias de una política exterior tan irreflexiva.

Cleómbroto y Agesilao lideraron campañas militares contra los tebanos en tres años sucesivos (del 378 al 376), buscando el agotamiento de sus enemigos. De hecho, los tebanos debido a las incursiones que devastaban sus cosechas, tenían que importar trigo de Tesalia. Los espartanos se vieron incapaces de interceptar los barcos trigueros que recalaban en Óreo (al norte de Eubea), por lo que poco se consiguió, más que asegurar las plazas que se mantenían todavía fieles a Esparta, como Tespias. La última campaña dirigida por Cleómbroto ni siquiera pudo pasar del Peloponeso a Beocia, pues los pasos del Citerón habían sido tomados por tebanos y atenienses.

Tras esos años de campaña contra Tebas, los espartanos atacaron Atenas, que estaba rehaciendo su antiguo imperio. La flota peloponesia patrulló por el golfo Sarónico acechando el paso de los barcos trigueros que procedentes del mar Negro abastecían Atenas;

pero esta estrategia fracasó cuando la flota fue derrotada por los atenienses cerca de la isla de Naxos en septiembre del 376.

Entretanto, los tebanos habían reorganizado la Liga Beocia uniendo bajo su liderazgo toda la región; hacia el 375 estaba plenamente formada y organizada. Pelópidas, que lideraba el ejército tebano, empleó sus tropas en combatir contra las pocas ciudades de Beocia que mantenían su alianza con Esparta. Durante un choque cerca de Tespias mataron a Fébidas, el que tomó la Cadmea, y en Tanagra, hicieron lo mismo con el harmosta Pantedas. En esos pequeños lances de guerra, correrías y asaltos, los tebanos adquirían experiencia y ganaban confianza.

Además Pelópidas había preparado con especial cuidado sus tropas para la guerra, creando un cuerpo de caballería (que en las llanuras de Tebas sería de gran utilidad) e incluyendo un núcleo profesional dentro de las fuerzas hoplitas. Este grupo escogido se denominó 'Batallón Sagrado' (hierós lóchos). Creado por el tebano Górgidas con 300 hombres que eran mantenidos por la ciudad, estaba formado por parejas de amantes para que su ardor guerrero fuese mayor, según la creencia de la época que el propio Platón y Jenofonte recogen en sus obras. Górgidas los había repartido por la primera fila y los distribuyó por toda la falange; ahora Pelópidas los reunió en un cuerpo especial que empleó en lo más arriesgado del combate.

Ese mismo año (375) Pelópidas, en la batalla de Tegira, venció a las dos moras espartanas que estaban de guarnición en Orcómeno, usando el Batallón Sagrado en conjunción con la caballería. Según Plutarco, que cuenta la batalla con cierto detalle, los dos bandos se encontraron de improviso uno frente a otro. Los espartanos doblaban en número a los tebanos, y los polemarcos Gorgoleón y Teopompo no dudaron en lanzarse al ataque. Pelópidas, consciente de su inferioridad numérica, apiñó a sus hoplitas en el centro con la idea de cortar por medio las líneas enemigas, y mandó a la retaguardia a la caballería. La lucha fue encarnizada y pronto cayeron los polemarcos espartanos creando el desconcierto entre sus hombres. Los hoplitas de Pelópidas partieron en dos las líneas, de modo que los espartanos, llenos de confusión, se retiraron del combate y buscaron refugio en la cercana Orcómeno [388] . Fue la

primera vez que los espartanos cayeron derrotados en campo abierto luchando de poder a poder.

Luego Pelópidas atacó la Fócide que era fiel aliada de Esparta. El rey Cleómbroto tuvo que mandar dos terceras partes del ejército espartano y un número igual de aliados para defenderla. Desde el 377 Agesilao se había retirado del mando debido a la inflamación y hemorragia que sufría en una de sus piernas, y que le mantuvo inactivo unos años.

Los atenienses, por su lado, soportaban continuas incursiones piráticas desde Egina y estaban agobiados por los gastos de guerra, ya que en solitario tenían que mantener una gran flota. También recelaban del engrandecimiento de Tebas, que no contribuía a los gastos de guerra y se dedicaba a conquistar las ciudades beocias y a atacar a los focidios, tradicionales aliados de Atenas. En el otoño del 375, atenienses y espartanos se deciden a firmar la paz (posiblemente animados por el rey de Persia, Artajerjes), pero poco después volvieron a chocar por el control de las islas del mar Jónico (Zacinto y Corcira) y reanudaron la guerra. Los tebanos aprovecharon la situación para completar su dominio de toda Beocia: Tanagra se adhirió voluntariamente a su Liga, mientras que Tespias y Platea fueron conquistadas por la fuerza en el 373. Particularmente triste fue el destino de Platea: fue arrasada de nuevo y sus habitantes tuvieron que buscar refugio en Atenas. Sólo la ciudad de Orcómeno se mantuvo independiente y fiel a los espartanos.

A comienzos del verano del 371, todas las partes se reunieron en Esparta para negociar el fin de las hostilidades. Las condiciones del tratado de paz eran del agrado de todos: los espartanos retiraban de las ciudades sus harmostas, licenciaban las tropas en el mar y en la tierra, y dejaban independientes las ciudades; si alguien actuaba contra lo establecido, el que quisiera podía ayudar a las ciudades agraviadas, pero no se obligaba por juramento a luchar al que no quisiera. Esta última cláusula garantizaba la independencia de las ciudades en el marco de las dos confederaciones existentes en ese momento, la de Esparta o Liga del Peloponeso y la de Atenas (que se ha llamado tradicionalmente Segunda Liga Ateniense). Nadie se erigía en garante del tratado.

Todos se mostraron de acuerdo, pero a la hora de firmar surgió un conflicto cuando Epaminondas, el líder de los tebanos, insistió en hacerlo en nombre de todos los beocios. Agesilao le preguntó si creía justo que Beocia fuese independiente, y Epaminondas le preguntó a su vez al rey si creía justo que Laconia fuese independiente. Agesilao se encolerizó, pues aludía al dominio de los espartanos sobre las poblaciones periecas de Laconia que nunca antes nadie había puesto en duda. No podía permitir, por otra parte, que Epaminondas firmara por todos los beocios, pues eso significaba reconocer la Liga Beocia y la superioridad hegemónica de Tebas sobre las ciudades de la región. Lleno de rabia, Agesilao los borró de la lista de ciudades en la estela y les declaró la guerra.

341 . Plutarco, Lisandro, 16.2.

342 . Diodoro, 13.106.

343 . Diodoro, 14.10.

344 . Constitución de los atenienses, 39.2.

345 . Plutarco, Lisandro, 17.

346 . Según Ateneo (6.223F), los ricos guardaban su dinero en Arcadia.

347 . Este famoso oráculo se recuerda en Cicerón, Sobre los

deberes, 2.77 y Plutarco, Agis, 9 y Moralia, 239F.

348 . Plutarco, Lisandro, 13.3-4.

349 . Polieno, I.45.4 y Nepote, Lisandro, 6.2.2-3.

350 . Plutarco, Lisandro, 19.3.

351 . Jenofonte, Anábasis, 2.6.8.

352 . Plutarco, Lisandro, 27.5 y Diodoro, 14.6.2.

353 . Esta noticia de Jenofonte (Helénicas, 2.4.29) ha hecho pensar a los historiadores modernos que los éforos tomaban las decisiones por votación.

354 . Pausanias, 3.5.2.

355 . Plutarco, Agesilao, 2.

356 . Plutarco, Agesilao, 3.

357 . Jenofonte, Helé nicas, 3.3.11.

358 . Polieno, 2.14.1.

359 . Política, 1267 a.

360 . Helénicas, 3.1.5.

361 . Sísifo es un personaje del mito, famoso por su suplicio en el Hades, donde debía subir una roca a una colina eternamente, pues en cuanto la roca llegaba a la cumbre volvía a caer y Sísifo debía comenzar de nuevo. Pero entre los griegos fue, sobre todo, famoso por su astucia, que le había permitido incluso engañar a la muerte.

362 . Plutarco, Moralia, 222E.

363 . Plutarco, Agesilao , 7.

364 . Plutarco, Lisandro, 29.

365 . Plutarco, Lisandro, 30. Aunque otros pasajes de la misma obra contradicen esa supuesta pobreza: Lisandro hizo un depósito en Delfos de un talento y cincuenta y dos minas (18.3) y llevó grandes sumas de dinero para sobornar a los sacerdotes de Amón en Siwah (25.3).

366 . Política, 1301b.

367 . César Fornis (Grecia exhausta: Ensayo sobre la Guerra de Corinto, 2008) no lo considera una alianza sino un conjunto de symmachíai bilaterales. Las fuentes antiguas que nos informan sobre esta alianza son Jenofonte, Helénicas, 4.2.1 y Diodoro, 14.82.1.

368 . Jenofonte, Helénicas , 4.4.1-6 y Diodoro, 14.92.1. Aunque César Fornis opina que no se produjo la absorción de Corinto por parte de Argos, sino que fue un episodio más de las luchas políticas que desgarraban por entonces los estados. Cfr. C. Fornis (2001), «Identidad corintia e identidad argiva en la unión de 392-386 a. C.», en P. López Barja y S. Reboreda (eds.), Fronteras e identidad: III Reunió n de Historiadores del Mundo Griego Antiguo, Universidad de Santiago-Universidad de Vigo, Santiago de Compostela-Vigo, pp. 207-226.

369 . Helénicas, 4.7.6.

370 . Plutarco, Moralia, 232E.

371 . Plutarco, Moralia, 241F.

372 . Polí tica, 1338b.

373 . República de los lacedemonios, 13.5.

374 . Plutarco, Agesilao, 26.

375 . Moralia, 234D.

376 . Helénicas, 4.4.10.

377 . Jenofonte, Helénicas, 4.4.17.

378 . Jenofonte, Helénicas, 4.5.10.

379 . Helénicas, 5.31.

380 . Hel énicas, 5.2.34.

381 . Paul Cartledge, Spartan reflections, pp. 65-66.

382 . Plutarco, Agesilao, 4.

383 . Helénicas, 5.3.26.

384 . Plutarco, Pelópidas, 10.

385 . Plutarco (Pelópidas, 13 y De genio socratis, 5.17.34) es el único que nos da los nombres de los oficiales espartanos. Teopompo (en Ateneo, 13.609b) nos cuenta la triste historia de las mujeres de la familia de Lisanóridas.

386 . Helénicas, 5.4.32.

387 . Jenofonte, Helénicas, 5.4.20.

388 . Plutarco, Pelópidas, 16 y Diodoro, 15.37.

13. El final de la hegemonía

Leuctra

Cuentan las fuentes antiguas que la divinidad en este tiempo envió señales claras que anunciaban el final de la hegemonía de los espartanos: durante muchas noches se vio por el cielo un gran resplandor ardiente (posiblemente un cometa); en la estatua de Lisandro que se encontraba en Delfos apareció de pronto sobre su cabeza una corona trenzada con hierbas silvestres y espinosas que le ocultó todo el rostro; y por último, las estrellas de oro que habían ofrecido los espartanos por su victoria en Egospótamos como gratitud por la ayuda de los Dioscuros, cayeron y no pudieron ser encontradas [389] . Pero Esparta, por esta vez, no hizo caso a los prodigios; estaba decidida a dar una lección a los tebanos.

En esos momentos el rey Cleómbroto se encontraba con su ejército en la Fócide y preguntó a los éforos qué debía hacer. Le ordenaron que no licenciara el ejército y que lo condujera contra Tebas porque no deseaba dejar libres y autónomas a las demás ciudades. Como los pasos habituales desde la Fócide a Beocia estaban ocupados por tropas enemigas, atravesó una zona montañosa para llegar a la ciudad costera de Creusis, donde apresó 12 trirremes; a continuación penetró en territorio de Tespias y acampó en Leuctra. Allí recibió un nuevo presagio: unos lobos se lanzaron sobre los rebaños que acompañaban al ejército y que servían para los sacrificios a los dioses, y mataron a las cabras-guía, que recibían el nombre de katoiádas [390] .

El pundonor de Cleómbroto le obligaba a luchar para borrar sus mediocres actuaciones en el pasado, cuando se había retirado en los pasos del Citerón; además, se veía presionado por sus consejeros, que deseaban dar un escarmiento a los tebanos. En el bando tebano, Epaminondas era el general en jefe, pero Pelópidas tenía a sus órdenes el cuerpo especial del Batallón Sagrado. Los dos hombres conocían de sobra a los espartanos; en su juventud habían luchado juntos del lado de Esparta en el cerco de Mantinea del 385. Ambos

vivían sólo para el engrandecimiento de su patria. En Epaminondas los espartanos iban a encontrar su némesis; era un espejo de virtudes militares, a la manera de sus enemigos. Solía decir:

La paz se consigue mediante la guerra, de modo que quienes quieran disfrutar de una paz duradera deben prepararse para la guerra [391] .

Fue incorruptible al dinero. Cuando llegó un mensajero del Gran Rey con una gran suma para sobornarle, Epaminondas le dijo:

Ninguna necesidad hay de dinero, pues si aquello que el rey quiere es provechoso para Tebas, estoy dispuesto a hacerlo gratuitamente. Si, en cambio, sus deseos son perjudiciales, no tiene oro ni plata suficiente [392] .

Pobre en el vestido, frugal en la mesa, tolerante con los trabajos y feliz en la sencillez, era un hombre sin familia que solo vivía para la gloria personal y la de su patria, Tebas. Además comprendió que la clave para el triunfo sobre Esparta era mejorar la preparación militar de los tebanos, de ahí que repitiera siempre que el cuerpo de los hoplitas debía estar entrenado no solo en los ejercicios atléticos (que se hacían en los gimnasios), sino también en los militares; quería mantenerlos siempre en armas y convertir a su país, llano y extenso, en una «pista de danza para la guerra» [393] .

Los tebanos no podían encerrarse en su ciudad dejando el camino libre a sus enemigos, pues perderían las ciudades de la región. Una gran batalla en campo abierto era inevitable, y los espartanos pensaban que tales combates eran perfectos para sus hombres. Sin embargo, la zona entre ambos ejércitos era llana, y los espartanos tenían una seria deficiencia: su caballería. En este cuerpo ingresaban los soldados más débiles y menos valerosos, pues no la

consideraban una tropa de élite. Mientras que en todas las demás ciudades los ricos criaban sus caballos, y ellos mismos los usaban en la guerra formando escuadrones bien preparados y prestigiosos, sin embargo, en Esparta, los más ricos criaban los caballos, pero cuando llegaba la guerra se designaba a un jinete, que era el que tomaba el caballo y las armas de una forma apresurada y sin mucha preparación. Los tebanos habían cuidado su caballería con esmero (ya que su país era una gran llanura) y la habían ejercitado en su lucha contra los vecinos en Orcómeno y en Tespias.

Jenofonte dice que por parte de los espartanos estaban presentes cuatro moras; eran dos terceras partes de los hombres en edad militar hasta los 55 años; estaban divididas en secciones (enomotías) formadas por tres filas con 12 hombres en fondo. A ellos se añadían los 300 hombres de la guardia personal del rey Cleómbroto, los hippeîs. Los espartanos, como era habitual, ocuparon el ala derecha; en el ala izquierda se situaron los mercenarios y las tropas aliadas.

En el otro bando, los tebanos se colocaron con sus mejores hombres en el ala izquierda (que iba a chocar contra el ala derecha, donde se situaban los espartanos), con no menos de 50 hoplitas de fondo. Si admitimos que estaban presentes 4.000 hoplitas tebanos y beocios, ofrecían un frente muy reducido de tan solo 80 escudos. Esta concentración de tropas era el resultado de un largo proceso en la estrategia militar tebana; la habían adoptado de forma natural a causa de la inferioridad numérica de sus hoplitas en los campos de batalla, y había comenzado en Delio (en el año 424), donde tebanos y beocios habían formado con filas con 25 de fondo [394] .

Además, Epaminondas iba a poner en práctica una novedad en el combate hoplítico: la táctica de la falange oblicua. Dio orden de que, durante la batalla, el ala derecha (donde formaban sus aliados) evitara el combate y se retirara gradualmente ante el avance enemigo; el resultado de esta marcha desigual en la línea del frente era precisamente un movimiento oblicuo de la falange que dio nombre a esta estrategia. Este tipo de movimiento implicaba que las tropas escogidas de los tebanos (sobre todo, el Batallón Sagrado) chocarían en primer lugar contra el flanco derecho del enemigo, donde se situaban el rey y los hoplitas espartanos, sin dar tiempo a

que los enemigos del ala izquierda trabaran combate. Calculaba Epaminondas que si conseguía la victoria en aquella ala, el resto de las fuerzas enemigas (que no tenían gran valor militar) serían fácilmente vencidas. Con la falange oblicua Epaminondas conseguía anular la superioridad numérica de los lacedemonios y, como sugiere Plutarco, apartar a los espartanos de sus aliados [395] . Fue la primera ocasión en que se puso en práctica esta táctica, y los espartanos pagaron cara su despreocupación por las nuevas tácticas militares.

La batalla comenzó con el enfrentamiento de la caballería y, como era de esperar, los lacedemonios fueron claramente derrotados; en el choque de la infantería la falange tebana cayó como un martillo sobre las líneas espartanas. Según Polieno, Epaminondas exhortaba a sus hombres gritando: «Dadme un paso más y obtendremos la victoria» [396] . Golpearon en el punto donde se situaba el rey Cleómbroto, que cayó herido de muerte al comienzo de la lucha. Los espartanos resistieron sin ceder el campo, de modo que se pudo sacar de la refriega al propio rey, pero finalmente se vieron desbordados y empezaron a ceder. El ala izquierda hizo lo mismo. Se retiraron hasta el campamento con las armas en la mano; algunos espartanos consideraban intolerable la derrota y querían volver al campo de batalla e impedir que los tebanos erigieran un trofeo, pero los polemarcos que seguían con vida decidieron pedir a los tebanos una tregua para recoger a los caídos; y esto, según las costumbres de la guerra, significaba reconocer la derrota.

Entonces Epaminondas se complació de manera especial en doblegar el orgullo de Esparta. Los espartanos pensaban al día siguiente enterrar a sus muertos y enviaron a los tebanos un heraldo para negociarlo. Epaminondas sabía que los lacedemonios eran dados a ocultar sus desgracias, por lo que les dijo que concedía la recogida de los muertos primero a sus aliados y que ellos quedarían para el final. Como los aliados no recogieron ningún muerto, se vio de forma patente que los que yacían en el campo eran todos lacedemonios [397] . Habían muerto 1.000, y 400 de ellos eran espartiatas; era la tercera parte del cuerpo cívico de la ciudad. El gran número de bajas entre los espartiatas solo se puede explicar por el esfuerzo de la guardia del rey en protegerlo; su sacrificio permitió que pudiera ser evacuado y que su persona no cayera en

manos del enemigo, con la vergüenza que eso reportaría.

El anuncio de aquel desastre llegó a Esparta cuando se celebraba el último día de las Gimnopedias y cantaba el coro de los jóvenes. Los éforos quedaron totalmente abatidos, pero no interrumpieron el coro, y sin decir nada permitieron que terminase la fiesta. Luego comunicaron las malas noticias a los familiares de los caídos y les instaron a que no se lamentaran sino que soportaran su desgracia en silencio. Al día siguiente se vio por las calles a los familiares de los muertos risueños y contentos, pero se vieron a pocos familiares de los que se había anunciado que estaban vivos, y estos, por su parte, iban tristes y abatidos [398] .

Agesilao, con aquella gran autoridad de que se había revestido por encima de éforos y ancianos del Consejo, decidió lo que había que hacer con todos aquellos soldados que habían huido del campo de batalla en Leuctra. En lugar de privarlos de sus derechos políticos y que sufrieran los castigos humillantes que establecían las viejas normas, sin que nadie se opusiera dijo que «por aquella vez era preciso dejar dormir las leyes» [399] . La actitud hacia los que demostraban cobardía ante el enemigo había cambiado desde tiempos de la Guerra del Peloponeso (como con los soldados de Esfacteria) debido sin duda a la escasez de ciudadanos.

Después de la batalla todo fue confusión en el Peloponeso. Corinto se mantuvo como aliada de Esparta, pero los estados del noroeste del Peloponeso (y, por tanto, más próximos a Beocia) se mostraron interesados en la alianza con Tebas.

Más doloroso, por su proximidad, fue el caso de Arcadia. Mantinea aprovechó la ocasión para reunificarse de nuevo y construir murallas. Agesilao fue enviado en calidad de embajador para paralizar esos proyectos, pero los mantineos se negaron en redondo. Agesilao se marchó encolerizado, pero no estaba en condiciones, como antes, de imponer por la fuerza sus deseos. Tegea, tras una revuelta sangrienta, expulsó a los partidarios de Esparta. Los éforos decretaron la movilización y se puso al frente Agesilao, que devastó parte del territorio de Arcadia. Nadie le presentó batalla, pues todos estaban a la espera de los tebanos, con los que habían concluido una alianza. Agesilao guió su ejército con habilidad y prudencia, intentando mantener la dignidad propia de un ejército espartano,

sobre todo que nunca diera la impresión de que rehuía el combate. Por eso dice Jenofonte que «deseaba retirar a los hoplitas antes de ver los fuegos de los enemigos para que nadie pudiera decir que se retiraba huyendo» [400] .

Se creó una federación de ciudades arcadias, con una asamblea de 10.000 hombres, un Consejo y un cuerpo de magistrados llamados demiurgos (‘trabajadores del pueblo’). Esta federación obligó por la fuerza a otras ciudades más remisas a entrar en su alianza, como Lépreo. Para humillar más a Esparta dedicaron una ofrenda en Delfos de forma conjunta, en la entrada del santuario y enfrente del monumento espartano por la victoria en Egospótamos. En la inscripción, que se ha conservado, se puede leer: «Por la victoria sobre los espartanos» [401] , aludiendo a la batalla de Leuctra, aunque los arcadios habían representado entonces un papel mínimo.

Los tebanos en Esparta

En el invierno del 370/69 los tebanos, con sus aliados, se presentaron en el corazón del Peloponeso. Los arcadios, los argivos y los eleos intentaron convencerlos de que se dirigiesen a territorio laconio lo más pronto posible, pero los tebanos dudaban. Se decía que Laconia era muy difícil de invadir y temían las guarniciones en los pasos; pero se presentaron de pronto algunos periecos que les informaron del abandono del país, asegurándoles que muchas de sus comunidades se separarían de los espartanos con solo hacer acto de presencia en Esparta.

Los tebanos pusieron entonces rumbo al sur siguiendo el curso del río Sarandopótamos hasta alcanzar la localidad de Carias. Los arcadios invadieron a su vez Laconia y se enfrentaron a la guanicion fronteriza de Eón. Estaba protegida por neodamodes y oligarcas exiliados de Tegea, bajo la dirección del espartiata Iscolao. Los arcadios los rodearon y los mataron a casi todos; luego se encaminaron hacia Carias para unirse con los tebanos. Atacaron Selasia, que fue saqueada y quemada, y siguieron hacia el sur hasta llegar a la llanura norte de Esparta en el santuario de Apolo, en Tórnax, en la orilla izquierda del Eurotas. Allí acamparon y al día siguiente se dirigieron hacia la ciudad de Esparta.

La divisaron perfectamente al otro lado del río, pero al comprobar la presencia de los hoplitas espartanos se dirigieron al sur por la margen izquierda del Eurotas y saquearon las haciendas repletas de bienes, pues era un territorio muy rico, nunca antes alcanzado por las guerras. Los tebanos, al llegar a la altura de Amiclas, que seguramente había sido evacuada, atravesaron el río. Iba el Eurotas muy caudaloso por haber nevado y se convirtió para los tebanos en un serio obstáculo, más por el frío de las aguas que por el caudal y la rapidez de la corriente. En la llanura cerca de la ciudad los tebanos talaban los arboles y los echaban delante de las líneas para impedir el ataque, mientras los arcadios se entregaban al pillaje con

un afán especial descuidando la formación y las armas. Pero no atacaron la ciudad de Esparta, donde Agesilao había concentrado sus tropas para una defensa a ultranza.

El rey repartió la infantería por la ciudad en los principales puestos, aguantando las amenazas y provocaciones de los tebanos, que les llamaban y les desafiaban a pelear. La ciudad estaba llena del alboroto que levantaban los ancianos –que le echaban en cara a Agesilao tan tristes sucesos– y las mujeres, que estaban fuera de sí con el fuego y algazara de los enemigos. Pero más grave eran las deserciones que se producían entre los combatientes, seguramente periecos a los que se había alistado apresuradamente, y las sediciones en las que estaban involucrados, sin duda, ciudadanos espartanos. Agesilao las puso fin con su energía habitual, y según Plutarco, por primera vez se condenó a muerte sin juicio a espartiatas [402] . Ante aquella situación desesperada, las autoridades dieron aviso a los ilotas para que tomaran las armas y se alistaran en sus filas, prometiéndoles como premio la libertad. Se alistaron muchos (6.000, según Jenofonte); eran tantos que los espartanos sintieron miedo, pero cobraron confianza al ver que estaban allí los aliados de Orcómeno y los corintios, los fliasios, los epidaurios y los peleneos.

Pero los tebanos dejaron atrás Esparta y siguieron adelante hasta la costa arrasándolo todo a su paso, ya que no había murallas. Llegaron a Gitio, donde los espartanos tenían el arsenal, y lo saquearon durante tres días. Aunque Jenofonte escribe que «algunos periecos atacaron y marcharon con las tropas tebanas» [403] , sin embargo la actitud de los ilotas laconios fue sorprendente para los invasores, pues no se alzaron en rebelión general, sino que intentaron apoyar a sus amos presentándose voluntarios para el ejército. Cuando algunos ilotas fueron capturados por los tebanos, se les animó a que cantaran esas canciones y poemas que sus amos les tenían prohibidos, pero se negaron rotundamente. A tal grado de sumisión habían llegado estos esclavos [404] .

Epaminondas se dirigió luego a Mesenia. La declaró libre y fundó una nueva ciudad llamada precisamente Mesene, que se localizó en el sitio más emblemático de la resistencia a los espartanos, en la cara oeste del monte Itome. La dotó de espléndidas murallas: con

un perímetro de nueve kilómetros y con una altura de hasta seis metros, estaba reforzada puntualmente por torres. Todavía hoy se muestran imponentes al turista. También hizo un llamamiento a todos los mesenios exiliados en Italia y en Sicilia para que regresaran y vivieran en su propia polis libre. La respuesta fue entusiasta; se reunieron más rápidamente de lo que cabría esperar, porque echaban de menos su tierra y por el odio que sentían contra los espartanos [405] . En cuanto a las ciudades periecas que existían al sur de Mesenia, sabemos que Metone y Asine fueron respetadas.

La pérdida de Mesenia significó para Esparta el fin de su estatus como potencia entre los griegos. Era un territorio que habían poseído y explotado durante 350 años y que había sido el responsable de su gran prosperidad económica y de su primacía en el orden internacional. Al mismo tiempo fue un duro golpe para su orgullo: tuvieron que ver ahora a los que poco antes eran sus esclavos, como tranquilos señores de aquellas tierras tan fértiles [406] .

En Arcadia, Epaminondas impulsó también la fundación de una nueva ciudad, llamada Megalópolis, que se situó en el suroeste, cerca de la frontera con Laconia y Mesenia. Allí concentró a las poblaciones dispersas con la idea de construir una sólida plaza fuerte en la región frente a las veleidades imperialistas de Esparta. No hay acuerdo sobre la fecha de fundación de esta ciudad; según Pausanias, se creó por el sinecismo de 40 villas de Arcadia en el 371, poco después de la batalla de Leuctra [407] ; pero Diodoro escribe que la fundaron los propios arcadios después de la «batalla sin lágrimas», con la unión forzosa de 20 villas [408] ; el Mármol Pario fecha su fundación en el 370/69 o 369/8. Lo único seguro es que Megalópolis incorporó algunas comunidades que habían estado antes bajo control espartano.

La resistencia de Esparta

Los espartanos enviaron una embajada a Atenas para solicitar su ayuda contra Tebas. En principio los atenienses no la recibieron con mucho agrado, pero los embajadores en su discurso recordaron los antiguos favores que habían hecho a la ciudad: cuando expulsaron a los tiranos y cuando la salvaron de la destrucción tras la derrota en la Guerra del Peloponeso (precisamente en contra de la opinión de los tebanos). La supervivencia de Esparta también era provechosa para Atenas por entonces: si los espartanos dejaban de ser un obstáculo, los tebanos marcharían a continuación contra los atenienses para conseguir la total hegemonía sobre Grecia. Los tebanos habían odiado a Atenas desde mucho tiempo atrás y habitaban peligrosamente cerca. Según Diodoro, los embajadores volvieron a ofrecer la hegemonía dual, con una Atenas señora de los mares y una Esparta del continente [409] . La Asamblea ateniense aprobó la ayuda, pero el ejército, dirigido por Ifícrates, se demoró en Corinto. Por entonces, los arcadios ya se habían retirado llevándose consigo el producto del saqueo, y aunque los tebanos regresaron al norte por el Istmo, Ifícrates evitó el encuentro y los dejó pasar hacia Beocia sin problemas.

En el verano del 369 Epaminondas volvió al Peloponeso con su ejército. En compañía de los argivos, los arcadios y los eleos, atacó las ciudades que todavía mantenían la alianza con los espartanos. Tomó Pelene, en Acaya, y luego Sición; después devastó el territorio de Corinto, Epidauro, Trecén y Fliunte. Tras esa demostración de fuerza se retiró al norte.

Los arcadios se llenaron de orgullo; consideraban el Peloponeso como su patria, pues únicamente ellos eran autóctonos, y empezaron a mirar con desconfianza a los tebanos. Un noble de Mantinea llamado Licomedes los animaba con sus discursos: en ellos aseguraba que sin su participación, ni antes los lacedemonios hubiesen atacado Atenas, ni ahora los tebanos Lacedemonia.

Además les advertía de que «iban a encontrar en los tebanos otros lacedemonios» [410] . Para empezar, los arcadios se enfrentaron a sus vecinos del norte, los eleos, que les reclamaban una serie de ciudades que tradicionalmente les pertenecían. Los eleos abandonaron la alianza con la Liga Arcadia y volvieron a establecer buenas relaciones con Esparta.

Todo esto dio un respiro a los espartanos, que contaban con el apoyo económico de Persia y las fuerzas que Dionisio, el tirano de Siracusa, enviaba desde Sicilia. En el 368, los espartanos, dirigidos por Arquidamo, el hijo de Agesilao, vencieron a los arcadios y argivos en una batalla que se llamó «sin lágrimas», porque no murió ninguno de los espartanos. Normalmente sacrificaban a los dioses por las victorias solamente un gallo cuando volvían a la ciudad (tan acostumbrados estaban a vencer); por ejemplo, el que trajo la nueva de la victoria de Mantinea fue agasajado tan solo con una pitanza de carne de la mesa común y nada más. Pero en esta ocasión una muchedumbre de ancianos y mujeres bajó al río levantando las manos y dando gracias a los dioses porque Esparta había borrado su afrenta y volvía a lucirles un claro día [411] . Según Jenofonte, los eleos y los tebanos estaban también complacidos por la derrota de los arcadios, que pagaban de esta manera por su arrogancia [412] .

Sin embargo, los arcadios lucharon con éxito contra los eleos. En el 364 invadieron su territorio, ocuparon el santuario de Olimpia y entregaron la presidencia de los juegos a los pisatas (los habitantes de la cercana ciudad de Pisa, que aseguraban ser los primeros organizadores de los juegos). Los espartanos enviaron a Arquidamo con tropas para aliviar la presión de los arcadios sobre Élide; tomó Cromno, dejó allí dos compañías como guarnición y se retiró a Esparta. Los arcadios sitiaron el lugar y Arquidamo tuvo que volver para levantar el sitio. En el choque contra las tropas escogidas de los arcadios (a los que llamaban epáritos), los espartanos salieron malparados: Arquidamo cayó herido y murieron los que luchaban delante de él, todos ellos hombres ilustres que pertenecían al reducido grupo de los espartiatas. Los arcadios y los pisatas organizaron las olimpiadas de ese año. Los eleos les atacaron por sorpresa mientras se celebraban y tuvo lugar una batalla en el mismo recinto sagrado. A duras penas los arcadios pudieron rechazar a los atacantes.

La batalla de Mantinea del año 362

Por suerte para Esparta, dentro de las ciudades arcadias surgieron disensiones, que tenían que ver, sobre todo, con el uso de los fondos sagrados de Olimpia. Tegea deseaba usarlos para pagar las tropas escogidas (5.000 mercenarios que formaban el cuerpo de élite de los eparitos), pues sabían que eran la clave de su éxito en los campos de batalla. Sin embargo, los de Mantinea rechazaban tal impiedad y se mostraban más inclinados hacia Esparta. Finalmente Mantinea hizo la paz con Élide y se pasó al bando de los espartanos. La Liga Arcadia se disolvía por momentos: Matinea y Élide se unieron a Esparta, mientras que los aqueos se unieron a los atenienses.

Entonces Epaminondas entró por cuarta vez en el Peloponeso y se dirigió directamente contra Esparta. Contaba con el apoyo de Tegea, Megalópolis, Argos y Mesenia. Después de intentar infructuosamente apoderarse de la ciudad de Esparta, se retiró a Tegea y se enfrentó a sus adversarios en batalla campal en las proximidades de Mantinea a comienzos de julio de 362. En el bando espartano luchaban los atenienses, los eleos, los aqueos y los mantineos. Epaminondas dominó en el centro con su ataque oblicuo obligando a todo el ejército enemigo a huir, pero cuando cayó herido, los aliados no supieron aprovechar la victoria, aunque la formación contraria había sido puesta en fuga.

Los espartanos lo reconocieron en el campo de batalla y se lanzaron sobre él, considerando que la salvación de Esparta sólo era posible con la desaparición de ese hombre. Al final, Epaminondas recibió una herida mortal con un dardo. Sabiendo que, si le sacaban la flecha, moriría al instante, esperó hasta que se anunció que habían vencido los tebanos. Dijo entonces: «Ya he vivido suficiente, pues muero invicto». Se sacó la flecha y murió [413] .

Se dice que fue un espartano llamado Antícrates quien hirió mortalmente a Epaminondas; en Esparta recibió honores, regalos y exención de impuestos por haber eliminado al hombre más odioso para los espartanos. Pero al parecer, fueron muchos los que quisieron atribuirse el mérito de aquella acción, pues, como escribe Pausanias, los de Mantinea afirmaban que había sido el mantineo Maquerión y los atenienses que Grilo, el hijo del historiador Jenofonte [414] .

Tras la batalla, los griegos se reunieron y firmaron una paz común en la que los mesenios participaban como ciudadanos de un nuevo estado. Según Polibio, los espartanos se oponían a que los mesenios participaran en los pactos, pues tenían todavía la esperanza de volver a conquistar Mesenia [415] ; pero todos los demás (y, sobre todo, los arcadios) se opusieron con vehemencia, de modo que finalmente los espartanos se excluyeron del tratado para no tener que reconocer la independencia de Mesenia.

A pesar de que los tebanos no volverían a poner en peligro Esparta y su influencia en el Peloponeso había terminado, dejaron como recuerdo sus fulgurantes éxitos militares, la independencia de Mesenia y la transformación de Esparta en una ciudad de segunda clase, encerrada en el Peloponeso.

Muerte de Agesilao

La pérdida de Mesenia dejó a Esparta sin recursos, precisamente en estos nuevos tiempos en que era necesario mucho dinero para pagar los mercenarios que sostenían las guerras. Incluso Agesilao, como escribe con cierto dramatismo Plutarco, «vendió por dinero su nombre y su gloria sentando plaza de mercenario» [416] : en el 367, el rey, con un estado mayor formado por 30 espartiatas, se puso al servicio del sátrapa Ariobarzanes que luchaba contra el Gran Rey; en el 361 se fue a Egipto cuando ya contaba más de 80 años para ponerse al frente de tropas mercenarias en las revueltas y conflictos dinásticos que ensangrentaban aquella región. Cuenta Plutarco:

Al llegar a Egipto corrieron todos a verlo atraídos por la fama que le precedía; pero cuando no advirtieron ningún brillo ni aparato, sino a un hombre anciano, tendido en la hierba a la orilla del mar, pequeño de cuerpo y sin ninguna distinción, envuelto en un modesto y vulgar manto, les entraron ganas de reírse y burlarse [417] .

Es posible que Agesilao intentase con estas campañas en el extranjero evitar la indignación y el descontento que existía en su patria hacia su persona por su responsabilidad en la caída de la grandeza de Esparta y la pérdida de Mesenia.

En el invierno del 361/60 decidió volver a casa. No era una buena época del año para cruzar el mar hasta Grecia desde Egipto, pero le apremiaba llevar a Esparta el dinero que había percibido por sus servicios, pues con él la ciudad podría activar sus tropas frente a sus enemigos en el verano siguiente. El temporal lo trajo de vuelta a la costa, en un punto desierto del África que llamaban Puerto de Menelao (porque se decía que en él había recalado Menelao buscando a su esposa Helena). Allí falleció a los 84 años.

Embalsamaron con cera el cadáver a falta de miel y lo condujeron a Esparta. En su largo reinado de más de 40 años, que comenzó al final de la Guerra del Peloponeso, conoció el poder de Esparta en su máximo esplendor, cuando toda Grecia, las islas y Asia Menor acataban sus órdenes; pero, para su desgracia, al final de su vida asistió a la ruina más absoluta de su patria.

La dramática sencillez de su muerte era el vivo reflejo de lo que había sido su vida de auténtico espartano. Ni al salir de su patria cayó en la tentación del lujo y del boato, como solía pasar a todos los demás (Brásidas fue la otra noble excepción). Su carácter fue siempre el mismo en todos los sitios y en todos los aspectos:

Cuando regresó a casa, fue querido y celebrado por sus conciudadanos debido a su forma de vida; pues no volvió nuevo del extranjero, como la mayoría de los generales, cambiado por las costumbres ajenas y despreciando las de su patria, sino que, respetando y amando las cosas habituales, como los que jamás habían atravesado el Eurotas, no hizo cambios en su comida, ni en su baño ni en el tocado de su mujer, ni en el adorno de sus armas, ni el ajuar de su casa [418] .

Esto, como dice Plutarco, causó admiración entre los ciudadanos. Estaban demasiado habituados a que sus hombres en cuanto salían de Esparta huyeran de las miserias que imponían sus leyes. Dentro del país era imposible resistir la presión de la sociedad en la medida en que toda la vida se hacía de puertas afueras y podía ser fiscalizada fácilmente. Pero Agesilao se había mostrado como un verdadero espartano también en el extranjero. En sus frecuentes salidas fuera de Esparta siempre llamaba la atención por la sencillez de su vestido y de su alimentación, alejado de la bebida y de la comida excesivas; soportando el frío y el calor, y acampando en medio de sus soldados en un lecho que no era mejor que el de cualquier otro. Cuando un extranjero expresaba su sorpresa, Agesilao le decía: «De este tipo de vida cosechamos la libertad» [419] . Ni siquiera el contacto con los pueblos asiáticos, famosos por su vida lujosa y relajada, alteró sus costumbres. Cuando se entrevistó

con Farnabazo, el sátrapa de Dascilio, para acordar una tregua, dio una lección de sencillez:

Allí esperaban Agesilao y sus treinta consejeros sentados en el suelo sobre la hierba; Farnabazo se presentó llevando un vestido de gran valor; cuando sus servidores le colocaron debajo alfombras, sobre las que acostumbran a sentarse los persas muellemente, se avergonzó de disfrutar de esos lujos al ver la sencillez de Agesilao; de modo que también se sentó, tal como estaba, en el suelo [420] .

Durante la campaña asiática no quiso recibir los honores de las ciudades griegas de Asia Menor, como había pasado con Lisandro, y al enterarse de que habían decretado erigir imágenes suyas, les escribió: «Que no haya imagen mía ni pintada, ni esculpida ni construida» [421] . A los habitantes de la isla de Tasos, que le enviaron una embajada para informarle de que, en agradecimiento a sus servicios, querían honrarle con templos, les respondió si acaso su patria podía deificar a los hombres.

Agesilao intentó en la medida de lo posible que sus conciudadanos volvieran a la austeridad y la sencillez de la vieja Esparta. En ese sentido se entiende que animara a su hermana Cinisca a participar en las pruebas hípicas de Olimpia para demostrar que la victoria sólo era el resultado de la riqueza y no de la virtud personal. Esto era posible porque, tal como sigue pasando hoy día, en esta prueba el vencedor no era el auriga sino el propietario de los caballos. Por tanto, las mujeres, si disfrutaban de la suficiente riqueza, podían participar. Pero esto solo podía pasar en Esparta, donde las mujeres heredaban buena parte de los bienes paternos y habían acumulado grandes fortunas. Cinisca se proclamó vencedora en la carrera para carros de cuatro caballos en dos olimpiadas sucesivas, en el 396 y 392. Se conserva la inscripción sobre una basa de mármol hallada en Olimpia con este epigrama escrito en dialecto dorio:

Mis padres y hermanos fueron reyes de Esparta,

y yo, Cinisca, tras ganar con mi carro de caballos de veloces pies,

erigí esta estatua; afirmo que fui la única de las mujeres

de toda Grecia que consiguió esta corona [422] .

Si la intención de Agesilao fue castigar la vanidad y el orgullo de los espartanos ricos, no tuvo ningún éxito. Los espartanos siguieron participando en Olimpia, y además, según Pausanias, después de Cinisca, otras mujeres, sobre todo espartanas, obtuvieron victorias [423] .

Las causas del colapso súbito del poderío espartano

Los autores antiguos meditaron sobre las causas del rápido desmoronamiento del imperio espartano tras la batalla de Leuctra.

Aristóteles lo achaca, sobre todo, a la famosa oligantropía, que significa literalmente 'escasez de hombres', pero que se refiere al número de ciudadanos de pleno derecho en la polis. En su Política escribe que el país era capaz de mantener 1.500 jinetes y 30.000 hoplitas [424] , pero pronto asistimos a un constante declinar del número de ciudadanos: 8.000 en tiempos de la batalla de Platea en el 479; 3.500 en el 418 con ocasión de la batalla de Mantinea; 2.500 en la batalla de Nemea del 394; y poco antes de la batalla de Leuctra del 371 podemos calcular 1.500 ciudadanos (lucharon 700 espartiatas en esa batalla, lo que representaba una proporción en el total del ejército asombrosamente baja). La ciudad en ningún momento pensó en poner arreglo a esta situación, ni siquiera tras el fin de la hegemonía, pues, como veremos, en el año 241 sólo había 700 ciudadanos. El gran filósofo tiene que concluir:

Lo mala que era su legislación lo demuestra que la ciudad no pudo superar un solo revés y pereció por falta de hombres [425] .

Aristóteles relacionaba este declive, con mucha razón, con el sistema económico de Esparta y la concentración de la propiedad.

Otro factor de debilidad innata de su sistema era la existencia de los ilotas. El filósofo no estaba en contra de la esclavitud (más bien, todo lo contrario), pero se oponía a este tipo de sistema esclavista, donde había un grupo numeroso de población sometida y homogénea que, como se había comprobado en otros lugares de Grecia, era un constante peligro si se producía una agresión

exterior.

Aristóteles también señaló la excesiva libertad con la que se movían las mujeres en la sociedad. Licurgo, el gran legislador, las había dejado fuera de su ordenamiento, y ellas se habían entregado a la indisciplina y el lujo (lo que parece haberse convertido en un tópico entre los demás griegos). Como podían heredar y había escasez de varones, eran ricas propietarias, y la prueba es que podían competir en los juegos de Olimpia con sus troncos de caballos. Las mujeres tenían notable influencia en sus esposos y dirigían, en consecuencia, asuntos de importancia; no hay duda de que desde el 401 al 371 muchos asuntos en Esparta estaban dirigidos por las mujeres, pues había que gobernar todo un imperio y el número de ciudadanos de pleno derecho era escaso.

Por último, y no menos importante, Aristóteles apuntó directamente como causa del colapso del imperio el hecho de que los espartanos solo habían recibido una educación para la guerra:

Todas las leyes estaban orientadas a la guerra; por eso los lacedemonios se mantuvieron mientras lucharon, pero sucumbieron al alcanzar el mando, porque no sabían estar ociosos ni habían practicado otro ejercicio que la guerra [426] .

Por su lado, Jenofonte adopta un punto de vista moralizante para explicar el proceso histórico. Era un gran admirador de los espartanos y carecía, por tanto, de la objetividad y de la profundidad de pensamiento necesaria para valorarlos. Para él, la causa de la decadencia de Esparta fue sencillamente el hecho de que se apartaran de las leyes de Licurgo:

Todo el mundo sabe que Esparta había alcanzado gran poder cuando vivió bajo las leyes de Licurgo [427] .

Cuando tras la Guerra del Peloponeso llegó el dinero en grandes cantidades, se cumplió el viejo oráculo que anunciaba la ruina de Esparta por el ansia de riquezas: se abandonaron las austeras costumbres que habían hecho grandes a los espartanos y asumieron un imperio que solo trajo debilidad y corrupción. Nada pudieron contra esta situación los buenos espartanos, que «preferían vivir ellos solos en su patria con sus bienes corrientes a gobernar ciudades y recibir sus adulaciones» [428] . Pero, tal como hemos visto, la pobreza y la austeridad de Esparta era un mito sabiamente creado, y la desigualdad de la riqueza era patente en su sociedad. Jenofonte nos ofrece por tanto una visión idealizada.

A Plutarco, muchos siglos después, le agradó esta explicación tan moralizante de Jenofonte y la repite en varios pasajes de su obra:

Mientras la ciudad se sirvió de las leyes de Licurgo y permaneció fiel a los juramentos, fue la primera de Grecia en buen gobierno y reputación durante un periodo de quinientos años. Pero poco a poco fue abandonando esos principios fundamentales y dejó entrar la ambición y el afán de dinero, de modo que también se debilitó su poder [429] .

Cuando los lacedemonios por primera vez se salieron del orden de Licurgo, de tan importantes que eran se volvieron los más insignificantes y tras perder la hegemonía sobre los griegos se vieron en peligro de destrucción [430] .

Realmente es cierto que la política espartana, cuando asumieron la tarea de gobernar un imperio, fue caótica, y tal vez demostró, como decía Aristoteles, que no estaban preparados para ello por su escasa formación en otros temas que no fueran el ejército y la guerra.

La actitud de Agesilao, que dominó toda esta época, representó un papel esencial en la medida en que se dejó llevar por sus impulsos más coléricos, que no fueron provechosos para la ciudad. Su odio

personal hacia los tebanos le cegó en varias ocasiones, y como reproche, le decían a Agesilao que los tebanos habían aprendido mucho de tanto batallar contra los espartanos y se habían convertido en grandes soldados. Agesilao había olvidado el consejo de Licurgo, el gran legislador, de que no hicieran la guerra muchas veces con el mismo enemigo porque de ese modo aprendían a combatir. En cierta ocasión en que Antálcidas se retiraba herido del combate le dijo a Agesilao:

Hermosa recompensa recibes de los tebanos por su aprendizaje, habiéndoles enseñado tú a pelear, cuando ellos ni sabían ni querían [431] .

Por eso, cuando los tebanos se alzaron con la hegemonía y humillaron a los espartanos, un filósofo, el socrático Antístenes, comparó la alegría desmedida de los tebanos con la de los niños que presumen de haber pegado a su pedagogo [432] .

Autores modernos, como Cawkwell, apuntan como principal causa de la rápida ruina de la hegemonía espartana su incapacidad militar: por un lado, los espartanos por primera vez se enfrentaban a soldados tan preparados como ellos mismos, y por otro, no habían sabido adaptarse a las novedades tácticas que habían introducido los generales tebanos desde Górgidas (que crea un batallón profesional) hasta Epaminondas y su célebre ataque en oblicuo; tampoco aplicaban otras novedades, como zanjas y empalizadas, ni el uso de la caballería en conjunción con la infantería. Los espartanos sencillamente estaban desfasados en su forma de combatir, y tal como ha demostrado la historia una y otra vez, esto supone la derrota total y aplastante. No obstante, no hay que infravalorar el genio militar de Epaminondas que, como hemos visto, tenía el alma de un auténtico espartano. El fracaso de Leuctra se debió a errores militares que fueron imposibles de corregir debido al número escaso de ciudadanos; pues si hubiesen contado con una gran población, los espartanos se habrían podido recuperar de esa derrota y habrían plantado cara a sus enemigos de nuevo, como hicieron los atenienses en muchas ocasiones.

389 . Estos prodigios en Diodoro, 15.50; Cicerón, De divinatione, 7.76; y Plutarco, Moralia, 397F.

390 . Pausanias, 9.13.4.

391 . Nepote, Epaminondas, 5.

392 . Nepote, Epaminondas, 4.

393 . Plutarco, Moralia, 192C.

394 . Según Tucídides, 4.93.4.

395 . Plutarco, Pelópidas, 23.2.

396 . Polieno, 2.3.2.

397 . Pausanias, 9.13.

398 . Jenofonte, Helénicas , 6.4.16.

399 . Plutarco, Agesilao, 30.

400 . Jenofonte, Helénicas, 6.5.21.

401 . Fouilles de Delphes, III,1.6.

402 . Plutarco, Agesilao, 32.11.

403 . Helénicas, 6.5.32.

404 . Plutarco, Licurgo, 28.

405 . Pausanias, 4.26.5.

406 . Isócrates, Arquidamo, 6.28.

407 . Pausanias, 6.91.

408 . Diodoro, 15.72.3.

409 . Diodoro, 15.67.

410 . 22. Jenofonte, Helénicas, 7.1.23.

411 . Diodoro, 15.72.3.

412 . Según Jenofonte, Helénicas, 7.1.32.

413 . Nepote, Epaminondas, 9.

414 . Plutarco, Agesilao, 35.1-2 y Pausanias, 8.11.6.

415 . Polibio, 4.33.8.

416 . Plutarco, Agesilao , 36.

417 . Agesilao, 36.

418 . Plutarco, Agesilao, 19.

419 . Plutarco, Máximas de espartanos, 21.

420 . Jenofonte, Helénicas, 4.1.29 y Plutarco, Agesilao, 12.

421 . Plutarco, Máximas de espartanos, 26.

422 . IG V,1.1564 a y Antología Palatina, 13.16.

423 . Pausanias, 3.8.1-2.

424 . Polí tica, 1270 a.

425 . Política, 1270 a.

426 . Aristóteles, Política, 1271b.

427 . República de los lacedemonios, 1.1-2.

428 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 14.1.

429 . Costumbres de los espartanos, 239F.

430 . Comparación Licurgo-Numa, 26(4).14.

431 . Plutarco, Agesilao, 26 y Pelópidas, 15.

432 . Plutarco, Licurgo, 30. 7.

14. La Esparta helenística

Arquidamo III y Agis III

Poco se sabe de la historia de Esparta durante el siglo IV. Tras la muerte de Agesilao subió al trono su hijo Arquidamo III en el 360, el mismo año que Filipo II se convirtió en rey de Macedonia. En el 356/5 ayudó a sus tradicionales aliados focidios en la Tercera Guerra Sagrada, en la que diversos estados se disputaron el control de Delfos; esta ayuda consistió sobre todo en fuerzas mercenarias, en las que gastó los fondos que su padre Agesilao había traído de sus campañas en el exterior. Durante la contienda los focidios ocuparon el santuario y emplearon sus riquezas para contratar mercenarios para la guerra, un acto sacrílego que conmocionó a toda Grecia. Se dijo que Arquidamo recibió parte de ese dinero; también los éforos, los miembros de la Gerousía, y hasta la esposa del rey, llamada Dinica, se enriquecieron, según Pausanias [433] . Sin duda, este dinero hizo posible que en el 351 Arquidamo y su hijo Agis atacaran Megalópolis con 3.000 mercenarios que les habían procurado los focidios. Pero Filipo II, que deseaba intervenir en los asuntos de Grecia, derrotó a los focidios en el 346 y controló personalmente el santuario. La hostilidad de Filipo hacia Esparta se materializó con la alianza que firmó en el 343 con sus grandes enemigos: Argos, Mesene y Megalópolis.

Ese año Arquidamo salió de Esparta rumbo a Tarento. La antigua colonia lo había reclamado para que los defendiera de los belicosos pueblos de la zona, los lucanos y los mesapios. Murió luchando en Mandonium (Manduria, al sureste de Tarento) en el 338 y su cuerpo no fue recuperado: quedó insepulto y sin las honras debidas a un rey espartano [434] . Los griegos piadosos vieron en esto un justo castigo por haber aceptado dinero sagrado de Delfos y por ayudar a los que habían saqueado el más famoso de los santuarios griegos. De todas formas, los espartanos erigieron en Olimpia una estatua-retrato suya por ser el único rey que no tuvo sepultura [435] .

Ese mismo año, el 2 de abril de 338, en la llanura de Queronea,

Filipo II de Macedonia derrotó a los griegos y terminó con la libertad de las ciudades-estado. En la primavera del 337 se celebró en Corinto un congreso bajo la presidencia del rey de Macedonia, que supuso la creación de la llamada Liga de Corinto, que englobaba a todas las ciudades griegas. La diferencia esencial con otras alianzas anteriores fue que la hegemonía no recaía sobre una ciudad sino sobre una persona: Filipo.

Los espartanos no habían participado en la batalla de Queronea y se negaron a asistir al congreso de Corinto, seguramente porque implicaba el reconocimiento de Mesenia, que había sido invitada. En una actitud un tanto infantil, se negaban a admitir que había en Grecia un nuevo orden de cosas que venía impuesto por el poder militar de Macedonia. Todavía estaban llenos del orgullo de su pasado que les impedía ponerse a las órdenes de cualquier otra ciudad.

Filipo tampoco los tomó muy en serio; de todos modos, para castigar su rebeldía, bajó con sus tropas al Peloponeso y recortó territorios a Esparta para cederlos a sus vecinos, Tegea, Argos, Megalópolis y Mesenia. De esa manera se ganó la gratitud de esas ciudades [436] .

El nuevo rey Agis III (338-331) mantuvo una actitud altiva de desprecio hacia los macedonios, que el gran Alejandro Magno castigó al dejar a Esparta al margen de los honores. Tras su victoria en la batalla del río Gránico contra los persas, envió parte del botín a Atenas (300 panoplias); con ellas se hizo una dedicación en la que mandó grabar:

Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los espartanos, dedicaron esto de los bárbaros que viven en Asia.

Más adelante, Agis se levantó en armas, aprovechando que Antípatro, el hombre que Alejandro había dejado a cargo de los asuntos de Grecia, estaba ocupado con una revuelta en Tracia. Contaba con el apoyo de la mayor parte del Peloponeso y Tesalia

(Atenas, que había recibido ciertos beneficios de Alejandro, se negó a participar en esa empresa). Pudo reunir un ejército de 20.000 ciudadanos, 10.000 mercenarios y 2.000 jinetes. Los griegos pensaban que era el momento oportuno: en primer lugar por la rebelión de Tracia, y en segundo, y más importante, porque los persas todavía resistían a Alejandro en Asia. El Gran Rey estaba dispuesto a enviar dinero y mercenarios para crear un nuevo frente en la retaguardia de Alejandro. Los espartanos sabían que una vez derrotados los persas, no habría posibilidad de libertad para los griegos.

Cuando conoció la rebelión, Antípatro resolvió a toda prisa la situación en Tracia y se dirigió al sur con un ejército de 40.000 hombres. Había recibido dinero de Alejandro (según Arriano, fueron 3.000 talentos que procedían del botín capturado en Susa) y una pequeña flota de naves chipriotas y fenicias. A finales del 331 o principios del 330, macedonios y espartanos se enfrentaron cerca de Megalópolis. Fue la batalla más grande ocurrida en Grecia desde las Guerras Médicas, aunque Alejandro, desde la distancia con que veía los asuntos de Grecia, comentó:

Parece que mientras nosotros vencíamos aquí a Darío, tenía lugar en Arcadia una lucha de ratones [437] .

Los espartanos fueron totalmente derrotados; según Diodoro, murieron más de 5.300 hombres del bando espartano en la batalla y 3.500 de las tropas de Antípatro. El propio rey Agis murió heroicamente en la batalla:

[Agis] luchó de forma brillante y cayó con muchas heridas recibidas de frente; cuando sus soldados lo transportaban a Esparta, se vieron de pronto rodeados. Agis, desistiendo de su propia salvación, ordenó a los demás soldados que se retiraran a toda prisa y se salvaran para beneficio de la patria, y él mismo, armado y de rodillas, resistió a los enemigos y todavía mató a algunos; pero

atravesado por una lanza perdió la vida, tras haber reinado nueve años [438] .

Como había pasado en Leuctra, no se castigó a los espartanos que habían sobrevivido a la batalla (sobrevivir a una derrota implicaba, de hecho, convertirse en un cobarde), aunque Acrótato, el hijo mayor del otro rey, Cleómenes II, insistió en que se aplicaran las viejas costumbres [439] .

Antípatro, para asegurar su tranquilidad, tomó 50 rehenes de Esparta de las familias más distinguidas; era un número elevado si tenemos en cuenta la oligantropía espartana. Es posible también que la obligara por la fuerza a unirse a la Liga de Corinto. Los rehenes en poder de Antípatro y las grandes pérdidas en vidas humanas explican que Esparta no se uniera a la gran rebelión de los griegos contra la dominación macedonia que tuvo lugar poco después de la muerte de Alejandro en el 323. El sucesor de Agis III, su hermano Eudámidas I, no quiso entrar en esa guerra, que fue conocida como Guerra Lamíaca [440] .

En el 317 Casandro, el hijo de Antípatro, se presentó en el Peloponeso y atacó numerosas ciudades con el deseo de imponer su autoridad sobre Grecia y Macedonia. Fue entonces cuando los espartanos decidieron fortificar su ciudad [441] . La inestabilidad del Peloponeso y la amenaza de los grandes reyes helenísticos con sus ejércitos de mercenarios hicieron que los espartanos olvidasen las palabras de desprecio que pronunciaban ante las ciudades amuralladas: «¿Qué mujeres habitan el lugar?» [442] o «¡Por los dioses, hermoso gineceo!» [443] . Olvidaron el orgullo de sus antepasados que solían repetir que «no se deben amurallar las ciudades con piedras ni con vigas sino con el valor de los ciudadanos» [444] . Pausanias escribe que en ese tiempo la fortificación consistía en fuertes empalizadas y profundos fosos; únicamente en algunos lugares más expuestos se habían levantado construcciones [445] .

La muralla rodeaba los cuatro obaí iniciales de Pitana, Mesoa, Limnas y Cinosura. Cada comunidad enterraba a sus fallecidos a las afueras para separar el mundo de los vivos del de los muertos, pero

cuando el perímetro amurallado encerró las cuatro aldeas, los cementerios quedaron dentro y se siguieron usando como lugar de enterramiento. Por eso a los griegos de entonces les pareció que de nuevo los espartanos se comportaban en contra de las normas y usos generales enterrando a sus muertos dentro de las murallas. Para explicar esta rareza de los espartanos se dieron razones diversas: Plutarco dejó escrito que de ese modo los jóvenes espartanos, acostumbrados a tales vistas, superaban miedos y perdían el respeto a los muertos [446] ; según otros autores más maliciosos, de ese modo se impedía que las tumbas fueran profanadas por el odio de las poblaciones sometidas.

En el 315, tres ciudades de Sicilia (Acragas, Mesina y Gela) pidieron ayuda a Esparta para luchar contra el tirano de Siracusa, Agatocles. Acrótato, el hijo mayor de Cleómenes II, decidió responder a su llamada a pesar de la oposición de los éforos, que consideraban que Esparta en esos momentos estaba muy debilitada. Lo cierto es que Acrótato tenía motivos personales para ir, pues se había ganado muchos enemigos por su insistencia en castigar a los cobardes de la batalla de Megalópolis. Dice Diodoro que los que iban a ser castigados «pasaban el tiempo calumniándole» [447] . No tuvo mucho éxito en su empresa siciliana, y por su arrogancia y crueldad fue despedido. Volvió a Esparta hacia el 314 y murió antes que su padre.

Areo I (309-265)

Cuando murió Cleómenes II en el 309, tras un larguísimo y poco glorioso reinado de sesenta años, le sucedió su nieto Areo (era hijo de Acrótato). Durante su minoría de edad actuó como regente su tío Cleónimo, que aspiró a ocupar el trono, pero la Gerousía y los éforos defendieron los derechos del joven Areo.

En el 303 Cleónimo, descontento porque no había subido al trono como esperaba, salió de Esparta aprovechando que Tarento solicitaba ayuda militar. Con el dinero que le enviaron contrató 5.000 mercenarios en el cabo Ténaro. Este lugar se había hecho famoso desde finales del siglo IV como centro de reclutamiento de mercenarios, que esperaban allí acuartelados la llamada de sus empleadores. El lugar era perfecto para este negocio: inexpugnable a un ataque por tierra y muy accesible en las rutas marítimas del Egeo. El ateniense Leóstenes, durante la Guerra Lamíaca, reclutó allí 8.000 mercenarios, y un general de Antígono Monoftalmos reclutó asimismo, con permiso de los espartanos, otros 8.000 soldados en el 315. Cleónimo partió con aquellas tropas hacia Italia, donde dejó patente con sus actuaciones su carácter cruel y vengativo.

Esparta supo mantenerse libre de las pretensiones de los sucesores de Alejandro; bien es verdad que su posición estratégica no era demasiado atrayente en el nuevo orden mundial que se había desplazado al Oriente y se basaba en el control de los mares. Aun así, por dos veces se vio en serias dificultades.

La primera fue con Demetrio Poliorcetes, quien en el 294 atacó el Peloponeso, venció al otro rey Arquidamo IV en una batalla junto a la ciudad de Mantinea y luego se dirigió contra la propia Esparta, pero llegaron de improviso noticias inquietantes sobre la situación de sus posesiones de Asia y Chipre que le apartaron de su propósito de conquistar la ciudad [448] .

La segunda tuvo como protagonista a Pirro, rey del Epiro. Pirro, que

había vuelto de su fallida expedición a Italia y Sicilia, quería compensar su fracaso con conquistas territoriales en Grecia. En sus negociaciones iniciales se mostró benevolente con Esparta, asegurando incluso que deseaba que sus hijos recibiesen la famosa educación del Estado [449] , pero la realidad es que llevó su ejército a Esparta y acampó al sur de la ciudad en el año 272 con el deseo de imponer en el trono al pretendiente Cleónimo. La ciudad ya estaba amurallada y resistió con valor los asaltos de Pirro; esta vez las mujeres tuvieron un gran papel en la defensa de la ciudad: cavaron una zanja defensiva, sirvieron como escuderos a los combatientes ofreciéndoles comida, bebida y armas, y también retiraron a los heridos a la retaguardia. El rey Areo, que se encontraba en Creta ayudando a la ciudad aliada de Gortina, regresó a toda prisa, y con ayuda de tropas de Corinto pudo rechazar a Pirro. Este abandonó su propósito de tomar la ciudad y se contentó con devastar el país. Después se retiró al norte y se dirigió a Argos, donde encontró la muerte luchando en sus calles.

Por su parte, Areo, que había encabezado la resistencia, ganó gran fama y adoptó las formas de los reyes helenísticos. En Olimpia erigieron en su honor estatuas, una de ellas ecuestre. Una de sus medidas más destacadas fue la acuñación de moneda.

Estas primeras monedas son tetradracmas que siguen el modelo de los de Alejandro Magno, donde estampó la leyenda ΒΑΣΙΛΕΟΣ ΑΡΕΟΣ, es decir, ‘del rey Areo’, y su efigie con la diadema de rey, como Alejandro. Si Areo escogió esta imagen, fue para presentarse al mundo como un gobernante a la misma altura que los dinastas helenísticos que se habían apoderado del imperio de Alejandro. Esto implicaba la concentración de todo el poder en la persona de Areo e ignoraba al otro rey de Esparta, el euripóntida Eudámidas II (ca. 275-244 a.C.). Sabemos que estas monedas no se acuñaron en Esparta y que, aparte de su valor propagandístico, se destinaron a pagar a sus mercenarios que lucharon en la Guerra de Cremónides.

Para mantener su posición como estado hegemónico en el Peloponeso, Areo contó con el apoyo financiero del rey de Egipto, que deseaba poner freno a la influencia de Macedonia en Grecia. Seguramente por consejo de Ptolomeo II, los espartanos se embarcaron en una nueva guerra contra Macedonia. Esta vez no

solo contaban con sus tradicionales aliados de Élide, Acaya y Arcadia (con la excepción de Megalópolis), sino también con Atenas. Esta guerra recibe precisamente el nombre del político ateniense que la propuso, Cremónides.

Poco se sabe de la contienda, pero terminó con la derrota y la muerte de Areo en el curso de una batalla en las cercanías de Corinto en el verano del 264, cuando el rey intentaba pasar el Istmo superando las guarniciones macedonias que lo custodiaban. El hijo de Areo llamado Acrótato intentó seguir la misma línea política de su padre, pero en el 260 fue derrotado por los griegos de Megalópolis y murió en la batalla.

Agis IV (244-241)

En el año 244 subió al trono por la dinastía de los Euripóntidas, Agis IV. Sabemos bastante de su reinado gracias a la vida que le dedicó Plutarco en su serie de Vidas Paralelas.

En este tiempo las diferencias entre pobres y ricos se habían acentuado. A mediados del siglo III solo había 700 espartiatas (ciudadanos con plenos derechos) y de ellos «solo 100 poseían tierras y un lote», según dice Plutarco [450] . Aunque se han dado variadas explicaciones a este pasaje de Plutarco, parece probable que había un centenar de ricos propietarios con grandes haciendas, mientras que los demás ciudadanos no conseguían obtener más que los recursos mínimos para mantener sus condiciones de ciudadano y contribuir a las comidas comunes. Había, pues, una gran parte de la población que no participaba de la riqueza del país ni de los honores, y que, por tanto, tendría poco interés en luchar por los reyes o por Esparta en su expansión en el exterior. La causa de la decadencia de Esparta estaba también en esta situación, pues sin un ejército numeroso, era imposible aspirar a la hegemonía en el Peloponeso.

Agis IV, a pesar de su juventud (contaba 20 años cuando comenzó su reinado) comprendió que recuperar la grandeza de Esparta pasaba por transformar la economía y el ejército, y decidió realizar una revolución desde arriba. Esta revolución se anunciaba a los espartanos como un regreso a las formas y las costumbres que habían hecho anteriormente grande a Esparta y que habían sido establecidas por el mítico legislador Licurgo. El objetivo más importante de su programa de reformas era desterrar el lujo y la ostentación.

Como aseguran las fuentes antiguas, la propiedad se había concentrado en manos de las mujeres. Según Aristóteles, dos quintas partes del país estaban en poder de las mujeres debido a que había muchas herederas (patroûchos) y a las grandes dotes.

Esto les proporcionaba una vida lujosa y muelle a la que no estaban dispuestas a renunciar. Precisamente la madre y la abuela de Agis (llamadas Agesístrata y Arquidamia, respectivamente) eran las mujeres más ricas de Esparta. No obstante, el joven rey consiguió convencerlas y se convirtieron en grandes partidarias de las reformas; incluso ofrecieron sus haciendas y bienes para la nueva distribución de tierras que estaba prevista. Agis encargó al éforo Lisandro –que era descendiente del gran Lisandro, el vencedor de los atenienses en la Guerra del Peloponeso– que presentara la retra en la Gerousía. En opinión de Plutarco, sus principales puntos eran:

Los deudores quedaban libres de sus deudas; la tierra que se extendía desde el barranco de Pelene hasta el Taigeto, Malea y Selasia, se dividiría en 4.500 lotes; la tierra de fuera en 15.000 lotes; los periecos que puedan llevar armas tomarían estas partes; los lotes de dentro para los espartanos. Se añadirían además de los periecos y extranjeros cuantos hubiesen tenido una crianza propia de hombres libres, gozasen de buenas condiciones físicas y el vigor de la juventud; se reunirían estos ciudadanos en las comidas comunes; su número sería de 200 a 400 en grupos de hasta 15; y disfrutarían del mismo modo de vida que sus antepasados [451] .

La juventud apoyó de forma decidida las propuestas de Agis, pero los mayores estaban divididos. Agis declaró que no estaba creando un sistema nuevo sino que reinstauraba las leyes ancestrales que había establecido el mítico Licurgo, pero Leónidas, el otro rey, se opuso a sus pretensiones diciendo que en el viejo ordenamiento de Licurgo nada se decía de cancelación de deudas ni de hacer ciudadanos a los extranjeros.

La reforma, aunque parecía que gozaba de la aprobación entusiasta de un gran número de ciudadanos, fue rechazada en la Gerousía por los ancianos. Agis y Lisandro buscaron entonces la manera de librarse de Leónidas, que era el principal baluarte de los sectores privilegiados, temerosos ante cualquier cambio. Leónidas había pasado mucho tiempo en la corte seléucida, seguramente como mercenario de alto rango, y se esforzaba en imitar el estilo de vida

de los monarcas orientales, lo que con toda seguridad le hizo impopular a su regreso a Esparta.

Los éforos, siguiendo una antiquísima costumbre, observaron los cielos de noche, y lo declararon culpable por haber vivido en la corte de los seléucidas y por haberse casado con una mujer asiática. Aquello violaba las leyes de Licurgo, que ahora querían imponerse de nuevo, pues había prohibido a los Heraclidas salir de Esparta y tener hijos con mujeres extranjeras. Plutarco nos describe la curiosa práctica de los éforos:

De nueve en nueve años escogen los éforos una noche serena y sin luna, y callados miran el cielo, y si una estrella pasa de una parte a otra consideran que los reyes han faltado en asuntos de religión y les suspenden de autoridad hasta que viene de Delfos un oráculo favorable a ellos [452] .

Este curioso ritual de los éforos, que solo menciona Plutarco, ha hecho pensar a muchos estudiosos modernos que estos magistrados eran originariamente sacerdotes. Además, los éforos habían consultado el oráculo de Talamas (por medio del éforo Lisandro, podemos suponer) y habían recibido la prescripción de que los espartanos vivieran en igualdad de acuerdo con las leyes que les había dado Licurgo [453] .

Llamaron a juicio a Leónidas para que se defendiera de las acusaciones, y al mismo tiempo convencieron al yerno del propio Leónidas, un tal Cleómbroto, para que reclamara el trono que iba a quedar vacante. Leónidas, lleno de temor, se refugió en el templo de Atenea Calcieco acompañado por su hija Quilonis (que había tomado el partido de su padre e intentaba interceder por él ante su marido Cleómbroto). Finalmente Leónidas obtuvo permiso para salir al exilio y se instaló en la ciudad de Tegea.

Agis tenía así el camino libre para sus reformas, y de inmediato se quemaron en el ágora los registros públicos de deudas e hipotecas; los vales de los deudores se llamaban klária (por klâros, que es la

palabra doria para ‘lote’). Curiosamente aquella primera acción revolucionaria debilitó el apoyo popular a Agis. Ahora muchos ciudadanos estaban libres de deudas y en posesión de sus tierras, y no veían con buenos ojos que aumentara el número de ciudadanos de pleno derecho y compartir su privilegiada posición. La ciudad, además, estaba alterada por la arbitrariedad de los nuevos éforos (sobre todo, de un tal Agesilao que era tío de Agis), de modo que cobraron fuerza los opositores, que hicieron volver a Leónidas en el 241.

Los reyes, ante la llegada de Leónidas, buscaron refugio: Agis se acogió al asilo del templo de Atenea Calcieco en la propia Esparta, pero Cleómbroto, más prudente, huyó hasta la costa y se refugió en el templo de Poseidón en el cabo Ténaro. Leónidas se dirigió primero contra Cleómbroto; quería ajustar cuentas con aquel hombre que, aun siendo yerno suyo, se había atrevido a mandarlo al exilio y arrebatarle el trono. Sin embargo, lo encontró acompañado de su esposa Quilonis, que intercedió por su marido. Conmovido por las súplicas de su hija, Leónidas permitió que Cleómbroto saliera fuera de Esparta en compañía de su fiel esposa y sus hijos.

Luego Leónidas se encargó del otro rey. Primero intentó que Agis saliera del lugar sagrado, asegurándole que podría reinar de nuevo junto con él, porque los ciudadanos le disculpaban por su juventud, pero al comprobar que nada conseguía con esos engaños, se puso al acecho. Agis acabó descuidándose; a veces salía y bajaba a bañarse al río, y en una de esas ocasiones le sorprendieron los hombres de Leónidas y lo condujeron a la cárcel. Se le llevó a juicio delante de la Gerousía, como era preceptivo con los reyes. Agis sonrió ante aquella comedia de juicio y declaró que solo había intentado imitar las formas de gobierno de Licurgo. Lo condenaron a muerte y apresuraron la ejecución para evitar el revuelo en la ciudad. Fue estrangulado en la misma cárcel; su madre y su abuela corrieron la misma suerte. Según Plutarco, las últimas palabras de su madre Agesístrata, antes de entregar su cuello al lazo, fueron: «Ojalá esto sea por el bien de Esparta».

Era la primera vez que los espartanos ajusticiaban con sus manos a los reyes. Plutarco, lleno de simpatía hacia el joven rey idealista,

escribe como epitafio: «Estaba en esa edad en la que si los hombres yerran, hallan pronta y fácil indulgencia [454] .

Cleómenes III (235-222)

Tras la ejecución de Agis IV, Leónidas controló la ciudad como rey en solitario. Curiosamente casó a su hijo Cleómenes con la viuda de Agis que se llamaba Agiatis. Había dos buenas razones para ello: se trataba de una heredera (patroûchos) de gran riqueza y estaba dotada de una deslumbrante hermosura. Recordemos que dentro de las prerrogativas de los reyes estaba el designar marido para las herederas.

Al morir Leónidas en el 235, le sucedió Cleómenes, quien, en lugar de seguir la política de su padre, volvió a retomar la reformas que Agis había planteado, tal vez por influencia de su hermosa esposa, o tal vez por la influencia del filósofo estoico Esfero de Boristenes, que en esos momentos residía en Esparta. En todo caso, si Cleómenes deseaba que Esparta volviese a representar un gran papel en el Peloponeso, debía realizar reformas; de otro modo era imposible enfrentarse con éxito a sus vecinos hostiles (Mesenia y Megalópolis) y a las grandes ligas que se habían creado por entonces, la Liga Aquea y la Liga Etolia.

A pesar de la existencia de muchas y pequeñas ciudades, la idea de una alianza que les sirviese para favorecer el progreso, el comercio o simplemente la riqueza era extraña a la mentalidad de los griegos. Como afirma Polibio, lo que buscaban todas las ciudades era la libertad y la dominación sobre las demás. Pero al final de la Época Clásica hubo algunos intentos de creación de esta especie de federalismo, que en griego era denominado koinón, y que debemos entender en el sentido de «comunidad».

Ya los beocios habían creado una liga en el siglo v con un sistema de representación proporcional, aunque de hecho Tebas estaba a la cabeza; la Liga Beocia sobrevivió a la muerte de Epaminondas, pero desapareció con la llegada de Filipo y Alejandro Magno (que destruyó Tebas en el 335).

Una de las principales ligas en esta época fue la de los etolios, un pueblo situado al oeste de Delfos que había sufrido un significativo atraso en la Época Clásica; en el siglo v mantenía una organización tribal y carecía de ciudades. En la narración de Tucídides aparece como un pueblo casi salvaje que hablaba un dialecto difícil de entender y comía carne cruda. La formación de esta liga situó a los etolios en el mapa político de Grecia como una entidad de peso. Primero ocuparon Delfos (que defendieron con éxito del ataque de los bárbaros celtas en el año 278) y luego extendieron su poder por toda la Grecia central, excepto Atenas. La enemistad de los etolios con Macedonia fue convenientemente explotada por los romanos, que los usaron como tropas muy capaces para derrotarlos. La Liga Etolia tenía un estratego que se elegía anualmente y un Consejo formado por delegados de las diferentes ciudades en proporción a su población.

Los aqueos habían formado otra liga, que tenía como ámbito de influencia todo el noroeste del Peloponeso. Hasta el siglo IV fue la asociación de doce ciudades de pequeña entidad, pero resurgió con fuerza hacia el 280, cuando admitió en su seno a comunidades no aqueas del Peloponeso. Las ciudades emitían una moneda común, pero mantenían sus propias leyes. La Liga Aquea tenía un Consejo, un estratego y 10 demiurgos. Los aqueos también fueron enemigos declarados de Macedonia y buscaron el apoyo de los reyes de Egipto para contrarrestar su influencia. La Liga estaba dominada por las clases superiores de las ciudades, grandes propietarios que defendían un orden muy tradicional. Arato de Sición fue el alma de la Liga durante casi todo el periodo entre el 245 al 213, no solo por su condición de estratego sino también por sus cualidades diplomáticas.

Cleómenes inició en primer lugar una serie de campañas contra la Liga Aquea para conseguir un buen nombre como general. En el 227 consiguió una brillante victoria en la batalla de Ladocea, cerca de Megalópolis, la ciudad arcadia fundada por Epaminondas, que se había incorporado a la Liga Aquea y se había convertido en un verdadero obstáculo para las aspiraciones hegemónicas de Esparta. Cleómenes dejó en Arcadia el grueso de su ejército formado por los ciudadanos y volvió a Esparta con sus mercenarios decidido a dar un golpe de Estado e imponer por la fuerza las reformas que Agis ya

había intentado en el pasado. Sorprendió a los éforos cuando se hallaban comiendo juntos y los asesinó (uno de ellos, con graves heridas, consiguió arrastrarse hasta el templo cercano del Miedo y salvó la vida).

Cleómenes suprimió la magistratura alegando que no existía realmente en el viejo ordenamiento de Licurgo y destruyó los sitiales de los éforos excepto uno, que dejó para sí mismo como único gobernante. Reorganizó la Gerousía, pues gran parte de sus miembros debieron de salir al exilio, y redujo considerablemente su poder. También creó unos nuevos magistrados llamados patronómoi, es decir, 'guardianes de las leyes', que tenían como misión vigilar el cumplimiento de las leyes ancestrales de Licurgo (según las entendía Cleómenes) y que sustituyeron a los éforos como la más alta magistratura del Estado. No sabemos con seguridad si Cleómenes creó esta nueva magistratura o existía previamente con otras funciones, lo cierto es que cuando más adelante se reinstaure el eforado, los patronómoi siguieron siendo una magistratura muy importante (en época romana hay evidencias epigráficas que demuestran la existencia de un colegio de seis patronómoi, uno de ellos epónimo, en el período que va del siglo i a. C. a la segunda mitad del siglo II d. C. En esos tiempos también existían los éforos, pero nos es imposible determinar su relación). Por último, Cleómenes, para mantener de alguna manera la apariencia de una monarquía dual, nombró a su hermano Epiclidas (o Euclidas) como co-rey. Seguramente esta decisión tenía también el propósito de evitar la acusación de ser un tirano, pero no engañaba a nadie: el historiador Polibio escribe que había convertido el régimen político de su país en una tiranía [455] .

Sus medidas sociales fueron similares a las de su antecesor: se cancelaron las deudas, se dividió la tierra en 4.000 lotes, muchos periecos fueron admitidos como ciudadanos, e incluso se abrió esta posibilidad a los extranjeros si pasaban un examen que los considerase idóneos (tal vez aquí estaba pensando en sus mercenarios). Por otro lado, volvió a los antiguos métodos de educación y a las comidas comunes. Con estas medidas reforzaba el ejército y estaba mejor preparado para enfrentarse a sus enemigos de la Liga Aquea.

El principal objetivo de Cleómenes, si no el único, era incrementar el número de ciudadanos y conseguir un ejército más poderoso; en ese mismo sentido equipó a sus soldados a la manera macedonia con las largas sarisas [456] . Los espartanos se habían quedado atrás nuevamente en lo que se refiere a innovaciones militares porque habían pasado 110 años desde Queronea, aquella batalla en la que los macedonios del padre de Alejandro Magno habían demostrado la ventaja de sus técnicas.

Sin duda, esta política de Cleómenes de redistribución por igual de las tierras está en la base de la creencia de que en los orígenes de Esparta, las tierras pertenecían al Estado, que concedía un lote a cada ciudadano, y de que este lote inalienable volvía de nuevo al Estado tras la muerte. Plutarco, que fue gran admirador del joven Cleómenes como reformador, es el responsable de la difusión de esta idea. Pero, como hemos visto, el sistema de propiedad de la tierra espartana fue similar al de las demás ciudades griegas, y por las noticias de todas las fuentes más antiguas que Plutarco, empezando por Tirteo, Heródoto y Tucídides, sabemos que había ciudadanos con extensas posesiones y que no había restricciones sobre la cantidad de la tierra que se podía poseer.

Plutarco describe con evidente simpatía la sencillez de su corte, que compara con el lujo desenfrenado y la ostentación de los demás reyes helenísticos:

No tenía para el servicio de su persona ni púrpura ni pesados mantos, ni el aparato de divanes y literas, ni concedía audiencia por medio de mensajeros, porteros o secretarios, pocas veces y con dificultad, sino que él mismo salía en persona a saludar tal como iba vestido en ese momento, y charlaba y pasaba el tiempo con los solicitantes de forma festiva y humana... Su cena cotidiana era en el lecho, muy parca y espartana; aunque reprendió a uno de sus amigos al oír que invitó a unos huéspedes al caldo negro y al pan de cebada, como era costumbre en las comidas comunes, pues decía que no era preciso ser demasiado espartano con los huéspedes [457] .

Con su nuevo ejército atacó la región de Megalópolis y obtuvo un rico botín. Ante el peligro de Cleómenes, que conducía la guera de manera eficaz y con gran audacia, la Liga Aquea mandó embajadores al rey de Macedonia, Antígono Dosón, en el invierno del 227/6 para culminar una alianza.

El rey espartano, por su lado, no se quedó inactivo: tomó la ciudad de Mantinea, atravesó Arcadia en dirección al norte y derrotó al ejército aqueo cerca de Dime, en el extremo noroeste de Acaya, muy cerca de la costa. Luego hizo un recorrido triunfal por el Peloponeso tomando las ciudades, bien con acuerdos bien con amenazas. En el 225 llegó hasta Argos y la asaltó de noche cogiendo por sorpresa a sus habitantes, que tuvieron que aceptar una guarnición y dar rehenes. Tras la caída de Argos, el resto de la región pasó a sus manos: Fliunte, Trecén, Epidauro y Hermíone. Por último, se dirigó contra Corinto, la capital de la Liga Aquea, que le abrió sus puertas. Los espartanos ocuparon la ciudad sin necesidad de luchar, aunque su acrópolis, conocida como Acrocorinto, quedó en manos de tropas fieles a los aqueos.

Esparta conocía de nuevo la gloria de las victorias y era una gran potencia en Grecia. Es posible que la fama de reformador del rey espartano le atrajese las simpatías de otras poblaciones en el resto del Peloponeso, aunque pronto cambiaron las cosas, cuando se dieron cuenta de que Cleómenes no tenía intención de exportar sus ideas «revolucionarias» fuera de su patria. De hecho, Argos se sublevó contra los partidarios de Esparta. Plutarco escribe que el pueblo «estaba descontento porque Cleómenes no había cancelado las deudas en su ciudad, como esperaba» [458] . El general aqueo Timóxeno aprovechó la ocasión para caer sobre la ciudad y tomarla mediante una estratagema.

La rebelión de Argos fue un golpe inesperado para el rey espartano y marcó el final de su exitosa carrera militar. Cleómenes se dirigió hacia Argos para controlar la situación y dejó el paso libre a las tropas macedonias de Antígono, que rebasaron sin problemas el Istmo. No consiguió recuperar la ciudad y tuvo que retirarse hacia Laconia; durante esa marcha le alcanzaron mensajeros para comunicarle que su amada esposa Agiatis había muerto.

Cléomenes se convirtió en un buen ejemplo de las mudanzas de la

fortuna que sufrían los líderes en el periodo helenístico: en un momento dado era dueño de casi todo el Peloponeso, hasta Corinto y Argos, pero en un instante lo había perdido todo y estaba luchando por la supervivencia de Esparta. No sin razón la diosa Fortuna recibió un culto tan destacado en este periodo de la historia.

Antígono Dosón conquistó sin esfuerzo Corinto y Argos, y se dirigió al sur. En Arcadia tomó las ciudades de Orcómeno, Mantinea y Tegea. Pero Cleómenes seguía tan activo y enérgico como siempre. En Esparta liberó a 6.000 ilotas que pudieron pagar las cinco minas áticas (500 dracmas) que exigió por su liberación; este dinero procedía de los excedentes de las cosechas que, según las leyes antiguas, los ilotas podían conservar. La creciente monetización de la economía espartana lo hizo posible. El mismo Cleómenes, siguiendo el ejemplo de Areo I, había acuñado tetradracmas de plata, monedas que copiaban los modelos de los otros monarcas helenísticos: aparece de perfil la cabeza del propio Cleómenes con la diadema real de Alejandro, una moneda retrato que parece inspirada en la de Antíoco I. Armó a la manera macedonia a 2.000 ilotas liberados y los incorporó a la falange para reforzar el ejército. Aprovechando la inactividad de Antígono Dosón en el período invernal, Cleómenes cayó por sorpresa sobre Megalópolis en el 223. La ciudad contaba con escasos soldados para su defensa, pues había perdido a la mayoría de sus hombres en edad militar en la batalla de Ladocea. Con ayuda de unos traidores el rey espartano penetró de noche en el recinto de las murallas y se hizo con la ciudad, pero sus habitantes pudieron huir y encontrar refugio en la cercana Mesene. Cleómenes arrasó con furia Megalópolis y volvió a Esparta con un botín que ascendía, según indica Polibio, a 300 talentos [459] .

8. Moneda de Cleómenes III

En el verano del 222 los dos contendientes se decidieron a presentar batalla en las cercanías de Selasia. Antígono contaba con 30.000 soldados (bárbaros del norte, macedonios y aqueos), mientras que el ejército de Cleómenes estaba formado por espartanos, periecos, mercenarios y sus pocos aliados, en total 20.000 efectivos. La lucha fue encarnizada; según Plutarco, de los 6.000 espartanos que participaron, murieron todos a excepción de 200; cifras tal vez exageradas pero que dan idea de la magnitud de la derrota. Entre los muertos estaba el hermano y co-rey, Epiclidas (o Euclidas), pero Cleómenes pudo escapar con algunos fieles. Se encaminó a Gitio y allí embarcó rumbo a Egipto, donde murió pocos años después (en el 219). Con esta huida tras la batalla Cleómenes arruina su fama y contradice claramente los valores tradicionales de Esparta que se suponía que había reivindicado. Había huido de la muerte más hermosa, en el campo de batalla, defendiendo a su patria; no era más que un «temblón» al que las viejas leyes hubiesen castigado severamente.

Antígono Dosón tomó entonces Esparta, que cayó en manos enemigas por primera vez en su historia. La trató con humanidad, haciéndola aliada de los macedonios y de los aqueos, y le devolvió su anterior régimen político, es decir, se volvieron a nombrar éforos para que dirigiesen los asuntos de la ciudad. No es extraño, por

tanto, que tras su muerte al año siguiente, la ciudad lo declarara oficialmente como 'benefactor' (evergetés) y 'salvador' (sotér) [460] .

En el 220/219 los éforos decidieron la restauración de la monarquía dual: Agesípolis III subió al trono de los Agíadas, pero como era menor asumió la regencia su tío Cleómenes; en cuanto al trono de los Euripóntidas, lo ocupó un tal Licurgo. Polibio asegura que Licurgo pagó un talento a cada éforo para convertirse en rey de Esparta, aunque ningún antepasado suyo había ostentado ese título [461] .

Licurgo siguió la misma política agresiva que sus predecesores, atacando los estados más hostiles a los espartanos, Argos, Megalópolis y Mesenia. Según Livio, expulsó a su colega en el trono y quedó como rey único [462] , tendencia a la que parecía caer irresistiblemente el Estado espartano olvidando sus viejas tradiciones, seguramente por la fuerte influencia de los otros monarcas helenísticos. Aun así tuvo que hacer frente a serios problemas internos cuando un pretendiente al trono llamado Quilón dirigió una revuelta contra su persona. Este Quilón volvió a proponer la redistribución de tierras y consiguió reunir un pequeño grupo de seguidores. Primero atacó a los éforos, a los que culpaba de haber sido relegado de la realeza: los sorprendió mientras comían y los degolló allí mismo; luego se dirigió a la casa de Licurgo, pero éste logró huir por los campos y se refugió en la ciudad de Pelene. Quilón ocupó el ágora y encarceló a sus enemigos, pero no fue capaz de ganarse el favor de la población en general. Tuvo que salir de Esparta y se refugió en Acaya [463] . Entonces Licurgo regresó a Esparta y continuó las hostilidades contra la Liga Aquea.

Durante su reinado tuvo lugar la llamada Guerra Social (donde «social» procede del término latino socius, es decir, 'aliado'). Antígono Dosón, tras la derrota espartana en Selasia en el 222, había creado una Liga Helénica que englobaba a las ciudades aqueas y a Esparta, y que, por supuesto, dirigía Macedonia. Entre el 220-217, los etolios, eleos y espartanos lucharon por todo el Peloponeso para sacudirse el yugo de los macedonios y los aqueos. En el 218 el nuevo rey de Macedonia, Filipo V, se presentó en el Peloponeso con su ejército. Atacó Laconia, y durante una semana

saqueó y quemó toda la región hasta Ténaro y Malea; Esparta, no obstante, resistió su asalto.

La guerra terminó con la paz de Naupacto, que dejó las cosas como estaban anteriormente. El tratado, en palabras de Polibio, se resumía en que «cada parte se quedara con lo que poseía en ese momento» [464] . El año 216 fue de paz: las gentes cultivaron las tierras, renovaron las asambleas, realizaron sacrificios y ritos tradicionales, cosas que los pueblos casi habían olvidado totalmente debido a las continuas guerras.

A la muerte de Licurgo en el 211 le sucedió su hijo Pélope, pero al ser menor actuó como regente Macánidas, que siguió las campañas en el Peloponeso para engrandecer Esparta. Para su desgracia tuvo que enfrentarse a un militar excepcional, Filopemén, que desde el 208 se convirtió en el principal estratego de la Liga Aquea y fue el mayor obstáculo para la expansión espartana en el Peloponeso, del mismo modo que Epaminondas lo había sido en el siglo IV. Tras mejorar el equipamiento y la preparación de las tropas, se enfrentó a Macánidas en los alrededores de Mantinea en el 207. Fue una gran derrota de Esparta; en la batalla murieron 4.000 espartanos. Filopemén mató con su propia mano a Macánidas durante la desordenada retirada de su ejército. En los días siguientes los aqueos acamparon a orillas del Eurotas y devastaron Laconia [465] .

Nabis (207-192)

Nabis llega al poder tras la muerte de Macánidas en la batalla de Mantinea, aunque no podemos precisar la fecha exacta. Las fuentes antiguas, que le son claramente hostiles, se refieren a él como un tirano. Sin embargo, es posible que perteneciera a una rama lateral de los Euripóntidas, que se remontaba hasta Demarato, el rey que se exilió en la corte persa en tiempos de las Guerras Médicas. De todas formas Nabis se consideraba rey, y así figura en las monedas que acuñó y en una inscripción de la isla de Delos que lo honra como benefactor. Polibio nos ofrece un sombrío retrato de Nabis con los perfiles típicos de un tirano:

Nabis, el tirano de los lacedemonios, que ya detentaba el poder por tercer año, no se propuso realizar ninguna acción grande ni osada porque todavía estaba reciente la derrota de Macánidas a manos de los aqueos, pero puso los fundamentos de una tiranía larga y opresiva, pues eliminó a los que quedaban de las casas reales y desterró a los que destacaban por su riqueza o por su noble linaje, y entregó sus haciendas y sus esposas a sus hombres más destacados y a sus mercenarios. Estos eran asesinos, destripadores, salteadores y ladrones. Se reunió junto a él, procedente de todo el mundo, esta clase de gente, que tenía prohibida la entrada a su patria debido a su desprecio a los dioses y a las leyes. Erigiéndose él mismo como su líder y usándolos como servidores de su corte y como guardia personal, era evidente que iba a mantener el poder y la fama por su impiedad por mucho tiempo. No le bastaba con desterrar a los ciudadanos, sino que los exiliados no hallaban ningún lugar ni refugio seguro; pues a los que estaban de camino les enviaba gente para matarlos, y a los que hacía volver, los asesinaba. Finalmente por medio de hombres exentos de toda sospecha, alquilaba en las ciudades las casas vecinas a las de los desterrados; introducía en ellas cretenses que hacían agujeros en los muros y a través de los

orificios realizados asaeteaban a los desterrados; los mataban en sus propias casas a unos cuando estaban levantados, a otros mientras dormían, de modo que los desdichados lacedemonios no tenían ni lugar de asilo ni momento de sentirse seguros [466] .

Durante su reinado concedió la libertad y la ciudadanía a un buen número de ilotas, pero no parece que Nabis aboliera en su totalidad este sistema de servidumbre, pues, según Estrabón, existió hasta tiempos de la dominación romana [467] . Se trataría, como en anteriores casos, de grupos concretos que accedieron a la ciudadanía y que pudieron incorporarse al ejército. Por otro lado, el derecho de ciudadanía, que había sido tan limitado en épocas anteriores, quedó abierto a los espartanos sin tierras y a los mercenarios.

De todas formas Nabis no es un revolucionario al estilo de Agis y Cleómenes, que tenían en mente la recuperación de los viejos valores espartanos; es más bien un monarca al estilo helenístico, como demuestra su forma de vida: se rodeó de una guardia personal de mercenarios cretenses, llevaba una vida de lujo y ostentación, con mantos de purpura, palacios y cuadras de magníficos caballos; además, se casó con una mujer extranjera: Apia de Argos, que pertenecía a una gran familia de esa ciudad; el enlace no seguía las tradiciones espartanas, pero le aseguraba la posibilidad de extender su influencia más allá de los estrechos límites de Esparta. Acuñó moneda donde estampó su efigie y su nombre; en el reverso grabó la imagen de Heracles para reivindicar su condición de Heraclida.

Por otra parte, Nabis reforzó las murallas de la ciudad, y hacia el 188 se había completado el perímetro amurallado, una obra de gran envergadura, ya que debía englobar los asentamientos dispersos de las cuatro obaí; medían no menos de 9.200 metros y abarcaban un espacio de 200 hectáreas.

También dedicó grandes esfuerzos a la construcción de una flota propia (la primera que tenía Esparta desde el siglo IV); estaba formada por periecos y tenía como base el puerto de Gitio. En esta aventura marítima Nabis contaba con el apoyo de los cretenses, que se dedicaban a la piratería en las aguas de los cabos Malea y

Ténaro. Creta, poblada por griegos de estirpe doria, como los espartanos, no había representado ningún papel en la Época Clásica; había quedado atrasada y aislada, pero en Época Helenística destaca por dos cosas: por ser fuente de mercenarios (aunque al final de la Guerra del Peloponeso ya había arqueros cretenses apoyando a los espartanos) y por sus actividades piráticas. Estos contactos entre Esparta y Creta se estrecharon en tiempos de Alejandro Magno, cuando los reyes espartanos empezaron a intervenir en los asuntos de la isla. Nabis usó, siguiendo esta costumbre, a los cretenses como mercenarios y como corsarios a su servicio.

Tras dos o tres años de preparativos militares, Nabis comenzó su expansión atacando Mesenia. Pero no pudo hacer frente a la gran capacidad de Filopemén, el estratego de la Liga Aquea, que lo derrotó cerca de Tegea. A continuación Filopemén entró en Laconia y devastó el territorio, aunque no pudo tomar la ciudad.

En el 198 los aqueos se hicieron aliados de los romanos con el deseo de encontrar un apoyo contra la creciente presión de Nabis. Éste, a su vez, buscó la amistad de Macedonia, donde reinaba Filipo V, que era un gran enemigo de Roma. Precisamente como consecuencia de esta alianza Nabis se hizo con el control de Argos, ciudad que estaba vinculada con él por su esposa, y en la que instauró las mismas medidas revolucionarias: confiscó los bienes de los ricos, canceló las deudas y repartió tierras entre los pobres. Suponía una gran diferencia con reyes anteriores, como Cleómenes, que no habían pensado en ningún momento exportar sus ideas revolucionarias. Grecia sufría en esta época graves problemas económicos que provocaron constantes luchas entre ricos y pobres; el gran apoyo que Nabis consiguió en Esparta y en Argos son buen indicio de ello. Nabis debió de ser un líder autoritario que gozó de popularidad entre los habitantes de su patria, que le dieron su apoyo en todo momento. Pero sus medidas económicas chocaban con los romanos, que solo apoyaban el gobierno de las clases pudientes. Es por eso que nuestras fuentes, que son el romano Tito Livio y el arcadio Polibio, no simpatizan en absoluto con él.

Cuando los romanos vencieron al rey de Macedonia Filipo V, el general romano Quincio Tito Flaminino declaró solemnemente la

libertad de todas las ciudades griegas en los Juegos Ístmicos del 196. Aquella declaración complicaba la posición de Nabis en Argos, donde de facto gobernaba su yerno Pitágoras. Flaminino convocó un congreso panhelénico en Corinto para que los griegos decidieran –ya que eran libres– lo que había que hacer con Argos. Salvo los etolios, que veían en esa guerra una excusa de los romanos para seguir manteniendo las legiones en suelo griego, la mayoría votó por la guerra contra Nabis.

En vista de las dificultades para tomar Argos, Flaminino decidió llevar su ejército directamente contra Esparta. Le acompañaban los soldados de la Liga Aquea y los exiliados espartanos; en total se habían reunido unos 50.000 hombres; y aunque Nabis, por su parte, solo contaba con 1.000 cretenses, las tropas de Esparta y de Argos y 3.000 mercenarios, no abandonó la lucha. Reforzó las murallas, disciplinó las tropas y evitó cualquier perturbación interna en la ciudad con severos castigos. Como no se sentía a la altura de Flaminino, Nabis se refugió dentro de la ciudad. Flaminino acampó en Amiclas y devastó la región desde el pie del Taigeto hasta el mar. Precisamente en la costa se había concentrado la flota combinada de Rodas, Pérgamo y Roma, que atacó la base naval de Nabis en Gitio. La ciudad era grande y con una población mixta de ciudadanos y extranjeros; estaba bien fortificada, tanto en dirección a tierra como hacia el mar, y almacenaba gran cantidad de pertrechos navales y material bélico. Cuando Gitio cayó en poder de Flaminino, Nabis comprendió la inutilidad de sus esfuerzos y entró en negociaciones con el general romano. Éste convocó a un consejo a las ciudades amigas. La mayoría estuvo a favor de continuar la guerra y deshacerse del tirano, pero Flaminino se inclinó por la paz. En Roma se acercaba la hora de elegir nuevos cónsules y temía que, si el asedio de Esparta alargaba la guerra, fuera su sucesor el que obtuviera los laureles de la victoria.

Las condiciones fueron severas: Nabis abandonó Argos, las ciudades que poseía en Creta y toda la zona costera de Laconia (sin duda los romanos deseaban evitar sus actividades de apoyo a los piratas cretenses que obstaculizaban el comercio por el Mediterráneo); permitió que las esposas e hijas de los exiliados –que se habían casado a la fuerza con los esclavos liberados– se reunieran, si así lo deseaban, con sus familias; entregó cinco rehenes, entre los que se

encontraba su propio hijo Armenas, y por último, tuvo que pagar una indemnización de 500 talentos de plata (100 en ese momento y 50 talentos anuales durante los siguientes ocho años). Aunque Nabis se sintió aliviado al ver que nada se decía sobre la repatriación de los exiliados, el tratado suponía su renuncia a la flota y los puertos. El mar había sido una gran fuente de beneficios, y en las ciudades de la costa había una gran reserva de hombres y riqueza. El Senado de Roma ratificó el tratado en el invierno del 195/4.

En el 193 Nabis comenzó una guerra para recuperar sus posesiones perdidas al sur de Laconia. Los etolios le animaban en secreto a ello; le hacían ver que su poder se había reducido por la pérdida de las ciudades costeras, de donde obtenía soldados, naves y tripulaciones. Era el momento perfecto, ya que no había ningún ejército romano en Grecia, pues Flaminino había vuelto a Roma para recibir su triunfo (en el que figuró Armenas, el hijo de Nabis).

Atacó en primer lugar Gitio por tierra y por mar (aunque había entregado su flota a Roma, se hizo con unas pocas naves que bloquearon el puerto). Filopemén se vio incapaz de romper el bloqueo en el mar pues, siendo un arcadio de tierra adentro, era completamente inexperto en asuntos navales. Nabis consiguió tomar Gitio y volvió al norte para enfrentarse al ejército de la Liga Aquea, pero fue derrotado por Filopemén cerca de Esparta.

Como señal de los tiempos que corrían los dos bandos, contaban con el mismo tipo de mercenarios: caballería de Tarento y auxiliares cretenses. Nabis se refugió en la ciudad detrás de sus murallas, mientras las tropas de Filopemén asolaron durante un mes los campos de Lacedemonia. El regreso de Flaminino a Grecia salvó a Nabis de la derrota absoluta. El general romano obligó a las partes a poner fin a las hostilidades y restableció el orden de cosas fijado en el tratado del año 195. Flaminino seguía la hábil política de Roma que evitaba el encumbramiento de cualquier estado, incluso cuando se trataba de sus propios aliados. Esparta podía servir de contrapeso a la poderosa Liga Aquea.

Muerte de Nabis. Esparta en la Liga Aquea

El mismo Nabis no se engañaba con respecto a la bondad de los romanos, pues poco después buscó el apoyo de otro gran enemigo de Roma, el rey Antíoco III. Esto significaba aliarse también con los etolios, que desde hacía tiempo estaban en contra de la presencia romana en Grecia, que no les dejaba actuar con libertad. En virtud de esta alianza recibió de los etolios tropas de refuerzo: 1.000 hombres de infantería y 30 jinetes escogidos bajo el mando de un tal Alexámeno, quien solía salir a las afueras de la ciudad y participaba junto con Nabis en varias maniobras y ejercicios.

En una de esas ocasiones Alexámeno y sus 30 jinetes cayeron sobre Nabis y le dieron muerte. Lo inesperado de aquel acto dejó estupefactos a todos los presentes. Incluso su misma guardia personal se comportó como un simple grupo de espectadores. Alexámeno, con sus etolios, se dirigió al palacio de Nabis para saquearlo, y allí pasó un día y una noche buscando tesoros, lo que permitió a los espartanos tener tiempo para reaccionar. Irrumpieron en masa en el palacio y mataron a Alexámeno y a sus hombres; algunos pocos que consiguieron huir a Tegea y Megalópolis fueron detenidos por los magistrados y vendidos como esclavos. Fue una gran manifestación de lealtad hacia Nabis por parte de los espartanos.

Se han dado varias razones para este acto sin sentido de Alexámeno, que atentó contra un líder que era aliado de los etolios. Livio indica que llevaba órdenes secretas de los etolios para acabar con el tirano y apoderarse de la ciudad; sin embargo, parece más bien un acto descontrolado, muy propio de la Época Helenística, donde bandas de soldados profesionales sin lealtad solo buscaban el pillaje.

La muerte de Nabis sumió a la ciudad de Esparta en el miedo y la confusión. Con los romanos demasiado ocupados en la guerra contra los etolios y Antíoco III, Filopemén aprovechó la ocasión para tomar Esparta en el verano del 192. No halló resistencia;

incluso había un grupo favorable al entendimiento con los aqueos que le ofreció generosamente los 120 talentos que resultaron de la venta de los bienes y del palacio de Nabis, un dinero que Filopemén, por supuesto, rechazó.

Esparta quedó integrada a la fuerza en la Liga Aquea, pero sufrió las continuas revueltas y disensiones entre dos bandos: los partidarios de la integración y aquellos otros, que recordando su orgullosa historia, apostaban por volver a conseguir la independencia. A esto se añadía un problema con los antiguos exiliados que se habían instalado en poblaciones del sur de Laconia. Hubo choques violentos entre ellos, y las apelaciones al Senado de Roma solo trajeron respuestas ambiguas.

En el 188 Filopemén aprovechó estas revueltas para dar el golpe definitivo al orgullo espartano. Volvió a entrar en la ciudad y exigió la demolición de sus murallas, la retirada de todos los mercenarios de Nabis, la expulsión del país de los ilotas liberados (sabemos que 3.000 se resistieron y fueron vendidos como esclavos), la devolución de ciertos territorios del norte a favor de Megalópolis, y finalmente la incorporación de Esparta a la Liga Aquea con la total abolición de la constitución espartana y su organización social (como la agogé y las comidas comunes) a favor de las leyes e instituciones aqueas. Se trataba de acabar con la idiosincrasia de Esparta y convertirla en una ciudad como otra cualquiera, que pudiera adaptarse a la política común de la Liga. Tito Livio escribe sobre el triste final de la ciudad:

Ninguna pérdida, sin embargo, les afectó más profundamente que la abolición de la disciplina de Licurgo, que habían mantenido durante ochocientos años [468] .

Esparta y Roma

Los aqueos siempre habían colaborado con Roma en todas sus guerras, pero en la última contra Perseo, rey de Macedonia, en el 172, los romanos les acusaron de no haberles ofrecido suficiente apoyo y lealtad. Cuando terminó la guerra con la victoria de Lucio Emilio Paulo en Pidna, el Senado ordenó deportar a Italia como rehenes a más de 1.000 líderes aqueos, entre los que figuraba Polibio, el gran historiador.

Las malas relaciones entre aqueos y romanos terminaron en guerra abierta en el 146. Los romanos vencieron con facilidad; el cónsul Mumio entró en Corinto, capital de la Liga Aquea, la saqueó y la arrasó como castigo ejemplar para todos los griegos que quisieran ignorar el poder de Roma. Las ciudades que se habían enfrentado a Roma tuvieron que derribar sus murallas; se abolieron las democracias, se establecieron los cargos públicos de acuerdo con las fortunas y se impuso un tributo; las ligas por naciones –la de los aqueos, los focidios, los beocios o cualquier otra– fueron disueltas. En principio Grecia quedó incluida en la provincia de Macedonia, que ya existía.

Con la dominación de Roma terminaron por fin las guerras entre ciudades, la incansable lucha por la hegemonía y los odios viscerales hacia los estados vecinos. Como había advertido un sagaz estadista griego:

Estas treguas y estas guerras, en una palabra, estos juegos con los que ahora nos entretenemos mutuamente... se verán truncados cuando lleguen los romanos [469] .

Esparta tuvo un excelente trato por parte de Roma, pues no había

representado ningún papel activo en la lucha de la Liga Aquea. Conservó sus murallas, y se le consideró una ciudad libre (civitas libera), en el sentido que se podía dar a esa palabra en ese tiempo. Se restauraron las instituciones de Licurgo, y en especial la agogé, que había sido suprimida por Filopemén cuatro décadas antes. Pero al parecer las comunidades periecas no se incluyeron en su territorio; se organizaron en un «koinón de los lacedemonios», un tipo de organización federal. Por algunas inscripciones sabemos que contaban con próxenos en otras ciudades que velaban por sus intereses y que acuñaron moneda en ocasiones señaladas (con motivo de festivales). Pausanias nos habla de esta comunidad de ciudades periecas, algunas tan importantes como Gitio, el mejor puerto de Laconia; nos dice que Augusto confirmó su estatus político como entidad independiente y la denominó Liga de los laconios libres o eleuterolacones (libres de Esparta, se entiende) [470] .

En el 27 Augusto creó una nueva provincia en Grecia, que recibió el nombre de Acaya, precisamente porque los romanos la habían sometido a través de los aqueos, que entonces estaban a la cabeza del mundo griego. Se eligió como capital de esa nueva provincia a Corinto (refundada en el 46 por Julio César como colonia romana).

En Esparta sabemos que seguían existiendo los éforos y la Gerousía, pero tenemos evidencia de que en ambos casos se elegían anualmente a sus componentes. Incluso la agogé, que se había restaurado en el 146, sufrió significativos cambios también: los niños la comenzaban a partir de los 14 años. La monarquía, sin embargo, desapareció definitivamente tras la muerte de Nabis.

Augusto se sintió especialmente vinculado con Esparta. En principio tenía una deuda de gratitud con los espartanos, que le habían apoyado durante la guerra contra los asesinos de César: 2.000 espartanos murieron en la batalla de Filipos luchando en su bando. Durante la guerra contra Antonio, que terminó en el promontorio de Accio, sabemos que una pequeña flotilla espartana se sumó al bando de Augusto (sin duda, influyó el hecho de que sus vecinos mesenios hubieran tomado partido por Antonio). Por todo ello, el emperador le concedió a la ciudad la presidencia de unos nuevos juegos que celebrarían en el futuro esa gran victoria en Nicópolis [471]

. En el 21, el emperador en persona visitó la ciudad. La recompensó reintegrando a su Estado la isla de Citera y tuvo interés particular en cenar en sus famosas comidas comunes con los magistrados de la ciudad. De este modo Augusto honraba sus viejas y venerables costumbres.

Esparta también estaba especialmente vinculada con Livia, la esposa de Augusto. En el 40, durante los agitados tiempos de la Guerra de Perusia, Livia, con su primer marido y su hijo Tiberio, encontró refugio en Esparta. Tras la muerte de Livia, los espartanos levantaron un templo en su honor que gozaba de derecho de asilo.

Nerón, que realizó «una gira artística» por Grecia en el 67 d. C., evitó visitar la ciudad. El emperador desaprobaba las costumbres de Licurgo que habían llevado a los espartanos a despreciar las artes; sin duda, no podrían valorar su talento como era debido. Sin embargo, otro emperador filoheleno como Adriano visitó la ciudad en dos ocasiones, en el 124/5 y en el 128/9 d. C. Para una ciudad que no había visto un emperador desde el año 21, fue un gran acontecimiento.

Posteriormente algunos emperadores buscaron el apoyo espartano en sus campañas contra los partos en Asia, en su deseo de establecer una simbólica relación con las antiguas Guerras Médicas: Lucio Vero reclutó un contingente espartano para su campaña del 163-166 d. C., y en el 214 d. C. Caracalla siguió su ejemplo y formó un batallón especial de 500 espartanos, que llamó «de Pitana», en homenaje a la famosa compañía de esta oba espartana que había luchado en Platea y que todos conocían por su lectura de Heródoto.

El turismo cultural

Aunque los emperadores no frecuentaron la ciudad, no faltaban visitantes romanos. Por lo general, estaban en el ejercicio de algún cargo, como el gran general romano Emilio Paulo, el vencedor de Perseo, que en el 168 hizo un recorrido por el sur de Grecia con el deseo de mostrar su respeto a la tradicional vida de Esparta. También Cicerón durante su etapa de formación en Atenas entre el 79-77 aprovechó para visitar la ciudad.

La entereza del carácter espartano y la severidad de su modo de vida serían muy del agrado de los romanos, que sintieron una especial conexión con Esparta por encima de todas las demás ciudades griegas. Veían en los espartanos su mismo concepto del honor y del sacrificio por la patria, y su mismo amor por la disciplina, uno de los pilares básicos de la cultura romana. Si los espartanos eran, como decía Polibio, «gentes ardientes en la guerra que no dan reposo a la lanza» [472] , Roma era un «campo consagrado al belicoso Marte» [473] , al que dedicaban especial veneración en su panteón divino. Los espartanos, a su vez, le habían erigido una estatua, cargado de grilletes, para que nunca escapara de su ciudad [474] . Roma también había considerado la austeridad como un principio básico de su carácter y había visto en el lujo y la ostentación el principio de todos los males de la República. Incluso ese carácter receloso de los mares y de los barcos puede ser común entre espartanos y romanos.

La educación retórica que se había impuesto en toda Grecia en la Época Clásica por la influencia de los grandes sofistas como Protágoras y Gorgias, encontró la férrea resistencia de los espartanos, que solo se centraban en la preparación militar. Marco Catón expresó en Roma un temor parecido de que los jóvenes prefiriesen la gloria de hablar a la gloria de los hechos militares [475] .

En el siglo II d. C., el afán anticuario se había extendido por todo el

Imperio romano. Las ciudades griegas desempolvaron sus viejos mitos y sus grandes figuras históricas en un intento por mantener su orgullo y su sentimiento nacional frente a la opresión de los romanos. El arcaísmo y la admiración por el pasado prehelenístico fueron comunes a todas las ciudades griegas gobernadas por élites educadas; se produjo un renacimiento cultural que exaltaba los valores griegos antiguos, propiciado por la prosperidad y la paz que había traído el Imperio a sus provincias de Oriente.

También durante esta época se produce una llegada de turistas culturales (tanto griegos como romanos) que se relaciona con ese interés por el pasado. Cuando el viajero griego Pausanias visitó entonces la ciudad, describió numerosos templos y santuarios. Por desgracia, no eran obras de grandes arquitectos, y las estatuas de culto eran principalmente antiguas y sin valor artístico.

Pero los turistas no acudían a Esparta atraídos por las obras de arte, sino por las costumbres y por su forma de vida; buscaban actividades y vestigios de los tiempos antiguos de Licurgo. De hecho, durante la Época Helenística los espartanos se habían mantenido especialmente fieles a sus viejas costumbres; por una noticia de Pausanias sabemos que eran fáciles de reconocer en todos los sitios por su corte de pelo, por su vestido y por su calzado [476] . En las concentraciones que tenían lugar con motivo de festivales y competiciones tambien llamaban la atención por su peculiar vestimenta. Precisamente cuenta Eliano que Diógenes vio en Olimpia a unos jóvenes rodios vestidos suntuosamente y dijo: «Eso es vanidad»; y luego vio a unos espartanos vestidos con ropas vulgares y sucias y dijo: «Eso es otra forma de vanidad» [477] .

Los turistas deseaban asistir a los famosos festivales de las Jacintias, las Carneas y las Gimnopedias; muy importantes fueron también las fiestas dedicadas a Leónidas (y a los Trescientos que murieron en las Termópilas), que comenzaron en el periodo helenístico y estaban asociadas con un pequeño templo que se alzó en honor al héore, el Leonideo (Leonidaion). Durante el mandato del emperador Trajano (98-117 d. C.) se recuperaron con mayor esplendor, probablemente para asociarse ideológicamente con la campaña contra los partos que Trajano llevó a cabo al final de su reinado. La recuperación fue financiada por un benefactor local llamado Julio Agesilao. Las

fuentes literarias mencionan un certamen de retórica en el teatro en el que se escuchaban discursos sobre Pausanias, el vencedor de Platea, y Leónidas; además, sabemos por una inscripción que había competiciones atléticas con pruebas de carrera y pentatlón para niños, jóvenes y adultos.

Pero los turistas estaban más interesados en otras actividades que representaban mejor la dureza de la vida de Esparta. En primer lugar, el juego de pelota que tenía lugar en el teatro, y que al parecer estaba relacionado con la agogé; era un torneo anual en el que participaban cinco equipos de 14 jugadores; se les llamaba sphaireîs (sphaîra es 'pelota' en griego) y rondaban los 30 años, por lo que estarían al final del proceso educativo. Según el testimonio de Luciano, era una ruda competición en la que se golpeaban unos a otros luchando por la pelota [478] . De todas formas, nuestra primera mención de su existencia se remonta solo al 70-75 d. C.

En segundo lugar, la batalla de Platanistas, que se menciona por primera vez en una obra de Cicerón:

Yo mismo he visto en Lacedemonia grupos de muchachos luchando con enorme decisión con los puños, con las manos y hasta a mordiscos, porque ellos preferían morir antes de darse por vencidos [479] .

La lucha tenía lugar en una isla del río Eurotas a la que se accedía por dos puentes (uno presidido por la estatua de Heracles, el otro por la de Licurgo), a la sombra de altos y frondosos plátanos (de ahí el nombre del lugar). Pausanias en el siglo II d. C. nos ha descrito también aquel espectáculo:

La entrada por la que tiene que entrar cada uno de los dos bandos ha sido decidida por suertes la noche anterior. Luchan con las manos y con los pies; y se muerden y se arrancan los ojos. Luchan hombre contra hombre de esta manera y juntos se lanzan

violentamente unos contra otros y se empujan al agua [480] .

Pero los visitantes querían ver, sobre todo, la flagelación (diamastígosis) de los jóvenes en el templo de Ártemis Ortia [481] . Jenofonte ya habla de un concurso en el santuario de Artemis en el que los muchachos espartanos intentaban robar unos quesos colocados sobre el altar mientras que otros los defendían con látigos [482] , pero nuestras fuentes del periodo romano nos presentan algunos cambios en el ritual: ya no se habla de los quesos, y el concurso se ha convertido en una prueba de resistencia (karterías agón, la llaman las inscripciones de esa época). Se trataba de resistir en silencio tantos azotes como fuese posible. Plutarco cuenta:

Se azota a los niños con un látigo durante el día entero en el altar de Ártemis Ortia, muchas veces hasta la muerte; lo resisten contentos y ufanos, compitiendo entre ellos por la victoria; la consigue el que de entre todos ellos puede recibir más golpes y durante más tiempo [483] .

Higino también dice que el muchacho que soportaba más azotes era declarado vencedor y recibía el nombre de 'vencedor del altar' (bomoníkes), un término que está epigráficamente atestiguado en tiempo de los Severos [484] . Presidía el cruel espectáculo la sacerdotisa de Ártemis portando la estatua de culto (un xóanon de madera). Si se golpeaba con miramientos por la dignidad del efebo o por su belleza, la estatua de madera se hacía pesada y difícil de llevar para la sacerdotisa, que de inmediato llamaba la atención a los que azotaban [485] . Los muchachos recibían los azotes sin dejar escapar ni un grito ni un gemido, y muchos morían en la prueba por no querer darse por vencidos ante los ojos de sus padres (que les animaban a resistir y aguantar los sufrimientos). Plutarco asegura haber visto a muchos competidores recibir azotes hasta su muerte [486] . Fue tanto el interés por esta cruel prueba de resistencia que hacia el 267 d. C. se construyó un pequeño teatro para acomodar a los turistas griegos y romanos que venían a ver tal espectáculo. En

los muros de este teatro se grabaron las dedicaciones de los vencedores en este certamen y en otros que estaban relacionados con la vieja agogé .

Los autores antiguos no se ponen de acuerdo en cuanto al origen de este ritual. Plutarco, en su vida de Arístides, nos dice que este cruento espectáculo conmemoraba un lance de las Guerras Médicas, en concreto, el comienzo de la batalla de Platea, cuando los espartanos, a la espera de buenos augurios en su sacrificio ante el altar, tuvieron que resistir el asalto de un grupo de bárbaros lidios [487] . Según Pausanias, les fue dado un oráculo a los espartanos según el cual debían llenar el altar de sangre humana; en un principio era sacrificado aquel que le tocase en suerte, pero Licurgo lo cambió por los azotes a los efebos [488] .

Posiblemente era un rito propiciatorio que más tarde quedó desprovisto de sentido religioso y se transformó en una simple competición de resistencia frente al altar de Ártemis Ortia. Es probable que se trate de un estadio moderno que descansa sobre una costumbre más primitiva de sacrificios humanos, pero también puede tratarse de un viejo ritual de iniciación, en la medida en que participaban los jóvenes, pues elementos como flagelación, mutilación y competición tienen numerosos paralelos en ritos de iniciación de otras culturas. Lo cierto es que esta cruel ceremonia simbolizaba a la perfección el espíritu duro y severo de la vieja Esparta.

■

433 . 4.5.4.

434 . Pausanias, 3.10.

435 . Pausanias, 6.4.9.

436 . Polibio, 9.28.6 y Pausanias, 8.7.4 y Tácito, Anales, 4.43.

437 . Plutarco, Agesilao, 15.4.

438 . Diodoro, 17.62-3.

439 . Diodoro, 19.70.4-5.

440 . Atenienses, etolios y tesalios se rebelaron contra Antípatro, que tuvo que refugiarse en la fortaleza de Lamia. Pero la flota ateniense fue derrotada en Amorgos y Antípatro pudo recibir refuerzos con los que venció a los rebeldes en la batalla de Cranón en el 322.

441 . Justino, 14.5-7.

442 . Plutarco, Moralia, 215D.

443 . Plutarco, Moralia, 230C.

444 . Plutarco, Moralia, 210F.

445 . Pausanias, 1.13.6.

446 . Plutarco, Licurgo, 27.

447 . Diodoro, 19.70.4-5.

448 . Plutarco, Demetrio, 35.

449 . Plutarco, Pirro, 26.

450 . Agis , 5.5.

451 . Plutarco, Agis, 8.

452 . Plutarco, Agis, 11.

453 . Plutarco, Agis, 9.

454 . Plutarco, Agis, 19.

455 . Polibio, 2.47.3.

456 . Pica de madera de cornejo que en tiempos de Alejandro Magno medía unos 5,5 metros.

457 . Plutarco, Cleómenes, 13.

458 . Plutarco, Cleómenes, 20.6.

459 . Polibio, 2.55 y 2.61-2.

460 . Polibio, 5.9.20 y IG V.1.1122.

461 . Polibio, 4.35.14.

462 . Livio, 34.26.14.

463 . Polibio (4.81.1-10) es nuestra única fuente sobre este episodio de Quilón.

464 . Polibio, 5.103.

465 . Polibio, 11.18.

466 . Polibio, 13.6.

467 . Estrabón, 8.365.

468 . Tito Livio, 38.34.

469 . Polibio, 5.104,11.

470 . Pausanias, 3.21.6.

471 . Estrabón, 7.7.6 y Plutarco, Antonio, 67.2-3.

472 . Polibio, 5.106,4.

473 . Plutarco, Marcelo, 21.

474 . Pausanias, 3.15.7.

475 . Plutarco, Marco Catón, 22.

476 . Pausanias, 7.14.2.

477 . Eliano, Varia Historia, 9.34.

478 . Luciano, Anacarsis, 38,4.

479 . Cicerón, Tusculanae Disputationes, 5.77.

480 . Pausanias, 3.14.8.

481 . Plutarco, Moralia, 239d.

482 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 2.9.

483 . Plutarco, Costumbres de los lacedemonios, 40..

484 . Higino, Fábulas, 261; IG v.1.554.1-2 y 652-3.

485 . Pausanias, 3.16.11.

486 . Plutarco, Licurgo, 18.

487 . Plutarco, Arístides, 17.

488 . Pausanias, 3.16.10.

15. Fuentes históricasy el espejismo espartano

Las fuentes

Dos poetas son nuestras fuentes más antiguas sobre la historia de Esparta. En primer lugar Tirteo, poeta del siglo VII. Aunque por desgracia se conservan pocos versos, su poesía nos permite conocer la conquista de Mesenia y las penalidades de los espartanos para sofocar la gran rebelión de los mesenios en la llamada Segunda Guerra Mesenia. Su poesía tenía como misión elevar la moral de combate de los espartanos para recuperar aquella tierra tan fértil: «Mesenia buena para arar, buena para sembrar» [489] . Aunque podemos considerarla como exponente de la sociedad guerrera de la Esparta clásica, este tipo de poesía está muy influida por la epopeya homérica, y en otros lugares –y no especialmente famosos por su militarismo– también fue cultivada. En todo caso demuestra que los poemas de Homero ya se habían difundido por Grecia en esa época. En los poemas de Tirteo encontramos la primera mención de la leyenda del regreso de los Heraclidas y de la invasión de los dorios; menciona también las tres tribus dorias [490] y el nombre de algunos reyes, como Teopompo, que llevó a la victoria a los espartanos en la Primera Guerra Mesenia [491] . También podemos vislumbrar en sus versos disensiones internas en la sociedad espartana, cuando algunos sectores reclamaron la distribución de la tierra, lo que evidencia graves conflictos sociales con motivo de algunas derrotas militares.

El otro poeta es Alcmán, tambien en el siglo VII, aunque su datación exacta es imposible debido a la divergencia de las fuentes. Es muy escaso lo que conservamos de su obra: citas de reducida extensión en autores tardíos y algunos papiros hallados en Egipto también muy fragmentarios. De todos modos, podemos ver en su poesía el ambiente de lujo y esplendor de las fiestas; esto queda patente en los ricos atavíos de las doncellas, en sus adornos de importación y en los opulentos festines (el propio poeta se llama a sí mismo glotón, sin reparo alguno). Es una Esparta abierta a las influencias artísticas y bien conectada con las élites aristocráticas de otras

ciudades, que disfrutaba en los festivales religiosos donde compiten los coros de doncellas; una Esparta rica y delicada que no se corresponde con la imagen tradicional de austeridad y rigidez militar. Esta Esparta, además, se ha visto confirmada por los hallazgos de los arqueólogos en el santuario de Ártemis Ortia. Gracias a los versos de Alcmán podemos concluir que Esparta no era una ciudad muy diferente a otras de Grecia durante la Época Arcaica. La única diferencia fue, precisamente, el alto nivel de prosperidad que había alcanzado después de su conquista de Mesenia.

Heródoto, el padre de la historia, nació hacia el 484 en Halicarnaso, ciudad de Asia Menor. Viajó por casi todo el mundo conocido de su época –Persia, Egipto y Grecia–; estuvo muy relacionado con Atenas, donde pasaría largas temporadas y donde ofreció lecturas públicas de partes de su obra. En el 444/3 dejó Atenas para instalarse en la colonia panhelénica de Turios, al sur de Italia, donde posiblemente murió hacia el 420. Su obra histórica es un buen ejemplo de su curiosidad insaciable y universal tanto por los grandes acontecimientos como por los más pequeños. Aunque se centró en el enfrentamiento entre griegos y persas (las Guerras Médicas), encontró ocasión para mirar hacia atrás; de hecho, es nuestra fuente principal para la historia de Esparta en el periodo arcaico y comienzo del periodo clásico. Heródoto considera a Esparta como la ciudad más poderosa de Grecia, y esto se reflejaba en los hechos, pues son numerosos los hombres que se dirigen a Esparta para pedir su ayuda militar o una alianza: es el caso del rey lidio Creso cuando advierte la amenaza de los persas, o de Aristágoras, que ha levantado en armas a los jonios de Asia Menor contra la dominación persa.

Heródoto conocía relativamente bien a los espartanos; parece que estuvo personalmente en la ciudad, y en un momento de su obra nos dice que visitó personalmente la oba de Pitana [492] . También conoce el santuario de Helena, la genealogía de los reyes espartanos y sus especiales privilegios (algo curioso en un mundo griego donde la realeza había desaparecido). Nos habla de los ilotas y de su papel en la guerra junto a sus amos. Se extraña ante las costumbres de los

espartanos como si fueran un pueblo bárbaro de remotas regiones, destacando su dedicación en exclusiva a la milicia. En su narración épica de la batalla de las Termópilas, Heródoto es el creador, tal vez sin quererlo, del mito espartano: su alto concepto del honor, su sacrificio y su desprecio a la muerte.

Pero Heródoto también percibió los aspectos sombríos de la sociedad espartana. Por ejemplo, insiste en el carácter corrupto y deshonesto de los principales artífices de la historia de Esparta de ese momento, como el rey Leotíquidas, que fue pillado sentado en un saco de dinero. Esta imagen de hombres sobornables estaba muy lejos de la imagen que se creará más tarde de austeridad y desprecio del lujo. Su tratamiento de Cleómenes I es un tanto hostil, pues, aunque era incorruptible, se mostró siempre violento e impío (por su inclinación a usar en su beneficio los oráculos, y su soborno al santuario de Delfos). Sin embargo, es prudente sobre su muerte y nos ofrece las diferentes teorías sobre su triste final, lo que revela que en vida del rey había dos corrientes, una favorable al monarca (no olvidemos que llevó a Esparta a la cima de su poderío en el Peloponeso) y otra más crítica que veía en su personalismo un peligro para la estabilidad del país y que justificó su eliminación. Pausanias, el vencedor de Platea, aparece retratado con simpatía en casi todas las ocasiones; Heródoto se muestra escéptico ante la historia que circulaba sobre las acusaciones de haberse pasado a los persas y sobre su muerte. El caso de Demarato también es curioso; el historiador lo trata con gran simpatía, aunque de hecho era simplemente un traidor que colaboraba con el enemigo. Pero es un personaje clave de la literatura de Heródoto, que sirve para exaltar las virtudes espartanas de manera natural y explicar a Jerjes sus curiosas costumbres, como el pelo largo que peinaban con esmero antes de la batalla. Es posible que la familia de Demarato fuera una de las fuentes de información de Heródoto para lo que ocurría en el bando persa. Gracias a este historiador conocemos esa época de crecimiento del poder espartano en el Peloponeso y la gran autoridad militar y política de los reyes.

Tucídides nació en Atenas en la década del 450 en el seno de una aristocrática familia; su padre se llamaba Óloro y estaba

relacionado con la familia de Milcíades, que había gozado de un gran poder en la zona de Tracia y en el Quersoneso antes de las Guerras Médicas. Durante la Guerra del Peloponeso fue estratego; se le encomendó la protección de Anfípolis, en la Calcídica, para impedir que se pasara al bando enemigo cuando el espartano Brásidas con su ejército atacaba la zona. Como llegó tarde y la ciudad se alió con Brásidas, los atenienses le condenaron a veinte años de exilio. Nada se sabe del resto de su vida. Lo más probable es que permaneciera en el norte, donde tenía grandes contactos; pero es posible que aprovechara para viajar por Grecia y recabara información sobre la guerra. En todo caso, volvió al final de la contienda a Atenas, donde murió poco después en torno al 400.

Este exilio le dio la oportunidad de conocer a los enemigos de Atenas. Muy posiblemente viajó al Peloponeso y visitó personalmente Esparta, pues vio la tumba de Pausanias, el vencedor de Platea, y leyó su epitafio [493] . Su comentario sobre la escasa presencia monumental de la ciudad, en contraste con su poderío, también debe proceder de su propia observación [494] .

Las principales cualidades de Tucídides como historiador fueron su rigor, su amor a la verdad y su imparcialidad, pero en Esparta chocó con el secretismo (en griego to kryptón) que dominaba todos los ámbitos de la sociedad espartana (sobre todo, el militar); en varios pasajes de su obra tiene que admitir que le ha sido imposible conocer los datos exactos de bajas o efectivos espartanos. También entendió que su sistema esclavista condicionaba su política exterior en todos los sentidos. Encontró en sus comentarios sobre Esparta ocasión para corregir a su maestro Heródoto por dos veces: los reyes espartanos no tenían dos votos en la Gerousía sino uno, y nunca existió el batallón de Pitana. Por otro lado, cuenta la historia de la muerte del regente Pausanias siguiendo sin el menor asomo de crítica la versión de los propios espartanos (cuando ya Heródoto había expresado sus dudas). En el discurso fúnebre de Pericles al final del primer año de la Guerra del Peloponeso elogió la forma de vida de la Atenas democrática en un intencionado contrapunto a la dureza y pobreza intelectual del régimen espartano: los atenienses, con una ciudad capacitada tanto para la guerra como para la paz, podían disfrutar de fiestas y certámenes; tenían a su alcance todos los lujos que proporcionaba el comercio y ofrecían una ciudad

abierta a todos sin recurrir a expulsiones de extranjeros como Esparta; y a pesar de ese modo de vida tan despreocupado, no se mostraban menos decididos en la guerra que los espartanos, sometidos a fatigosos ejercicios.

La obra de Tucídides es nuestra principal fuente sobre la Guerra del Peloponeso. Es posible que no dedique mucho tiempo a los asuntos económicos ni aprecie la importancia que realmente tuvo la intervención de Persia en el final de la guerra, pero su atención al detalle hace de ella algo especial dentro de la historiografía antigua.

Nuestro siguiente historiador es Jenofonte. Nació en Atenas hacia el 430, y se relacionó con los círculos aristocráticos un tanto hostiles a la democracia. Aunque también estuvo deslumbrado por la personalidad de Sócrates, era por temperamento un hombre de acción, amante de los caballos y de la guerra. En su juventud se alistó como soldado de fortuna en la expedición que Ciro el Joven preparaba para arrebatar el trono a su hermano; esto le proporcionó una gran experiencia militar y pudo conocer de primera mano muchos lugares de Asia y grandes personajes de Esparta, como Clearco, el tiránico y violento jefe de la expedición, y posteriormente Agesilao. El rey espartano recogió a los supervivientes de esa expedición y los empleó en su lucha a favor de los griegos de Asia Menor.

Jenofonte admiró profundamente a Agesilao por su sencillez y austeridad, que representaban los grandes valores de Esparta. Regresó con él a Grecia y estuvo presente en la batalla de Coronea en el 394. Los atenienses le desterraron y los espartanos le concedieron unos terrenos en Escilunte, cerca de Olimpia, que hicieron las delicias de Jenofonte, tan amante de la vida rural, la caza y la naturaleza. Allí debió de escribir gran parte de su obra. Se dice que sus hijos fueron educados en la estricta agogé, un buen ejemplo de la desmedida admiración de Jenofonte hacia la sociedad espartana. Después de la batalla de Leuctra, Jenofonte se retiró a Corinto. Pudo ver la decadencia de Esparta, que achacó a su alejamiento de los valores auténticos de sencillez, nobleza y honor.

Las obras que más nos interesan para la historia de Esparta son

principalmente dos. La primera, las Helénicas, una obra histórica que cubre el periodo que va desde el 411 (momento en que bruscamente se termina la narración de Tucídides) al 362. Jenofonte tiene como fuente de información su propia experiencia (había combatido en Asia y era gran amigo de Agesilao, rey de Esparta en ese periodo) y el círculo de sus amigos espartanos y oligarcas proespartanos. Esto limita su valor como historiador y le hace cometer errores de valoración; a veces hay incluso omisiones de hechos históricos importantes, y se resistió a poner por escrito todo aquello que supusiera menoscabo de la imagen gloriosa de Esparta. Como ejemplo destacado, nada cuenta del lento ascenso de Tebas como fuerza militar y apenas menciona a dos tebanos insignes y tan importantes para este periodo como Epaminondas y Pelópidas. Omite también la fundación de la Segunda Liga Ateniense en el 378, la liberación de los mesenios, la fundación de Mesene tras la primera campaña de Epaminondas en Laconia y la de Megalópolis, ciudad capital de la Liga Arcadia, que supondrá una barrera a las ambiciones futuras de Esparta. Apenas leemos una crítica a las campañas y a la política exterior de Esparta durante ese periodo; y al mismo tiempo siempre hace una alabanza desmedida de su gran amigo el rey Agesilao, que tuvo por su misma personalidad una influencia decisiva y posiblemente perjudicial en la política de Esparta (su odio personal hacia Tebas fue determinante para la posterior derrota). Jenofonte le dedicó un opúsculo laudatorio tras su muerte. Sin duda, Agesilao, que había pasado por la agogé, era un espartano de pies a cabeza, pero sus escasas dotes para la política hicieron mucho para acelerar el final de la hegemonía de Esparta. En ese sentido confirma la opinión de Aristóteles de que los espartanos, por su educación limitada a la milicia, no estaban preparados para ejercer la hegemonía.

A pesar de sus grandes cualidades como soldado y su amor a la milicia, no dedica ni una palabra de alabanza a las innovaciones tácticas que habían introducido los tebanos y que fueron determinantes en su victoria sobre los espartanos. En cambio, no tuvo inconveniente en alabar al ateniense Ifícrates, el otro gran general de la época. Tampoco es profundo en su análisis de los acontecimientos, lo que le impide ver la causa real de la derrota de Esparta, al insistir en la idea de que fue el alejamiento de los valores auténticos de Esparta lo que la llevó a la decadencia.

Entre el 394 y el 371 Jenofonte escribió una obra fundamental para nuestro conocimiento de Esparta; se trata de República de los lacedemonios. En ella recoge leyes y costumbres espartanas en la paz y en la guerra (un apartado se dedica al ejército espartano en campaña, pues Jenofonte, como soldado que era, estuvo siempre muy interesado en esos aspectos). Es una visión idealizada de la antigua Esparta. En su último capítulo, escrito tras el desastre de Leuctra, reflexiona sobre la decadencia de su tiempo e insiste de nuevo en que la hegemonía alteró los valores de Esparta y la corrompió con el lujo y el dinero. Esta idea la repetirá siglos después Plutarco.

Contemporáneo de Jenofonte fue Platón (429-347). Pertenecía a una noble familia ateniense que remontaba sus orígenes hasta el rey Codro. De joven se movió, por tanto, dentro de los círculos aristocráticos de Atenas, esos que se llamaban filolaconios y que se reunían en torno a Sócrates; aborrecían la democracia y miraban con ojos envidiosos la vida sencilla y aristocrática de los espartanos, libres de los trabajos manuales y exentos de tratar con los artesanos y los campesinos, que con sus charlas y estupidez llenaban los teatros y las asambleas.

Pariente de Platón fue Critias, un oligarca extremado que colaboró con Esparta tras el final de la guerra. Critias escribió dos obras didácticas sobre el modo de vida espartano, una en verso y otra en prosa, que se han perdido. Por tanto, Platón estaba bien informado sobre muchos aspectos de la vida y las instituciones espartanas (como la criptia) y sintió admiración sobre todo por una cosa: el control que ejercía el Estado sobre todos los aspectos de la vida de sus ciudadanos.

Aunque en ningún caso fue su intención realizar un estudio sistemático, encontramos alusiones al régimen político espartano en muchas de sus obras, pero principalmente en dos diálogos, la República y las Leyes, en los que el filósofo se esfuerza en trazar las líneas maestras de un Estado ideal. La ciudad que el filósofo describe en su República presenta indudables semejanzas con Esparta: la eugenesia impone que solo se cuiden a los ciudadanos bien formados en cuerpo y alma, mientras se deja morir a los seres

defectuosos en sus cuerpos; los guardianes frecuentan las comidas en común y tienen prohibido manejar el oro y la plata. Su educación está férreamente controlada y sólo pueden escuchar himnos a los dioses y los elogios a los hombres importantes; el respeto a los ancianos y el rechazo a la embriaguez de los banquetes son también normas de vida; por supuesto, los guardianes están libres de toda ocupación práctica y reciben un estricto entrenamiento que nos recuerda claramente a la agogé espartana:

A todas horas en vela, con el oído y el olfato siempre alerta; padeciendo los rigores de las estaciones [495] .

Aun así, Platón entiende que la práctica en exclusiva de la gimnasia hará a sus ciudadanos demasiado rudos; al no sentir deseos de aprender ni cultivar la ciencia y la investigación, su alma se embota y se queda sorda y ciega.

Sin embargo, en Leyes, un dialogo que escribió a una edad más avanzada, se muestra más crítico con los espartanos. En primer lugar, cree que no se debe educar a los ciudadanos por medio de la coacción y el temor, sino por la persuasión. En Esparta se ha dispuesto todo para la guerra, pero el anciano Platón defiende que el mayor bien no se haya en la guerra sino en la paz y en la armonía. Y aunque sigue alabando la ausencia de embriaguez de los espartanos, critica sus comidas comunes, donde solo ve una institución militar en la que se fomentan las relaciones pederásticas [496] . En definitiva, considera absurdo, como el Pericles de Tucídides, que los espartanos sean los únicos entre los griegos y los bárbaros a quienes el legislador haya mandado abstenerse de los placeres y los juegos. Estas dos críticas –la educación en exclusiva para la guerra y el destierro de los placeres intelectuales– las asumirá también su discípulo Aristóteles.

Aristóteles nació en el 384 en la ciudad de Estagira, en la Calcídica. Se educó en Atenas junto a Platón y se convirtió en su más brillante

discípulo. A la muerte de Platón salió de Atenas, y en el 343 fue preceptor del joven Alejandro Magno. En el 335 volvió a Atenas y fundó su propia escuela cerca del gimnasio del Liceo. Murió en el 322 en Calcis (Eubea).

La preocupación de Aristóteles por la política fue constante. Sabemos que uno de los grandes proyectos de su escuela fue la recopilación de las constituciones de 158 estados griegos (y Cartago) donde se exponían su historia y se examinaban sus instituciones. Solo ha llegado hasta nosotros la obra que dedicó a Atenas y que se conoce como Constitución de los atenienses.

Por fortuna, otra de las grandes obras de Aristóteles nos compensa de esa pérdida: la Política. Aunque tenía un carácter más teórico, recoge numerosas observaciones sobre la forma de gobierno en Esparta y sus diferentes magistraturas. Desarrolla por primera vez de forma clara la teoría de la constitución mixta, que solo había sido avanzada en los diálogos de Platón.

Aristóteles se muestra siempre muy crítico con el sistema espartano, tanto en su aspecto político como en el educativo. Sin duda, fue de los pocos que no cayó víctima del espejismo espartano. Es un hombre de otra época (siglo IV, cuando la grandeza de Esparta ya había desaparecido), sin nada en común con la vieja aristocracia ateniense que había quedado deslumbrada por el modo de vida espartano.

Aristóteles era un intelectual que sintió horror ante una sociedad que no valoraba la inteligencia y las artes. A lo largo del presente libro se han expuesto en detalle sus críticas al sistema esclavista de Esparta, a la educación que no preparaba más que para la guerra y a su sistema político y sus instituciones. También criticó la excesiva libertad de sus mujeres (recordemos que Aristóteles era un gran misógino). Expuso su propia teoría sobre la causa del repentino final de la hegemonía espartana tras Leuctra: la famosa oligantropía y la mala legislación. En este sentido la obra de Aristóteles es un útil contrapeso a la idealización de Esparta que hallamos en otros autores.

El siguiente autor que vamos a comentar es Polibio (ca. 200 a.C.-118 a.C.). Natural de Megalópolis, en Arcadia, era hijo de Licortas, un gran dirigente de la Liga Aquea que había luchado contra Nabis. Siendo todavía un muchacho, Polibio tuvo el inmenso honor de llevar las cenizas del gran estratego Filopemén en el impresionante funeral que recibió en el año 182. En el 168 los romanos vencieron al rey Perseo de Macedonia y decidieron castigar a las élites griegas que se habían mostrado poco colaboradoras con Roma durante la guerra. Polibio, como parte de esa élite, fue obligado a trasladarse a Roma en el 167. Allí quedó como rehén hasta el año 150, en que recobró oficialmente la libertad. Durante su estancia en Roma conoció a grandes personajes, como el gran Escipión Emiliano; además, le dio ocasión de superar el localismo griego y de descubrir horizontes más amplios. Es por ello que su obra histórica tuvo un carácter más universal: abarcaba desde la Primera Guerra Púnica hasta la destrucción de Corinto en el 146. Estaba dividida en cuarenta libros de los que solo conservamos completos los cinco primeros; del VI al XVIII disponemos de amplios extractos antiguos; y del resto solo fragmentos.

La obra de Polibio es de especial interés para los acontecimientos del Peloponeso en el siglo III: fue un periodo convulso para Esparta debido a los medidas revolucionarias de sus reyes Agis y Cleómenes, y a la actuación del rey tirano Nabis, que Polibio describe con los tintes más sombríos. Polibio era arcadio y, por tanto, poco simpatizante de los espartanos. No obstante, alaba también en su obra la constitución mixta de Esparta relacionándola con la constitución romana. Sin pretenderlo, contribuyó a la creación del espejismo espartano al describir la Esparta de su época intentando superar la crisis del Estado por medio de una supuesta vuelta a los principios auténticos establecidos por el mítico Licurgo con repartos de tierra y una sociedad igualitaria. Aunque criticó el imperialismo de Esparta, su opinión, en general, era de admiración, como demuestran estas palabras:

Me parece que Licurgo, con respecto a la concordia de los ciudadanos, la seguridad del país, y, sobre todo, la celosa vigilancia

de la libertad, ha legislado y ha tomado medidas tan acertadamente que considero su proyecto político más divino que humano. Pues la igualdad en las propiedades y la frugalidad y comunidad en su régimen de vida les preparaban para ser moderados en su vida privada y proporcionaba al Estado una solidez ajena a las revueltas. Además, el entrenamiento para las penalidades y los peligros hacía a los hombres nobles y fuertes [497] .

Para completar este periodo de guerras entre la Liga Aquea y Esparta, contamos además con el testimonio de Tito Livio, historiador romano del siglo i; en los libros XXXII al XXXIV de su amplia obra titulada Ab urbe condita podemos leer la historia desde el punto de vista más imparcial de un romano.

El griego Estrabón escribió su Geografía bajo el reinado de Augusto y Tiberio. Aunque es una obra de carácter geográfico, aporta valiosas informaciones sobre historia e instituciones de las regiones que trata. En el caso de Esparta, es estimable por su información sobre los tiempos de la dominación romana que no conocemos por ninguna otra fuente. También hace un pequeño resumen de la historia antigua (siguiendo al historiador antiguo Éforo) donde, por ejemplo, nos ofrece una teoría sobre el origen de los ilotas y los periecos.

Nuestra principal fuente para Esparta es el polígrafo Plutarco, que nació en torno al 45 d. C. en Queronea, pequeña localidad de Beocia, y murió en el 120 d. C. De su amplia obra conservada nos interesan especialmente las cinco biografías que dedicó a señaladas personalidades del mundo espartano: Licurgo, Agesilao, Lisandro, Agis y Cleómenes. En la vida de Licurgo usó, tal vez, como fuente a Esfero, filósofo estoico del siglo III, que escribió una Constitución de los lacedemonios en tres libros. Como hemos visto, este personaje representó un papel muy importante en la implantación de una serie de medidas revolucionarias que supuestamente estaban basadas en las primitivas reglas de Licurgo: la distribución de la

tierra en lotes, las comidas comunes, etc. Sin embargo, su fuente principal para las vidas de los reyes Agis y Cleómenes fue el ateniense Filarco, admirador y posiblemente amigo de Cleómenes, que escribió un tratado sobre la historia de su tiempo. De todas formas hay que recordar que Plutarco no es un historiador, sino un biógrafo y ensayista sobre los más variados asuntos. Un punto de vista moralizante domina en todo momento su obra. Plutarco ensalza a sus personajes como héroes trágicos que luchan por una grandeza que los acontecimientos les arrebatan violentamente.

A estas biografías hay que añadir tres opúsculos: Máximas de espartanos, Máximas de mujeres espartanas y Antiguas costumbres de los espartanos. Este tipo de recopilaciones (colecciones de dichos o sentencias de hombres famosos) se hicieron populares en Época Helenística y recibían el nombre griego de apophthégmata. En este caso, hay que destacar el hecho de que Plutarco tiene un apartado especial para las mujeres en la colección, lo que indica la libertad y especial estatus que estas tuvieron en la antigua Esparta. En sí mismo no aportan muchos datos históricos o sociales, pero sirvieron para la consolidación del mito espartano como un mundo de hombres justos y parcos en palabras, que encajaba a la perfección en la visión moralizante de Plutarco. De hecho, este autor –que vivió quinientos años después de los hechos que cuenta– nos ha ofrecido una visión muy idealizada de Esparta; la distancia temporal y su visión moralizante condicionaron sus escritos. Recordemos que, en su época, Esparta ya se había convertido en una atracción turística que explotaba su glorioso pasado.

Como la obra de Plutarco ha influido enormemente en el pensamiento europeo, es el responsable en gran medida de la imagen que tenemos hoy día de la sociedad y las costumbres espartanas: un estado austero, centrado en la guerra, de gentes obedientes y disciplinadas, sacrificados hasta la muerte por su patria. Sólo cuando habla del trato que los espartanos dispensaban a sus esclavos ilotas (su descripción de la criptia es la más completa que conservamos), se muestra crítico con el sistema de vida espartano. Admite que los trataban cruelmente y con excesiva dureza, aunque cree que una actividad tan infame como la criptia no fue creación de Licurgo, sino consecuencia del terremoto que asoló Esparta y que obligó a ejercer un control más firme sobre los

ilotas [498] .

El floruit de Pausanias se sitúa en el 150 d. C. Este griego, originario de Magnesia de Sípilo, en Asia Menor, viajó por la Grecia continental en el siglo II y recogió por escrito sus impresiones en su Descripción de Grecia. Su obra está organizada como un auténtico itinerario de viaje. Aunque su objetivo principal fue la descripción de monumentos y obras de arte, prestó gran atención a los cultos, creencia y rituales. Se interesó en especial por los restos de la Grecia antigua, pues está poseído por un entusiasmo arcaizante que fue común entre las personas instruidas de su tiempo. El libro III está dedicado a Esparta, aunque su interés es, sobre todo, artístico y se centra en los centros religiosos; hace una breve introducción a su historia y, de hecho, es nuestra única fuente respecto a la expansión de los dorios sobre los aqueos en Laconia y Mesenia. En el libro IV describe Mesenia. Nos cuenta la conquista de la región por los espartanos en tiempos primitivos así como la Segunda Guerra Mesenia.

Pausanias tomó sus datos de informadores mesenios claramente hostiles a Esparta y que habían creado, tras su independencia, una serie de leyendas que exaltaban su lucha con tintes románticos, construyendo un pasado del que carecían tras tantos siglos de dominación espartana.

Diodoro nació hacia el 90 a.C. y murió durante el principado de Augusto (del 27 a. C. al 14 d. C.). Su obra titulada Biblioteca Histórica es un gran compendio de la historia griega y romana en 40 libros. Por desgracia, de muchos de ellos solo tenemos fragmentos, pero para el periodo que nos ocupa –que son los libros XI al XVII– se han conservado completos y abarcan desde el 480 al 323. Aunque es un mero compilador de los trabajos de otros historiadores, resulta de gran interés al comentar los sucesos ocurridos en Grecia después de la derrota de Atenas en el 404. Nos completa la información parcial de Jenofonte en sus Helénicas, que, como hemos visto, omite hechos fundamentales.

El principal defecto de Diodoro es su poco acierto en la datación de los acontecimientos; por ejemplo, el debate en Esparta sobre la recuperación de la hegemonía tras las Guerras Médicas lo fecha en el 475, pero parece más lógico retrasarlo al 478. También mostró interés en los relatos míticos como parte de la historia, y así nos ha transmitido la famosa leyenda del retorno de los Heraclidas, que difiere ligeramente de la más famosa del mitógrafo Apolodoro.

En otras ciudades (sobre todo, en Atenas) las fuentes epigráficas –es decir, las inscripciones en piedra– nos han proporcionado valiosa y abundante información sobre su historia y la vida social de sus gentes. Por desgracia, los documentos epigráficos del periodo clásico son muy escasos en Esparta. Solo se refieren a asuntos relacionados con otros estados.

La más famosa inscripción nos informa sobre las aportaciones económicas de otras ciudades a Esparta «para la guerra». Fue descubierta en el 1730 por el viajero francés Michel Fourmont en la iglesia de Hagios Basileios, y desde entonces ha sido editada hasta diecinueve veces y comentada en docenas de libros y artículos. Hoy se encuentra en el museo de Esparta. En 1987 se descubrió un nuevo fragmento de esta inscripción en la moderna villa de Daphne. No hay acuerdo sobre la datación de esta inscripción: entre el 479 y el 386 a. C.

En el mundo privado, la más famosa inscripción es la estela de Damononte, que celebra sus victorias (y la de su hijo Enimacrátidas) con su tronco de caballos en competiciones que tuvieron lugar en Laconia y que se data generalmente a principios del siglo IV [499] . Esta inscripción nos confirma la existencia de una élite de espartanos pudientes que gastaban su dinero y sus energías en criar caballos para la competición. En este caso la inscripción añade como dato excepcional que el propio Damononte guiaba el carro en lugar del habitual auriga profesional. En Olimpia se han encontrado inscripciones votivas (como la de Cisnica por su victoria en la carreras de caballos), y en Atenas la famosa inscripción en la tumba de los espartanos caídos en los combates del Pireo frente a Trasibulo en el 403. Hay también dedicatorias en el santuario de Artemis Ortia e inscripciones en el santuario de Poseidón en el cabo

Ténaro que atestiguan liberaciones de esclavos. Sólo en época romana las inscripciones se hacen más frecuentes.

El espejismo espartano

La gran dificultad para conocer y comprender la historia, las instituciones y la vida cotidiana de Esparta radica en la ausencia absoluta de autores espartanos que hayan escrito sobre su ciudad; incluso, como hemos visto, las inscripciones que tanto nos han informado sobre otras póleis, como Atenas, son muy escasas en la Época Arcaica y Clásica. Por tanto, debemos confiar en las informaciones que nos dan autores de otras ciudades, las cuales se muestran siempre alteradas por sus simpatías hacia los espartanos o simplemente por su desconocimiento, dadas las dificultades que hubo para acceder al país, que prácticamente estaba cerrado a los extranjeros.

El secretismo imperante contribuyó a que los espartanos pudieran difundir sin problemas las bondades de su régimen en todas partes. Les era muy importante transmitir a todos que su ciudad era un mundo en paz y, por tanto, imposible de derrotar. Mantener la cohesión social fue en Esparta más importante que en otros lugares debido a los ilotas y a los mesenios.

Su aislamiento intencionadamente buscado contribuyó a difundir ideas equivocadas sobre su constitución y su forma de vida. Alguna vez se ha comparado al régimen soviético que, cerrado al mundo, solo dejaba entrar en sus fronteras a gentes que ya previamente simpatizaban con ellos y a los que se les enseñaba un trozo del país preparado para mantenerles en ese engaño. Además, ese secretismo era una gran baza militar (como en todas las épocas), pues impedía al enemigo conocer el número de sus fuerzas y la estrategia de guerra; también, por supuesto, estaba dirigido a ocultar a los ilotas la marcha de sus soldados; por eso siempre salían de noche de Esparta. El historiador Tucídides tiene que reconocer que no se pudo conocer el número de efectivos de los espartanos en la batalla de Mantinea debido al «secreto que rodea todas sus actividades políticas» [500] , y en otro pasaje admite con asombro que los

espartanos convocaron a los aliados y salieron en campaña y «nadie sabía adónde marchaban, ni siquiera las ciudades que habían enviado tropas» [501] . Por supuesto, con ese mismo secretismo se procedía a la eliminación de los ilotas potencialmente peligrosos (la famosa krypteía) . Las expulsiones de los extranjeros (xenelas ía) cumplían la función primordial de mantener ese secreto, aunque los partidarios de Esparta lo justificaban para poder conservar la pureza de las costumbres espartanas, y mantenerlas ajenas a las influencias nocivas del extranjero.

Los autores que nos informan sobre la Esparta del periodo clásico son principalmente atenienses que pertenecían a la aristocracia, hostiles a la democracia y simpatizantes con Esparta. En sus obras alababan sin medida el sistema espartano, exagerando y distorsionando la realidad. Nos referimos a Critias, a Platón y, sobre todo, a Jenofonte. Fue este último quien trazó de forma más clara una imagen idealizada y sin sombras de una sociedad perfecta donde todos los ciudadanos vivían como hermanos, sin disensiones, entregados a su patria. En un pasaje de su obra muestra su sorpresa por el hecho de que todos alabaran las normas de vida de Esparta, pero que ninguna ciudad quisiera imitarlas [502] . En realidad, ni Esparta era esa sociedad perfecta, ni eran muchos en el resto de Grecia los que ensalzaban su forma de vida. Los oligarcas eran los únicos admiradores de Esparta, y sólo la admiraban como el modelo político en el que unos pocos se imponían a la mayoría.

Sin duda, la victoria de Esparta en la Guerra del Peloponeso contribuyó a desarrollar la idea de que los espartanos habían logrado un sistema político perfecto que los había mantenido al margen de los males que azotaban a todas las ciudades. En el año 336 Isócrates se hace eco de este espejismo, que ya estaba extendido, y repasa todos esos males que no había sufrido Esparta:

Nadie podría mostrar que han existido en Esparta ni revueltas civiles, ni matanzas ni exilios, ni saqueo de riquezas ni ultraje de mujeres y niños, pero incluso ni cambio de régimen político ni abolición de deudas, ni distribución de tierras ni ningún otro de los males fatales [503] .

Pero fue, sobre todo, Plutarco en el siglo II d. C. quien más ha contribuido con sus apasionadas biografías de personajes espartanos a engrandecer el mito de Esparta. En 1933, un estudioso francés, F. Ollier, acuñó la expresión le mirage spartiate ('el espejismo espartano') para referirse a esa imagen idealizada de la sociedad y del sistema político espartano que las fuentes antiguas nos han transmitido y que ha dificultado tanto nuestro estudio imparcial de la historia de Esparta.

Este espejismo insistía, principalmente, en estos cuatro puntos:

1. La perfección de un sistema político que se había mantenido sin cambios desde tiempos remotos. Los antiguos consideraron equivocadamente que la constitución espartana no había cambiado en lo esencial desde el momento de su creación en tiempos de Licurgo. La idea estaba tan extendida que hasta Tucídides, un historiador imparcial y riguroso, lo señala al principio de su obra:

Lacedemonia desde época remotísima se mantuvo en orden y exenta de tiranías; más de cuatrocientos años los lacedemonios se han regido por el mismo sistema político y con el poderío logrado se impusieron a las demás ciudades [504] .

En el 388 el orador ateniense Lisias repite esta idea:

Por encima de todo me causan asombro los lacedemonios... son los únicos que habitan no devastados y sin murallas, y sin revueltas internas, e invencibles, sirviéndose siempre de las mismas normas [505] .

Se puede decir que al final de la Época Clásica esta idea se había convertido en un tópico literario, como el del carácter autóctono de

los atenienses. No sabemos en qué medida lo creían sinceramente o se repetía sin más. Los romanos lo asumieron también sin crítica como podemos ver en Cicerón:

Es el único pueblo en todo el mundo que ha vivido por más de setecientos años con las mismas costumbres y con leyes que no han sufrido cambios [506] .

Esparta se había mantenido, gracias a su constitución, lejos de la tiranía y de las revueltas internas que habían ensangrentado a las demás ciudades griegas. En un mundo como el griego, agitado continuamente por disturbios sociales y cambios, Esparta era un oasis de paz ciudadana.

Por supuesto, todo esto estaba lejos de la realidad. En primer lugar su sistema político y su sistema educativo eran el resultado de un proceso evolutivo, como hemos visto; en segundo, Aristóteles señala hasta cinco potenciales situaciones revolucionarias dentro de la idílica Esparta; las más destacadas fueron la revuelta de los partheníai y la conspiración de Cinadón. Es muy posible que el secretismo de Esparta nos haya hecho imposible conocer más.

2. Los espartanos eran campeones en la lucha contra la tiranía. Está relacionado con el punto anterior. Plutarco lo acuña en su biografía de Licurgo:

Esparta gobernaba Grecia con la ayuda de una escítala y de un tribon; derrocaba dinastías injustas y tiranías en las ciudades, decidía guerras, ponía fin a las revoluciones, a menudo sin mover un solo escudo, enviando un único embajador a quien todos obedecían en lo que ordenaba [507] .

En otra obra hace una lista de todas las tiranías que habían sido derrocadas por los espartanos.

Expulsaron de Corinto y Ambracia a los Cipsélidas, de Naxos a Lígdamis, de Atenas a los hijos de Pisístrato, de Sición a Esquines, de Tasos a Símaco, de Focea a Aulis, de Mileto a Aristógenes, y pusieron fin a la casa dinástica de Tesalia, derribando a Aristomedes y Agelao por medio del rey Leotíquidas [508] .

De esta lista sólo podemos dar por seguro a Ligamis y a los hijos de Pisístrato. Como hemos visto, es cierto que la tiranía de Atenas cayó por obra de los espartanos, pero de ninguna manera actuaron así porque se habían erigido en defensores de la libertad de los pueblos. De hecho, poco después los mismos espartanos intentaron reponer al viejo tirano Hipias, al que llamaron de su exilio. De todas formas, la tiranía del periodo arcaico había tenido un efecto positivo en la evolución política, pues había acabado con el gobierno abusivo de las clases aristocráticas. Por supuesto, en Época Clásica y tras las Guerras Médicas, ya no se veía así, y la tiranía se había convertido en el más odioso de los regímenes.

3. La austeridad. Se decía que los espartanos llevaban un régimen de vida severo, sin lujos y sin riquezas. Cuando salían de su país destacaban entre todos por su aspecto desaliñado y tosco, que copiaron, como hemos visto, los filolaconios de Atenas.

Los filósofos, comenzando por el propio Sócrates, habían insistido en que el desprecio del lujo y las posesiones materiales eran un requisito del verdadero hombre. Diógenes el cínico lo llevó a sus últimas consecuencias en su propia vida. Por eso, sin duda, admiraba en cierto sentido a los espartanos. Cuando le preguntaron en qué lugar de Grecia había hombres más dignos, respondió: «Hombres en ninguna parte, muchachos en Esparta» [509] ; y en otra ocasión, en que regresaba de Esparta a Atenas, le preguntaron: «¿De dónde y a dónde?», y respondió: «De la habitación de los hombres a la de las mujeres» [510] . Para Diógenes, el lujo y las comodidades solo creaban ciudadanos débiles y afeminados, por eso solía decir: «Ojalá los hijos de mis enemigos se críen en la abundancia» [511] .

La idea caló profundamente en la mentalidad griega. Jenofonte y

Plutarco ofrecieron a las generaciones futuras la encantadora imagen de Agesilao despreciando los pasteles y dulces para entregarlos a los ilotas y sentado sobre la hierba en la entrevista con el sátrapa persa Farnabazo.

Pero esa austeridad no se remontaba a mucho tiempo atrás; por lo menos, la arqueología ha demostrado que Esparta fue uno de los estados más ricos de Grecia en el arcaísmo: compraba oro y marfil en los mercados lejanos de Oriente, organizaba espléndidas fiestas donde no faltaban grandes convites de buenos alimentos, como recoge Alcmán en sus poemas, y si los grandes artistas del momento acudieron a Esparta, era sin duda porque allí su arte era valorado materialmente en su justa medida. Un espartano (como recuerda el poeta lesbio Alceo hacia el 600) fue el autor de un dicho muy famoso entre los griegos:

Pues cuentan que en cierta ocasión Aristodemo dijo en Esparta una sentencia indiscutible: la riqueza hace al hombre, ningún pobre es noble ni honorable [512] .

Cuando llegó la Época Clásica, Esparta ajustó su sistema político y social con el fin de controlar a sus numerosos ilotas. Se impuso entonces una austeridad, pero solo en apariencia (el mismo vestido, la misma comida, la misma educación), que no llegó a ocultar las desigualdades sociales ni económicas: recordemos que los ricos hacían una especial contribución a las mesas comunes. Podemos asegurar que nada material faltaba en las casas de los espartanos: cuando Jenofonte narra la primera invasión de Laconia por parte de Epaminondas, nos dice que los tebanos y arcadios hallaron las «haciendas repletas de bienes» [513] , y que el botín conseguido por los arcadios fue considerable.

Uno de los mayores atractivos de Esparta para los moralistas de todos los tiempos fue el hecho de que estuviera prohibido el dinero acuñado. El dinero es el gran corruptor y el origen de todos los males desde tiempos de Platón, que lo había vetado a los guardianes de su República. Jenofonte, nuestra fuente más antigua,

insiste en que la ciudad perseguía la posesión de metales preciosos, y dice que cuando los éforos encontraban oro o plata en algún lugar, su poseedor era multado [514] . Plutarco, en la biografía de Licurgo, asegura que «anuló el valor de cualquier moneda de oro y plata, y decretó que sólo se usara la de hierro» [515] . En su Vida de Lisandro va más allá al afirmar que los espartanos, al finalizar la Guerra del Peloponeso, decretaron la pena de muerte a aquellos particulares que poseyeran monedas de oro o plata [516] .

Pero esta famosa ley atribuida a Licurgo que prohibía la posesión de moneda acuñada es solo un invento de la tradición literaria. Es cierto que los espartanos no acuñaron su propia moneda, pero usaron libremente monedas de otras ciudades y se mostraron muy inclinados a atesorar riquezas. Platón alude, sin duda, a los espartanos cuando escribe:

Honrarán con pasión y a escondidas el oro y la plata, hasta el punto de procurarse depósitos y almacenes privados donde oculten las riquezas conseguidas; rodearán sus casas de muros, como simples nidos particulares, en los que gastarán espléndidamente con sus mujeres y con cualquier otro que deseen [517] .

Sabemos, por otro lado, que los espartanos se corrompían con increíble facilidad en el exterior. La avaricia fue uno de sus peores defectos. Muchos hombres importantes fueron acusados de aceptar sobornos, lo que indica que su educación y su forma de vida solo resistían dentro de Esparta, donde había una enorme presión social y se vigilaba atentamente los comportamientos de todos.

4. La igualdad. Los espartiatas se llamaban a sí mismos «los iguales», pero el término era engañoso. Todos eran iguales en la forma de vida y en la educación, pero dentro de la sociedad espartana existía una gran división entre pobres y ricos. Heródoto menciona a Espertias y Bulis como hombres sobresalientes por sus riquezas [518] ; Tucídides dice que los prisioneros espartanos capturados en Esfacteria eran parientes de gentes importantes en Esparta. Licas ganó con su tronco de caballos en Olimpia, y

agasajaba a sus huéspedes con largueza en las fiestas de las Gimnopedias. Por supuesto, los reyes espartanos estaban considerados entre las personas más ricas de Grecia, según noticia de Platón [519] .

Existía una clase elevada y poderosa que estaba bien conectada con los aristócratas de otras ciudades: ya hemos visto la relación de la familia de Pericles con la del rey Arquidamo y la de Alcibíades con el éforo Endio. Los espartanos ricos viajaban a los festivales panhelénicos, en especial a los juegos de Olimpia, que era el lugar perfecto donde exhibir sus troncos de caballos compitiendo con otros ricos del mundo griego.

El mito de que todos tenían un mismo lote de tierra y vivían como buenos hermanos era tan solo eso, un mito. Seguramente las reformas de Cleómenes III llevaron a la idea equivocada de que la tierra de Esparta en el periodo clásico estaba dividida en lotes iguales e inalienables que volvían al Estado a la muerte de su poseedor.

En realidad la tierra se transmitía por herencia según leyes parecidas a los demás estados griegos, y por medio de matrimonios y dotes se acumulaba en pocas manos; como pasaba en todas partes, los ricos tenían pocos hijos y buscaban emparentarlos con otros ricos para acumular posesiones y tierras (que, en definitiva, era el gran valor en las sociedades antiguas). Muchos espartanos terminaban perdiendo sus derechos políticos al no poder contribuir a las comidas comunes y pasaban a incluirse en una clase inferior (hypomeíones).

Podemos preguntarnos cómo un grupo tan reducido pudo controlar el Estado de forma tan eficiente sin sufrir constantes revueltas. En principio, como las leyes habían eliminado la posibilidad de ostentación y exhibición de la riqueza dentro de la propia Esparta (donde todos vestían igual, todos comían lo mismo y todos hacían lo mismo) se eliminaban fricciones y la envidia hacia los ricos no fue determinante. Tucídides escribe con gran agudeza: «Los que más poseían mantuvieron un modo de vida similar a la mayoría» [520] . Además, las clases inferiores estaban atomizadas y contaban con esperanzas de progreso social por medio de las guerras. Seguramente fue la válvula de escape para los rencores que

debieron de existir, como evidencia la conspiración de Cinadón.

Cuando llegó la decadencia en el siglo IV, los reyes revolucionarios, Agis y Cleómenes, reclamaron una vuelta a los supuestos principios igualitarios que había establecido Licurgo; exigieron sobre esa base un reparto igualitario de tierras, la cancelación de las deudas y la igualdad. Nada de eso había existido jamás, como sus opositores se encargaron de recordar. Las vidas que Plutarco dedicó a estos reyes y la historia de Polibio sobre aquella Esparta convulsionada por la pérdida de su grandeza empañaron definitivamente nuestra visión de la antigua Esparta.

489 . Tirteo, fr. 5.3.

490 . Tirteo, fr. 19.8.

491 . Tirteo, fr.5.

492 . Heródoto, 3.54.

493 . Tucídides, 1.134.4.

494 . Tucídides, 1.10.2.

495 . Platón, República, 404 A..

496 . Platón, Leyes, 636B.

497 . Polibio, 6.48.

498 . Plutarco, Licurgo, 28.

499 . IG V, 1.123.

500 . Tucídides, 5.68.

501 . Tucídides, 5.54..

502 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 10.8.

503 . Panatenaico, 259.

504 . Tucídides, 1.18.

505 . Lisias, Olímpico, 7.

506 . Cicerón, Pro Flacco, 64.

507 . Plutarco, Licurgo, 30.2.

508 . Plutarco, Moralia, 859C-D.

509 . Diógenes Laercio, 6.27.

510 . Diógenes Laercio, 6.59.

511 . Diógenes Laercio, 6.8.

512 . Alceo, fr.101D.

513 . Jenofonte, Helénicas, 6.5.27.

514 . Jenofonte, República de los lacedemonios, 7.6.

515 . Plutarco, Licurgo, 9.2.

516 . Plutarco, Lisandro, 17.

517 . Platón, República, 548B.

518 . Heródoto, 7.134.

519 . Platón, Alcibíades, 122 a.

520 . Tucídides, 1.6.4.

Tabla cronológica

750-490 Época Arcaica

h.730-710	Primera Guerra Mesenia.
669	Batalla de Hisias: derrota de Esparta ante
h. 650	Segunda Guerra Mesenia. Floruit de Tirte
560	Creso se convierte en rey de Lidia.
560-510	Tiranías de Pisístrato y sus hijos Hipias e
550-522	Tiranía de Polícrates en Samos.
h.550	Esparta derrota a Tegea. Comienza su do
h.544	Batalla de los Campeones entre Argos y E
h.520-490	Reinado de Cleómenes I.
510	Cleómenes entra en Atenas y pone fin a l
507	Inicio de las reformas democráticas de Cl
499	Revuelta de Jonia contra el Imperio Persa
494	Batalla de Lade. Victoria persa y fin de la
h.494	Cleómenes derrota a los argivos en Sepea

490-323 Época Clásica

Guerras Médicas

490	Batalla de Maratón: victoria de los atenie
480	Batalla de las Termópilas: muerte de Leó
480	Batalla naval de Salamina: derrota de los
479	Batalla de Platea: derrota de los persas.

Hegemonía ateniense (479-431)

478	Pausanias, el regente, en Chipre y Bizanc
478	Atenas organiza la Liga de Delos.
470?	Muerte de Pausanias en Esparta.
465	Un terremoto asola Esparta. Comienza la
460/59	Comienza la Primera Guerra del Peloponc
457	Batalla de Tanagra: tebanos y espartanos
446/5	Tratado de los Treinta Años entre Atenas

Guerra del Peloponeso (431-404)

431	Comienzo de la guerra.
429	Peste en Atenas y muerte de Pericles.
425	El ateniense Cleón captura 120 espartano
424	Campaña de Brásidas en el norte del Egeo
422	Muerte de Brásidas y Cleón en Anfípolis.
421	Paz de Nicias.
420	Alianza de Atenas con Argos y otros estad
418	Batalla de Mantinea: Esparta derrota a At
416	Los atenienses toman la isla de Melos.
415-413	Expedición ateniense contra Sicilia: derro
413	Los espartanos ocupan Decelia, en el Átic
407	Dionisio I se convierte en tirano de Siracu
406	Batalla de las Arginusas: derrota de Espar
405	Batalla de Egospótamos: el navarco Lisan
404	Atenas, asediada por tierra y mar, se rind

Hegemonia espartana (404-371)

404-403	Los Treinta Tiranos gobiernan Atenas con
402-400?	Los espartanos castigan a los eleos.
396	Agesilao II comienza su campaña en Asia
395	Muerte de Lisandro en Haliarto. Comienz
394	Agesilao regresa a Grecia. Batalla de Coro
386	Paz del Rey o Paz de Antálcidas.
382	El espartano Fébidas ocupa la acrópolis t
379/8	Los espartanos expulsados de Tebas.
378	El espartano Esfodrias intenta tomar el Pi
375	Batalla de Tegira: primera derrota de Esp
371	Batalla de Leuctra: derrota de Esparta y n

Hegemonia tebana (371-362)

371	Sinecismo de Mantinea y creación de la L
370/69	El tebano Epaminondas invade Esparta p
369	Liberación de Mesenia y fundación de Me
368	Batalla «sin lágrimas»: victoria de Esparta
362	Batalla de Mantinea: muerte de Epamino

Hegemonía macedonia

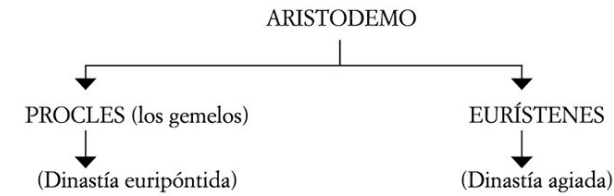
359	Filipo II sube al trono en Macedonia.
356	Nacimiento de Alejandro Magno.
340	Guerra entre Atenas y Macedonia.
338	Batalla de Queronea: Filipo II derrota a te
336	Asesinato de Filipo II. Alejandro sube al t
335	Alejandro destruye Tebas.
333	Agis III, con apoyo de Persia, se rebela co
331	Batalla de Megalópolis: los macedonios d

323-30 Época Helenística

323	Muerte de Alejandro.
301	Batalla de Ipso y muerte de Antígono.
283	Muerte de Ptolomeo I.
281	Batalla de Curupedio. Muerte de Lisímac
279	Invasión de los gálatas en Grecia y Asia M
280	Pirro, rey del Epiro, lucha contra Roma e
275	Los romanos vencen a Pirro en Benevento
272	Pirro ataca Esparta.
235	Cleómenes III sube al trono.
227	Batalla de Ladocea: victoria de Cleómene
225	Cleómenes captura Argos.
222	Batalla de Selasia: Antígono Dosón derrot
207	El aqueo Filopemén derrota al espartano
h.207	Nabis sube al poder en Esparta.
193	Luchas de Nabis para recuperar la zona c
192	Muerte de Nabis. Filopemén toma Esparta
188	Filopemén vuelve a entrar en Esparta; su
146	Los romanos destruyen Corinto, capital d

GENEALOGÍA DE LAS CASAS REALESDE ESPARTA

(hasta el siglo VI a. C.)

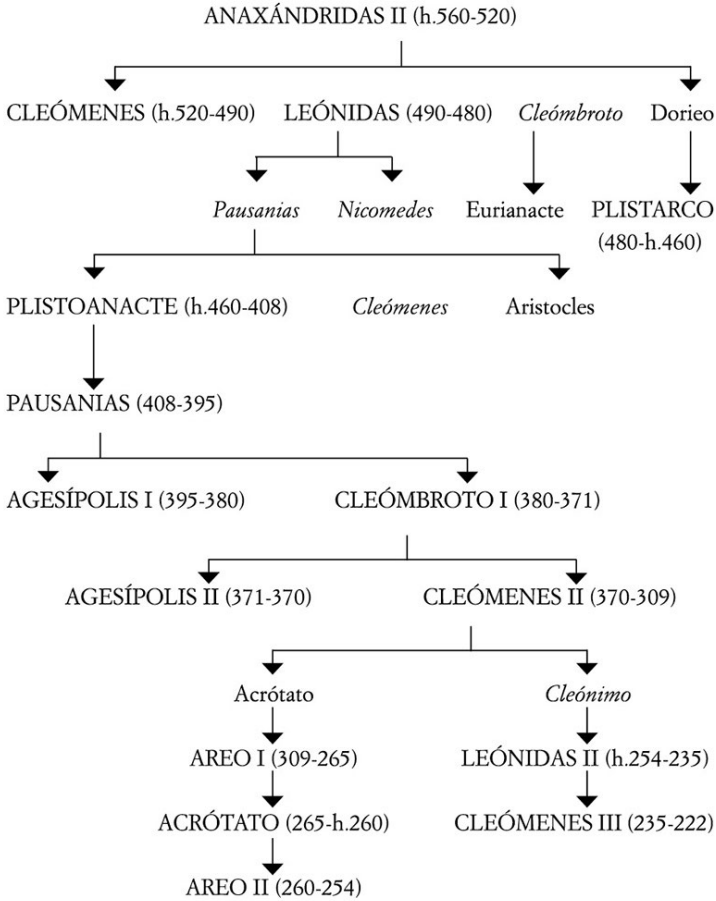


EURIPONTE
PRITANIS
POLIDECTES
EUNOMO
CARILO
NICANDRO
TEOPOMPO
ANAXÁNDRIDAS I
ARQUIDAMO I
ANAXILAO
LEOTÍQUIDAS I
HIPOCRÁTIDAS (h. 660-575)

AGIS I
EQUÉSTRATO
LABOTAS
DORISO
AGESILAO I
ARQUELAO
TELECLO
ALCÁMENES
POLIDORO
EURICRATES
ANAXANDRO
EURICRÁTIDAS
LEÓN
ANAXÁNDRIDAS II
(h. 560-520)

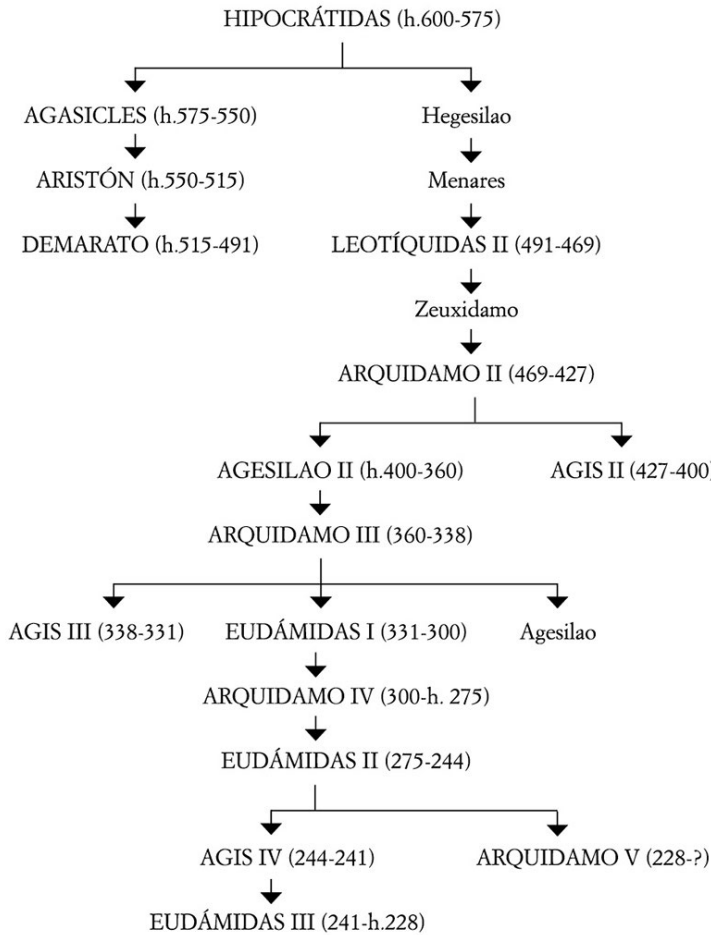
DINASTÍA AGÍADA

En mayúscula los reyes y en cursiva los regentes.



DINASTÍA EURIPÓNTIDA

En mayúscula los reyes y en cursiva los regentes.



Bibliografía

ANDREWES, A. (1956), The Greek tyrants, Nueva York.

BUCKLEY, T. (2010), Aspect of Greek History (750-323 BC), Nueva York.

CARTLEDGE, P. A., (1979), Sparta and Lakonia: a regional History 1300-362 BC, Londres-Boston-Henley.

– (2001), Spartan Reflections, Londres.

CARTLEDGE, P. A. y SPAWFORTH, A. (1989), Hellenistic and Roman Sparta. A tale of two cities. Londres-Nueva York.

CAWKWELL, G. L. (1983), «The decline of Sparta», Classical Quarterly, 33, pp. 385-400.

CHRIMES, K. M. T. (1949), Ancient Sparta: A Re-examination of the Evidence, Manchester.

COLDSTREAM, J. N. (1977), Geometric Greece, Nueva York.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. y Pascual, J. (1999), Esparta y Atenas en el siglo v a.C., Síntesis, Madrid.

FINLEY, M. I (1975), The Use and Abuse of History, Londres.

FORNIS, César, (2002), Esparta: historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico, Crítica, Barcelona.

FORREST W. G., (1980), A History of Sparta, Londres.

HALL, Jonathan M. (2007), A History of the archaic Greek World, Oxford.

HOLLADAY, A. J. (1997), «Spartan austerity», Classical Quaterly,

27, pp. 111-126.

KAGAN, D. (2009), La Guerra del Peloponeso, Edhasa. Barcelona.

KENNELL, Nigel M. (2010), Spartans, a new History, Oxford.

– (1995), The Gymnasium of virtue. Education and Culture in ancient Sparta. Londres-Chapel Hill.

LAZENBY, J. E. (2012), The Spartan army, Barnsley.

MARROU, H. I. (2004), Historia de la educación en la Antigüedad, Akal. Madrid.

MICHELL, H. (1952), Sparta, Cambridge.

OGDEN, Daniel (ed.), (2007), A companion to Greek Religion, Oxford.

OLLIER, F. (1933-1943), Le mirage spartiate. Étude sur l'idéalisation de Sparta dans l'antiquité grecque, 2 vols. París.

OLIVA, P. (1983), Esparta y sus problemas sociales, Akal, Madrid.

OSBORNE, R. (1998), La formación de Grecia. 1200-479 a. C., Crítica. Barcelona.

PASCUAL GONZÁLEZ, J. (1997), Grecia en el siglo IV a. C. Del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia, Síntesis, Madrid.

POMEROY, Sarah B., (2002), Spartan Women, Oxford.

– (1999), Diosas, rameras, esposas y esclavas, Akal, Madrid.

POWELL, A. (1988), Athens and Sparta. Constructing Greek Political and Social History from 478 BC, Londres.

POWELL, A. (ed.) (1989), Classical Sparta. Techniques behind her success, Oxford.

RAAFLAUB, Kurt y WEES, Hans van (ed.) (2013), A companion to Archaic Greece, Oxford.

RAHE, Paul Anthony (2016), The Grand Strategy of Classical Sparta: The Persian Challenge, Yale.

RUSH, Scott M. (2011), Sparta at war, Londres.

SHIPLEY, G. (2001), El mundo griego después de Alejandro 323-30 A.C., Crítica, Barcelona.

WHITBY, M. (ed.) (2002), Sparta, Edimburgo.

WILL, É. (1997), El mundo griego y el Oriente. Tomo I (510-403) Tomo II (siglo IV y Época Helenística), Akal, Madrid.

Edición en formato digital: 2017

© Javier Murcia Ortuño, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-652-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es